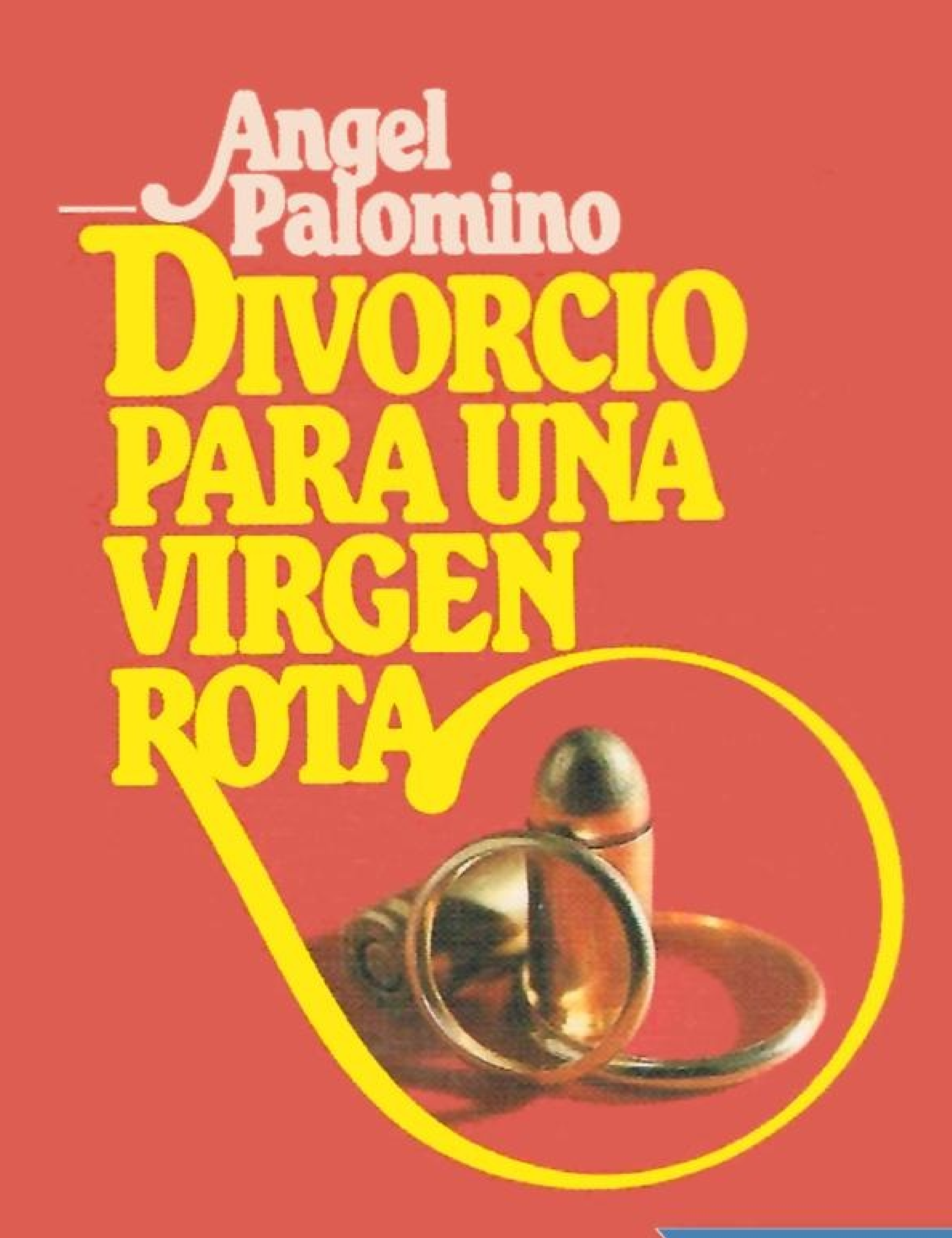

Angel Palomino
DIVORCIO PARA UNA VIRGEN ROTA

Clara, que lleva quince años haciendo vida marital con Miguel, se entera por las esquelas del periódico de que su marido ha muerto y de que, por lo tanto, por fin es libre; a los dieciocho años se había casado con toda inocencia con un hombre a quien un impedimento sicológico no permitía consumar el acto sexual, y el matrimonio no tarda en romperse, dejando en la joven un fuerte sentimiento de culpabilidad que acaba por superar, decidiéndose por fin a rehacer su vida.

A partir de esta situación, Ángel Palomino traza en su novela un amplio cuadro de costumbres españolas, con numerosos personajes secundarios y comparsas que dan un considerable espesor realista a lo que se narra, analizando entre la compasión y la ironía unos problemas de cadente actualidad en nuestro país. Con un estilo tan seguro y ameno como desenfadado, el autor expone toda la gama de conflictos de todo orden, tanto íntimos como sociales, que se derivan de su tema, conduciéndolo muy hábilmente hasta un final completamente imprevisible.

Con su extraordinario oficio y su inimitable sentido del humor, en *Divorcio para una virgen rota* Palomino consigue otra de sus grandes novelas en las que se hermanan armoniosamente la agudeza narrativa, la denuncia, la comprensión humana y un fondo de sentido moral.

Ángel Palomino

# Divorcio para una virgen rota

**ePub r1.0**
**Titivillus** 18.04.2023

Título original: *Divorcio para una virgen rota*
Ángel Palomino, 1977
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

## *Primera parte*

# 1

# UN JUBILOSO MENSAJE DE CONDOLENCIA

LA LUZ es velazqueña, como corresponde a un urbanismo opulento, periférico y residencial; desde el interior, la mirada puede serenarse en los verdes forestales, los grises geológicos y las cumbres nevadas del Guadarrama. La mañana penetra en el saloncito tamizada y clorofilada a través de la terraza jardín. Clara y el teléfono; la mañana es hoy teléfono; se prenden unas con otras las llamadas; llaman a Clara, radiante aunque no ha tenido tiempo de aplicarse en serio a la diaria lucha por la vigorización y puesta a punto de sus cuarenta años beneméritos y bien plantados. La mañana es un azucarillo, un sorbete, se funde en la cháchara cascabelera de las amigas; desde distintos puntos de Madrid, parece como si formasen cola para hablar con Clara, para unirse a Clara, en la ambigüedad de este día, con un jubiloso mensaje de pésame:

—Gracias, Miles, muchas gracias.

—No sabía cómo empezar, Clara, qué apuro… Lo mires como lo mires, no le des vueltas, es tu marido el que se ha muerto. Primero, que no estaba segura, segura; ¿cómo llamas a una amiga y largas el escopetazo? ¿Es tu marido ese de la esquela de *ABC*? Porque a la muchacha no se lo podía preguntar.

—A ver; ni lo conoce; en eso no había caído. No tiene ni idea; como alguien le pregunte si se ha muerto mi marido, menudo embrollo.

—Me lo figuraba. Y encima lo otro: ¿cómo empiezo? Contigo, Clara, de verdad, no sabe una cómo empezar; nos lo has puesto dificilísimo. Imagínate el rato que me has tenido cavilando, con el teléfono en la mano y dándole vueltas a la cabeza: ¿qué le digo? ¿enhorabuena? ¿te acompaño en el sentimiento? Menos mal que eres listísima y me diste las gracias sin dejarme patinar.

—Conozco tu voz, Miles, y lo noté, estabas un poco taco; me pareció que lo sabías, que me llamabas por eso; ésta ha leído el *ABC* y ha visto la esquela. Lo que menos hubiese podido imaginar; que tú seas de las que leen las esquelas.

—Todos los días, oye, me gusta… Vamos, no es que me chifle, pero son noticias ¿no?, son sucesos, un muerto, su viuda, los huerfanitos; un reportaje resumido. Y a ti ¿quién te ha avisado?

—El mismo que a ti: el *ABC*. Me he enterado por el periódico; igual que tú, y que todo el mundo, porque no creas que eres la primera en llamar; no para el teléfono. Nunca imaginé que las esquelas tuviesen tantos lectores. Yo me creía un poco morbosilla porque las leo siempre y, mira por dónde, hoy me entero de que somos la tira. Podré quedarme sin leer los deportes o las páginas culturales, pero las esquelas y los sucesos no me los pierdo.

—¿Y no te había avisado nadie?

—Nadie; la esquela, de sopetón. Su familia suplica una oración… Bueno, pues yo no soy su familia ni solicito una oración por su alma. Ni lo siento, por supuesto, ya ves, veinte años sin atreverme a pedírselo a Dios, que se lo llevara de este mundo, me parecía que iba a ser castigada si pedía una muerte; además, que no me gusta pedir milagros, qué tontería, yo no soy de las que rezan para que les caiga el gordo, tienen que ser cosas normales; ¿cómo vas a pedir que se muera una persona de treinta o cuarenta años, o que tu marido encuentre petróleo en Torrelodones?; son ganas de tentar a Dios ¿no? Pero ahora le doy las gracias, eso sí, a ti te lo digo, Miles, bueno, y a cualquiera, sería una hipócrita si dijese lo contrario, gracias al Señor que se lo ha llevado, a donde sea, tan joven, ya ves, cuarenta y cuatro años.

—¿Cuarenta y cuatro?

—Justos; cuatro más que yo; a esa edad es milagroso que se muera un europeo normal. Me quedé sin habla; ¿cómo iba a esperar una cosa así? Lo leí y no lo podía creer: Sancho Fajado Benítez, ya ves que no es un nombre corriente; pues no me lo quería creer; hasta que leí el domicilio no me quedé tranquila; el muerto es mi marido, no cabe duda. Bendito sea Dios.

—Cómo me alegro, Clara. Cualquiera que nos oiga pensará que estamos locas. ¿Y Miguel qué dice?

—¡Loco; está como loco! Nos hemos abrazado llorando como niños, y me ha dicho… te parecerá una cursilada, Miles, pero es que eso hay que vivirlo: me ha dicho…

—¿Qué te pasa, Clara?

—Nada, qué tonta, me emociono; esto sí que no lo esperaba, llorar el día que me quedo viuda, pero no lloro por el difunto, es que me acuerdo de Miguel; estuvo muy rico, cariñoso, hasta un poquito cursi. Cuando un señor como Miguel, que es un tío de pies a cabeza, se te pone cursi, es que está coladísimo; y lo está; me dijo, lo tengo como grabado en cinta magnetofónica,

no te rías, que no es lo mismo vivirlo que oírlo contar, dijo: «ha desaparecido la única sombra que había entre nosotros; hoy empezamos a vivir…».

Hoy empiezan a vivir Clara y Miguel, son jóvenes aún; se ven a sí mismos como críos, quizá porque se sienten jóvenes, quizá porque quince años de unión provisional, resbaladiza y culpable les han mantenido en un tiempo de espera, de transitoriedad, de no contar aniversarios, ni tener hijos, ni proyectos, ni futuro ni pasado, ni fechas clave que recordar o señalar como punto de partida de algo.

Clara, cuarenta años. Miguel, cuarenta y dos. Quince años de unión ilegal, penada por la ley; unión clandestina, oculta, innombrable; los amigos, las familias simulaban ignorarla, os presento a Clara, una amiga, aquí Miguel, aquí unos amigos; tolerada más tarde y admitida, exhibida, oficializada en invitaciones blasonadas y mesas con reparto protocolario de asientos y preferencias. Excelentísimo señor gobernador, Excelentísimo señor presidente, don Miguel Tejuelo, señora de Azcárate, señora de Tejuelo; Clara, Clara Gilmaestre, señora de Tejuelo, ya no era la amiguita de Miguel, ni el apaño de Tejuelo; a partir, más o menos, del Concilio Vaticano II, nadie pregunta a nadie si están casados, ya no importa, ya no hay bolas negras, ni salones inaccesibles; son los Tejuelo, Clara y Miguel Tejuelo. Han realizado su Gran Marcha a través de las duras parameras de la severidad organizada por la gente respetable; habitaciones separadas en los hoteles.

—Miguel, ve a tu habitación y revuélvelo todo; que no se den cuenta de que has dormido en otra cama.

Hacían contrabando de sus vidas compartiendo un amor subversivo.

—Déjame solo un momento, apártate a un lado; estoy viendo acercarse a unos que me conocen.

Clara aprendió una táctica de ocultamientos, caminos desenfilados, huidas y simulaciones. Aceptó con naturalidad, sin resentimiento, el papel de mujer impresentable, consciente de su tremendo pecado, adúltera, la Biblia es muy dura con las adúlteras y nadie podía, en aquellos años, acogerse al amparo de la Voz que dijo: el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Ahora es diferente, hay un estado civil nuevo, admitido, que no es matrimonio ni celibato ni viudez; viven juntos y si son quinquis están amancebados, si son artistas viven unidos sentimentalmente y si se trata de gente como los Tejuelo, son eso, los Tejuelo, una pareja más, alguien a quien te encuentras en la boda de una infanta, en el estreno de una comedia, en la subasta de un Sorolla, los

Tejuelo, unión permisiva, consagrada por los hombres y, quizá, contemplada con mirada indulgente por el mismo Dios que no puede negar su amnistía al amor cuando es comunión, cuando está metido en las mismas maletas, en los mismos armarios, en las mismas píldoras para dormir, en la misma pasta dentífrica, en los mismos apacibles, sincrónicos bostezos de cualquier matrimonio legalizado por las manos consagradas de un abate, funcionario de Dios en la Tierra.

—Entonces, Clara, ¿enhorabuena?

—Sí, sí, aunque suene raro.

—Pues que sea enhorabuena; sabes que me alegro muchísimo; Tulio y yo os queremos de verdad. Se va a poner contentísimo cuando lo sepa.

—Gracias, Miles, dale un abrazo.

Gracias, gracias, Señor, gracias, Dios mío. Y gracias, Sancho, muchas gracias, hombre, al fin tengo algo por lo que darte gracias: te has muerto. No sé cómo lo has hecho pero ahí estás con tu crucecita negra y tu RIP en una esquela de *ABC*, hermosa esquela, no me canso de mirarla, a las doce te van a llevar, qué bonito es un entierro con su caballito blanco, con su caballito negro, con su cajita de pino y su muertecito dentro, su muertecito, Sancho, qué bonito es un entierro, veinte años deseando esto, sin más consuelo que la pequeña satisfacción, la amarga satisfacción de ponerte unos cuernos que no me hacían feliz, sólo recompensada, vengada por aquello que me hiciste, Sancho, calamidad, desgraciado, que no, que no podían hacerme feliz porque ninguna mujer pone cuernos sin resultar por ello lo que tiene que resultar, muy bien, él se lo merece pero ella ¿qué? pues eso, lo mismo que una furcia, la amiguita de Fulano, yo, la querida de Tejuelo, muerta para los Gilmaestre, mi padre pundonoroso me sentenció a muerte y me enterró, y mis amigas, ahí viene Clara, no mires, y menos mal que Miguel es un hombre tranquilo y soltero, pero ésa es otra, otro miedo, quince años con un señor que sacrifica, así, *sacrifica*, su libertad, su situación, por la amiguita, por cariño o por lástima o porque el hombre es corto o comodón y para qué se va a molestar en buscarse otro apaño, y la amiguita temiendo que cualquier día se plantee la cuestión, ya ves, te quiero mucho pero esto nuestro no tiene futuro, necesito casarme; o ahí te quedas, sin más explicaciones, ni las gracias, una bronquita tonta y ni adiós, tu hombre que se esfuma, que te deja tirada y vete a reclamar al maestro armero que el señor se ha largado y no tiene que darte explicaciones ni tú eres una fulana de navaja en la liga que vaya a esperarlo a la puerta del despacho o del bar del club para darle un escándalo, ni tienes un hijo que ponerle delante pidiendo justicia ni puedes hacer otra cosa que

recobrar lo más alegremente que puedas tu independencia y tu soledad o esperar muy quietecita, muy sin dar qué hablar, a ver si al hombre se le pasa y vuelve o a ver si por fin ha caído con una empleadita mona o con la cuñada de un socio o con una solterita lista o una solterona forrada de millones, con una que no eres tú, casada chapucera, con una a quien pueda llevar al altar para casarse rodeado de señores vestidos de chaqué; eso del chaqué les pirra, aunque digan lo contrario. Y ahora, a ver qué dice mi padre cuando se entere. Seguro que lo sabe ya: mi padre es de los que leen las esquelas.

—Señora, que llama por teléfono la señora de Latoba… No se asuste, señora: me ha preguntado… no sé si será una broma…

—Que si se ha muerto mi marido. Si te lo pregunta alguien más, no contestes; me pasas la comunicación.



Sin su caballito blanco, sin su caballito negro, en pulcra furgoneta gris, Sancho Fajado, debidamente embalado en falsas caobas adornadas con orfebrería de imitación, es conducido a la sacramental de San Justo. La comitiva fúnebre no merece tal nombre; un taxi es todo el cortejo, tres personas forman la modestísima, la moderada manifestación de duelo: su hermano Amalarico, su compañero de trabajo Luis Alcaraz y el portero de la casa, José Antonio Herrera, que no sentía afecto alguno por el difunto pero, apiadado, conmovido al ver la poquedad del acompañamiento, se ha ofrecido para ocupar una plaza en el taxi. Es el único que habla, y no mucho; de vez en cuando repite: «Pobre don Sancho, tan joven». Por decir algo, porque los otros van callados, pensando en sus cosas.

Sancho Fajado hace su último viaje llevándose algunas penas por delante. Pocas alegrías ha dado en su vida; cuando nació ni siquiera le acompañaba ese pan que los niños traen bajo el brazo a poco que sepan su obligación de recién nacidos. Vino al mundo en Madrid y en 1933, en días de caras largas y vacas flacas; su padre se quedó parado; aquel hombre apocado que elegía para sus hijos nombres de rey antiguo se quedó sin su empleo de contable en una fábrica de camas metálicas que cerró para siempre cuando Sancho cumplía una semana; un parado más, había miles por todas partes; la crisis norteamericana de 1929 llegaba a casa de los Fajado con cuatro años de retraso y, después, para acabarlo de arreglar, estalló la guerra.

Parado y de derechas, lo que pasó el padre de Sancho en Madrid es difícil de resumir, pero él lo sintetizaba en pocas palabras; tres: «Vivimos de milagro». No, evidentemente, aquel niño no trajo al mundo ni una rosquilla.

Después, las cosas les fueron mejor a la familia y cuando Sancho se casó con Clara era un prometedor ayudante de ingeniero.

Si como técnico podía esperarse de él alguna cosa —tenía patentados tres inventos que nunca sirvieron para nada—, como marido era todo lo contrario de prometedor; sólo con mucho optimismo podría alguien apostar por el éxito de aquel matrimonio: a Clara se la jugó —fue una jugarreta indecente— uno de esos psiquiatras que recetan señoras como quien receta aspirinas.

El psiquiatra se llamaba —y se llama; todavía no lo han matado— Cesáreo Picón y tenía mucho empeño en curar a Sancho de una impotencia que no conseguía remediar con exploraciones en el subconsciente ni con ayuda de la hipnosis y los remedios tópicos, vitaminas, hormonas y otros medicamentos aconsejados por diversos especialistas. Sancho había intentado repetidamente, desde los dieciséis años, la experiencia erótica; siempre sin éxito. Una y otra vez, comprobó, desesperado, que tenía la fuerza justa —o la mecánica mínima precisa— para iniciar el asalto viril, pero de ahí no pasaba, las fuerzas huían prontamente negándole el placer y la posibilidad de multiplicarse. Expertas y maternales prostitutas lo acogieron abnegadamente en sus camas; ponían experiencia, empeño, compasión y amor propio intentando ayudarlo, y acababan fatigadas, molestas después de batallar largamente con aquel varón desdichado, con los deseos y las vehementes aspiraciones de aquel varón incompleto, de aquel sujeto con vocación de hombre, luchador derrotado que pagaba sin chistar, desparramando la mirada, musitando confusas explicaciones, y se iba a contar su fracaso a un médico. Así llegó, con el largo historial de sus desventuras, al doctor Picón, psiquiatra.

—Psiquiatra fusilable —decía Clara cuando recordaba que su boda había sido receta médica—. Ese tío es un peligro social: deberían ajusticiarle.

Durante año y medio estudió a su enfermo como quien examina un complicado circuito electrónico buscando la conexión rota, el fusible cascado. No había fallos; en la instalación no aparecía la fisura, el corte que desmantelaba el circuito como si un termostato mal regulado saltase antes de tiempo o un fusible de calibre insuficiente se derritiese con la primera incandescencia.

—A ti lo que te pasa —le dijo un día, después de prepararle psicológicamente para varios intentos que terminaron en desoladores fracasos — es que te repugnan las prostitutas; las rechazas.

—No, qué va, doctor, me gustan. Maruja *la Gallega* es una chica preciosa; no parece una de ésas; es cariñosa y fina, estudió magisterio y su padre era inspector de arbitrios; me gustaría que usted la viera.

—Es una buena idea: tráemela.

—¿Aquí?

—Sí, claro, para hablar con ella.

—No, don Cesáreo, eso ni hablar; si encima de que no remato se corre la voz entre las fulanas de que estoy loco, no va a haber medio de que continúe intentándolo. Venga usted conmigo y véala. Y a las otras; no crea que es sólo esa chica; me gustan casi todas. O sea, que por eso no es.

Eran aquéllos, para los psiquiatras españoles, años de locos. Dirigían manicomios casi medievales y raramente recibían consultantes con preocupaciones psicológicas menores; el enfermo que llegaba hasta ellos estaba, por lo menos, como un cencerro. Los médicos de locos ejercían una profesión dura y no demasiado científica; para el doctor Picón, la vida era una rutina áspera sin más alivio ni expansión que el cine; iba al cine todas las tardes, a evadirse de sus preocupaciones administrativas y de sus locos, encerrados muchos de ellos como en prisión y encadenados algunos con cepos y arneses de la Edad Media. Enfermos como Sancho Fajado eran poco frecuentes, porque cuando los médicos de otras especialidades recomendaban la visita al psiquiatra los pacientes y sus familiares se ofendían negándose a admitir la posibilidad de un desequilibrio nervioso aunque el desdichado estuviese como una cabra.

Por este motivo, don Cesáreo Picón cuidaba con enorme interés a su cliente y una tarde cambió el cine por el prostíbulo, movido por el deseo de perfeccionar la terapia que normalizase la actividad erótica de aquel varón cargado con pólvora mojada. Después volvió en muchas ocasiones, a su aire y sin otra compañía que su apetito venéreo, porque Maruja *la Gallega* era, ciertamente, cariñosa, fina y experta; el doctor se aficionó a ella y, más tarde, por evitar la monotonía, a otras, que en todas encontraba algún encanto que justificase el cambio. Lo que no consiguió fue curar a Sancho Fajado. Ni siquiera adiestrando a las chicas con películas pornográficas que encargaba a Francia: se las enviaban como material sanitario y nunca tuvo dificultades en la aduana.

—No hay nada que hacer con ese chico —le decían—; da pena, porque se le ve empezar tan ilusionado y, de pronto, gatillazo. Ya quisiera tener la mitad de la mitad del salero que tú tienes con tus cincuenta años.

El doctor no se daba por vencido.

—Es un mecanismo subconsciente —le decía—. A ti te gustan esas muchachas pero en tu subconsciente las rechazas: no crees en ellas, eso es;

tienes ahí metida en tu cabezota la idea de que intentan engañarte representando una comedia.

—Eso sí es verdad. Yo prefiero que se estén calladas: todas dicen lo mismo, y suena a falso.

—Y porque lo que dicen suena a falso, sus gestos, sus manifestaciones de placer te parecen fingidas; entonces, aquí dentro —y le golpeaba la frente con un dedo— se produce una disfunción, tu voluntad se va a paseo, tu libido se inhibe y tu sexo se rinde. Necesitas creer en ella, en la que sea: prueba con chicas decentes.

—Ya he probado.

—¿Y qué?

—Nada. No se dejan.

Y entonces el psiquiatra le recetó la boda como otras veces le había recetado inyecciones, grageas, gimnasia, viajes o lecturas pornográficas.

—Cásate: eso desaparece con el ejercicio normal de la actividad sexual; necesitas una novia decente, que te guste y, sobre todo, que te inspire confianza.

Así fue sentenciada Clara: sin juicio, sin jurado, sin voz ni voto; sin tinta ni papel se escribió su sentencia en el aire, como anunciaban los patriarcas analfabetos y los profetas antiguos sus condenaciones:

> Clara Gilmaestre, virgen; se te condena a unirte en matrimonio con Sancho Fajado, impotente. Comparecerás junto a él, velada de tules y coronada de azahar, ante un altar. Un sacerdote os unirá de por vida y, en el mismo día, yacerás junto a tu esposo, te ofrecerás a él, y él mismo, con torpeza y sin fe, te despojará de tu virginidad y ni él, que es impotente, ni tú, que eres cándida, conoceréis el placer en ese momento ni en cualquier otro en que intente ejercer su varonía confiando en que tú puedes hacer de él un hombre.
>
> Sufrirás injustas humillaciones porque te creerás culpable, le pedirás perdón por tu torpeza y él abusará y añadirá al ultraje (*Sancho pegó a Clara en la primera noche de sus bodas infaustas, y en la segunda y en la tercera; la pegaba de bofetadas y se encerraba, solo, en el cuarto de baño, a llorar*) violencia física y reproches inmerecidos.
>
> Te separarás de él, del impotente, y cuando encuentres el amor, esta sentencia se alzará entre el amor y tú; serás tratada por él —por el impotente— y por tus padres *y por* tus amigos y

> tus vecinos y por las leyes de tu pueblo como una de esas prostitutas con quienes él tampoco ha conseguido hacerse hombre.
>
> Esta sentencia se cumplirá ante cualquier altar de cualquier iglesia. De su cumplimiento serán testigos tus padres, tus familiares y tus amigos que firmarán declarando haberla presenciado y después, cuando sepan que has quebrantado tu condena, te rechazarán y te condenarán a su vez. Y aquellos que se crean con derecho a maldecirte lo harán; serás maldita.

Así debió dictarse. Porque así se cumplió.

* * *

—¿Pues no me he emocionado?

Miguel Tejuelo conduce el coche —un Seat medio— camino de Guindaleta-Plásticos, su negocio; director general y consejero delegado, propietario del cincuenta y uno por ciento de las acciones de la sociedad, Guindasa. El coche es suyo, de su propiedad; el Mercedes que ha dejado en casa es de Guindaleta-Plásticos, y el chófer, que también ha dejado en casa, es empleado de la fábrica. Hasta hace tres años, Miguel iba a la fábrica en el Mercedes, pero con ocasión de un conflicto laboral, un regateo de veinte pesetas en el salario base, las negociaciones se pusieron antipáticas, cosa que nunca había sucedido porque Miguel tiene habilidad para tratar a sus empleados, habla con ellos, los conoce por sus nombres y los ayuda cuando lo necesitan, y entonces se enteró de que el convenio no avanzaba ni el personal cedería una sola peseta porque alguien había encontrado la frase feliz. Muchas batallas se ganan por una frase afortunada y la lucha de clases vive de frases oportunas tanto como de situaciones injustas. Salas, uno de los obreros más activos de la agitación laboral, la soltó momentos antes de empezar el turno de tarde:

—¿Cómo puede discutirnos cuatro duros un tío que nos revuelve las tripas todas las mañanas cuando llega a la fábrica con su Mercedes?

Miguel pensó que el razonamiento no era rigurosamente científico aunque no carecía de connotaciones sociológicas, por lo que cedió dos duros en la discusión y, a partir de entonces deja en su casa el coche ostentoso y utiliza para ir a la fábrica el Seat de Clara.

El piso es, también, propiedad de Guindasa en concepto de «local para relaciones públicas y vivienda de ejecutivo»: plantas integradas en la

decoración, ricas maderas, luces insólitas, seis cuartos de baño, cuatrocientos metros cuadrados útiles, tres plazas de garaje y, abajo, una conserjería desdichada; parece la torre de control de un aeropuerto; costó un ojo de la cara y aísla de tal manera al portero, Olvido Gómez Mansilla, desertor del arado y, posteriormente, redimido del andamio, que el pobre hombre se pasa el día en el portal, a pie, incómodo, desprotegido de fríos, calores y corrientes de aire, y alejado del intercomunicador telefónico, lo que le proporciona más de un disgusto.

Así, Miguel Tejuelo no tiene a su nombre casa, coche ni mujer; es, oficialmente, soltero después de quince años de vida matrimonial con Clara, su mujer, pero no su esposa. Tampoco es esposa de Guindasa; Clara, evidentemente, no está, no puede estar —como el piso, como el coche, como el chófer— a nombre de una sociedad anónima. No existe trampa legal capaz de unir en matrimonio a alguien con una fábrica de plásticos, pero aunque la trampa existiese, no hubiese sido aplicable a este caso mientras Clara permaneciese ligada, civil y canónicamente, a Sancho Fajado; el impotente.

Cuando Miguel la conoció, era una chica aparentemente segura de sí misma, hermosa, desenvuelta y discreta. Luchaba por enmascarar su verdadera personalidad hambrienta de afecto y temerosa del hombre, esa bestia agresiva y cobarde. Su padre, su marido, su jefe, sus amigos, todos los individuos con quienes había tenido algo que ver en los últimos años, se habían comportado como bestias; eran bestias. Miguel también: presunta bestia.

Miguel llegó a ella como uno más, pescadores submarinos los llamaba; buceaban con el fusil preparado y el dedo en el gatillo, sumergidos, con los ojos muy abiertos tras la pantalla de cristal, dispuestos a cobrar la pieza en la profundidad silenciosa y alcahueta, a cazar a la muchacha separada del marido, a la casada zorrona y beneficiable, a cazarla fácilmente, sin pólvora, sin esfuerzo, sin ruido y a emerger libres, satisfechos, limpios; se me ha puesto a tiro y ¡zas!

Miguel conduce a ciento treinta por hora cuando la circulación se lo permite, que todo es un correr, frenar, acelerar, adelantos comprometidos, cambios de carril apurando el espacio, qué más me dará, debería tomármelo con calma, me juego la vida un montón de veces en menos de diez quilómetros, cabreo a seis o siete camioneros que me abroncan con bocinazos insultantes y todo lo que consigo es llegar a la fábrica dos minutos antes, a veces ni siquiera eso ¿qué hace este tío?; saca el intermitente cuando ya está adelantando, por poco me lo trago, hombre, eso no se hace, un mastodonte de

treinta toneladas adelantando sin avisar, la gasolina me da el aviso, que no se me olvide mandar el coche a repostar, se lo diré al chófer, si me acuerdo. Bueno, pues qué bien, ya no le pongo los cuernos a nadie, tengo el lío perfecto, una viuda, pobre Clara, qué contenta, buen peso se ha quitado de encima, y yo también porque nos las ha hecho pasar de a quilo el tío. Lo que no sé es por qué me emocioné, no es para tanto ¿a mí qué más me da?; me enseñó la esquela ¡mira, mira! muy excitada; ¿quién se habrá muerto? una esquela tan chica y un alboroto tan grande. Clara sabe que nunca las leo, me molestan, incluso procuro no tocarlas cuando hojeo el periódico, la muerte no me impresiona; es lo funerario, me desagrada como si contaminase, procuro no verlo, no tocarlo, debí poner cara de asustado, pero no miraba a la esquela sino a Clara, tan nerviosa, temblaba, lee, lee ¿no ves? es Sancho, Sancho mi marido, reía histérica, con los ojos llenos de lágrimas y se abrazó a mí sin soltar el periódico, no quería que se le escapase la esquela, y me emocioné como un imbécil, ¿a mí qué me importa este muerto?, sería por ella, tan excitada, no sé, yo también perdí el juicio y la cosa se puso de fotonovela, solté una frase que casi no me lo puedo creer, de melodrama, no estoy seguro pero fue algo así como *ahora ninguna sombra se interpone entre nosotros*, o *entre tú y yo*, jo, qué cursilada, y menos mal que me salió sola, de repente, porque si llego a pensar un poco digo *entre tu corazón y el mío*; puesto a hacer literatura barata hubiese quedado fenómeno: *desde ahora, Clara, amor, ninguna sombra se interpone entre tu corazón y el mío*; suspiro, lágrimas, música sinfónica y ella me hubiese dicho *¿lloras, querido?*, y yo, *sí, amor, de felicidad*; qué bonito.

Miguel acciona la palanquita del intermitente, está llegando al cruce, ya está en el carril de salida, mete la tercera, la segunda, paciencia, lleva delante tres furgones Galletitas Snack, ¿será posible que la gente coma tantas galletitas? Lentamente va saliendo de la curva, ahí está la gran G y la gran P, Guindaleta Plásticos; ya se ha dejado este tío el luminoso encendido; las diez de la mañana y a nadie se le mueve el alma por ese gasto inútil, y la estrella azul de Guindaleta sigue parpadeando, me hace guiños como para cabrearme un poco más, pero hoy no, hoy lo tomo con calma, no pienso disgustarme por nada, el luminoso encendido y por mí que no se apague, hoy es fiesta: se ha muerto Sancho Fajado, hay que celebrarlo. Y quitarme de la cabeza eso de que a mí no me importa; me importa mucho, le estoy muy agradecido: ya no tengo que matarle.

* * *

Tienen cara de renta antigua, de clase media inmovilizada en un dignísimo acomodo de medio siglo. Viven en aquella casa de fachada solemne y ascensor caviloso, parece que lo piensa, sube y baja lento, seguro, soñoliento, desde el gran portalón hasta el sexto piso. Los Gilmaestre son vecinos del casón neochurriguerresco desde 1934; no han conocido otro hogar, allí nació Clara y de allí salió, vestida de novia, para cumplir su condena: paseo de Santa Engracia, hoy García Morato, en el barrio de Chamberí. Pagan 732 pesetas de renta mensual.

Demetrio Gilmaestre tocó techo profesional en 1955, con su ascenso a oficial de primera clase. De ahí no pasa, porque ése es el tope para los funcionarios de su cuerpo ingresados en tres promociones extraordinarias para las que sólo se exigió el título de bachiller elemental. Posteriormente ha podido perfeccionar tan discreta situación y ampliar su horizonte administrativo terminando el bachillerato y haciendo unos cursos de capacitación para ascenso a jefe de negociado, pero a Demetrio Gilmaestre no le apeteció nunca el cambio; conoce a la perfección su trabajo, lleva haciéndolo desde 1933 y se lo sabe. No hay quien lo mueva de su puesto en la Dirección General del Tesoro, nadie lo envidia, vive tranquilo sin temor a zancadillas ni a cambios políticos, ha conocido a docenas de ministros, subsecretarios y directores generales.

—Eventuales —dice— muy respetables, pero eventuales. A mí me ha respetado lo mismo Indalecio Prieto que Cabello de Alba que el que venga: estoy aquí por oposición y a todos les sirvo con el máximo respeto, muy señores míos.

Clotilde, su mujer, una señora; toda la vida una señora. Tiene un abrigo de astracán, geranios en los balcones, pilistras en el mirador, un mantón de Manila, quince días al año de veraneo en las costas de Levante, misa de doce los domingos, un mueble bar con whisky español, anís, coñac y jerez dulce, un marido metódico y, como pesadumbre dolorosamente soportada, una hija, su única hija, liada con un fabricante de plásticos.

Clara tardó más de un mes en saber por qué la maltrató su marido, por qué se había visto arrojada de su lado. Clara Gilmaestre estaba hecha un lío. Convencida de su culpabilidad, vivía en permanente examen de conciencia buscando en sí misma, en su conducta y en su cuerpo la causa del fracaso de aquel matrimonio que se anunciaba casi maravilloso: un novio joven, no excesivamente brillante pero situado por encima de la línea de mediocridad de don Demetrio y decidido a casarse pronto. A doña Clotilde la entusiasmaba

aquel chico tan correctamente vestido y, sobre todo, tan decidido a llevar a su hija al altar.

—Viene con los papeles en la mano —decía a sus amigas—; es claro como el agua; marido nato.

Le inventaba parentescos casi aristocráticos, antepasados gallegos y porvenires fastuosos. Y Clara, cuando repasa después el calendario de aquel noviazgo —siete meses— y la conducta enamorada de aquel novio, el primer novio formal, sólo encontraba recuerdos sin relieve; incluso carecieron de relieve los besos de Sancho Fajado y eran más duraderos y señalados en su memoria los besos y las manipulaciones de dos novios informales y pasajeros con los que nunca pensó casarse.

Su padre se puso en lo peor. La casa de los Gilmaestre tuvo aquellos días aire de drama histórico, de tragedia hispano-musulmana, de pieza misteriosa, pirandeliana. Y también de disparate, de absurdo teatro de Ionesco: una muchacha de veinte años regresaba al hogar, buscaba refugio en sus padres y contaba, sencillamente, lo sucedido:

—Me ha pegado.

Veinte años perfectos, bachiller superior, taquigrafía, mecanografía, 1,635 descalza, tres círculos mágicos proporcionados y firmes, la cabeza en su sitio y hasta unos andares un poco, muy poco, a lo pato que en ella resultaban graciosos y la obligaban a enderezar el busto y a mecerlo algo más de la cuenta, lo que daba a su caminar un extraño atractivo. Pese a todo, regresaba repudiada y confundida, como las hijas del Cid, de su viaje de bodas. Pero Demetrio y Cloti no eran el Cid y Jimena, castellanos viejos, orgullosos y nobles, sino más bien lo contrario; la recibieron de uñas:

—¿Qué le has hecho?

Momento dramático perfectamente asumido por Clara, que soltó las maletas, se derrumbó sobre un sillón y dijo entre sollozos:

—¡Nada, os lo juro! El taxi está esperando que bajéis a pagarlo.

Para Cloti el asunto estaba clarísimo: algo había hecho su hija a aquel chico maravilloso; un marido es, de todas todas, maravilloso para su suegra; si más tarde las relaciones se enzarzan de acuerdo con el tópico y estalla la guerra fría es, casi siempre, porque el marido empieza a ser un tipo maravilloso también para su mujer y porque un hombre pierde mucho atractivo cuando desaparece su aureola de muchacho-buenísimo-que-va-a-cargar-con-esta-niña.

El padre bajó corriendo a la calle; el taxista esperaba muy tranquilo, leyendo *Marca* y con la bandera bajada, lo que le pareció a Demetrio una

inmoralidad y un abuso. Todo lo que hacen los taxistas le parece siempre un abuso. Y lo que hacen los camareros y los acomodadores; Demetrio es así.

—Hombre, si ya ha llegado al punto de destino, debería usted haber subido la bandera en vez de estarse ahí tan tranquilo leyendo el periódico y dejando correr el taxímetro; ¡cincuenta y ocho pesetas de Atocha aquí!

—¿Cincuenta y ocho de qué? —el taxista estaba indignado porque se había portado muy bien con Clara; adivinó que algo grave le ocurría a aquella niña acongojada, hecha un lío con sus maletas, que él llevó, compadecido, hasta el ascensor, y asustada porque no encontraba en el bolso más que doce pesetas y él dijo que no se preocupase, que esperaría, y entonces llegaba aquel fulano faltándole en lugar de darle las gracias—. Cincuenta y ocho y doce de las maletas y cinco de servicio de estación: setenta y cinco pesetas, caballero.

Que eran muchas pesetas entonces por un recorrido en taxi desde Atocha a Chamberí.

—¿Qué le has hecho?

—No lo sé, mamá.

Se lo preguntó a sí misma desde la primera bofetada; no había respuesta; indagaba, escarbaba en su estupefacción y se imaginaba culpable, pero no sabía de qué, no sé, no sé nada, me pegó, no sé por qué, cuando empezábamos a ser marido y mujer; yo estaba asustada, porque piensas que va a ser… no sé, como sacarte una muela, pero empezaba a tranquilizarme; parecíamos muy compenetrados, nerviosos los dos, pero sin atropellamientos; me trataba con delicadeza y no estaba resultando tan doloroso como me temía. Empezaba a pensar en eso que he leído, que me han contado alguna vez, que después llega el placer y esperaba algo mejor, más logrado y auténtico que lo que yo misma, sola, a escondidas, había conseguido registrando pecadoramente mi cuerpo, pecado, pecado, y así ya no había pecado y no me importaba el dolor, sabía que aquél era el precio y Sancho se comportaba con miramiento, callado, sin gestos ni palabras, con los ojos cerrados; y yo empezaba a ciegas, intentaba poner algo de mi parte con la mejor voluntad, y entonces le salió aquel gemido, ¡madre mía! dijo, vaya un momento para nombrar a su madre, muy desdichado tenía que sentirse un hombre para clamar por su madre en un momento como aquél, pero no me extrañó demasiado, yo también digo madremía y diosmío sin pensar en Dios ni en mi madre, dijo madremía como un niño, con un gemido, con un sollozo y pensé que así es el placer, qué bien lo está pasando mi marido, esto marcha; y que pronto, quizás, estaría yo también disfrutando de aquello y llamando entre suspiros a mi madre, pero a mi madre fue él quien la nombró con la primera bofetada y todavía me

pregunto por qué, por qué, tan abatido como estaba, reaccionó de pronto metiéndose con mi madre; y no sé, no lo sé, no sé nada.

No había ternura ni piedad en el asombro dolorido de Clotilde.

—Nadie pega a nadie porque sí. Y menos a su mujer. Y menos en la noche de bodas. Tu padre nunca me ha puesto la mano encima, Clari, hija, a mí no puedes engañarme.

—No sé, mamá, me ha pegado tres veces, me ha insultado, me ha tirado la ropa y las maletas.

Demetrio Gilmaestre volvió de la calle con gesto amargado.

—Setenta y cinco pesetas he tenido que pagarle a ese tío. Era un reproche; se lo dijo a Clara como acusándola: como si entre ella y el taxista le estuvieran chuleando.

Después se fue a la calle otra vez, al bar Virginia, a tomarse un cortado. Fue como una tregua concedida a la madre y a la hija; las dejaba solas para que en la intimidad despejasen aquella incógnita turbia, femenina. Y apoyado en la barra del bar pasaba revista a sus recuerdos, aquel muchacho era un caballero, no como otros que habían puesto las zarpas en Clarita, aquel chuleta de Benidorm, bailaba el tango que daba vergüenza verlo y consentirlo, y el otro, el de San Pedro del Pinatar, la llevaba del brazo al tercer día de conocerse, ni se lo había presentado; pálido como un muerto se quedó cuando apareció el padre que esperaba detrás de un árbol y pegó a Clara un bofetón dignísimo y el tipo se largó sin decir ni pío. Demetrio levantaba liebres y guardaba el honor familiar, acusaba a la madre, esta niña, esta niña, no sabes dónde se mete tu hija… Se tomaba el café a pequeños sorbos y le sabía amargo, no es extraño, a veneno me tenía que saber, tenía yo razón, desconfiaba de mi hija, y aún se ve que desconfiaba poco, atada tenía que haber estado. Por eso le sabía amargo el café; allí estaba el azúcar, había olvidado echarlo; pagó y volvió despacio, serio, estirado, a su gran portal, a su ascensor soñoliento. Llevaba en la mente el acta de acusación.

Cloti, desde lo más hondo del sillón de oreja, elevó hasta él una mirada húmeda y desventurada, gallinácea.

Demetrio respondió con otra mirada fría, dura y antigua.

—Se ha acostado.

—¿Y qué?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Qué es lo que me estáis ocultando, Cloti?

—¿Yo?

—Tú y tu hija.

Demetrio a Cloti y Cloti a Demetrio se echaban en cara a su hija, tu hija, siempre, desde niña, cuando Clara incordiaba, dejaba de ser Clara, la nena, angelito, Clari, Clarita, Claritín, esa niña tu hija, hija tuya, como un producto partenogenético, un ser extraño, advenedizo, indeseable, extrauterino: *tu* hija.

¡Qué dramón tan mal inventado! Tenían con ellos a su hija, llegaba rota, maltratada, se refugiaba en ellos. Y en veinte años de criarla, de verla crecer, hacerse y ser quien era no la conocían lo bastante ni la amaban lo bastante para ponerse de su parte, ni aun para intentar creer en ella antes que en un extraño. Cuando entre aquellas cuatro paredes tendría que estar alzándose un cadalso para ajusticiar a Sancho Fajado, lo que ponían en pie eran potros, mancuerdas y parrillas para hacer confesar a Clara.

—No te oculto nada, Demetrio; se lo pregunto ¿qué le has hecho a ese hombre?, nada, nada, nada, y de ahí no hay quien la saque.

—¿No me estaréis ocultando lo que me temo?

—No sé, Demetrio.

—¿No será que ese chico se ha encontrado con una estafa?

—¿Qué estafa? Yo no he estafado a nadie, tú tampoco.

—Pero tu hija… ¿Pondrías tú la mano en el fuego?

—Siempre te pones en lo peor.

Lo peor para un padre español; el drama agareno de la virginidad. La esposa era justamente repudiada, previo apaleamiento, por presentarse en la habitación del hotel —escenario habitual en el que se remata el ilusorio y enmarañado festejo—, primera etapa del viaje de novios, con el pasaporte desprovisto del indispensable sello legitimador y probatorio: el himen, el santo himen, el himen precinto, garantía, soy virgen, certificado; el himen frontera, defensa, stop, no, eso no, pídeme lo que quieras menos eso, lo he de guardar; el himen tesoro, ofrenda, es lo único que tenemos las mujeres, no me lo pidas; el himen obligatorio, esencial, no me hagas una desgraciada, respétame, has recorrido toda mi piel, la has transitado a conciencia y has esparcido por mi cuerpo tu lujuria, los botones de mi corpiño, cariño, han sido mil veces forzados por tus dedos habilidosos y tus dientes saben cómo soy agradecida a sus caricias semianimales pero todo eso lo remedio mañana mismo en un rincón de San Casiano, con el padre Recuero que es viejo y sordo y no se entera del pecado, sólo de que has pecado y por eso estás allí, al otro lado de la celosía, me acuso, padre, y él te pregunta cuántas veces.

—¿Cuántas veces, hija?

—Cuatro, padre.

—¿Cuántas?

—Cuatro… ¡Cuatro!

Y entonces, cuando se entera, te pone una penitencia de cuatro lo que sea, según le da, cuatro avemarias, cuatro rosarios, cuatro santiguaciones, cuatro credos o cuatro peregrinaciones a pie a la ermita de San Isidro Labrador, con lo que te quedas limpia de alma y sales de la iglesia como unas castañuelas con el perdón y la Gracia, y con tu cuerpo íntegro, sellado y garantizado, tal como el confesor aconseja:

—¿Eres virgen, hija?

—Eso sí, padre; a prueba de bomba.

—El Señor se complace en tu virginidad; es el mejor obsequio que te ha hecho, confiarte ese tesoro para que lo guardes; no es tuyo, lo tienes en depósito y has de ofrecerlo intacto al esposo que el Señor te destine. O al mismo Dios, si te concede el don precioso de Su vocación.

Sí, padre, sí, padre, y la joven redimida y alborozada hace un broche precioso, refulgente, con la santidad, la pureza, la virginidad de manera que todo es uno e indestructible y ese día no se deja tocar el borde del escote ni el borde faldero; y el borde de las medias, ni soñarlo, déjame, no me toques, he confesado y comulgado, y las manos del novio se someten, retroceden amansadas, dulcificadas, reverentes porque él también fue educado en ese respeto y ha participado en la alegría de la Gracia, saborea esta tregua de purificación, tregua sagrada, hoy eres templo vivo del Espíritu Santo, mujer, hoy me basta con tu mirada limpia, *tus ojos como los estanques de Hesebón junto a la puerta de Bat-Rabim*, porque el novio también te quiere virgen si es buen chico, si es novio formal, quiere terminar su carrera, hacer el servicio militar y tomar, en su noche de bodas, ese presente, ese don, ese tesoro que guardas para él. Y si no es formal y sólo desea utilizarte como máquina erótica que responde a determinados estímulos, que tiene unas manos, trae, déjate llevar, y unos muslos, déjame, si me quieres déjame, y sólo desea eso, recrearse en pequeñas simulaciones gratificantes, respeta el precinto, se detiene como un caballero ante tu virginidad y con ella afianza su coartada, he sido bueno, la he sometido a oscuras dejaciones, hurgué en su cuerpo por caminos tergiversados, odiosos, pero respeté su virginidad, no la he dañado. Y si no es formal, si es un donjuán, un granuja, ése sí, ése quiere tu honrado himen, quiere arrebatártelo como un trofeo de caza, y exhibirlo, le gustaría llevarlo a un taxidermista y encargarle una tabla rústica con tu himen disecado, planchado, mostrando el desgarro de la pieza cazada, mostrando la

herida, cazado por mí, ved, este virgo lo cacé en Huelva y éste en Toledo y éste en Benidorm y éste en Oslo…

—¿En Oslo un virgo? No seas fantasma.

Demetrio Gilmaestre se pone en lo peor, piensa mal y acertarás; él lo hizo, estrenó a una moza, la desdoncelló; sin duda era virgen, no había más que ver cómo lloraba, me ha deshonrado usted, señorito Demetrio, qué va a ser de mí ahora. Tenía diecisiete años; él, veinte y se sintió muy realizado, rebosaba hombría y vanidad:

—Un virguito, chico.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Yo?

No tenía que hacer nada; procurar que a la chica se le olvidase la impresión y continuar entrando en su cuarto de madrugada; cuando se le pasara el susto y, más calmada, dejase de cerrar la puerta con el pestillo.

—¿Y si la has dejado embarazada?

—A mí que me registren; no sé nada.

No quiso saber nada de aquella criadita de diecisiete años que, por suerte para todos, no se quedó embarazada hasta un año más tarde, cuando ya tenía novio, un muchacho de su pueblo, con lo que evitó disgustos, cavilaciones y cotilleos porque así no había piques, malas notas ni responsabilidades discutibles. En aquel pueblo era uso y costumbre; las mozas con novio apalabrado quedaban preñadas y tenían un hijo o dos que la familia aceptaba con algún aspaviento —por no parecer gente sin principios—, sin dramas ni demandas de reparación, que el honor no se había perdido y lo demás se repararía en su momento el chico se iba a hacer su mili, aprovechaba algún permiso para hacerle otro crío a la novia y volvía licenciado para festejar sus bodas como un hombre y reunirse con su mujer y con su hijo. O sus hijos.

Demetrio asistió con sus padres a la boda y, después de casado, volvió varias veces al pueblo, en visita formal, de excursionista dominguero, acompañado por Cloti; y, más tarde, también con Clara; se complacía en el recuerdo de su hazaña visitando a la muchacha que se iba reapalurdando, desparramándose de ancas y desgraciándose de busto porque el marido continuaba gratificando los sudores y las tiriteras del duro laboreo mesetario con aquel cuerpo fofo y condescendiente que había sido estrenado por Demetrio.

—Ya ven, señoritos, cada año una boca más.

Cloti le entregaba unos billetes para el último nacido y Demetrio buscaba en el primero sus propios rasgos, la nariz de los Gilmaestre, que casi nunca

fallaba en la transmisión genética, y encontraba que aquel hijo se parecía a los otros, a sus hermanos, sin nariz ni cosa alguna de los Gilmaestre; le hubiese enorgullecido verse en aquel muchacho, como los reyes antiguos se veían en los labios abelfados, en las cabezas de huevo de los bastarditos que sembraban por los caminos del imperio; con ello quedaría perpetuada su posesión, su gran machada, la proeza de haber sido el primer varón de aquella hembra y el primero que la hizo llorar la virginidad perdida. Porque ella la lloró dos veces; una para su señorito, planto humilde, respetuoso, de usted, y otra para el que había de ser padre del hijo, me has deshonrado, y la lloró a conciencia, éste no se me escapa como se me escapó el señorito Demetrio, a ver qué vida, ésos no quieren saber nada, son cuentos, fantasías, eso que dicen, que algunos se casan con la muchacha, ésos no se casan más que con las señoritas por mucho que les llores, éste es seguro, hay que apañarse con el novio del pueblo y llorarle con ganas y que le entre el reconcomio, me has deshonrado, has abusado de mí, a la fuerza, que yo no quería, me tapaste la boca para que no chillara y me has quitado la honra, me has quitado la honra, me has quitado la honra; nadie me ha quitado la honra porque honrada fui con el uno y con el otro, nada me dieron, nada les pedí; ellos sí me lo pedían con unas ansias que parecía como si se les fuera la vida si yo les negaba aquello. Me hicieron daño los dos y se pusieron tan contentos, ¿a ver? ¿a ver?; querían convencerse y yo también quería que se convencieran; que supieran que me habían herido, que habían abusado de mí, que me habían robado mi honra, eso: lo único que Dios nos ha dado a las mujeres.

Demetrio Gilmaestre se negó a aceptar las confusas explicaciones de su hija. Cloti tardó tres días en atreverse a afrentarla con la difícil pregunta.

—Dime la verdad. ¿Fuiste entera a la boda?

—¿Entera?

—Entera; virgen.

—Sí.

—Entonces ¿no ha sido por eso?

—No, mamá.

—Y ahora ¿eres virgen?

—Ahora no.

Esta conversación con ligerísimas variantes, se repitió dolorosa y cada vez más ásperamente durante tres días más. Clara llevaba una semana en casa de sus padres, Fajado no daba señales de vida y Clotilde, sin demasiada convicción, presentó su informe:

—Estoy casi segura de que tu hija ha ido virgen al matrimonio.

—Entonces ¿qué le ha hecho a ese hombre?

—Habrá que preguntárselo a él; reconoce que éstas no son maneras; no le hemos hecho nada, le dimos nuestra hija, para nosotros lo mejor del mundo; digo yo que esto no está ni medio bien, tiene nuestro teléfono, sabe nuestras señas, y si no viene, ni escribe ni llama por algo será.

Demetrio caviló mucho. Rehuía las miradas de las dos mujeres. Inocente o culpable, a Clara ya no había preguntas que hacerle. Sancho tenía la respuesta, pero a su suegro le resultaba muy difícil pedírsela. Tardó un mes. Varias veces marcó en el teléfono el número del yerno, pero cuando oía su voz colgaba acobardado. Finalmente, le escribió una tarjeta, rota cinco veces: «Querido Sancho: creo que debemos hablar para aclarar la situación. Telefonéame o escribe; di dónde y cuándo podemos vernos. Tu padre político, DEMETRIO». La primera redacción le gustó infinitamente más; era una larga carta ampulosa, dramática, en la que citaba el Génesis y alguna encíclica; empezaba con un «Muy Sr. mío y distinguido hijo político» y terminaba con un canto a la honrada familia española escuela de virtudes y espejo de la nación.

Sancho no se hizo esperar: llamó al día siguiente:

—Cuando usted quiera, don Demetrio. Yo también pienso que debemos tener un cambio de impresiones. Aquí, en mi casa, si le parece. Es más discreto; estas cosas no se pueden tratar en un café.

Era un piso antiguo y mesocrático, también de renta antigua, antiquísima, en el viejo Madrid castellano, levítico, anterior a la Casta, la Susana, Felipe y la Revoltosa; el Madrid episcopal de viejos palacios, calles tortuosas, tejados decrépitos, convulsos, goterones, chimeneas torcidas y fachadas destartaladas, roídas. Ochenta años lo habitaba la familia Fajado reducida últimamente a Sancho, al casarse su hermano Amalarico. Lo había modernizado con la colaboración de Clara; los muebles de la alcoba y el saloncito eran nuevos, comprados para estrenar una nueva vida.

Cuarenta y dos días después de la boda, Demetrio Gilmaestre entraba en aquel piso para encontrarse con un Sancho apenado; yo estoy hundido, esto para mí es peor que la muerte, y miraba con amargura a su suegro que le correspondía con un gesto desolado y comprensivo.

—¿Pero qué ha pasado, hijo?

—Ya ve, mire el piso, nuevo, modernizado con toda la ilusión del mundo.

—Sí, hijo, sí, pero ¿qué es lo que te ha hecho mi chica?

—Y vea qué dormitorio: nuevo hasta el piso, linóleo, lo que no tuvieron nunca mis padres, en paz descansen.

Demetrio aprovechaba todos los huecos para repetir su pregunta, lo que, poco a poco, fue irritando a Sancho que pasó del tono lastimero al sarcástico:

—Un papel magnífico es el que voy a hacer yo ahora ante la gente.

—Pero si al menos supiésemos el porqué de todo esto…

—Imagínese lo mejor, hombre, lo más pintoresco ¿no ve cómo estoy disfrutando? Ande, ande, vamos a dejarlo ¿quiere?…

Mire, mire qué mueble bar, lleno de botellas sin estrenar, dígame qué le apetece.

—Tomaré una copita de coñac.

—Menos mal que no me ha dado por la bebida; otro no sé qué hubiese hecho en mi lugar.

—Creo que otro, en tu lugar, trataría de volver a empezar; tiene que haber una solución.

—¿Usted cree?

—Siempre hay una solución.

—Está usted listo. Se dice muy fácil.

—Pero ¿por qué no?

Sancho estrelló contra la pared su copa de coñac. Acercó a Demetrio su rostro lívido, desencajado.

—¡Está bien, está bien; papá quiere saberlo! ¡Pregúntele a Clara y déjeme tranquilo! ¿Es que no tiene bastante con haber destrozado mi vida? ¡Váyase; váyase y pregunte a su hija!

Agachó la cabeza. Posiblemente hubiera reaccionado de otra manera en el estadio Bernabeu. Partidario muy entusiasta del Real Madrid, Demetrio era capaz de coger por las solapas y zarandear enérgicamente a un tipo como Sancho Fajado si osaba discutir un gol o un penalty concedidos a su equipo en circunstancias confusas. Pero se trataba del comportamiento de una chica, su hija; no pondría él la mano en el fuego por una muchacha en tiempos de impudor y desenfreno como los que estaba viviendo. Su hija era un ser misterioso, extraño, depositario frágil y sospechoso del honor familiar, mientras el Real Madrid era un equipo selecto, noble, poderoso que actuaba sin tapujos, a cara descubierta, ante la mirada sagaz de su fiel seguidor, Demetrio, que sería capaz, en su defensa, de pegarse con Sancho y con hombres más bragados que Sancho.

Entonces, en aquel mismo día, por razones ajenas a la visita de Gilmaestre, intervino el psiquiatra, Cesáreo Picón, el que recetaba vírgenes y nupcias formales a impotentes afligidos y, posiblemente, a maricas contritos.

El doctor Picón, empírico de escasa práctica en lo que no fuese disciplina de loquero, imbécil bienintencionado, constante y porfiado con sus pacientes, había tomado nota en su agenda: un mes después de la boda Sancho Fajado debería llamarle para informar del resultado obtenido con la terapia nupcial. No llamó, y el doctor le concedió en su agenda diez días más.

Apenas habían pasado treinta minutos desde que abandonara el piso Demetrio, abochornado y roído de iras y sospechas, convencido de la culpabilidad de Clara; aún no había recobrado Sancho la serenidad perdida, cuando sonó el teléfono.

—Hola, Sancho, soy Cesáreo Picón.

—…

—¿Me oyes?

—Sí.

—¿Todo marcha bien?

—Ni bien ni mal. No marcha.

—¿Por qué no has venido a verme?

—No vale la pena.

—Debiste llamarme, quedamos en que lo harías.

—¿Para qué?

—Ven hoy mismo, esta noche. Y si te parece tarde, mañana ¿me oyes?

—No voy a ir; estoy harto de usted; ya se ha divertido bastante conmigo ¡déjeme en paz!

—Sancho, eso tiene cura, te lo aseguro.

—¡Váyase con sus locos; a mí la cabeza me funciona muy bien: mejor que a usted!

—¿Dónde está tu señora?

—En casa de sus padres, creo, no estoy seguro.

—¿Cuándo te ha abandonado?

—Vaya usted a hacer puñetas.

Sancho colgó con un golpe innecesaria e inútilmente violento; en el oído del doctor sólo sonó un click normal a pesar de que el choque fue tan fuerte que cascó el auricular.

Tenaz y enamorado de su profesión, paciente doctor Picón; gracias a él, y a la guía telefónica y a lo insólito de su apellido paterno, Clara lo supo, supo el porqué de los golpes, de las maletas y las ropas tiradas a la cara, del ¡madre mía! desfalleciente preludio de las bofetadas.

El doctor buscó en el expediente Fajado la invitación de boda, el nombre del suegro, aquel apellido clarísimo y desusado, Gilmaestre; sólo uno en la

guía telefónica.

Marcó el número, pidió hablar con la señora de Fajado.

—No sé si me recordará, señora; asistí a su boda. Cesáreo Picón.

—No recuerdo.

—El médico de su esposo.

—Ah.

—Está enfermo.

—No me importa la salud de mi esposo.

—Venga a verme, señora; tenemos que hablar; es en bien de los dos, de usted y de Sancho; no han fracasado, están en un error; eso no tenía por qué haber ocurrido; ustedes pueden ser felices; tienen que ser felices.

—Creo que no vale la pena ya, doctor.

Sin embargo, deseaba que aquel hombre estuviese en lo cierto, y que insistiese. Insistió.

—No puede negarse, Clara, hija mía, permítame que la trate con la misma confianza que a su marido. Mañana la espero ¿vendrá?

## 2

## INOCENTE

AUNQUE ZURRADA y baqueteada por vientos sin nombre y por experiencias confusas, inexplicables, que nada le habían enseñado por el momento, Clara era aún la muchachita de veinte años capaz de someterse, temblorosa pero esperanzada, al juicio y al consejo de los doctos, los maduros y los investidos de autoridad.

A las cinco de la tarde del día siguiente, sola —se negó a ser acompañada por su madre—, comparecía ante el doctor Picón que la contempló con ojillos cariñosos y la saludó con bienvenidas zalameras; adelante, adelante, hija, no sabe cuánto le agradezco este paso; qué preciosidad de nena, muy malito tiene que estar Sancho Fajado, a mí me podían echar terneras como ésta, hermosa chiquilla, mejor que vestida de novia, si no curo a Sancho con este remedio, verdaderamente es un enfermo desahuciable porque es hermosa, muy hermosa; a un muerto curaría la impotencia.

De milagro se había librado Clara de las últimas tarascadas de su padre. Demetrio regresó buscando escape y alivio para la ira que le había producido la actitud insultante y amenazadora de su yerno, dispuesto a poner a Clara contra las cuerdas, a golpearla hasta que confesara su falta; Clara había salido a confesar, en busca de luz, de consejo, pues no se creía merecedora de penitencia; Cloti aguantó, sin poder hablar, la primera rociada de aquel padre iracundo que recorría la casa como rastreando; se acabó, vamos a saber la verdad de una vez, ¿dónde se ha metido?

Se fue solo al cine después de que Cloti le pudo informar de la llamada del médico y de su fe en una reconciliación:

—Pueden ser felices; se lo ha dicho.

Buscaba luz, coraje, consejo y perdón; perdón para el prójimo, para quien te ha lastimado, arruinado; quería saber cómo, qué se hace para perdonar.

**Confesión de Clara ante el presbítero don Raimundo Calzadilla, en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel:**

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—La última vez que me confesé fue hace un mes y diez días. Desde entonces, no he cometido ningún pecado mortal.

—Muy bien, hija.

—Al día siguiente de confesarme contraje matrimonio.

—Muy bien, hija. ¿Eres feliz?

—No. Mi marido me ha repudiado; me pegó y me echó; estábamos en un hotel.

—¿Qué le hiciste, hija?

—¿Usted también, padre?

—¿Yo también qué?

—Mi padre y mi madre me preguntan qué le hice. Yo no le hice nada. Y ahora usted. Y mi marido no me acusa de nada. Me echó y ya está.

—¿Entonces por qué vienes al confesonario? ¿Tienes la conciencia limpia?

—Sí, padre. Vengo porque no tengo a nadie a quien acudir; mis padres creen que yo he tenido alguna culpa.

—Confía en tus padres; ellos tienen más experiencia que tú. Y te aman; eres su hija. Quizás eres culpable sin saberlo. ¿Fuiste virgen al matrimonio?

—Sí, padre.

—Haz examen de conciencia, de toda tu vida pasada.

—Lo he hecho, padre. Quiero que me aconseje; hoy me ha telefoneado un médico; dice que mi marido está enfermo y que debo ayudarle, que aún podemos ser felices. Pero él me echó, yo no me fui.

—Perdónale si ahora te llama. Y si es preciso, pídele perdón.

—¿Perdón de qué?

—De lo que sea; tarde o temprano te lo dirá; y si no, es igual; la humildad y la caridad son grandes virtudes; ejercítalas. El que se humilla será ensalzado. Pídele perdón y ayúdale en su enfermedad.

> —Pero ¿y si me pega?
>
> —Sopórtalo con paciencia y caridad. Ofrece tus penalidades a Cristo, que dio su vida por ti en el Calvario. Y piensa en la Santísima Virgen; María era pura y tú no; concebida sin mancha, llena de perfecciones, fue mujer y fue casada, pero no tuvo marido; San José era su esposo, pero ella no conoció varón. Soportó las servidumbres del matrimonio, lavaba la ropa de San José, le hacía la comida, le cuidaba en sus enfermedades. Mírate en ese espejo; sé una buena esposa humilde, paciente y santa…

Demetrio aplazó una vez más la violencia. Huyó a Hollywood, que era su refugio desde que llegara la hija repudiada: se encerraba en la cocina, comía de pie y con prisa cualquier cosa y salía sin un adiós procurando no encontrarse con Clara ni con su mujer. Atrincheraba su tregua en cines baratos de sesión continua y programa doble con películas que habían sido grandes éxitos diez años atrás; allí rumiaba pipas, cacahuetes y almendras al mismo tiempo que sus amarguras; lástima de vida honrada, desvelos por la hija, buen padre, buen esposo, funcionario sin tacha; y a veces, unas lágrimas le punzaban los párpados y dificultaban la visión del lujoso trasatlántico en el que Clark Gable jugaba una mala faena a Spencer Tracy y volvía tarumba a Loretta Young. Salía con el último «*The End*» y encontraba la casa callada, a oscuras; no había preguntas ni respuestas, y se acostaba huraño, sin mirar a su mujer y sin buenas noches, sin los acostumbrados comentarios sobre su hígado, su aerofagia o su capacidad de predicción meteorológica; me pincha el callito, mañana llueve: no falla. Y no fallaba, lo que le producía gran satisfacción. Bueno, pues ni eso: callado, ofendido, hermético.

Clara supo el porqué de su descalabro; allí estaba, sonriente y seguro de sí mismo, el hombre de ciencia, el que dispuso de ella como de un frasco, como quien receta una hormona, tres comprimidos al día, acuéstese con una virgen y será usted hombre.

—¿Por qué lo ha abandonado, mujer?

—Me echó a bofetadas. No sé por qué. Me tiró las maletas a la cara. Yo no lo abandoné.

—Ya. ¿Usted le insultó, le echó en cara su impotencia?

—¿Conque era eso, doctor?

Era eso, esposa inexperta, mal preparada; el doctor Picón fue muy claro:

—Sancho sufre una dificultad psíquica; inicia el acto sexual con toda normalidad. De pronto, algo rompe el circuito, cesa su aptitud y se produce un desistimiento involuntario. Y usted, que pudo ayudarle y evitarlo, ni siquiera se enteró, señora. Lamentable; no ha sabido, usted tampoco, realizar su parte y todos estamos pagando, todos, yo como médico me siento frustrado, las consecuencias de una imperdonable falta de preparación.

—¿Conque era eso?

—Sí, era eso.

—¿Impotencia ha dicho? ¿Usted lo sabía?

—Efectivamente.

—¿Quiere decir que me pegó porque a él, no a mí, le falta algo? ¿Porque está incapacitado para comportarse como un hombre?

—No está incapacitado. No le falta algo; ni algo ni nada; es un hombre completo. Necesita ayuda; eso es todo. Sólo usted puede remediarlo; no supo hacerlo, pero aún estamos a tiempo; de eso quiero que hablemos.

—¿Por qué no me lo dijo antes de la boda? Tenía derecho a saberlo.

—¡Tenía tanta confianza en usted, en su atractivo físico! Era un riesgo aceptable; ni debía ni podía prevenirla.

—Por miedo a que yo les mandase a paseo a los dos: a mi novio impotente y al médico que me sacrificaba por el gusto de hacer una prueba.

—Eso lo pensé, claro, y no podía arriesgarme a espantarla cuando mi paciente había sido tan afortunado en su elección. Pero no callé sólo por ese motivo; es que aunque hubiese logrado convencerla, compréndalo, señora, nos exponíamos a un fracaso terapéutico. Porque no es igual: si uno lo sabe, inevitablemente deja de comportarse con naturalidad; eso lo captan en seguida estos… enfermos.

—Pero ¿con qué derecho me utilizó?

—Perdón, Clara, no adelantamos nada con reproches; dejemos de culparnos unos a otros; con eso no solucionamos el problema. Vamos a conseguir un final feliz, estoy seguro; tenga fe en mí… Después, si quiere, discutiremos mi culpabilidad. Ahora sólo le pido menos de media hora; exactamente veinte minutos. Se trata de algo que debió aprender usted en el colegio, pero nunca es tarde.

Cuando el doctor Picón recibió la bofetada, cuando cayó al suelo el proyector de cine «super-8» con el que intentaba aleccionar a Clara en técnicas de la práctica sexual que eran una verdadera marranada destinada a cines porno, a enardecer palurdos y a estimular viejecitos, cuando la enfermera, decidida, serena y profesional, entró con andares de cowboy y

encendió la luz, Clara tuvo aún tiempo para coger un florero del psiquiatra que, muy afortunado, recibió el impacto con las flores por delante. La enfermera —cordón marrón de judo, porque en una consulta psiquiátrica nunca se sabe lo que puede ocurrir— sujetó férreamente a Clara que, tensa y agresiva, se desmadejó de pronto y rompió a llorar.

—Déjela, señorita Suárez, ya se le ha pasado.

—No se me ha pasado; es que esta tía me puede… ¡Bestia!

—No diga eso; ya se ha serenado; estoy tan seguro que ya ve: señorita Suárez, déjenos solos. Y ahora hablemos sin ira; comprendo su reacción…

—Buena cerdada me hicieron.

—Pero usted trate de comprender que mi deber como médico era ayudar al enfermo.

—No lo entiendo: por un lado no me avisa, para evitar que mi preparación, mi conocimiento del problema me delate, se me note y le quite naturalidad a mi comportamiento; por otro, me acusa de inexperta y me pone esa guarrería, esa película horrible. ¿Es que yo tenía que saber todo eso? ¿No hubiese sido más sencillo que mi marido supiese su parte? ¿Qué hubiera pensado de mí ese marica, ese cobarde?

—Oiga, no, no confundamos las cosas. No hay ni asomo de problema homosexual.

—El que pega a una mujer es un marica.

De la consulta salió una Clara nueva, segura de sí misma, con la conciencia en paz y entonada, estimulada por la más razonable y justa ira.

Ahora sé por qué me pegó; ahora sé no sólo que soy inocente, que eso siempre lo supe; ahora sé que he estado haciendo la idiota durante todo este tiempo indagando la causa del fracaso, interrogándome, explorándome en busca de mi fallo y de una justificación para ese hombre que es medio hombre, qué canallada, los dos, el médico y el enfermo conspirando para cazarme; ahora sé el porqué de su gemido, de su ¡madre mía!, de sus bofetadas inexplicables. Y yo sin atreverme a mirar a mis padres, avergonzada. Y ellos, Pobrecillos, lo que están pasando. Y el cura pidiéndome que me mire en la Santísima Virgen, como si el cerdo de Sancho Fajado fuese un San José.

Volvió a su casa. Se enfrentó con su padre. Sin resentimiento, contenta; estaba tan animada que se creía portadora de satisfacciones y bienaventuranzas.

—Papá, mi marido es impotente. Se han burlado de mí el médico y él. Lo sabían; he servido de conejillo de indias…

Así empezó la nueva etapa odiosa; piénsalo, debes arreglarlo, escucha al médico, él te lo ha pedido, hazle caso, ve allá, a tu casa, es tu casa. ¿Por qué no has ido a verle? A tu marido, digo; es tu marido, estás unida a él: trata de rehacer tu vida.

—¿De rehacer qué? No tengo vida que rehacer con ese mamarracho; no he empezado con él ninguna vida. El médico me ha pedido que vaya a verle, ha insistido y por fin le dije que sí, que iría. Delante de mí lo llamó por teléfono; que está aquí conmigo, que os conviene veros, que ya está enterada de todo, que se lo he explicado y quiere ayudarte, que todo va a ir bien, que es seguro, que ahora mismo, cuanto antes mejor, que reconociera que no se había portado bien conmigo, que yo lo olvidaba todo… Y el otro le dijo que bueno, que me esperaba, y el médico, para que no me entretuviese en pensar, llamó a un taxi por teléfono y me acompañó a la puerta de la calle y, mientras llegaba, me estuvo dando instrucciones: trátale con delicadeza, háblale con cariño, con naturalidad; al taxista le di las señas de mi marido, pero le dije que antes me llevase a una buena ferretería.

—¿Una ferretería?

—Compré un cuchillo de cocina, míralo, grande y fuerte, tómalo mamá, éste es, ya no lo quiero; tenía un deseo, una intención: quería matar a ese mierda.

—¡Hija!

—Matarlo, matar a ese inválido, gusano, que había abusado de mí, de la idiota de tu hija; había Cogido mis veinte años para hacer una prueba, cerdo, para quemarlos con pólvora mojada.

—Clarita, hija, no habrás hecho una locura.

—El cuchillo está nuevo, si es eso lo que os preocupa; puedes usarlo, mamá, es muy bueno me han dicho. Llegué hasta su casa; hasta mi casa; cuando iba a pagar al taxista le dije que bajase otra vez la bandera y me vine aquí creyendo que os alegraría mucho saber que soy inocente.

—Claro que nos alegra, pero…

—Pero tengo que rehacer mi vida; eso es todo lo que me dice mi padre. Lo siento, no hay arreglo, padre; he venido a decirte que no me vuelvas a mirar como a un bicho, que te enteres de una vez: no tengo ninguna culpa, no tengo por qué mirarte asustada ni sentirme culpable, ya lo sabes. Y si eres tan recto y tan caballero y te preocupa tanto tu honor, tu buen nombre, es a él a quien tienes que ir a ver hoy mismo y patearle y devolverle cien golpes por cada uno qué me dio. Y pedir la anulación del matrimonio.

## 3

## LA GRAN MARCHA

MIGUEL TEJUELO es un adelantado, un pionero, un español que fue a América como los capitanes y los adelantados de Castilla; un Hernando de Soto, un Núñez Cabeza de Vaca, un Alvarado. Sólo que a Tejuelo ni lo enviaron reyes ni descubrió Orinocos, Californias o Aconcaguas ni fundó ciudades; Miguel Tejuelo descubrió los polímeros sintéticos y fundó, aquí, no allá, una sociedad anónima: Guindasa.

Es hijo de padres que no se llevaban bien, o, mejor dicho, se llevaban fatal. Aguantaron hasta que Miguel tuvo catorce años y se separaron sin problemas; respiraron los tres, el padre, la madre y Miguel. Cuando le preguntaban de pequeño a quién de los dos quería más respondía: no lo sé. Cuando, decidida la separación amistosa, le plantearon la cuestión en forma práctica lo pensó muy poco:

—¿Con quién quieres vivir?

—Con ninguno de los dos.

Lo mandaron a Irlanda, a un colegio de jesuitas, interno. Tenía dieciocho años cuando el padre murió en un tonto accidente de caza. Pocos meses después murió la madre, también bastante tontamente, sacándose una muela del juicio. El dentista no lo quería creer; quedó impresionado para toda su vida.

La muela se había roto y no había manera de trincar la raíz sin hacer una carnicería.

—Voy a dormirla un poco, señora.

No fue un poco: se durmió del todo. No salió de aquel sueño. Las verdaderas causas del fallecimiento quedaron ignoradas, ocultas tras un impreciso y polivalente «colapso cardíaco»; se le había parado el corazón. Como a todos los muertos; para siempre.

Los estudios de Miguel, ingeniería química, su independencia absoluta —sólo parientes lejanos y una renta que había sido más que suficiente para mantenerlos por separado a él y a sus padres— le animaron a estropear su correcto inglés y mejorar su formación científica en Estados Unidos.

Llegó en el principio de la gran era en que los Kaiser y los Dupont perfeccionaban un producto que abría al hombre la época de los polímeros sintéticos, la gama infinita de los polietilenos, los polivinilos y otros compuestos macromoleculares que invadirían la Tierra abaratando el lujo, adocenándolo y señalizando una falsa suntuosidad bonita y barata al servicio del consumismo que demandaba céspedes falsos, falsos cordobanes, mármoles, maderas, gasas y lanas de imitación para una sociedad de quiero y puedo, desnaturalizando la obra de la Creación —mira qué ficus tan hermoso, parece de plástico—, subvirtiendo los valores, engatusando a los enamorados del relumbrón, embaucando a los desconocedores de la pátina y de la noble elaboración de las insustituibles materias primas y manufacturadas, de su artesanado y de su permanencia enriquecida, acrecentada con el envejecimiento, el suave y amable envejecimiento de las caobas, alabastros y bronces, de los forjados, tallas y esmaltes, imitados todos en versión macromolecular, falsificados, contrahechos, multiplicados al infinito, indestructibles y plebeyos.

Miguel, a lo largo de tres años, pasó desde el peonaje hasta la jefatura de taller en la Synthetical of Acron, Ohio. El primer año trabajó como un negro, es decir, literalmente como un peón negro, chicano o puertorriqueño. Con su diploma de ingeniero y con sus rentas, que le permitían vivir mejor que los ingenieros de la factoría, Miguel hizo un completo aprendizaje desde abajo, desde los equipos de limpieza, de carga y descarga para los que sirve cualquier analfabeto. Se le concedía el privilegio de aprender, de pasar de una sección a otra para conocerlas todas porque la Synthetical confiaba en él y en su futuro. Pasó más tarde por los departamentos de producción, los de planificación y los laboratorios; realizó, en tres años abnegados y duros, un entrenamiento tan completo que la compañía le ofreció incorporarlo al equipo directivo con categoría de jefe de división.

Pero Miguel, que nunca dejó de visitar España durante sus vacaciones y veía cómo el país superaba su mediocridad de siglos y se elevaba sobre mezquindades y ruineras, les dijo que agradecía la oferta pero prefería contribuir a la mayor gloria de la Synthetical incorporando sus técnicas y sus patentes al desarrollo español. Firmó un contrato por el que se comprometía a comprarles maquinaria y licencias y a pagarles los royalties correspondientes por cada quilo de plástico que fabricase.

Con ayuda de sus amigos norteamericanos y la de algunos eminentes cazadores, compañeros de su padre, consiguió muy pronto las autorizaciones oficiales necesarias para poner en marcha el negocio. Eran años de mucha

cacería política; ministros, subsecretarios y directores generales practicaban durante los fines de semana un deporte que les apasionaba, que no era la pura caza de perdices o venados, sino la caza del prohombre, del pez gordo, porque a las cacerías se iba a seguir el rastro y a ponerse a tiro del ministro, del financiero, del cargo, de la canonjía. Miguel encontró entre los antiguos conocidos de su padre un ambiente acogedor inesperado; aquel huérfano les inspiraba gran simpatía porque era «huérfano de caza»; su padre había caído con las botas puestas, en acción cinegética, y ello creaba alrededor de Miguel un favorable sentimiento de solidaridad y el deseo de ayudarle con los ojos cerrados, sin concesiones a la resistencia burocrática. A esto se unió el hecho de que algún funcionario de la Embajada norteamericana hizo saber oportunamente que vería con placer fuesen resueltas positivamente las solicitudes de míster Tejuelo, lo que permitió a Miguel constituir la empresa Guindasa, con una fábrica, Guindaleta-Plásticos, entre Villaverde y Getafe, y oficinas comerciales en Velázquez, donde, además del centro administrativo y comercial, domicilió la sociedad anónima.

Miguel es consejero-delegado de la empresa y director-gerente de la fábrica. Tiene a su nombre el cincuenta y uno por ciento de las acciones. El dinero, el verdadero dinero que fue necesario para poner en marcha el negocio lo aportó un águila de los negocios, César Amado Miño, muy conocido en España como hombre y como marca registrada; él reunió, con la colaboración de dos socios catalanes, el capital inicial, veinte millones de pesetas de verdad y unos créditos bancarios avalados por él mismo y por sus socios. Miguel recibió el cincuenta y uno por ciento de las acciones a cambio de ni una sola peseta. Aportaba lo que tenía; había invertido en el contrato con la Synthetical y los trámites previos tres años de su vida y casi todo su capital, unos dos millones de pesetas conseguidas liquidando la mayor parte de las herencias dejadas por sus padres.

—¿Qué aporta usted? —le preguntó Amado Miño en la primera entrevista.

—Esto y el *know-how*.

—¿El qué?

Aún no estaban los capitalistas hispanos familiarizados con el «caló técnico», el lenguaje de los tecnólogos anglosajones.

—El *know-how*, el conocimiento, el «saber cómo» se hace la cosa; he estado trabajando varios años en Norteamérica, en esta empresa. Sé todo acerca de macromoléculas, polímeros sintéticos, resinas, baquelitas, fibras de nylon. Después, he invertido prácticamente todo mi dinero en las licencias y

papeles de aquí y de allí; luego está el valor del proyecto, que lo he hecho yo…

—¿Y por ese proyecto quiere usted el cincuenta y uno por ciento del capital?

—Por ese proyecto y por todo lo que le he dicho: licencia de fabricación, técnica, dirección y esto…; en esta carpeta están las licencias de importación.

—¿Cuántos millones hacen falta?

—Los que indico en el presupuesto: cincuenta y cuatro.

—Y usted valora su aportación en cincuenta y seis. No está mal.

—Valórelo usted y verá. He calculado el valor matemático de cada una de mis aportaciones. Y, también, el valor… metafísico; incluso he aplicado un coeficiente por ser huérfano de cazador; ni yo mismo sospechaba que resultase tan valioso.

—¿Huérfano de cazador?

—Sí, sí. Ya tendrá ocasión de comprobarlo; es decir, ya lo está comprobando. ¿Quién nos ha presentado?

—El *Careto*…, el conde de Mármolas; muy amigo mío.

—Yo no lo conocía; he hablado con él una vez en mi vida, el lunes pasado.

—Pero si me dijo no sé cuántas cosas, le puso por las nubes, hablaba de usted como si lo hubiera parido.

—Conocía a mi padre; fue uno de los cuarenta o cincuenta cazadores que velaron su cadáver en una clínica de Madridejos.

—Sí, eso me lo dijo también; que su padre había muerto cazando.

Lo había hecho muchas veces don Miguel Tejuelo padre, qué cosa más tonta, pero era incapaz de resistir la tentación. Estaba en el puesto, esperando el paso de la perdiz. Se oía lejos el tumulto de los ojeadores y entonces descubrió el gran boquete del hormiguero. Dejó el amparo de las pantallas, el resguardo protector de las placas metálicas. El «secretario» se lo advirtió; don Miguel, que empiezan a llegar, que ahí se cruzan los tiros; pero Tejuelo padre no resistía la tentación, orinar en el acceso principal de un gran hormiguero, una afición pueril, se sentía grande, poderoso, un Traman aniquilando Hiroshima; se gozaba en la catástrofe, las hormigas corrían enloquecidas, del fondo del hormiguero salía un gluglú que le hacía imaginar colonias arrasadas, riadas demoledoras, todo un pueblo, un país aterrado, en ruinas; así llegó la perdigonada. Hubo un pacto de honor; nadie haría preguntas ni confesiones ni averiguaciones; incluso aquellos que pudieran sentirse culpables se beneficiarían de la duda; Miguel padre había cometido una

imprudencia de la que nadie era responsable. El «secretario» estuvo de acuerdo en declarar que a su «jefe» se le había disparado la escopeta al dar un tropezón y caer al suelo.

Pero no era un sentimiento de culpabilidad colectiva o compartida lo que animaba a los cazadores cuando ayudaban a Miguel hijo; era, sencillamente, solidaridad, una casi castrense adhesión al hijo del compañero caído frente al enemigo.

César Amado Miño evaluó el proyecto y la aportación de Miguel; el *know-how* era lo de menos; un ingeniero norteamericano, francés o belga cobraría su sueldo, un sueldo tres o cuatro veces superior al de un ingeniero español; y nada más. Pero en aquellos tiempos —César lo sabía bien— una recomendación en el Ministerio de Comercio podía valer millones; un individuo bien relacionado conseguía licencia para importar un coche sin más gasto que unos pliegos de papel y varias pólizas de tres pesetas, y vendía los papeles —no el coche, el coche ni siquiera llegaba a verlo— en una cantidad aproximadamente igual al precio del coche y, a veces, más; tiempos felices para quienes hallaban gracia en el Ministerio de Comercio; los había tan honestos que nunca vendían la licencia de importación del coche; se lo compraban, un Porsche, un Jaguar, un Lincoln, un Cadillac, un Mercedes, un Fiat, y lo usaban un año o dos; les había costado el coche doscientas, trescientas mil pesetas, lo habían disfrutado flamante y fardón, hasta que conseguían, un año o dos más tarde, otra licencia; entonces lo vendían en el doble de lo que les había costado nuevo; tiempos dorados en los que una importación de whisky, de tornillos, de pieles, de relojes, de bolígrafos, hacía rico a un señor que no tocaba el whisky ni las pieles ni mercancía alguna, pero tenía un primo en el Ministerio, había estado en la guerra con un director general o en la cárcel con un jefe de negociado. Aparte de las licencias que se concedían, con arreglo a derecho, a quienes legalmente podían solicitarlas, existía esa tómbola en la que Miguel Tejuelo consiguió fácilmente lo que de otra forma hubiese podido costarle años de espera. Fue la parte menos costosa de su inversión; en números redondos, mil pesetas en documentos, dos mil en flores y bombones, y cinco mil en facturas de restaurantes.

Amado Miño, que, por otras razones, era también beneficiario de la tómbola, supo valorar justamente la aportación de Miguel y así nacieron Guindasa y Guindaleta-Plásticos, sociedad a la que aportaba unos millones suyos y los más de sus socios, con un propósito doble: diversificar sus inversiones y, a largo plazo, apoderarse del control de la sociedad aplastando a Miguel, aquel insensato, aquel ambicioso descarado, chuleta de las finanzas,

alma de Dios, qué lo colocaba en segundo lugar en la sociedad valorando en más de cincuenta millones algo en lo que apenas invirtió dos.

Era, entonces, Amado un hombre famoso, un español importante, una marca popular, un capitán de industria con varias vidas muy vividas y dos familias, dos casas, dos historias. Había empezado ya su segunda historia familiar con Carlota María Roca, linda, decente y pavisosa, que le había dado una hija, Isabel Clara Eugenia, nombre de princesa, aromas de El Escorial, el Pardo, Aranjuez, La Granja y el Imperio, princesita, nena, muñequita de cuento de hadas, alegría de la casa, figurín, ropero infinito de la última moda infantil, flor de invernadero, bomba, bomba terrible, bomba de efecto retardado, guardada entre algodones y nubes color rosa para, al cabo de los años, llenar de consternación aquel hogar putativo y chapucero y hacer llorar lágrimas de sangre a sus padres.

Toda España conocía a César hasta haber hecho de sus dos apellidos uno solo, Amado-Miño, que se hizo famoso en los años cuarenta y reverdeció su popularidad con el «Amado mío» de *Gilda*, película en la que, con un sofisticado *streep-tease* de brazos, Rita Hayworth ponía a bramar al público desde Hollywood a Hong-Kong, pasando por Madrid en donde a punto estuvo de originar otra contienda civil muy a la española, con obispos al frente y caballos de Santiago al galope por la Gran Vía de la capital y por todas las grandes vías de las ciudades y pueblos de España.

Años y años de publicidad insistente, panorámica, melódica, gráfica, y un producto adecuado a la voracidad consumista nacida del austero planteamiento autárquico de la economía, habían hecho de Amado Miño un nombre tan familiar como Celia Gámez, Domecq o Manolete, con escalada hacia la fama iniciada en el gasógeno y culminada en el Pulgarcito. La autarquía fue su fortuna en la España sin gasolina de la posguerra; fabricaba gasógenos y se hizo rico facilitando gas pobre a la abnegada, altiva y parsimoniosa recuperación económica del país. Desvencijados vehículos de modelos anteriores a 1936, ancianísimos autobuses y camiones con motores mutilados de guerra, cubiertos de cicatrices de soldadura autógena, reforzados con ligaduras de alambre y remiendos de fontanero, recorrían las calles tranquilas y las maltratadas carreteras de España movidos por la débil y voluntariosa energía de heroicos carburos caseros obtenidos mediante combustión imperfecta de leñas, carbones, serrines y desperdicios industriales: gas pobre.

Contrastando con la humildad de los medios, el apoyo publicitario era victorioso y triunfal: «Vuela sobre el asfalto con Amado Miño», «Ponga un huracán a sus espaldas»; y el texto aparecía ilustrado con la imagen de un coche irreal, un modelo inspirado en los suntuosos «carros» que el español veía en el cine, un modelo atractivo y aerodinámico impulsado por un precioso gasógeno alado, con el anagrama popularísimo: «Amado Miño».

Al paso alegre de la paz, y evolucionando con la marcha favorable de la economía, la firma Amado Miño fue pasando, por sucesivas etapas, del gasógeno al ciclomotor, a la motocicleta ligera de ruedas esmirriadas y motorcito escandaloso y, finalmente, al vehículo de cuatro ruedas más parecido al automóvil: el Pulgarcito.

Lucía en los paragolpes el anagrama «A-M», plateado, barroco; César hubiese querido poner la marca, los dos apellidos, en letra inglesa, cromada, embelleciendo la parrilla del radiador, pero aquel cochecito no tenía radiador. Parecía fabricado para un tiovivo; puesto sobre el asfalto, junto a trolebuses, camiones y coches normales aunque antiguos, semejaba un juguete metido por despiste infantil en el tráfico urbano. Con sus autárquicos y grotescos hermanos competidores —el Biscuter, escapado de una película del primer Charlot, y el Iseta, de línea cósmica, como caído de un planeta pequeñito y moderadamente desarrollado— el Pulgarcito fue víctima de chistes, bromas y canciones sin hiel; inspiraba la simpatía del enano, el regocijo inofensivo y afable que sugeriría un enano llamado Hércules o Sansón, porque su denominación oficial era Amado-Miño Sedán ST, mote evidentemente hiperbólico para aquel chirimbolo que en realidad era una moto disfrazada de coche. Hacía reír a la España acorralada y, por otra parte, permitía moverse sobre cuatro ruedas a jóvenes matrimonios burgueses y a desenfadados ejecutivos de economía insuficiente para invertir cincuenta o cien mil pesetas en un coche usado, remendado, superviviente de requisas y transferencias múltiples desde su primera salida al mercado de antes de la guerra en el increíble precio de cinco mil quinientas. Por eso, a aquellos cochecitos destinados a satisfacer, por defecto, paradójicos delirios de grandeza —tener coche— se les llamaba también «Nini»: *ni* dinero para un automóvil *ni* agallas para andar en moto.

César Amado Miño había entrado en Madrid con las primeras avanzadas de las tropas victoriosas en abril de 1939. Pero no era combatiente; ni siquiera tenía la nacionalidad española que solicitó y obtuvo años más tarde. César, ingeniero industrial portugués, vivía en Huelva desde 1934; estaba casado con una española, Silvana Bordillo, mayor que él, de Ayamonte, enamorada

resignadamente de aquel ingeniero moreno y lechuguino cuando los años empezaban a resultar demasiados para una soltera de la España soleada, maduradora precoz de mozas, casamentera, enemiga de vientres yermos y rejas sin galán. Silvana aportó al matrimonio valiosos bienes muebles e inmuebles, una anatomía maciza, rotunda, apetecible, y un carácter tirando a inaguantable, rico en escrúpulos, tacaño en dulzuras, desconfiado y huraño; tanto, que César, buscando un pretexto glorioso que le permitiese alejarse de ella, se hizo corresponsal de guerra desde los primeros días del alzamiento. Se unió a Varela en Cádiz, a Queipo en Sevilla, a Franco en Cáceres; asistió muy de lejos a la liberación del Alcázar de Toledo, aunque la comentó como si la hubiese vivido, con lo que se le pasaron más de dos meses sin ver a Silvana. Escribía crónicas fantásticas, con mucha pólvora, mucho silbar de balas y mucho cañonazo, y las publicaba en un diario de Lisboa y en otro de Sao Paulo que no le pagaban ni la cerveza que consumía en las retaguardias próximas al frente. Hacía escapadas a Huelva —la primera con el júbilo de la conquista de Toledo— arrastrado por el tirón poderoso del busto y las caderas de Silvana, que eran muy notables y él lo sabía más por tactos y atisbos que por limpia y confiada contemplación; su mujer era muy gazmoña y nunca le permitió ni la llama de una lamparilla en los momentos de intimidad. Pese a todo, el recuerdo más o menos preciso de aquel cuerpo fastuoso le ayudaba a olvidar el carácter de su mujer que, por otra parte, era sensible y respondía con exaltado ardor a las caricias de su varón, aunque, fuera de aquellos momentos de arrebato, lo desalentase con displicencias, refunfuños, asperezas y desaires.

La necesidad de reponer fondos, y no sólo la nostalgia de aquellas carnes, lo obligaba también a regresar y a permanecer, durante breves períodos de tiempo, remansado en la vida familiar, nunca apacible pero incomparablemente más sosegada y segura que la de corresponsal de guerra.

No dejaba de enviar, durante aquellos descansos, sus dramáticas y épicas crónicas de pólvora y avanzadilla, de cañonazo y viva la muerte; las escribía a escondidas, para que Silvana no se percatase de que, tal como practicaba su oficio, lo mismo era estar en Toledo que en Sevilla o en Huelva; la radio y las comandancias militares le proporcionaban información más que suficiente; un periodista portugués era bien recibido en cualquier puesto de mando, aunque el periodista fuese aquel marido centrífugo que se decía enviado especial de la prensa lisboeta y brasileira; él mismo se maravillaba cuando, en su escucha radiofónica diaria, oía por las ondas amigas de Radio Club Portugués, y aun por las de Radio Sevilla y Radio Burgos, su propio nombre: «El corresponsal

de guerra César Amado informa que la caída de Madrid es inminente». Durante las breves vacaciones, ejercía sus funciones de esposo, reponía fondos y redactaba en la desierta biblioteca del casino las crónicas; así, pasados cuatro o seis días, resultaba justificado su regreso a los campos de batalla para reanudar un trabajo que, realmente, no había interrumpido. Silvana, convencida de lo importante que era para la causa el apoyo de la prensa extranjera, quedaba contenta, orgullosa de su marido empeñado en el triunfo de los ejércitos como un voluntario más, como los maridos o los hijos de sus amigas; olvidaba reniegos y trifulcas, guardaba en lo íntimo el recuerdo de los momentos voluptuosos y abrigaba con solicitud esperanzada la simiente del cruzado; al primer hijo, que letificaba moderadamente el áspero convivir del matrimonio cuando empezó la guerra, se sumaron dos más como si quisieran unirse al júbilo nacional en circunstancias históricas extraordinarias; el segundo nació al finalizar la campaña del Norte; el tercero, cuando la contraofensiva del Ebro empezaba a convertirse en avance victorioso hacia Barcelona.

Con este hombre se asociaría Miguel Tejuelo para la creación de Guindasa, cuando César, iniciada su segunda vida sentimental junto a Carlota María Roca y consolidada sobradamente su segunda etapa empresarial, buscaba actividades nuevas, poco explotadas y con futuro impepinable.

Siempre fue barruntador; tenía sentido de la anticipación, como esos futbolistas que de pronto salen corriendo hacia donde nadie piensa que va a ir el juego; un segundo después, como llovido del cielo, aparece el balón entre sus pies y corren solos hacia la meta ante los ojos como platos del portero que observa desalentado a sus defensas, con la lengua fuera, tratando de atajar al miserable, al marrullero adivinador de parábolas imprevisibles y brechas incógnitas. Amado al finalizar la guerra unió su técnica de ingeniero industrial y su dinero de millonario consorte o, mejor dicho, su crédito de millonario consorte, con la capacidad y experiencia de Dann Sthumbel, un compañero alemán, corresponsal de guerra, muy relacionado con el departamento nazi de investigación para el autoabastecimiento. Desde la química del carbono y la del nitrógeno, principalmente, los sabios alemanes buscaban la conversión del aire en ácido nítrico, de la madera en salchichas, de la pizarra en gasolina, de la basura en tela para capotes, y de cualquier cosa en alimento energético para sus carburadores. Lo mismo que en Estados Unidos cualquier niño salía de la escuela primaria sabiendo construir un radiorreceptor de galena, los niños germanos conocían como el abecedario el arte de producir un gasógeno.

Sin embargo, por encima de la técnica —que estaba al alcance de cualquiera y bastaba consultar el Espasa para conocerla— la idea más valiosa que sirvió Dann Sthumbel a César fue el anuncio profético de la Era del Gas Pobre.

—Esta guerra se acaba y, con ella, la gasolina.

Se asociaron. Sthumbel, con dos mecánicos de la Legión Cóndor, construyó los dos primeros modelos. César compró, a precio de ganga, unas naves industriales en Carabanchel. Su idea —ha sido como una obsesión en su vida— era librarse del alemán más adelante, cuando el negocio estuviese consolidado. No tuvo que complicarse mucho la existencia para conseguirlo porque a Sthumbel lo mandaron pronto a la otra guerra, a la mundial —G. M. II para los historiadores— como corresponsal; más tarde fue movilizado: capitán de artillería Dann Sthumbel.

César le ingresaba en cuenta corriente una cantidad fija; el alemán le escribía dándole consejos, recomendándole técnicas nuevas y agradeciéndole aquel dinero. Las últimas cartas llegaron a Madrid desde el frente ruso. A partir de febrero de 1944 no hubo más noticias y César dejó de abonarle aquello que no era paga ni dividendo ni royalty; tres mil pesetas mensuales que en aquellos tiempos eran el equivalente aproximado de la paga de diez maestros, quince fontaneros, tres magistrados o seis tenientes del ejército: una excelsa paga. Una miseria como participación en los beneficios.

Cuando en 1946 el fantasma huesudo y lánguido de Dann se le apareció a César en su lujoso despacho de la factoría, fabricaba ya ocho modelos de lujo y uno, muy caro, el Ulysse, de superlujo, «el gasógeno español que cuesta más que un coche», ése era su eslogan. No servía para nada, no generaba gases, pero tenía un aire vertiginoso, un gran aspecto de artilugio raudo, enriquecido con cromados, lucecitas de situación, toberas, paragolpes y esmaltes: era el modelo especial para nuevos ricos, traficantes del subdesarrollo y la escasez; enganchaban el Ulysse a sus coches movidos por gasolina comprada en el mercado negro y con el lujoso cacharro engañaban a la policía encargada de impedir el consumo de gasolina; no tenía otro fin; su atractivo más importante era la liviandad; hueco, vacío, diez veces menos pesado que un gasógeno verdadero. Dentro sólo tenía un pequeño dispositivo para ennegrecer los gases del escape.

Sthumbel quedó maravillado; nunca imaginó tanta prosperidad; César le había ocultado aquella opulencia, la ampliación de la factoría, el éxito comercial. Esperaba encontrar a su antiguo socio en el viejo taller, armando artefactos elementales fabricados con chatarra recuperada y con viejos

bidones, y se encontraba con una industria en expansión, un gran negocio en marcha y un Amado Miño popular, admirado y enriquecido.

—¿Cuál es mi puesto en la sociedad, César?

Su puesto era la calle. César se lo quitó de encima con cincuenta mil pesetas, única suma que Dann pudo acreditar haberle entregado. Milagrosamente conservado, aquel papelajo pudo servirle para pleitear y reclamar su parte en el negocio, pero ni tuvo ánimos, ni tenía dinero para una larga batalla legal, ni encontró abogado dispuesto a defender los intereses de aquel esqueleto venido del frío, de la derrota y del nazismo. César fue finalmente muy generoso: le regaló —de hecho fue un regalo— doscientas mil pesetas a cambio de una renuncia total a cualquier derecho, y le facilitó el papeleo necesario para exportar el importe de la indemnización, invertido en cajas de coñac, que era mercancía muy valiosa en la Alemania triturada.

—Tú supiste ver lo que España iba a necesitar en el futuro. Yo veo lo que a los alemanes les es indispensable en el presente, ahora, con urgencia: emborracharse. Con doce mil botellas de coñac te harás de oro.

La paz y la prosperidad anunciaban en España el fin de las industrias creadas para el lujo tronado. César, que viajaba mucho por el extranjero, supo verlo a tiempo; observó que, tarde o temprano, en España ocurren las mismas cosas que en los países que van por delante; el confort, la moda, los cueceleches, el visón, la ducha, el frigorífico, la pornografía, el abrelatas eléctrico, el divorcio, la experiencia prematrimonial, el tenis, todo llega con algún retraso, aunque con la misma o mayor aceptación que en los países de origen. Supo que llegarían el bienestar, la motonáutica, el turismo y muchas pequeñas cosas que veía en los grandes almacenes de París, Londres y Nueva York.

De todo este arsenal con que se equipaba la sociedad opulenta, escogió los electrodomésticos. Desmanteló sus cadenas de producción de máquinas para correr poquito y a lo pobre, inmoló a Pulgarcito con sus hermanos de dos ruedas y organizó la gran marcha del nuevo lujo barato; los españoles podrían comprar con muy poco dinero la sensación de vivir como ricos: lavadoras, calentadores, cocinas esmaltadas, ollas refulgentes, batidoras. En 1952 retiró del mercado la imagen «Amado Miño» para sustituirla por una nueva, «Grand Prix», que aportaba, con su nombre exótico, una connotación político-social: el fin de la autarquía. «Grand-Prix; viva usted YA su hora europea».

Los productos Grand Prix retiraron de los espacios publicitarios el apellido de César, pero no lo borraron del recuerdo de las gentes; dondequiera que se pronunciase su nombre, sonaba como un patrimonio común; pertenecía

a España como Domingo Ortega, Jacinto Benavente o Concha Piquer: ¡ah, sí; Amado Miño!

El apellido se retiraba a las penumbras del recuerdo, a las panoplias mentales del tópico: «No tardo nada, cariño; ya tengo un Amado-Miño». Mas no era sólo eso, ni era sólo la línea de producción lo que cambiaba César. En aquellos años pivote, años oxigenados, vivificantes, años estelares en los que España dejaba la cola de Occidente para unirse a la gran parada de la sociedad estratificada, consumista, despreocupada, en marcha atolondrada, bullanguera, hacia la decadencia de los novísimos imperios romano-capitalistas, César decidía una vez más dejar a alguien en la cuneta, librarse de colaboraciones costosas, de compañeros con demasiados derechos a compartir. Puso su vida a cero jubilando a Silvana, su mujer, y a toda su familia.

De igual manera, años más tarde, cuando aceptó la unión con Miguel, lo hizo con la seguridad de que, en algún momento, conseguiría poner las cosas de manera que Guindasa fuese cosa suya y el socio cayese en la cuneta.

* * *

En las oficinas de Guindasa se realizaron los primeros trámites, enardecidos y nada burocráticos, de aquel arreglo ilegal, de aquel amor mal visto y prohibido por las autoridades civiles y eclesiásticas: de aquel amor.

Clara y Miguel se conocieron sin buscarse, sin que al lugar de encuentro les llevase la intención de buscar pareja, plan se decía entonces; aquí no hay buenos planes, no me sale un plan, ésa traga, menudo plan; cuando una chica era plan para muchos o llamaba demasiado la atención la llamaban «el Plan Badajoz», que era un plan gigantesco del que se esperaban grandes cambios en las estructuras agrarias de la cuenca del Guadiana. A aquellas chicas sensacionales solía ocurrirles lo que al mismo Plan Badajoz, que luego no eran para tanto y en su misma espectacularidad llevaban el germen de las decepciones. Clara, que estaba muy bien para plan, que reunía condiciones inmejorables para los merodeadores del erotismo descomprometido, no fue buscada ni asediada por Miguel; no iban el uno en busca del otro; iban a merendar.

Se conocieron en Almocrebe, una cafetería situada en el mismo edificio de Guindasa. Clara trabajaba en otra planta; tenía que trabajar, salir de su casa, perder de vista a sus padres, huir de sus gestos pesarosos, de sus coacciones: «¿Sabes algo? ¿No piensas hacer nada? ¿Quieres que le llame yo?». Necesitaba trabajar, demostrarles que podía vivir sin Sancho, que de su

matrimonio sólo quedaban los escombros —un vínculo al parecer indestructible y nada para la mujer recetada por el psiquiatra— pero ella era capaz de sobrevivir a pesar de haber fallado como remedio, como medicina, a pesar de haber sido condenada, marginada, arrojada al fondo del botiquín casero —o al cubo de la basura— como un medicamento ineficaz, rechazado por el enfermo y revocado por el médico.

Trabajaba en Posta e Hijos a las órdenes directas de don Javier Padrón, director general, que había hecho de ella su secretaria ejecutiva.

—Es usted la secretaria perfecta.

—Gracias, don Javier.

—Gracias a usted, Clara; no sé qué sería de mí sin su cabeza y sin su mano izquierda.

Don Javier —Javi Padrón—, 38 años, un ejecutivo muy capaz, un tipo listo, imaginativo, muy trabajador, conducía el negocio con habilidad, talento y suave firmeza; con tan suave firmeza que en Posta e Hijos los empleados lo llamaban, para entenderse, «el hijodeposta», porque era uno de esos jefes que no pasan por movimiento mal hecho; se las sabía todas y ponía delicadamente entre la espada y la pared a cualquiera de sus colaboradores cuando cometían un error e intentaban justificarlo, barnizarlo, enterrarlo con palabras; no lo consentía.

—Al único a quien se puede permitir justificar sus errores y hasta hablar de ellos como si fuesen aciertos —decía— es al jefe; sea quien sea, representa, además del principio de autoridad, la inmunidad en el éxito y en el fracaso.

Javi Padrón tenía una memoria terrible, de computadora; lo recordaba todo, se sabía Posta e Hijos —importación y exportación de aparatos científicos— tema por tema, cliente por cliente, proveedor por proveedor; y todos los catálogos. Por si fuese poco era profesor adjunto de la Facultad de Económicas y colaborador en uno de los primeros centros de organización y dirección de empresas creados en España: el «Men-2001. Hombres —*men*— que caminamos hacia el año 2000; organizamos empresas para el siglo XXI». Ejecutivo ejemplar, pionero de una España que empezaba a expresarse con palabras nuevas; uno de esos jefes amables con todo el mundo —incluso con sus subordinados cuando los acorralaba—; uno de esos que sonríen, felicitan, agasajan, adulan, hacen cumplidos, siempre tienen alguien a quien enviar unas flores, unos habanos, un telegrama, un «cenemos juntos». Hoy, pasados veinte años, sigue siendo listo, activo, elegante y mundano; manda más, gana más, naturalmente, ha sido director general en un ministerio económico,

dirige una gran empresa, es consejero de otras tres, asesora a un banco, forma parte de la esperanza política del país como miembro activo de un partido socialista moderado y, naturalmente, ha perdido parte de aquella memoria privilegiada.

Con tantísimo talento encima, Javier hubiese podido ser un fracasado sin la asistencia eficacísima de dos mujeres: la suya, Cecilia, su esposa, y Clara. Porque aquella cabeza insigne falló siempre en pequeños detalles; su memoria monstruosa capaz de recordar casi al céntimo los saldos de todas las cuentas de la empresa, y de almacenar en pocos minutos una o dos páginas de la guía telefónica, se desentendía de lo secundario y adjetivo. Era, y es aún, su mujer quien felicita a padres, hijos, amistades, quien manda flores, organiza celebraciones, facilita a parientes y amigos sellos raros, planes de adelgazamiento, marcas de cartuchos que no fallan una perdiz y de lociones que no toleran la pérdida de un solo pelo. Y era, y es, ella quien le busca esas corbatas y esas camisas que fueron gloria de su juventud como hoy lo son de su madurez. Y quien le sopla al oído el nombre de ese pintor o el título de esa novela que le importan un pimiento. Y ella es quien mide la importancia de las atenciones debidas y hasta de las groserías aconsejables para una equilibrada convivencia con la España real de cada momento histórico.

Todo eso, que en la vida privada era competencia, y, a veces, servidumbre y cruz de la mujer, lo asumía Clara en lo profesional. Con el tiempo y la mutua confianza, llegó al atrevimiento de, como una esposa, decirle lo que no debía hacer.

—Eso no puede ser, don Javier.

La primera vez que lo hizo, Javier fingió no oírla; siguió dictando. Clara continuó, con el lápiz en alto, mirándole.

—¿Se siente mal, señorita?

Cuando decía, muy recalcado, silabeante, señorita —en lugar de Clara—, sonaba como si disparase una metralleta, tiraba a dar. Clara rindió el lápiz renunciando a favorecer a su jefe con discrepancias y críticas constructivas. Como consecuencia, perdieron una buena operación con Sintes-Mir, de Mahón, Menorca. La frase maldita decía lo siguiente: «Para facilitar las operaciones con todos nuestros estimados clientes mallorquines…», frase que cayó muy mal en Sintes-Mir, empresa a la que podía llamar menorquina, balear, española, europea, católica, mediterránea, lo que quisiera menos mallorquína; no les gusta. Anularon el pedido. Secamente.

—Se lo quise advertir, don Javier, ¿recuerda?

Lo recordaba perfectamente. Aquel gesto de Clara con la cabeza inclinada, la mirada oblicua y el lápiz en alto quedó grabado en su memoria privilegiada y, a partir del lamentable incidente Sintes-Mir, le salvó de otros patinazos.

Embebido en su trabajo, olvidaba a veces que alguien —que le había sido anunciado— esperaba en la sala de visitas; Clara calculaba los límites de tolerancia y sabía entrar dulce y discretamente en el altivo y momentáneo despiste de la superioridad:

—¿Le parece bien que le diga algo a ese señor que espera?

—Sí; dígale que pase. No estará enfadado ¿verdad?

No, Clara evitaba pequeñas tormentas, inventaba interrupciones cuando le veía pasándolas moradas con un consejero, con un inspector; manejaba el tráfico de felicitaciones, flores, habanos y aconsejaba zalemas, indiferencias, y hasta exabruptos si eran necesarios, contribuyendo con ello a mantener la imagen del gran hombre. También elegía las flores para la esposa y el regalo de aniversario de bodas, aunque para esto solía ponerse de acuerdo con Cecilia.

Es casi una bigamia. Los hombres como Javier mantienen dos intimidades, la de la casa y la del despacho. La secretaria no ha visto a su jefe en pijama ni comparte con él la pasta dentífrica, pero, a veces, sabe más que él y que su mujer de los estudios, los colegios y las amígdalas de los niños, de cómo están sus cuentas corrientes, de quiénes son sus amigos y sus enemigos, de qué píldoras le calman la acidez gástrica y qué whisky le produce dolores de cabeza. No lo ha visto humillarse frente al suegro ni echar las patas por alto con una cuñada pero ha sido testigo de sus temblores ante un cliente enfurecido, ante un balance luctuoso; le ha visto equivocarse, perder los estribos sin razón, mentir a sus mejores amigos, parchear malamente situaciones difíciles, apuntarse éxitos ajenos. La secretaria, esa secretaria valiosa, discreta, eficaz, creativa e incorruptible, trata al jefe como, en muchos casos, lo trata su mujer, con esa suerte de sumisión-autoridad, de maternal severidad-protección, nacida de la convivencia. La mujer y la secretaria mantienen generalmente muy buenas relaciones, una amistad que une y ahonda más que las comunes amistades porque existe entre ellas dos una cierta complicidad encaminada a proteger a «su hombre»; comparten al hombre sin interferirse y, cuando lo consideran necesario, conspiran para que no se pierda, para evitarle peligros que él no advierte:

—Señora, tenga cuidado en la cena de esta noche; van a intentar convencerle de que firme con Trilitium y Cadmiun, no lo deje solo.

—Por favor, tenga cuidado; si van a visitarle mañana los de Balanza Comarcal Democrática dígales que está en Tokio o en el Congo; muy lejos: apestan a perdedores.

Conspiran con fe, abnegadamente, en silencio, para hacerle sentirse muy seguro, que su ánimo no decaiga, que siga creyendo en sí mismo, pensando que es él —él con su talento, su tenacidad, su excelente formación— quien consigue que le salgan tan bien las cosas.

—De verdad, Clara, que es usted la secretaria perfecta.

No era la primera vez. Clara siempre contestaba con una broma: «A tal jefe…». O componía un gesto modosito y daba las gracias; nada más, porque una vez que aprovechó la oportunidad para intentar reivindicaciones laborales —«Sí, pero un sueldo imperfecto»—, Javier olvidó el humor, puso cara de guardia, terminó de dictar a toda prisa y la despidió con un seco «Basta por ahora, señorita».

—Perfecta, Clara; una alhaja.

Le notó en los ojos una inseguridad nueva; la sonrisa postiza estaba pringada de pesarosa y patética flojera. Se le notaba que con aquellas palabras se entregaba despreciándose, temeroso, al ver venir la bancarrota sin tener dónde meterse. Clara clavó su mirada en el cuaderno esperando que, con un poco de suerte, Javier continuase dictando.

—Inteligente, trabajadora y… y… hermosa.

Ya no había duda. Pero hombre, qué mala suerte; el único en la oficina que aún no lo había intentado.

Javier lo iba a intentar. Nerviosillo, aunque tratando de no aparentarlo, empezó a pasear por el despacho. No era el aliento sino algo como una amenaza, como una opresión; Clara lo sintió; llegaba por la espalda, le helaba la nuca.

—Muy hermosa, de verdad.

Al fin, la amenaza se hizo carne: sintió la mano en el hombro. Ni se movió.

—No siga, don Javier.

—Clara…

Hubo un corto silencio. Clara sintió aumentar el peso de aquella mano vacilante, insegura, quizá, por primera vez.

Y todo sucedió como en un matrimonio.

—No siga, o me voy a mi casa y no vuelvo a poner aquí los pies.

Amenazaba con irse a casa de sus padres. Es algo que impresiona mucho a un marido si está enamorado de su esposa y a un jefe si está contento de su

secretaria. Javier volvió corriendo a su sillón y, desde el amparo reconfortante de la mesa, intentó explicar, disculparse, restablecer —como diría un general en apuros— la situación.

Clara estaba llena de cicatrices parecidas y sabía que las explicaciones y las disculpas empeoran estos desaguisados, hacen de la excusa vejación y mal trago para el ofensor y el ofendido, y es peor meneallo. Compuso un gesto indulgente y sereno de madre superiora y repitió la última frase recogida taquigráficamente, con lo que pasaba una esponja sobre los churretes del desmán y devolvía a Javier Padrón la identidad perdida. Una vez más había sido testigo de la debilidad del hombre fuerte, y él, el fuera de serie, el superdotado, supo, con absoluta y confiada certeza, que podía olvidar el sonrojo y desechar el miedo, que Clara estaba allí para su ayuda y amparo. Y para recordarle —sólo durante unos segundos, los imprescindibles— que un ejecutivo inteligente jamás se mete en líos con su secretaria.

Y Clara supo que era inevitable, forzoso y urgente acabar con aquello, dejar de ser Caperucita en el bosque apartando lobos a manotazos. No podía ampararse en caras de santa ni en defensas de adefesio; era una mujer hermosa pero desvalida, necesitaba protección, protegerse en un hombre, tener un hombre. Y que la gente se enterase.

Sin proponérselo, estaba pensando en Miguel. No eran amigos; como mucho, estaban empezando una amistad, limpia por parte de Clara. Por parte de Miguel, no tanto. Se veían, casi siempre de lejos, en Almocrebe, al salir del trabajo; se refugiaban en aquella cafetería con ringorrangos de *tea-room* y frivolidades tópicas de hamburguesa y tortitas con nata.

Primero fueron las miradas, el descubrimiento, qué chica más jugosa; y ella, entregada a la destrucción ordenada de su obelisco de vegetales entre rebanadas de pan, se hacía la aburrida, desparramaba la vista y pasaba, como sin darse cuenta, por los ojos de Miguel; otro mirón, no está mal el chico, ése no sabe que soy una cosa rara, malcasada dispuesta a perder la cabeza por cualquier niño bonito, éste no lo sabe ni pone cara de aquí estoy yo. Un día coincidieron, manifestaron sus opiniones respecto a la temperatura; hace calor aquí, sí pero ayer hizo más, es que ha refrescado un poco. A partir de entonces se buscaban, se guardaban asiento y se trataban de usted; la gente era muy mirada.

—Venga, he puesto el bolso en este taburete; pensé que estaba usted al llegar.

—Muchas gracias; oye ¿no hace un poco raro que nos tratemos de usted?

—Es que tienes cara de gerente.

—Gerente; no me lo digas; me suena a sobrestante; yo tuve un tío abuelo que era sobrestante de Obras Públicas; un barbas…

Después, las confidencias:

—Solterón, solterón.

—¿Solterón? Tú no tienes aún los treinta años.

Miguel veía los treinta años como algo aún lejano. Pero el matrimonio quedaba más lejos; quizá por eso acariciaba, enfatizaba su soltería: solterón, solterón.

—Y tú… ¿dónde se mete tu novio?

Clara tenía la boca llena. Hizo un gesto, negando, con la cabeza.

—¿Que no tienes novio?

—Soy casada.

Lo dijo sin ocultos mensajes de infortunio en la voz o en la mirada, con naturalidad, como hablan de su situación esas personas que han aceptado su drama y lo purifican mencionándolo, cuando viene a cuento, sin pudores vergonzantes; soy alcohólico, tengo los pies planos, mi hijo es cantautor. Miguel no supo cómo aprovechar la confidencia; se quedó callado, concentrando toda su atención en la enajenante tarea de extraer de su vaso la cortecita de naranja.

Así quedaron las cosas durante unos días. Se veían de lejos en la barra de Almocrebe o coincidían en la puerta y se saludaban brevemente. Siempre que podían, y cada vez más frecuentemente, se sentaban juntos.

—Juntos sí —dijo Clara recuperando el tíquet de caja que había cogido Miguel con propósito de invitarla—, pero meriendas separadas. Cada uno se paga lo suyo.

—Deberíamos encontrarnos todos los días; necesito este rato de charla contigo.

—De cerca o de lejos todos los días nos vemos; y hablamos; unas veces más, otras menos.

—Siempre me queda la sensación de que tengo algo más que decirte. Arriba hay un salón ¿por qué no…?

—Deja las cosas como están. Arriba no pintamos nada; sólo hay parejas.

—Tú y yo somos una pareja.

—Tú y yo somos dos, Miguel, no lo estropees.

Esta señora piensa que soy un giliflautas, que soy su amiga del té por las tardes, sólo que hace más moderno y más interesante tomarlo con un tío lila;

palique y a casita. Que no lo estropee, dice, como si fuésemos amigos de la infancia o primos hermanos; aquí no hay nada que estropear. ¿O es porque está casada? Entonces, que no me busque ni me dé conversación. A mí no me toma el pelo, por buena que esté; luego se meterá en la cama con su marido y se sentirá dignísima, inmaculada. Y yo, mientras, tocando el violón. Mejor será dejarlo.

A partir de aquel momento, el asunto empezó a obsesionarle: estuvo cuatro días sin acercarse a ella: sonrisita breve, gesto de saludo, gesto de adiós, ni media palabra y absoluta insatisfacción.

Hasta entonces, Clara había llevado su soledad impecable con aplomo y paciencia. Hablaba poco con sus padres; consiguió parecerse en todo a una casada que trabaja, a una casada joven que trabaja con solteras, solteros y casados sin que se altere el equilibrio económico, social y laboral de la empresa. Tan seriamente se lo había propuesto que en poco tiempo llegó a la secretaría de Javi Padrón y a ser su mano derecha.

Pero el éxito profesional es sólo una parte del vivir; en lo demás, los resultados no eran como para entusiasmarse. Luchaba bizarra y animadamente contra la amargura y la depresión; las hay más desgraciadas, tengo suerte, no puedo quejarme, en Arabia me hubiesen repudiado y arrojado al desierto con una mano detrás y otra delante; hasta mis padres me hubiesen dado la patada como a un camello viejo. Aquí no; aquí la gente es buenísima, todos católicos, europeos y civilizados; muy comprensivos conmigo; mis padres, mis solícitos papi querido y mami querida se ponen tan pesados porque sólo quieren mi bien; toda la vida sacrificándose por mí, dos santos; me miran como a un bicho raro, mi madre suspira ¡ay, Dios mío! pero no me venden a un mercader beduino ni me encierran en el sótano, son dos cielos. Y mis queridos compañeros de trabajo, encantadores; todos me han ofrecido su ayuda, su tabaco, me han querido llevar al cine, todos han tanteado el terreno, yo soy *el terreno,* a ver si podían beneficiarse el chollo, la parcela sin dueño. El único que faltaba, el jefe, pobrecillo, resistiendo como un cartujo las tentaciones, acabó cayendo como los más tontos de la casa; se ve que en esta oficina hay suelto un demonio capaz de pervertir al sacro colegio cardenalicio en masa; ha podido con el blindaje de Javier Padrón, un hombre tan eficaz, tan jefe, tan superior, un tipo que me conoce bien, que está muy compenetrado conmigo, que aprecia mi seriedad, mis buenas cualidades, qué cursilada, pero no voy a negármelas, es así, me adornan muy buenas cualidades y él, a sabiendas de que no le conviene, va y se pasa de rosca. Ésta es mi divertida realidad, parece cosa de locos; me porto como una dama

intachable, funciono como un ingeniero suizo, trato a todo el mundo con muchísimo respeto y a cambio de todo eso mis padres me miran como a una descarriada y todos, todos, todos mis compañeros, hasta el mierda del botones, han intentado meterme mano. Mis compañeras bien, incluso muy bien en el trabajo, pero en cuanto llegamos a la calle salen pitando no vaya a ser que alguien las vea en la peligrosa compañía de una casada sin su marido. Mis compañeras me huyen, mis compañeros intentan sacar tajada, soy una breva madura; hasta pienso que algunos lo hacen como por obligación; mi jefe, angelito, se le notaba la falta de entusiasmo, vamos, Javier, hombre, la tienes ahí, contigo a solas, no puedes cruzarte de brazos, va a creer que eres medio marica; por eso se me acercó tanteando con mucho miedo; dos temores tenía; el ridículo, ¿qué va a pasar si me sale mal?, y un miedo superior: que le saliera bien, menudo lío, un tipo tan listo, tan joven, tan trabajador, lo sabe, sabe que una buena secretaria en el despacho es un tesoro y en la cama una perdición, puede dominarlo mucho más que la mujer y, encima, se queda sin secretaria. Menos mal, todo ha salido bien, no se le notan efectos secundarios, no se aprecian daños visibles, no hay que lamentar desgracias personales ni la sangre llegó al río; está un poco envarado, por el corte, nada más; en cuanto se le pase volverá a sentirse a gusto. Y yo. Así que, feliz, me siento feliz, afortunada de veras, contentísima por haber nacido en el seno de una sociedad culta, cristiana, civilizada, y no en Arabia o en Uganda; tan feliz, que someto a revisión y juicio crítico mi comportamiento, hago balance, compruebo que ser decente es atípico, antisocial y peligrosísimo, desordena el comportamiento ajeno, produce alteraciones en el equilibrio psicológico de familiares, compañeros y amigos, y me parece que voy a liarme la manta a la cabeza, que el decoro, la modestia y la honestidad se van a ir a hacer puñetas y voy a ampararme en un hombre para que sepan hasta los gatos que sí, casada, separada del marido y pan comido, pero este pan ya tiene quien se lo coma y aquí no hay nada que rascar. Necesito ser respetada.

Miguel entró en la cafetería pensando en sus cosas; en Amado Miño que estaba intentando ampliar el capital de la sociedad. No se acordaba de Clara en aquel momento; llevaban cinco días sin charlar, saludándose de lejos.

El camarero parecía contento, deseoso de repartir albricias el hombre, una buena persona.

—Que le espera arriba, don Miguel.

—¿Quién me espera, dónde?

—La señorita esa de Posta, la del sandwich vegetal. ¿Cómo se llama, hombre? Me ha dicho que le avise, que le espera arriba, en el salón.

Pocos días más tarde, Miguel encontró un pretexto; todo era muy difícil y complicado en aquellos tiempos para los enamorados; necesitaba un pretexto para llevarla a un lugar escondido, solitario. Porque después de una semana de confianza creciente iba a someterla a la prueba de fuego: intentaría besarla.

Cada día Miguel la acompañaba hasta el metro.

—He olvidado traerte la novela —se prestaban libros—; la tengo en el despacho.

—Es igual; mañana me la das.

—No; espera un momento. Voy por ella.

—No tardes.

—Sube y así no me entretengo. Y te enseño mi guarida.

En Guindasa sólo estaba la limpiadora, comiéndose el bocadillo en los lavabos. Comparadas con Posta e Hijos —fundada en 1887 y establecida en Velázquez desde 1910— las oficinas de Miguel eran un mundo diferente, un ambiente barrio de Salamanca puesto al día, renovado, modernísimo en los materiales nuevos, recién incorporados a la decoración, los aceros, los gresites, los gradulux y otros elementos que habrían de tener vida efímera pero eran entonces la vanguardia impuesta por los arquitectos jóvenes que regresaban de sus viajes de novios con centenares de fotografías, diapositivas y cuadernos repletos de notas, con muestras de materias inéditas y visiones sorprendentes de arte abstracto integrado en la construcción de las nuevas urbes, abstractas también, deshumanizadas, inhóspitas.

—Oye, tú mandas mucho. ¡Qué despacho tan impresionante!

Por primera vez, Clara supo lo que era desmandarse, jadear y gemir en un beso, perder la chaveta, morder y temblar de gratitud; tres o cuatro cosas cayeron al suelo y Clara huyó corriendo de la oficina asustada y dichosa porque escapaba de un verdadero hombre, segura, al fin, de que nada de aquella experiencia cenagosa, miserable, vivida con su marido tenía que ver con lo que sintió abrazada por Miguel, mordida, desatinada, todo el cuerpo pidiéndole a gritos gemir, perder la brújula y abandonarse. Huyó de Guindasa atemorizada por aquella lujuria gratificante, frenética, desaforada que ardía y atropellaba, que buscaba a zarpazos su cuerpo bajo la ropa. No huía de Miguel; no era de él de quien escapaba acariciando, guardando el recuerdo de aquella refriega que no había hecho más que empezar.

Miguel, aquella noche, en Gambeta’s, un bar casi privado, exclusivo para conocedores de whiskies raros, ejecutivos de apellido reconocidamente prócer, productores cinematográficos, aristócratas, furcias inasequibles y

algunos jóvenes emprendedores, se apuntó el tanto ante sus cuatro amigos de casi todas las noches:

—Ya tengo a la casada en el bote.

Y la tenía en el bote.

* * *

Clara mira impaciente al reloj.

—Sí, sí, claro que sí, guapísima, muchas gracias, tienes razón, adiós, adiós.

Debería ser un día más, un día como otro cualquiera, un día vulgar de Clara Gilmaestre que cuelga el teléfono con miedo porque, irremediablemente, va a sonar otra vez. Debería ser un día sin penas ni glorias en casa de los Tejuelo: aquí no se ha muerto nadie. El muerto, ese muerto se ha muerto en una esquela de *ABC*; Sancho Fajado era un ser ajeno, un mal recuerdo, como una desgracia antigua que nadie quiere recordar porque mancha, ensombrece; nunca había pisado esta casa; aquí no tiene herederos ni lágrimas ni esa oración que «se suplica por el eterno descanso de su alma» al pie de la esquela; no es aquí muerto de nadie ni su desaparición ha traído cambios al programa, a la diaria rutina, la hora del desayuno, el periódico, la aspiradora, el pan, toda una sucesión de actos iguales a los de ayer, a los de mañana; debería ser un día más, pero de fuera llega una marea de albricias contenidas, de júbilo equívoco, de titubeantes, ambiguos, tímidos, confusos, irónicos pésames.

—No sé cómo empezar, ni sé si debo decirte eso de te acompaño en el sentimiento, que siempre me ha parecido una estupidez.

A Clara, hay momentos en los que, sin querer, sin saberlo, se le pone cara de apenada viuda con estas frases, pero reacciona pronto, porque, inmediatamente, después de que sus amigas comprueban que el muerto es el muerto y que Clara se ha quedado viuda y a su marido deben estar enterrándolo, todas ellas adelantan un propósito muy desasistido de caridad cristiana:

—Tenemos que celebrarlo.

Debería ser un día como otro cualquiera pero ahí está el teléfono, portavoz ahora de Berta con su júbilo empedrado de erres teutónicas y asfaltado de mandanga caribe:

—¡Clara, Clarita, qué alegrrrría!

—Gracias, Berta.

Berta Latoba no parece alemana; sólo esas erres alargadas y ligeramente chirriantes. Llama en un gozo a su amiga Clara, Clarita, cariño; está muy contenta por la muerte de Sancho: no lo conocía ni de vista.

Berta, nacida alemana. Berta Möhern, bautizada en la iglesia luterana, desmantelada espiritualmente por sí misma en un ateísmo feroz de niña que a los quince años se enfada con Dios, huida a los dieciséis de una prisión hitleriana, perseguida por la policía nazi, la española, la francesa y la venezolana, violada por negros, mestizos, cholos y blancos después de unirse a Juan Latoba en las más irregulares nupcias imaginables, es hoy una dama católica y española, casada por la Iglesia, partidaria del orden.

—Juanito me lo ha dicho hace un momento, de sopetón, se ha muerto el marido de Clara, imagínate qué susto, hijita, creí que había muerto Miguel y casi lloro y Juanito riéndose de mí, ya sabes, los alemanes somos muy duros de la mollera, hasta que consiguió aclararme la noticia, que no es Miguel, que el muerto es el marido, pareces tonta, Miguel está perfectamente, él mismo es quien me lo ha dicho, que ha muerto el marido de Clara, y por fin lo entendí, hijita, salté de alegría, como lo oyes, daba saltos ¿te parece mal? ¿no? claro que no, quedas en libertad, debes sentirte muy dichosa.

—No lo sabes bien, Berta.

—Sí lo sé; tú me has conocido casada, pero he pasado por esa experiencia.

—¿También tú estabas casada con otro?

—No; me refiero al lío: Juanito y yo estábamos liados, ya sabes.

—No lo sabía.

—Diez años liados. Empezamos la historia aquí, en la zona roja. No había curas, ni los quisimos.

—¡Qué cosas dices, Berta!

—La verdad; cosas de chiquillos; luego reflexionas, ya te contaré; nuestra vida es una novela. Ahora, a casaros; una vida nueva, ya verás. Mentira me parece cuando pienso en todo lo que he vivido; no fue fácil; tampoco para ti lo habrá sido, hijita; luego te casas de verdad y todo lo de antes queda como borrado, te parece un sueño, lo recuerdas como si lo hubiese vivido otro.

—Yo he sido muy feliz con Miguel.

—Y yo con Juanito. Pero también sufrimos mucha desdicha.

En 1937, en el frente de Extremadura, se produjo el hecho insólito: Juan Latoba, un diácono jovencísimo, desertó del ejército de Franco y se entregó al enemigo. Llegó de madrugada hasta las alambradas rojas —allí, las fuerzas republicanas eran inmaculadamente rojas— en mansa actitud de cordero de Dios.

—¡Vengo a entregarme! —y añadió una aclaración insólita y absolutamente sacrificial—: ¡Soy católico!

Había elegido el martirio.

Lo había elegido a conciencia. Meses antes, el día 30 de julio de 1936, su padre, Juan Nepomuceno Latoba, murió fusilado a las dos de la tarde en una era, duro altar, rubio tambor encendido, circo romano mínimo junto a las últimas, humildes casas y corralizas de Zalamea de Aljucén, sonoro, hermoso nombre para un pueblo pintoresco, casi serrano y rico, según se mire, porque la riqueza, justo es decirlo, estaba ligeramente mal repartida a favor de los Latoba, que ejercían sin abuso, aunque también sin excesiva largueza, su papel de ricos del pueblo. Dar, daban más de lo obligado y en Zalamea nunca hubo hambre o frío que ellos no remediaran, ni orfandad o viudedad a la que no arrimaran ayuda y consuelo.

Las revoluciones ven enemigos por todas partes y son muy simplistas. En la de 1936, el esquema de lo aniquilable era sencillo: ricos y curas. En aquella hora, a las mismas dos de la tarde, bajo un sol que aplanaba anonadándolo, empapuzándolo en calentura y sangre, el júbilo de la muchedumbre que acudió como en romería a contemplar el espectáculo, fueron fusilados, mejor escopeteados con sus mismas viejas armas perdigoneras, don Cristóbal Crucera, párroco; Carlos Latoba y su hermano Juan Nepomuceno, propietarios; Serafín Reparado Latoba, primo de ambos, propietario, y Teodulfo Auqueta Latoba, veterinario y propietario, primo de los anteriores y dueño con ellos —entre todos, y cada uno con lo suyo— de las cuatro quintas partes del pueblo. El cura no era propietario, vivía con lo justo, con lo que le daban; tenía una sola sotana, cuatro gallinas y una cabra que dormía en casa. Cochino nunca tuvo porque lo regalaba antes de la matanza a cualquier pobre a quien se le desgraciase el suyo. Lo mataron por ser el cura.

—La normalidad es absoluta en este pueblo —decía un alcalde moderado —; aquí no hemos fusilado más que al cura. Porque era el cura, que si no, tampoco.

Juanito Latoba había querido morir en el martirio, como su párroco y como tantos de sus compañeros. Desertaba y se entregaba a la muerte después de un largo e incomprendido vía crucis en el que halló muchos caifás, ningún cirineo y algunos pilatos. Hijo único de Juan Nepomuceno Latoba, sufrió desde pequeño a causa de su vocación; estudiaba para cura contra viento y marea, frente a la opinión de toda la familia que deseaba un heredero y un continuador de la estirpe. Bodas de granero y encinar le tenían preparadas, con las lindes medidas desde que nació.

—Es un caso inequívoco de elección divina —dijo don Cristóbal Crucera a los contrariados padres—; llevo seis meses conversando con él más de una hora diaria, intentando, el Señor me perdone, desviarlo de esa vocación inquebrantable; no he conseguido hacerle flaquear ni un instante. Déjenlo; Cristo lo lleva de la mano.

A Juanito Latoba le buscaron en Zalamea de Aljucén para fusilarlo. Se libró porque estaba escondido en Badajoz, y allí, cuando llegaron los liberadores, supo el martirio de su padre. Saludó emocionado a los legionarios, bendijo a los regulares, besó las banderas victoriosas y corrió a Zalamea para ser paño de lágrimas y consuelo de las viudas y los huérfanos de la familia, su madre, sus tías, sus dos hermanas y todos sus primos. Encontró a los varones, niños aún —ninguno pasaba de los dieciséis años—, muy combativos, deseando participar en la lucha; Juan bendijo el santo entusiasmo que les empujaba al frente, pero no manifestó propósitos de combatir; quería integrarse en lo que quedaba de la diócesis después de la degollina. Estaba ordenado de diácono y esperaba que su ordenación final se apresuraría para cubrir el hueco de los mártires.

Fue, quizás, el primer soldado español objetor de conciencia. En el obispado le dijeron que estaba movilizado y lo habían declarado prófugo por no presentarse a su debido tiempo en el cuartel; compareció ante el juez instructor que lo trató paternalmente; hijo, hijo, en qué estabas pensando, y le castigaron, simplemente, a no ser destinado a servicios de retaguardia como otros seminaristas soldados: iría al frente.

Se incorporó alegremente y alegremente se comportó mientras los instructores le adiestraban en prácticas inofensivas, saludar, derecha, izquierda, de frente, marchen. Pero cuatro días más tarde, convencido el mando de que aquellos chicos ya estaban en condiciones de hacer cosas más importantes, a Juan Latoba, diácono de la Santa Madre Iglesia, lo pusieron en fila para confiarle un fusil máuser y la honrosa misión de utilizarlo.

Juan se quedó muy tieso, en posición de firmes. El brigada don Severino Corbeta —retirado por edad y reincorporado al servicio voluntariamente—, que dirigía el reparto, sonrió benévolo:

—Cógelo, no muerde.

—Estoy ordenado de diácono, mi brigada.

—¿Cómo dices?

—Que no puedo tomar un arma; soy diácono.

—¿Y eso qué es?

—Voy a ser sacerdote; casi lo soy.

Se lo explicó pacientemente. El brigada no lograba entenderlo. Sí, la legislación la comprendía, de acuerdo, hay un derecho canónico y unas órdenes menores y otras mayores. Lo que no lograba entender era la conducta de aquel chico; cura, o casi cura, debería estar entusiasmado con la idea de salir al campo a combatir a la *horda sacrílega* que, además de haberle dejado sin padre —que ésa era otra—, estaba convirtiendo en legión de mártires a la legión de clérigos de la Iglesia española.

—Tendrías que estar deseando comerte a los rojos vivos.

—Ya me gustaría, mi brigada, pero es que no puedo; lo tengo prohibido.

Parecía como si de aquel fusil máuser dependiese la victoria. Su misma madre se lo suplicó:

—Estoy avergonzada, eso no es de hombres; los que mataron a tu padre están vivos; se me cae la cara por los suelos cuando te oigo, hijo.

El coronel del regimiento le habló paternalmente. Intentó convencerle de que el derecho canónico tenía que ceder el paso al derecho de guerra y que la sangre de su padre y la de los obispos asesinados le exigían cumplir la sentencia y aun sentirse orgulloso de empuñar aquel fusil.

—Y que lo diga usía, mi coronel, pero no puedo.

El coronel conocía a la familia; estaba tratando de ayudarle.

—Pueden tus primos, pueden millares de críos…

—Sí, mi coronel, pero si mueren mis primos van al cielo derechos. Si muero yo, al infierno de cabeza. Mándeme de camillero.

—No puedo. Tu caso es un escándalo; está enterado el general; se ha puesto pesado, queriéndote ayudar, el obispo y lo ha empeorado. Toma ese fusil, ve al frente y trataré de traerte acá lo antes posible.

Fue enviado al frente sin fusil, pero con obligación de hacer todos los servicios de armas y de hacerlos siempre en vanguardia. Cada vez que las balas y los cañonazos rondaban su cuerpo sentía el miedo a una muerte inútil —ni siquiera podría decirle a Dios «mira, Señor, he muerto combatiendo en la Cruzada»— y deseaba coger un arma y condenarse gloriosamente con la esperanza de que la sangre vertida sería valorada por encima del derecho conculcado.

De pronto, lo vio todo muy claro: No puedo poner en apuros a Dios; compareceré ante Él con la palma del martirio como mi padre y mis tíos; como don Cristóbal, mi párroco.

Estaba en una avanzadilla, solo y sin armas. Echó a andar hacia las alambradas. Cantaba el credo en latín, a media voz, y se sintió acompañado por un maravilloso concierto; miles de órganos le acompañaban con música

solemne surgida de no sabía dónde, quizá de las estrellas que, de pronto, eran muchas más y brillaban de otra manera.

*… Et unam Sanctam, Catholicam et Apostolicam Ecclesiam…*

Millares, millones de voces gregorianas —posiblemente el coro de los mártires— se unían a su voz de personaje escapado de *Quo vadis*.

—¡Alto, quién va!

—¡Vengo a entregarme; soy católico!

Ni con ayuda de espías hubiese encontrado mejor orientación para el vía crucis; aquel mogote bunkerizado era el ideal para sus deseos de martirio; estaba incluido en el despliegue de un batallón internacional de ametralladoras. Aquello era ejército rojo puro, inequívoco; representaba a partidos comunistas de varios países y lo formaban soldados muy aguerridos, veteranos de batallas, revueltas, guerras y prisiones. Juan Latoba fue conducido al puesto de mando del batallón. Como un cristo, caminó hacia su gólgota de trincheras y casamatas entre dos milicianos, un alemán y un extremeño, que lo condujeron al puesto de mando.

El comandante, un alemán jovencísimo, lo miró de arriba abajo.

—Bien venido a la libertad. ¿Qué te han hecho los fachas?

—Querían obligarme a tomar un fusil.

—Aquí también te lo darán, para luchar por la revolución, por el pueblo; para eso te pasas ¿no?

—No. Yo no me paso. Me entrego.

El joven comandante alemán escuchó atentamente, sin interrumpirle, a aquel extraño desertor que se negaba a dar información militar. Sólo quería que se reconociese su condición de hombre de Dios, su vocación de víctima.

Un teniente, barbero de Madrid y experto en ametralladoras rusas, Francisco Retrecha, alias *Varondandy*, perdió la paciencia. ¿Cómo se podía permitir a aquel tipo hablar con tanta calma, sin temblar, sin miedo? Cogió a Juan por una oreja, la apretó, retorciéndola, intentando bajarle los humos con aquella agresión degradante y divertida.

—¿Es verdad que a los curitas os capan de chicos en el seminario?

—No, señor, es mentira.

—Me alegro; porque te voy a capar a navaja aquí mismo si no me dices dónde tenéis los nidos de ametralladora.

Juan permaneció impasible. En realidad estaba dando gracias a Dios por el insufrible tirón de oreja con que empezaba su martirio. El joven comandante se mostró fríamente objetivo:

—Sabes de sobra dónde tienen los nidos de ametralladoras; quítale la mano de encima, *Varondandy*.

—Es un prisionero ¿no? Pues a los prisioneros hay que hacerles preguntas como ésa: información militar.

—Chorradas militares. Suéltalo.

Juan miró al comandante mansamente y en la mirada estaba toda la verdad de su obstinación de víctima. El comandante con cara de niño hizo un gesto, dio una orden y *Varondandy* salió del bunker seguido de toda la plana mayor del batallón.

—Dices que te llamas Juan.

—Servidor.

—¿No tienes madre, ni novia; no te importan?

—Sí, me importa mi madre. No tiene nada que ver.

—Tú sólo amas a Dios.

—Sobre todas las cosas.

El comandante asomó la cabeza por la portezuela del bunker y gritó algo en alemán. Un soldado rubio, alto, se puso de centinela ante la puerta y tiró de ella cerrándola. Juan rezaba otra vez, Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, ahora es cuando van a fusilarme, hágase tu voluntad, Señor, por ser Vos quien sois, Señor y porque os amo, gracias, Señor, que van a ser manos extranjeras y ateas las que van a derramar mi sangre, leñe ese tío medio me ha arrancado la oreja, Dios le perdone, gracias, Señor, que voy a ser sacrificado sin que un hermano español se manche la conciencia con mi muerte, Señor mío Jesucristo, me pesa de todo corazón haberos ofendido, parece mentira, un oficial tan jovencito…

Cayó de rodillas implorando perdón para sus verdugos. Ante sus ojos húmedos de gozo cayó al suelo una gorra de comandante, una pistola del nueve largo, una guerrera, también de comandante, muy bien cortada por un sastre de Madrid que había vestido a oficiales de alabarderos y a generales famosos, Cavalcanti, Primo de Rivera, Sanjurjo; cayó después una camisa roja y, a continuación, una extraña prenda civil, un sostén.

Juanito Latoba levantó la mirada. El joven comandante, con la rubia melena desbordada y la doble identidad de su busto categórico, insolente, le tendía una mano.

—Levántate.

Berta Möhern, dura como el diamante, comunista alemana, huida de su patria a los dieciséis años después de una pintada famosa en la que profanó con cuernos y perilla cincuenta grandes fotografías de Adolfo Hitler; Berta,

atea convencida, total, sintió, como casi todos los ateos, la necesidad de vencer a Dios; no existe, pero lo desafío. Miraba a los ojos asombrados de Juan como buscando en ellos la razón de aquel amor irracional por el que renunciaba a la vida.

Juanito Latoba, fascinado, se dejó llevar por el suave tirón de Berta y descubrió su cuerpo, su propio cuerpo que, pulsado por Berta, le reveló registros ignorados, vibraciones ocultas, inocente diácono hibernado en pureza total asistida, sin duda, por el Espíritu Santo; pureza preservada milagrosamente entre la erótica mal reprimida de sus compañeros seminaristas que nunca, nunca —exceptuando una minoría de elegidos— renunciaron de verdad a su condición de hombres y a la solemne o austera, fastuosa o sórdida, compartida o solitaria, ceremonia del sexo.

Como un niño del tercer mundo, como un hospiciano a quien se abriesen libremente las puertas de una pastelería, Juan hizo de su deserción y de su entrega al martirio un festín carnal en el que Berta ardió durante tres días. Los centinelas altos y rubios, nibelungos impasibles, mantenían infranqueable la puerta del bunker mientras en el interior se celebraban aquellas bodas singulares, increíbles, en las que el guerrero era la esposa y no había doncella sino doncel que ofrendaba juntas virginidad e inocencia.

—Sí, Clara. Juanito y yo nos juntamos en la guerra, en el frente. No había curas, ya sabes, en zona roja. Ni aunque los hubiese; nosotros éramos oficiales republicanos, y no lo digo por hacer méritos; felizmente no necesitamos la política para nada; además te aseguro que ya no tenemos nada de rrrojos, pero en aquel entonces no queríamos nada con los curas.

—Yo creí que erais venezolanos; Juan, por lo menos.

—Vivimos allí unos años, liados, como vosotros. Nos casamos para venir; ése fue el pretexto que nos dimos a nosotros mismos: por respeto a la familia de Juan, pero qué va: nos casamos porque hay que casarse. No hay matrrrimonio si no hay matrrrimonio, tú me entiendes: todos esos que dicen que el amor no se sostiene con firmas y bendiciones, que el amor se basta a sí mismo, que los frrracasos son insoportables cuando te ves atado per sécula seculórum, lo dicen por egoísmo, por cobarrrdía. No hagas caso, Clarita, a la iglesia cuanto antes.

—No sé, no sé…

Sí lo sabe; está deseando casarse con Miguel, casarse de verdad aunque sea en una capillita aldeana, los dos solos, sin más acompañamiento que el cura y el sacristán. Poner ante la mirada amarga de su padre un papel que le

haga sentirse limpio de una vez cuando ella lo presente no como justificación, sino como reproche.

—Clara, hija, hazte cargo, perdónanos pero tú misma pensabas que era tuya la culpa. Tú y todos nos preguntábamos qué ofensa, qué fallo, qué desengaño había obligado a tu marido a echarte de su lado; todos hemos sufrido mucho, pero debemos perdonar; piénsalo, hazme caso, he vuelto a hablar con él y con el doctor Picón; tiene cura si tú le ayudas.

—Eres mi padre ¿no? Bueno, pues coge a mamá del brazo y vete a casa de ese tío guarro, del doctor, y dile que mamá y tú vais a ver la película que me puso para el tratamiento de esa basura de marido. A ver si después tienes valor para decirle a tu hija que eso es lo que debe hacer, o te mueres antes de vergüenza.

—Yo no sé… Habrá otros medios, pero Sancho es tu marido, debes ayudarle.

—No es mi marido, no es nada mío. Tú eres mi padre queramos o no y mi madre es la señora que me parió y eso no hay quien lo mueva. Pero los maridos no paren a su mujer ni nacen casados con ella. No es mi marido, no vuelvo con él ni loca; que le cure el psiquiatra o lo meta en un manicomio. O le dé las lecciones en una casa de furcias.

—¡Niña!

—Ya no soy niña. Lo he sido; una niña o una retrasada mental. Hasta que ese médico me explicó el secreto de nuestro fracaso, creí que era yo la fracasada. ¿Por qué?; porque nos hemos criado como idiotas; parecía que toda la vida estábamos haciendo algo prohibido, siempre asustadas, siempre creyendo que debíamos avergonzarnos, sintiéndonos culpables de todas esas cosas misteriosas.

—¿De qué misterios estás hablando?

—Tiene gracia; el día que me hice mujer, a los trece años, sentí vergüenza; y así siempre, como si hiciese algo malo, me daba vergüenza mirarte y nunca, hasta este momento, hablamos tú y yo de algo que era tan natural como echar un diente, y que me ocurría con regularidad todos los meses. Ni siquiera en Benidorm salía a relucir la verdad cuando me quedaba en casa o vestida en la playa, sin meterme en el agua; jaquecas, la niña está indispuesta, nunca la realidad; me asustaba pensar que te enterases, disimulaba; mamá me ayudaba a ocultarte eso que sabías de sobra y, no me explico por qué razón tú disimulabas lo mismo que yo para no darte por enterado. Ahora no hay escape: sabemos lo que hay, estás enterado y ¿qué quieres?

—Yo lo que quiero es por tu bien.

—¿Quieres que vuelva al lado de ese medio hombre?

—Debes evitar el escándalo, defender tu matrimonio, tus derechos.

—Por fin; gracias, padre; por fin hablas de mis derechos. Eso quiero: mis derechos; a ver qué se puede hacer para recuperarlos. Ayúdame a anular mi matrimonio.

—Sería un escándalo.

—Lo escandaloso es que los vecinos crean que el marido de tu hija, el que la ha echado de su casa, es un hombre.

Tres abogados sucesivamente requeridos por Clara y su padre escucharon la historia con gesto incómodo, displicente, de doctor a quien le llevan un moribundo desahuciado por otro médico.

—Me temo que han sido ustedes muy torpes.

—Me pegó y me echó del hotel.

—¿Ha intentado usted volver con él; vivir en el domicilio conyugal?

—¿Para qué, para que me pegue y me eche?

—¿Lo ha intentado o no?

—No.

—Entonces usted es quien está en situación ilegal: ha abandonado a su marido.

—Pero el matrimonio no se ha consumado.

—¿Era usted virgen cuando se casó?

—Sí.

—¿Lo es ahora?

—Prácticamente sí.

—¿Lo es o no?

—Físicamente, no.

—Para los jueces sólo existe una virginidad aceptable: el himen intacto.

—Entonces, no soy virgen.

—¿Yació con su marido?

—Sí.

—¿Y fue con él con quien dejó de ser virgen?

—Sí, señor, sí fue con él, pero no pasó de ahí; eso es todo lo que hizo; es impotente, lo sabe su médico, lleva años intentando curarle…

—Ya, ya… ¿Desea él que usted vuelva a su hogar?

—Eso dice.

—Entonces, vuelva.

—¿Para que me pegue otra vez?

—No lo sé, pero, por suerte, existe esa posibilidad; entonces podríamos proceder con orden. Hasta aquí, este asunto lo han llevado ustedes muy mal; no veo más que un camino: volver a empezar, esperar que repita sus sevicias, y, a ser posible, que cometa otra vez el error de expulsarla del hogar. Entonces actuaríamos con arreglo a derecho y podríamos conseguir la separación.

—La anulación.

—La anulación no me parece posible. Tendrían que ponerse de acuerdo, desearla los dos, aceptar una misma ficción, una de las numerosas causas de nulidad que acepta la Iglesia, pero no la verdadera porque me temo que él no piensa reconocer su incapacidad. Si no desea la separación, es ingenuo pretender la anulación. Esto es así, no se haga ilusiones.

—Pero ¿por qué no intentarlo?

—Sólo me haré cargo del caso si reanuda la vida conyugal. Piénselo, vuelva con él y téngame al corriente de cómo van las cosas.

—¿Le hago una nota de las bofetadas que me pegue? ¿Y una lista de los insultos? Y, si lo mato, ¿qué hará usted por mí? ¿Sabe que compré un cuchillo para matarlo, un cuchillo de cocina así de grande el primer día que dijo que me esperaba? ¿Sabe que al psiquiatra le rompí un proyector de cine?

—Señora, yo soy abogado; sólo puedo darle consejos de acuerdo con la legislación que tenemos; es mala, es anticuada pero es la que hay. Si usted está dispuesta a comportarse de acuerdo con ella, si acepta la realidad, si colabora conmigo… y si hace un depósito de cien mil pesetas como provisión de fondos para los primeros gastos…

—¿Cien mil pesetas?

Demetrio Gilmaestre nunca había visto cien mil pesetas juntas.

Clara renunció a la lucha, rompió todas las historias de novela rosa que tenía metidas en la cabeza y eran los datos para su proyecto de vida, su imagen del futuro; ya no tenía futuro. Cuando conoció a Miguel había renunciado a la anulación y a convencer a sus padres de que ésa era la única salida decente y que lo inmoral era el arreglo odioso, grotesco; trabajaba para sentirse independiente y equilibrar su fracaso, compensar el balance sentimental con el aperreo del horario, del esfuerzo, de la lucha por algo menos que el éxito: por quedar bien y ser, al menos en eso, una mujer normal. Aún no lo sabía, porque faltaban años para el invento: intentaba realizarse.

Además de eso que ahora se llama realizarse, deseaba perder de vista su casa, enfrentarse sin sumisión de niña descarriada con aquel tipo amargado en que se había convertido Demetrio —que nunca había sido un cascabel, pero

tenía momentos de alegría y de efusión los domingos, fiestas de guardar y aniversarios familiares—; ya ni en los Domingos de Ramos sonreía; le requemaba, le repudría el trato de moneda falsa, el rechazo sufrido por aquella hija desgargolada, incongruente, inadaptable; era como una estafa; su hija les debía otra realidad mejor; un yerno presentable, nietos, y no aquella actitud crispada y terca negada a las soluciones honorables.

—Cría una hija, sacrifícate toda la vida para esto.

Y Clara odiaba justamente que la hubiesen criado para eso. Ella era la estafada; ahormada, moldeada para virgen-víctima, para virgen-ofrenda, como en las selvas del Amazonas o del Zambeze, acicalada y emperifollada para satisfacer a un dios de madera, para un tótem de basalto, para una imagen adusta, fría, remedo enigmático del hombre, un ídolo: tómala, es virgen, puedes concederle tus mercedes o darte el divino gustazo de aniquilarla; es tuya.

Colegio de monjas, sí, hija, de pago, naturalmente, pero esperando verla fracasar, en sus pajaritos fantásticos de doctora en leyes o especialista en tratamiento de niños minusválidos. Fue como si Demetrio estuviera sacrificándose con la escopeta cargada; a los trece años un suspenso en matemáticas; el fin del mundo. Se acabó, niña, déjate de novelerías, no voy a sacrificarme toda la vida para que pierdas el tiempo haciendo castillos en el aire; tu madre se hizo maestra ¿y qué?, ni para tomarte las lecciones le ha servido; en cambio hace los chipirones que ni en el Ritz y eso lo aprendió después de casada, que la enseñó mi madre, en paz descanse, y tiene la casa como una patena y todos felices; las mujeres no necesitáis títulos, al contrario, conozco a más de una que se siente fracasada con su carrera universitaria inútil, amargada por los hijos, criándolos sin alegría porque para eso no le sirven de nada siete años de instituto y cinco de universidad. Nada, nada; corte y confección, eso puede servirte; o secretariado, taquimecanógrafa hasta ver qué pasa; si eres juiciosa y lista se cumplirá tu destino glorioso: casarte y parir con regularidad.

Y la niña aceptó las reglas del juego y las jugó bien: podían habérsela servido a Sancho Fajado —y en realidad así le fue servida— precintada y garantizada. Pero el hombre no tiene precinto ni se le exige certificado de garantía: «Sancho Fajado, varón, virgen, se entrega en perfecto estado de funcionamiento; si en el plazo de un año falla, puede ser devuelto». Falló a tope, de pies a cabeza: pero la mercancía devuelta fue Clara.

A la calle y a defenderse en el pedregal de las amistades nuevas, de los compañeros de trabajo con sus manos ávidas, con sus miradas buscando

siempre el resquicio del escote, el descuido de la falda, mírala cómo se sienta, lo hace adrede, la casada sin marido pide guerra. Consiguió contener a los merodeadores de la guerra erótica a cambio de quedarse sola, de rechazar maniobras envolventes, asaltos y golpes de mano de sus compañeros, refugiándose en Almocrebe para dar tiempo a que se alejasen con sus tímidas, petulantes, caballerescas, protectoras o desdichadas actitudes, con sus pretextos vulgares y sus torpes frases hechas, de seductor suburbano.

—Soy un corazón solitario, como tú.

—No puedo permitir que nuestra bombón ande sola por la jungla de asfalto.

—Casualmente llevamos el mismo camino.

—Yo soy muy claro, Clara, a ver si me aclaro ¿está claro? Anda, vamos a menear un rato el esqueleto.

Se dio cuenta a tiempo de que no debía pelear contra aquella galantería chata, desmañada y chapucera porque acabaría desmantelada, convertida en otro ser, en una huraña máquina de construir respuestas irónicas, de réplicas sarcásticas, desdeñosas, de retrueques ásperos, desconcertantes como puñetazos.

—Clarita, ¿qué hora es?

—¿Por qué no miras tu reloj?

—Se me ha parado.

—Hace años que se te paró el reloj.

Y como al final de tanta escaramuza con partisanos, voluntarios y guripas tuvo que rechazar el asalto nada menos que del brillante, aguerrido, bizarro Javi Padrón; y como a partir de aquel momento decidió impedir que se le cayesen los palos del sombrajo y concibió la idea de proteger su virtud liándose con Miguel; y como de aquella decisión surgió un falso noviazgo que no tardaría en perfeccionar su aislamiento con la evidencia de unas relaciones adulterinas, Clara, al cabo de quince años, libre por fin, sin más jueces ni abogados ni alguaciles que la Muerte y una esquela de *ABC*, escucha como música celeste y piar de pájaros el consejo de Berta Möhern que la anima a casarse. Sin embargo, responde con ese vacilante «no sé, no sé…».

Porque de algo sí está segura; Miguel ha resultado un buen compañero, juraría que la ama como ella a él; pero fue uno más, un guerrillero más a la caza de la casada fácil, de la chica guapísima que, por algo raro, por alguna razón inconfesable, está separada del marido.

Y lo sabe porque las mujeres huelen el celo y las intenciones, la indisimulada flaqueza del varón, lo ven en sus ojos que descienden ávidos a

los círculos mágicos y a los bordes fronterizos del vestido, buscando el resquicio del cuello mal abrochado, calibran el cuerpo mientras hablan, olvidando que en la mirada reside, tanto como en la palabra, la comunicación. Los ojos se hacen tacto, se entregan a un impúdico manoseo, puntean el cuerpo, lo penetran y escudriñan, y la mujer continúa su conversación simulando no darse por enterada de que entre ella y ese individuo se está realizando un acto sexual compartido que para el varón es ejercicio lúbrico y para la mujer puede ser vanidad, halago, miedo, risa, humillación, satisfacción, gambeteo, insolencia, osadía, envite, desmán, o, también, participación en una cópula deseada o aplazada, irreal, grata y descomprometida.

Clara lo advirtió desde el primer momento en la mirada vagabunda de Miguel. Y lo pasó por alto porque con alguien tenía que aceptar el juego y porque aquel chico miraba sin voracidad, hablaba sin petulancias de cazador y supo llevar las cosas con calma hasta aquella escaramuza augural en el despacho.

Y porque Clara nunca supo el comentario de Miguel en Gambeta's.

—Ya tengo a la casada en el bote.



Ahora que todo ha sido —alguien diría que milagrosamente— superado, las marginaciones, los anatemas, las bolas negras, las tapias infranqueables de la tierra sagrada, las cautelas, obstáculos y admoniciones acumuladas por la sociedad contra las parejas unidas por libre, ahora que no se expulsa de casinos, iglesias ni salas de consejo a los liados, y que no son arrojados de la verbena del barrio ni del bautizo de la sobrina como Adán y Eva del Paraíso, humillados, ateridos, cubriéndose las vergüenzas con una mano detrás y otra delante, buscando como locos unas hojas de parra para salir del paso, ahora que la renta per cápita, la manga ancha social y el descenso posconciliar a la antropología del ser que necesita cosas y las quiera antes de ir al cielo han dado luz verde en todas partes a los Tejuelo que desde, más o menos, 1965 son «los Tejuelo» en salones, listas de invitados y actos públicos; ahora que —sí, sí, alguien lo repetirá— *milagrosamente* Sancho Fajado entregó su alma por las buenas dando fin a los problemas sin necesidad de que alguien hiciese justicia con una sentencia o con una pedrada certera, Miguel se siente liberado de una obsesión que casi había llegado a deformarlo psicológicamente.

Cuando cerca ya de la fábrica, enderezando la proa del coche hacia Guindaleta-Plásticos, se dice a sí mismo «ya no tengo que matar a nadie»,

está arrojando la carga maldita que hace sumamente peligrosos a los débiles. Son los débiles y no los fuertes quienes buscan, matando, la solución de sus dificultades. Los fuertes imponen su autoridad, su peso, su vozarrón; los débiles se esconden, apuntan y le dan al gatillo.

Esta idea fija llegó a formar parte de su textura mental. Lo mismo que el ciudadano sabe que es necesario renovar cada equis años el D. N. I., que en agosto refresca, que a cualquiera le arde la casa, que le conviene hacerse un chequeo, que debe cambiar las cubiertas del coche y rellenar el depósito de gasolina antes o después, Miguel sabía que el marido de su mujer era un incordio cuya eliminación, fatalmente, debía realizar él, aunque no necesariamente con sus propias manos. Sancho Fajado era su Gibraltar privado y lo tenía tan clavado en el alma como el Peñón; con la diferencia de que el Peñón le escuece a todo quisque pero sólo un loco piensa en rescatarlo por sí mismo, mientras que el dar mulé a aquel individuo era reivindicación exclusivamente suya, indiferente al estado español, al pueblo y a cualquiera que no fuese él, porque ni siquiera Clara, la humillada, la ofendida, la arrojada al adulterio y a la muerte civil, había pensado en estocadas hasta la bola, en tiros por la espalda ni en liberador arsénico después de regalar a su madre aquel cuchillo de cocina.

Otros días había llegado a Guindaleta con el ánimo turbado por el deseo de matar: que lo maten, ya que está ahí estorbando; hoy se reúne el Consejo de Administración; después cenamos juntos; Tulio Esgueva ha propuesto que las señoras nos acompañen; por fortuna estaba delante César Amado Miño, que también está liado, y dijo, tranquilamente, «yo no puedo llevarla» y se acabó la cuestión; lo de César lo saben hasta los gatos. Ese cabrito que se niega a reconocer que se casó impotente, que se opone a la anulación, tiene la culpa, lo mato, a ese tío lo mato; yo no, yo no voy a inventar el crimen perfecto para acabar en la cárcel como todos los que cometen el crimen perfecto, pero tengo que encontrar el medio de hacerlo; aunque sea trayendo a un siciliano; ¿y dónde encuentro yo un siciliano?

De pronto, se daba cuenta; le había ocurrido otra vez, de niño, con su tío Cipriano; le olía el aliento a coles hirviendo, a heces, y era muy cariñoso; cogía en brazos a Miguel y le contaba cuentos, le daba caramelos, globos, hasta triquitraques, tirachinas y otras cosas divertidas y peligrosas que ninguna persona mayor regala a un niño. Miguel quería al tío Cipriano, pero estaba deseando que se muriese; lo deseaba con toda su alma cada vez que le anunciaban el encuentro inevitable con aquel hálito sórdido de escalera sin portero ni ascensor, con aquella sonrisa legamosa, insepulta. Y recordaba

cómo sintió la muerte de tío Cipriano hasta llorar con lágrimas sinceras de niño al mismo tiempo que algo muy grato, una sensación de bienestar, de alivio le confortaba el alma al pensar que ya había muerto y un metro de tierra cubriría para siempre aquella peste amable y pródiga: qué bien, descanse en paz.

Después del primer asalto a Clara en el despacho de Guindasa, la aventura con la casada-que-pide-guerra se desarrolló, contra lo previsible, en forma muy parecida a un noviazgo burgués. Clara acudió al día siguiente a la cafetería como si ni hubiese ocurrido nada; Miguel estaba arrepentido; no era contrición sino contrariedad; le afligía su comportamiento bastorro; me he portado como un paleto, ahora no querrá ni mirarme a la cara; el caso es que está en el bote, eso se nota, pero no es un plan para ir a lo bestia.

Se acercó sin saber qué gesto valía, qué cara necesitaba, qué palabras, para aquella ocasión; pensaba disculparse, siento lo ocurrido, perdí la cabeza, he sido muy bruto, no sé si querrás perdonarme; pero Clara sonreía confiada y acogedora; no hubo disculpas, no había pasado nada; las paces estaban hechas sin banderas blancas ni compromisos de no agresión.

Aquel exceso puso las cosas en un camino inesperado, como si una agresión fronteriza diese lugar a una alianza sincera y duradera; sin palabras, sin disculpas ni indulgencias, lo que pudo empezar como un lío y más tarde lo sería, tomó todas las apariencias de unas relaciones de puro estilo español: novios formales.

Aún no se sabe qué es mejor, más conveniente y mutuamente satisfactorio. En aquellos tiempos, los novios no hablaban del sexo. Ahora es frecuente que se planteen la cuestión con seriedad responsable y —en otro sentido— muy honrada:

—Me gustas[1].

—Tú a mí también.

—Podríamos vivir juntos.

—Bueno.

—Quiero decir, compartirlo todo; la cama y lo demás.

—Ya, ya.

—Si estás luz verde, claro.

—Estoy luz verde, pero no te lo tomes como un subsecretario; estoy luz verde siempre; si me hartas lo dejamos. Si resulto coñazo, igual.

—No quiero hijos.

—No es problema.

—Ni casarme.

—Es una chorrada.

—¿Entonces?

—Toma la llave; ahí enfrente hacen duplicados, cinco pesos ibéricos, veinticinco pelas. Devuélvemela rápido.

—¿Vive alguien más allí?

—Fijos no; pasa gente.

—Vale.

—Vale.

—Oye, compromisos nada, pero no quiero experiencias colectivas; me gustas tú, nada más.

—Vale.

En aquellos tiempos el sexo estaba presente siempre en los noviazgos, pero era ojos, manos, oscuridad, y un avanzar poco a poco, un dulce y paciente batallar por cada centímetro concedido a la mutua confianza, y un lenguaje consabido y lacónico:

—No.

—Déjame.

—No, no.

Poco más; a veces se añadían consideraciones especiosas: ¿es que no me quieres?; eso mismo te pregunto; si me quisieras no te comportarías así. Miguel empezó a comportarse como quien aspira a la blanca mano de doña Leonor; en el fondo, mantenía archivada, hibernada y viva la idea de hacer carne en aquella casada ambigua, increíblemente separada de su marido; ¿dónde tendrá los ojos ese desgraciado que deja escapar una criatura como ésta? Dejó de hablar, con sus amigos, del tema y entraba cada día en Almocrebe haciendo planes, contento de saber que se iban a reunir y a pasar juntos un par de horas; hasta las diez en punto de la noche.

Clara parecía olvidada de su propia historia y se conducía como cualquier chica con un sujeto que la espera, la lleva al cine o a bailar, la acompaña hasta la puerta de su casa y es más que un amigo; el beso era la medida de la confianza que les iba ganando y la espoleta del conflicto.

Demetrio Gilmaestre, pobre hombre, a sus cuarenta y cinco años se veía ya anciano padre, algo que jamás pensó le ocurriría, anciano padre de la vieja escuela, él que estuvo ilusionado con la seguridad de ser abuelo joven. La hija desdichada lo traía a mal traer:

—Anda con un tío.

—Es un compañero de trabajo, Demetrio, déjala, no seas mal pensado.

—¡Está casada!

Tenía que vigilarla. Era el honor de todos lo que se estaba jugando. La acechaba; esperaba en un bar hasta verlos pasar, los seguía oculto entre la gente, parándose ante escaparates y quioscos. Fue como una puñalada, como un dolor de infarto, como un trabucazo en la mismísima cara:

—¡En el portal, Cloti! ¡Abrazados en el portal!

Era, quizá, lo que Clara buscaba; aquella bofetada al entrar en su casa.

—¡Perdida, eres una cualquiera, nos estás deshonrando a todos!

Clotilde gemía derrumbada en el sofá; gritaba bajito su vergüenza:

—Esta hija nos va a enterrar.

Clara no se detuvo ni a mirarlos ni a recibir la segunda bofetada. Se encerró en su alcoba, casita de muñecas todavía; conservaba lacitos y peluches, libros del bachillerato inacabado y un diploma acreditando que había recibido por primera vez el pan de los ángeles en la capilla de Santa Margarita de Mantua de manos del Patriarca de las Indias. Nada menos.

Hizo un paquete con muy pocas cosas y se acostó casi vestida; a las dos de la madrugada fue a la cocina, cogió pan, salchichón y un plátano. Maravilla le parecía estar serena, casi contenta, semitumbada, comiendo algo tan sencillo, pan y salchichón. La vida la empujaba a las soluciones simples; quizá por eso se sentía tan tranquila: todo lo que necesitaba era un hombre; solamente eso. Adiós al pan de los ángeles. A las siete de la mañana estaba en la parroquia despidiéndose, dolorosamente, de la Gracia.

—No sé, Dios mío, cuándo volveré a poner los pies en Tu casa; sé que es una locura, pero la verdad, Señor, es que si no hago esta locura, me volveré loca de remate. No tengo salida; ni monja puedo ser. Y la verdad es, Señor, que voy a ponerme en manos de un hombre muerta de vergüenza pero, más, de miedo. No sé cuál será la primera noche, ni sé si será de noche, ni si acabará en una manta de bofetadas; hasta ahora es lo único que saben darme los hombres, bofetadas. Tengo que probar, a ver si son capaces de algo mejor… No puedo pedirte perdón, Señor, porque de nada serviría si mi propósito es el de ofenderte. Sólo te suplico que no me dejes morir en pecado; ya sé que es una tontería; ésa es una ventaja que no se te puede pedir.

Había dejado una nota sobre la cama.

«Creo que es mejor; me voy. No os preocupéis ni os disgustéis. Voy a una pensión y puedo pagármela. Siento que las cosas se hayan puesto así. Besos. Clara».

Llevaba una maleta pequeña y un maletín. Paró un taxi; le dio las señas de una pensión en la calle de Ayala, cerca de la oficina. Se extrañó, no lloraba; no lloro ni siento eso de las novelas, que algo se desgarra en mi interior, nada, absolutamente fría, como si viniera de provincias a Madrid a preparar unas oposiciones, «Pensión Guruzeta —Viajeros y Estables». Ni una lágrima; miedo, un poco; apenas conozco a Miguel; si me sale rana como Sancho quedo como estaba, sola, y, bueno, entonces sí que tendría que ir al psiquiatra, si me falla éste o si me pega. Nada, que no me sale una lágrima, que no siento nada, será porque dejo tranquilo a papá, pobrecillo, sí, ya sé que le doy un disgusto muy gordo, pero es el último; o el penúltimo; cuando se entere de que me voy de casa le parecerá mal, pero cuando le diga, o le digan, que me he acostado con Miguel, comprenderá que ya no puede pasar nada peor; dormirá más a gusto ¿no?

Aquella tarde, en Almocrebe, contó a Miguel los antecedentes de la situación:

—Una bofetada. Y no puedo reprochárselo; es mi padre, nos pilló abrazados. Así que me he venido a una pensión, aquí cerca.

—Pobrecita Clara.

Soltó unas lágrimas que no esperaba y, entonces, dijo a Miguel algo muy sencillo:

—Llévame a algún sitio en el que podamos estar solos.

En aquellos años no existían los nuevos barrios residenciales ni los edificios de apartamentos; Miguel, como muchos solteros, vivía en un hotel, muy cerca de la Puerta del Sol, un hotel antiguo en el que ocupaba la única habitación con saloncito y cuarto de baño. Jamás había intentado meter allí una chica; el contrabando erótico era duramente perseguido.

—¿No te importa dónde?

—Donde tú quieras.

—Tendrá que ser en casa de una señora que alquila habitaciones.

—Bueno.

La llevó a casa de doña Laura, celestina muy veterana, «víctima —decía— de la represión vaticanista; en España no mandan más que los curas». Pocos años antes, explotaba en Valladolid un burdel ruin tirando a inmundo, casa suburbial de una planta, con habitaciones mal repartidas, paredes húmedas decoradas con residuos de viejas pinturas y reliquias fósiles de insectos y arácnidos aplastados; ahora, doña Laura, cuando recuerda aquellos tiempos escabrosos, lo llama «el chalé de Pucela» y alaba aquel jardín maravilloso que era realmente corral de tierra pisada con parra frondosa

aunque casi estéril y como sifilítica, a cuya sombra, en las tardes calientes, hacía espera la clientela de quintos y estudiantes que celebraban su entrada en filas o su graduación de bachiller iniciándose —por veinticinco pesetas en 1944, cinco en 1936— en el placer fornicatorio y, muy frecuentemente, en el síndrome venéreo.

Cuando la presión vehemente y tenaz de la jerarquía eclesiástica obtuvo del poder la aniquilación de los prostíbulos —no de la prostitución, como se pretendía ingenuamente ignorando que no se sabe de ninguna civilización, de ningún momento de la historia del hombre en el que no haya habido furcias más o menos organizadas—, la orden de clausura y erradicación se cumplió a rajatabla y la histórica devastación se llevó por delante el burdel vallisoletano de Laura *la Chana*. Fue como una secularización al revés; cenobios del infierno, templos del diablo fueron desalojados, convertidos en viviendas para familias honestas que, durante años, sufrieron abundancia de molestias, insultos y pesadumbres rechazando intentos invasores de antiguos clientes lamentablemente faltos de información y sobrados de lujuria; no admitían que lo que fuera prostíbulo se hubiese convertido en hogar con niños asustados por aquellas escenas violentas en las que la madre acababa siempre amenazando a unos paletos con llamar a un guardia. Cayeron firmas famosas, verdaderas instituciones renombradas en todo el país, llevadas en coplas y cuplés muchas de ellas; *la Bizcocha*, *la Turca*, *la Mediateta*, *la Taranta*, *Madame Teddy*, y otros ilustres negocios, desaparecieron por orden gubernamental en una incruenta Noche de San Bartolomé que purificó casas con siglos de historia libertina y puso en el arroyo a muchachas desvalidas, olvidadas del mundo, de sus trampas, engorros y asechanzas. Como tórtolas en primer domingo de veda derogada, las pupilas de los prostíbulos registrados, inscritos en censos fiscales, gubernativos y sanitarios, salían atemorizadas lo mismo de las casas humildes que de las fastuosas, de las de «niñas al salón» que de las impresionantes, «señorita Merche, señorita Lulú, señorita Piluca, les presento a este caballero, tanto gusto; ¿quiere que le presente alguna otra señorita o ya ha hecho su elección?», salían a la vida, pobres pecadoras elementales, unas con maleta de madera o de cartón, otras con equipaje de piel auténtica o imitada, todas con la incertidumbre y el miedo; y con la última liquidación en el bolsillo. Llevaban sus cartillas de ahorros; alguna, en doce, en veinte años de brega, jamás pasó de las doscientas pesetas; otras —Maruja *la Gallega* sin ir más lejos— tenían saldos superiores a cuarenta mil duros y un hijo en tercero de bachiller, interno en colegio de pago.

Como tórtolas se desbandaron las desahuciadas, las pregonadas, buscando refugio unas en sus pueblos, otras en apaños precipitados con chulos viejos, limpiabotas, fámulos de tambarria y antiguos clientes de pueblo que aprovecharon el exceso de oferta para apañarse una barragana en exclusiva por cuatro cuartos.

Como siempre que, por circunstancias externas, se desestabiliza el mercado y se disparan hacia arriba o hacia la desdicha los precios, hubo lluvia de abusos y trapisondas. A María Colleras, licenciada de El Corralillo, en Bailén, la contrató un señor de Toledo, ingeniero del estado. La conoció en el tren, al paso por un vagón de tercera; iba el hombre con la escopeta cargada y la mirada alerta, como buen cazador, y descubrió aquella pieza acosada que, de momento, se dirigía a Aranjuez, en donde fue sirvienta y tuvo su primer resbalón y su única hija. Allí esperaba reanudar su vida, borrar los doce años de bellaquería, agarrándose como fuera al estropajo humilde y honrado que a veces, pocas veces, recordó con nostalgia en momentos difíciles y azacaneados.

El ingeniero fue al grano después de una breve conversación exploratoria. Ofrecía a María un retiro pacífico y seguro; tres mil pesetas mensuales y una casita; qué casualidad, en El Corralillo, un lugar apartado y céntrico, cerca del Alcázar, sobre los rodaderos del Tajo.

María Colleras ni lo pensó, estaba de suerte y no, como había creído, dejada de la mano de Dios. El ingeniero organizó una república con seis amigos, todos mayores de cincuenta años, para mantenerla en régimen de mancomunidad, repartiéndosela ordenada y civilizadamente un día a la semana. Convinieron una cuota de quinientas pesetas mensuales —con lo que a él le resultaba gratis— y entregaron la llave del picadero a un discreto ordenanza del Círculo Recreativo que se la daba cada tarde a uno de los comuneros.

Aunque no contaba con aquella pluralidad de protectores, María la aceptó contenta; nunca estuvo mejor; ganaba más que con un hombre solo y vivía descansadísima atendiendo la breve visita de su cliente diario y sin otra cosa que hacer que las propias del oficio y algún café, alguna ensalada de lechuga y tomate para halago y restauración de quienes le procuraban el sustento.

Entre el ingeniero y sus socios no había celos; se intercambiaban derechos; oye, que el miércoles tengo que ir con mi señora al dentista, cámbiame el día; que el domingo me hace un nieto la primera comunión; que voy con el equipo a Talavera; que tengo un acto de conciliación en Sindicatos; y se cambiaban fechas sin avisar a María, que jamás protestó; lo

mismo me da, pasa, majo, qué más tiene, lo único cuando viene Ricardo, que se le pone entre ceja y ceja que a él sábanas limpias, manías, lo que yo le digo, el día que te toca, pase, pero no cuando vengas de sopetón, y no hay quien pueda con él, me hace sacar las sábanas y hasta tuve que plancharlas un día porque sólo tengo dos juegos y estaban secándose tendidas en el corral; dos horas me tuvo planchando y me cabreé un poco, se lo dije, las voy a poner, limpias y recién planchadas, pero hoy no lo catas. Y se fue sin catarlo; que iba a darse de baja, me dijo, pero se ve que lo pensó bien y, desde entonces, cada vez que viene fuera de turno me da dos duros; para jabón, dice.

De todo hubo en aquella desbandada que para las más cerriles y para aquellas que a su oficio añadían la mala conducta pública, la embriaguez o el escándalo, acabó en las cárceles de mujeres, de las que, hasta el fin de sus días, fueron habituales inquilinas con breves intervalos de libertad desorientada, azarosa, inservible.

Para Laura *la Chana* fue el broche de hierro a treinta años de negocio en Valladolid. *La Chana* no era ella; Laura compró con sus ahorros el negocio y heredó el mote porque aquélla era la Casa de la Chana desde 1878 y así se llamó hasta el día de su purificación.

Entró en Madrid por la puerta grande: rentista. Alquiló un piso hermoso, con ocho balcones a la calle de Hortaleza; un piso burgués con siete dormitorios; muchos dormitorios para ella sola sin más compañía que la Paca, única superviviente, con Laura, del antiguo negocio.

—Pocas alcobas —dijo Paca, acostumbrada al trajín.

—Las justas, Paca, para qué más; ahora, lo caro va a ser esto. Tú no sabes cómo se puso el vino en América el día que prohibieron venderlo.

Paca, criada de burdel, tartamuda y un poco levantada de la paletilla izquierda, limpia como los chorros de oro, discreta, humilde y sumisa, a todo decía que sí. Lo había dicho siempre, cuando vivía aperreada, durmiendo en calderilla y maltratada por los de dentro y los de fuera. Aquello de servir a doña Laura, viuda y rentista, era la gloria.

—Y poco bien que estamos ¿verdad, Paca? Las dos solitas, sin tener que mantener diez niñas cada una de su padre y de su madre, pobrecillas, no seré yo quien hable mal de ellas, pero las había con peor leche que los micos del Rimondi.

—Y en las ferias, hasta dieciocho mujeres que metíamos en aquella casa.

—Cada una con su inclín, que ninguna lo tenía suave, tú verás, si no, serían otra cosa.

—Y las peores, las que no habían comido caliente en su vida.

—Bueno, bueno, déjalas, hijas de mi alma; con el sudor de sus ingles me ayudaron a reunir estas cuatro perras y ahora vivimos tan ricamente. Hasta en eso estoy conforme con el Régimen, ya ves, a la fuerza ha tenido que arrancarme de aquel desespero y me ha puesto en Madrid hecha una señorona; bendito sea, que me ha convertido en lo que nunca esperé: doña Laura.

Algunas antiguas pupilas y otras que no lo fueron, pero conocían su fama, fueron a visitarla.

—Pues que me enteré de sus señas y dije…

—Hala, a casa de *la Chana*, como en Valladolid. Lo siento, nena, pero no, ni lo pienses, bonita, te juro que lo siento; la prostitución está prohibida y la persiguen como lobos, conque aquí no; aquí sólo admito estrechas que se acuestan con su novio o con su jefe o con un señor serio y ni él ni ella van a ir contándolo por ahí. Ni se hace salón, ni se admiten hombres solos ni se vende una copa de vino. Y comida, aquí no se guisa más que la mía y la de Paca, pregúntaselo, ¿verdad, Paca?

La casa de doña Laura tenía una clientela discreta, de medio pelo, aunque ella dijese otra cosa.

—Lo mejor de Madrid y de toda España, no es porque lo diga yo, que soy ciega, sorda y muda; antes mártir que confesora, de mi boca no sale un nombre ni que me dé suplicio la Santa Inquisición; me dejo matar por un amigo. No hago esto por dinero; el dinero ni lo necesito ni me interesa; gracias a Dios, mi marido, en paz descanse, no quería el pobre que lo echara a faltar y me dejó muy bien, conque si aquí entra alguien es por amistad.

Y entonces soltaba los nombres de los dos o tres ministros más populares del Régimen. No falla; esas confidencias funcionan siempre; la gente cree con facilidad aquello que está deseando creer; uno de los mejores regalos que le han podido hacer a la Humanidad es decirle que Hitler sólo tenía un testículo; no hay pruebas, pero encaja maravillosamente. Laura, con su mentira, no dañaba la fama de los ministros; al contrario, los pueblos mediterráneos encuentran mucho más atractivos a los grandes personajes si son un poco salidos; menosprecian a los orgullosos, a los enflautados y detestan a los que se enriquecen desde el poder o el mando, pero son indulgentes con el sexto mandamiento. Los ministros, salvo raras excepciones, no frecuentaban las casas de citas, ocupadísimos como estaban en salvar a España y en preservar su sillón de las asechanzas de amigos y adversarios deseosos de ocuparlos. Sin embargo, cuando llegaba a sus oídos la calumnia —se dice que su excelencia anda de jarana— dejaban correr el bulo porque la mala fama, esa

específica mala fama de braguetero como el que más, favorecía su imagen y les acercaba al pueblo; que no es buen político quien no es popular. Años más tarde, el pueblo empezó a perder el respeto a sus gobernantes porque muchos de ellos pertenecían a órdenes o asociaciones religiosas y se sabía, con absoluta seguridad, que podría sorprendérseles rezando el rosario en familia pero nunca descendiendo democráticamente al común nivel de los seres humanos en el prosaico, igualatorio, venial —o mortal— relajador y desedificante interior de un *meublé*; traspasando el quicio de una mancebía.

Clara se asombró a sí misma entrando sin temblar ni sonrojarse en casa de doña Laura. Y se asombró aún más metiéndose casi desnuda en la altísima cama dorada, porque en aquel tiempo las chicas conservaban puesta alguna prenda interior aun en los encuentros más íntimos; carecían de preparación; no existía un cine adecuado; ahora es diferente y saben conducirse como las abnegadas actrices que para acostarse con un señor, aunque sea en un pedregal extremeño, en un campo de ortigas o en un montón de paja —con lo que pincha la paja— lo primero que hacen es ponerse en pelota porque así lo exige el guión.

Clara encontró agradable la experiencia, y tan distinta a los aborrecibles intentos de su marido, que tentada estuvo de dar a gritos gracias a Dios porque en aquellos momentos, con la combinación engarbullada alrededor del cuello y un acrecentado sentimiento de culpa por haberse dejado arrebatar el sujetador, le estaba siendo revelado su veredicto: inocente.

Era inocente de su fracaso matrimonial; si aún le quedaba alguna duda —nunca había podido librarse totalmente de ellas—, en aquella exaltación que llegaba en oleadas, que ponía en sus labios palabras disparatadas, balbucientes, embalada, desbocada el alma en una agonía nueva, todas las dudas posibles quedaban definitivamente sepultadas por el placer compartido; Clara se reconstruía a sí misma y aceptaba gozosa todas las consecuencias de su decisión. Se sintió inocente y como recién absuelta por un confesor. Después, recobrada la serenidad, besó jubilosamente a Miguel, muy orgulloso de la actitud —primero exaltada, después agradecida— de aquella potra de nácar que ya no besaba arrebatada por el turbión, sino fuera de él, serena y transida de afecto hacia el varón cabal, hacia el hombre sin desperfectos, mellas ni cortocircuitos, que le devolvía su pasaporte, su identidad de mujer, o, como diría un escritor deseoso de pedantizar el idioma, su hembredad.

En aquella alcoba alquilona y alcahueta empezaba Miguel a beneficiarse un plan y Clara algo, no sabía qué. Desde la serenidad posconciliar y democrática de quince años de unión, Clara contempla su propia biografía

como una sucesión de capítulos muy definidos y ajustados, en su apertura y en su cierre, al compás y la melodía del tiempo histórico; a lo largo de unos años en los que la Humanidad va de cráneo y todo, en España también, es ya otra cosa, Clara ha experimentado tantas metamorfosis como uno de esos insectos que pasan de humilde larva a decorativa mariposa. De aquel amor escondido y urgente del picadero de doña Laura nació eso que la policía, en sus informes, llama un amancebamiento y los periódicos según: si son quinquis, amancebamiento, si son payos acomodados, amantes, si son artistas conocidos, unión sentimental; Clara lo ha sido todo para sí misma, para Miguel y, sobre todo, para la sociedad: plan, manceba, amante, lío, apaño, querida, lo de Tejuelo, la de Tejuelo, la Tejuelo y, finalmente, Clara Tejuelo. Al final de los años sesenta, una España opulenta, optimista y europea decidía hacer la vista gorda y hasta admitía que un señor separado de su mujer pudiera ser ministro, que un ministro tuviese hijos marginados voluntaria y contestatariamente, que una marquesa trabajase en un tablao flamenco y viviese liada con un bailaor, que Clara y Miguel asistiesen juntos a ceremonias religiosas, a banquetes y otras celebraciones a las que ella jamás hubiese asomado poquísimos años antes. Y que un fraile progresista le dijese a Miguel, pesaroso por su forzosa abstinencia de algunos sacramentos:

—Si crees de verdad que no debes, o no puedes separarte de esa chica, sigue con ella y confía en Dios.

¿Hablaba la Iglesia?

No; hablaba un fraile de 1971. Uno entre muchos frailes que le hubiesen aconsejado, más o menos, lo mismo: confianza en Dios. Una respuesta escasamente antropológica; no te digo si obras bien o mal, no juzgo tu conducta; confía en Dios.

—Pero Dios ¿qué piensa de esto?

—Dios es bueno.

—También es buena la reina de Inglaterra, pero de vez en cuando mete a alguien en la cárcel y algunos van a la horca.

A lo largo de estos años de escándalo, deshonestidad, relaciones culpables, concubinato —también se llama concubinato— Miguel ha padecido espaciadas crisis de conciencia que lo han llevado a la búsqueda de la luz, de la orientación espiritual. A diferencia de Clara —que, muy consciente del paso que daba, se metió en una iglesia para despedirse de Dios antes de tirarse al barro y perder la Gracia— Miguel se metió en el lío y dejó su alma entre las astas del toro sin ánimo de quemar naves ni ir a la perdición;

sin aceptar que establecía una relación irregular pero definitiva y que, en la práctica, resultaría indisoluble.

Nunca consiguió que los santos varones lo sacaran de dudas; a veces el resultado fue más intranquilizador que los reproches de su propia conciencia, especialmente en los primeros años, cuando su nostalgia de la Iglesia lo llevó en demanda de consejo al padre Serralta, predicador muy mundano que aumentó su confusión introduciendo en el lío un personaje nuevo: la muerte.

Miguel, que estaba acostumbrado a caídas, arrepentimientos, penitencias y absoluciones, sufría por aquel pecado nuevo del que ni en los momentos de máxima atrición lograba arrepentirse. El padre Serralta era hombre de ideas muy modernas, porque no le temía al whisky, se bañaba en meyba, veía películas prohibidas por la jerarquía, se trataba el pelo con lociones caras y viajaba al extranjero vestido de *clergyman*. El fraile escuchó a Miguel en confesión y le negó el perdón:

—No puedo absolverte, hijo; te falta propósito de enmienda. Es preciso que dejes a esa mujer.

—No merece que la abandone; me parecería una marranada.

—Estás en pecado mortal; primer mandamiento, amar a Dios sobre todas las cosas, quebrantado; sexto, no fornicar, tú me dirás; noveno, no desear la mujer de tu prójimo, esa mujer es casada; no, no me cuentes su caso, tiene un marido, está unida a él por el vínculo sagrado del matrimonio; otro mandamiento de Dios, del Decálogo divino, que estás quebrantando.

—Todo eso lo sé, padre, se lo he confesado.

—Pues si lo sabes ¿a qué vienes?

—No sé, padre; me gustaría saber si algún día, de alguna forma, puede haber una solución.

—Nadie va a cambiar la ley de Dios algún día, de alguna forma; no hay solución… Bueno, sí, hay la muerte: que se muera esa mujer.

—Ya.

—O que te mueras tú.

—No quisiera.

—O que muera el marido: entonces podríais casaros.

Después de aquella confesión sin penitencia ni gracia, el odio elemental, nebuloso, que Miguel sentía hacia Sancho Fajado quedó definido y objetivado: odio a muerte. En el triángulo sobraba Sancho, estaba de más. Incluso a la luz de la teología, aquel hombre sólo podía hacer el bien muriéndose. Pero el odio a muerte aún habría de transformarse en voluntad ejecutiva. Y eso sucedió cuando, por primera vez, apareció el detective.

—Soy agente de investigación.

Así, de repente, a una mujer asustada y sola, disminuidas sus defensas por sentimientos de culpabilidad.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con su esposo.

—No vivo con mi esposo.

—¿No es su marido el hombre que vive aquí con usted?

Sabía hacerlo aquel sujeto, parado, con medio cuerpo dentro del piso, serio, educadísimo, cortés, acusativo.

Y acompañado del portero, Dios mío, qué vergüenza, se está enterando el portero, hasta ahora me ha tenido por una señora, la mujer de Miguel, doña Clara, y pone cara de asombro, de imbécil airado, me está mirando con la santa ira de los pobres honestos, de los porteros humildes pero honrados. Ceferino Ayuso no ha dado golpe en su vida, casado desde 1930 con Azucena Rodríguez, casados como Dios manda, se pegan a veces y han llegado a estar un año entero sin hablarse, pero son decentes y están orgullosos de su pobreza tan decente y me van a poner en la acera, junto al cubo de la basura; y este tío es policía, sabe lo que hace, trae al portero, es su testigo, dará testimonio de cada una de mis palabras.

—Pase, por favor.

El detective permaneció inmóvil, en su sitio, ni dentro ni fuera.

—¿Puede decir que salga a ese señor?

—¿A qué señor?

—Al que vive con usted.

—Pase. O váyase.

Dio medio paso atrás —sin quitar un pie del umbral—; invitó a pasar delante al portero y Clara, que empezaba a serenarse, hizo un gesto, al fin, de señora.

—No; pase usted solo.

Ceferino se quedó atarantado, sin saber si engallarse o agachar las orejas como está mandado, y, finalmente, se fue escaleras abajo porque el ascensor era de subir nada más, de subir malamente; renqueaba la vieja cabina, caoba roída, marca francesa Le Roi des Ascenseurs. **«Prohibido el descenso. Máximo tres personas. Niños solos, no. Cierre cuidadosamente la puerta. En caso de emergencia pulse el timbre de alarma»**, sólo faltaban las instrucciones para caso de incendio, seísmo, naufragio u otra calamidad. Tenía un poyete, tapizado en terciopelo, para las señoras embarazadas o enfermas y para los ancianos cualquiera que fuera su sexo, y una lámpara de

globo, rota desde 1937. Está así de cuando el obús, menudo susto, y un gran espejo; ya ve usted, al espejo no le pasó nada, un milagro, porque la metralla rompió el globo de cristal y se llevó una pierna de doña Margarita la del segundo izquierda, con gran satisfacción de Ceferino, que goza contándolo: por eso anda así, renqueando y fuera de su escuadra la buena señora, tanta sonrisita con los obuses, *ése es de los nuestros*, *ése es legionario*, toma obuses, maja: mutilada de guerra sin derecho a asiento; a todos los carcas de la casa se les fue la risita de los obuses, y doña Margarita desde entonces ni hablar de la guerra ni de política, tanto que había dicho que los nacionales sabían muy bien a dónde tiraban, que tenían en un plano marcados los pisos de todos los rojos y allí tiraban para no tener que cazarlos después, y cuando volvió del hospital con la falda bailoteando, que hacía un efecto temeroso ver de todo aquel faldamento salir sola una patuja, porque con tanto ancho de caderas siempre fue descarnada de canillas, sólo aquella pierna flaca entre las dos muletas, aún no le habían puesto la ortopédica que eso fue después de la liberación, buena lata dio con la patapalo, se la tuvieron que tornear setenta veces porque era más vistosa que la buena y la buena parecía la mala o sea la postiza. Y el espejo, nada, allí estaba, algo deslustrado pero digno, erigido en fiscal del pequeño habitáculo; actuaba como ventana al interior y conciencia culpable de quienes infringieran la ley del ascensor, los niños menores de nueve años que no fuesen acompañados de padre, tutor o persona responsable, las familias impacientes, cuatro y hasta cinco personas que se metían en la cabina sin respetar las instrucciones y cuando se veían en el espejo bajaban la vista avergonzados, las criadas, que tenían obligación de utilizar la escalera, solamente seis pisos para las que más, y algunas se colaban en el ascensor aprovechando cualquier descuido de los porteros; en cuanto te distraes te la juegan, hay que estar con cien ojos; las criadas no se atrevían a mirar al espejo, les daba mucha vergüenza, como cuando de reojo se veían desnudas en el del lavabo y en seguida miraban para otro lado avergonzadas de sus pechos rotundos; no de los pechos, al contrario, de la complacencia que sentían al verlos. A Pura, la del tercero, le tenía sin cuidado el espejo; no sólo utilizaba indebidamente el ascensor, sino que cuando coincidía en el viaje con alguno de los estudiantes del quinto, se dejaba meter mano; era muy salida aquella muchacha; para que la cosa estuviese clara, en lugar de pulsar su botón, ay qué tonta, en qué estaré pensando, oprimía el del sexto; así, el viaje duraba algo más y el estudiante podía sacar más partido de la situación y, si el chico era espabilado, perderse con ella en los rellanos y penumbras del descenso. Generosa, la Pura, como un manantial; lo que van a comerse los

gusanos que lo disfruten los cristianos, eso decía, y se iba a buscar al hijo del pescadero, o al chico de los ultramarinos, a cualquiera de sus numerosos admiradores que la invitaban a un vermut en «El Chiquito —Vinos y Cervezas». Después volvía y entraba en el ascensor tarareando «bésame, bésame mucho» y Ceferino a callar desde aquella tarde, entre dos luces, cuando la llamó al orden:

—Oye, que no te vuelva a ver meterte en el ascensor con el de los ultramarinos.

Ella, como si oyese llover, entró en la cabina y esperó con la puerta abierta, y cuando fue tras ella y lo tuvo encerrado y sin escapatoria porque apretó el botón del último piso, se desabrochó la blusa y abrió su pecho a Ceferino que se maravillaba, convencido hasta aquel momento de que algo así no existía ya, o no había existido nunca, y las manos se le descontrolaron hambrientas, y no pasó más porque le dio miedo perderse en aquel busto quimérico. Desde entonces la Pura tuvo bula, hacía lo que se le antojaba, y el portero callado, disimulando, no sabe él mismo si por miedo o por gratitud.

Bajaba del piso de Clara atarantado de ver cómo dejó entrar al agente de investigación y a él le daba con la puerta en las narices. Adelantó a Pura y ni en mirarla se entretuvo.

—¿Adónde va tan diligente, señor Ceferino; qué, no se habla ya con los pobres?

—¡Zorras, que sois todas unas zorras! —masculló apresurando el descenso hasta llegar, con el aliento boqueante y el mirar atravesado, al portal; las ojeras ponían en su palidez de habitante de semisótano un aire de tontiloco, de personaje del Greco, de santo mordido por todas las tentaciones, vencedor del demonio a golpe de cilicio.

Desde el interior del tabuco, su mujer le dirigió una mirada de qué tripa se te ha roto. Estaba planchando.

—La señora de Tejuelo.

Azucena quedó con la plancha en alto esperando la continuación, pero Ceferino, como encasquillado, no pasaba de ahí.

—¿Qué le pasa a la Tejuela?

La portera feminizaba macarrónicamente los apellidos, más por economía verbal que por falta de respeto a las señoras; la Rodriga, la Tejuela, la Madrila, señora de don Aurelio Madrid, la Berenguelma, complicada versión de un nombre tan castellano: Berenguel, Berenguela, señora de Berenguel; a Cipriano le sonaba raro y todo quedaba entre ellos dos, por lo que no perdía el

tiempo en discusiones filológicas, pero hubiese preferido que la llamase Berenguera.

—Que ese señor es de la policía.

—¿Y a qué ha venido?

—A descubrir un buen pastel: la Tejuela, un pendón y don Miguel no es su marido.

El agente de investigación tenía muy bien planeado aquel trabajo después de observar durante una semana las rutinas de la pareja. Hizo algunas preguntas más a Clara, que salió del paso con respuestas atolondradas y contradictorias. Tomó algunas notas en un cuadernillo pequeño; en realidad, estaba haciendo tiempo; Miguel llegaría de un momento a otro. Quería verle.

—¿Me puede informar respecto a sus ingresos, a cómo se gana usted la vida?

—Mi profesión es secretaria.

—¿Dónde?

Se abrió la puerta, Miguel entraba silbandillo, pero cortó el bolero y canceló la sonrisa para saludar con un modoso e interrogante buenas tardes.

Clara, tensa, ni buenas tardes ni nada.

—Este señor es policía.

—Buenas tardes, señor; estoy haciendo una investigación; ¿usted es el inquilino?

—¿Se quiere identificar, por favor?

Sacó un carnet que puso brevemente ante los ojos de Miguel.

—Agente investigador de (dijo un nombre; sonó a «tururasa»).

—Usted no es policía.

—Agente de investigación.

—¿A quién está usted investigando?

—Es para un informe privado; solamente quería pedirles unos datos.

—¿Para quién? ¿De quién? ¿Por qué?

—¿Vive usted con la señorita?

—Márchese.

—Como quiera; solamente quería hacerle un par de preguntas.

—Que se marche.

—Sí, señor, me voy; pero debo decirle que esta investigación no va contra usted y que esta actitud no le favorece. Voy a hacerle una sola pregunta.

—Una patada en los huevos es lo que le voy a dar si no se marcha ahora mismo.

No fue necesaria la patada; el investigador salió zumbando sin más averiguaciones; lamentaba no haberse matriculado en la academia de judo, como le recomendaba el director de la agencia; sin judo es usted un investigador cojo y manco; le daba pereza, lo dejaba siempre para el año que viene, y sólo se acordaba del judo en las muy contadas ocasiones en que algún investigado se encampanaba como Miguel. Pero iba contento; tenía mucho más de lo necesario: las manifestaciones de Clara, el piso alquilado a nombre de Miguel y el testimonio de Ceferino.

Cuando Sancho Fajado, en posesión del informe de la agencia de detectives, acompañado de abogado, testigos, alguaciles y otros funcionarios, se personó en aquella casa ocho días más tarde, después de una denuncia formal contra Clara por adulterio, sólo pudieron hablar con el portero.

—Ya no viven aquí.

Miguel y Clara habían empezado una larga, escabrosa y casi heroica Gran Marcha.

La Gran Marcha se inició a consecuencia de una carta:

> «Los abajo firmantes, cabezas de familia y vecinos de este inmueble, denunciamos ante la propiedad del mismo, para que haga llegar hasta donde sea necesario y corresponda nuestra denuncia, a fin de que se ponga término a la presencia indeseada e indeseable de los ocupantes del piso 3.º Dcha., que se hacen llamar "señores de Tejuelo", pareja formada, en unión turbia y pecaminosa, por un tal Miguel Tejuelo y una individua, al parecer casada y huida de su hogar, llamada Clara; se ignora, de momento, su apellido.
>
> »La citada pareja vive en escandaloso amancebamiento, recientemente descubierto por la policía, lo que pone en peligro el buen nombre de estas honorables familias que, ignorantes hasta ahora de tan reprobable situación, ven súbitamente amenazada su honesta fama así como la inocencia de sus hijos pequeños y la sana moralidad de sus hijas adolescentes y de sus jóvenes sirvientas, tan proclives, por su escasa cultura, temprana edad y propensión natural, a dejarse arrastrar por los malos ejemplos.
>
> »Exigimos que, sin excusa ni pretexto alguno, tan indeseable pareja sea expulsada de nuestra vecindad, sin perjuicio de ejercitar las acciones legales que consideremos oportunas tanto contra ellos como contra la propiedad del

inmueble que ha permitido, con lamentable y culposa negligencia, tan agraviante promiscuidad».

El escrito —un manifiesto en pro de la decencia, la justicia y el orden— había sido redactado con esmero por don Aurelio Madrid y entregado por su digna esposa, doña Emilia Díaz, a la portera de la casa.

Azucena estaba entusiasmada por tan enérgica y apresurada reacción.

—Descuide, doña Emilia, que yo me encargo de que esto lo firmen todos; mi marido el primero, ya verá.

—Su marido no hace falta, no se moleste.

Fue visto y no visto. A la hora de cenar habían firmado todos los respetables cabezas de familia, incluido Ceferino, que, sin consultar ni pedir permiso a nadie, puso su firma al final del pliego.

Al día siguiente el portero estaba a las diez en punto de la mañana —más temprano hubiese sido inútil— en el despacho del casero, don Melitón Alcaide, propietario de profesión según constaba en sus documentos oficiales.

—¿Qué te traes en el pico, Ceferino? Hoy no es día de recibos; miedo me da cuando apareces de improviso.

—Vengo a que me dé usted una carta de esas de su sobrino.

—¿Es grave el asunto?

—Vea usted, don Melitón; en los años que llevo de portero es lo más grave que ha ocurrido, lea, lea.

Que nadie se fíe de la calma; puede ser un engaño, una apariencia; siempre hay moros en la costa. La vida es una maraña indescifrable; se la pega al más pintado; sólo aquellos que no se fían ni de su padre y viven en alerta permanente son capaces de imaginar por adelantado los golpes bajos, las trampas y las desdichas con que la madrastra vida nos golpea sin pausa. Pero tampoco es envidiable ese sinvivir de los desconfiados y los suspicaces; consumen sus vidas viendo, preocupados, lo que se avecina, y el leñazo les llega, las más de las veces, por donde menos lo esperan.

Inocentes y confiados, mientras la casa era una olla enardecida por la firma del manifiesto-carta, Miguel y Clara, amantes bisoños, pecadores cándidos, se fueron a cenar un plato combinado, después al cine y, finalmente, a la cama a dar la razón a sus indignados vecinos pecando como bellacos libertinos contra el sexto mandamiento. En algún momento les vino a la memoria la visita del detective privado; reían al recordarlo, qué corte, cómo salió de naja el tío; reían inconscientes mientras Ceferino y la señora de Madrid y don Leoncio y Azucena y la Berenguelma y la misma Pura afilaban sus hachas de guerra santa y organizaban la cruzada de moralidad.

La mañana estuvo libre de presagios. Miguel trabajó con entusiasmo en el proyecto de ampliación de capital, visitó a César Amado Miño, se entrevistó con Juan Latoba y regresó a su casa hambriento y satisfecho.

Ceferino le entregó una carta. Acababa de recibirla. Don Melitón le había prometido:

—Antes de comer te la mando.

Y allí estaba. Miguel la recibió sonriente, aunque algo mosca. El portero no solía entregar sobres en mano. Los ponía en el casillero.

> «Como propietario del inmueble y enterado de su irregular y presuntamente ilegal situación, causa de grave escándalo entre las familias que en él conviven, mi cliente le ruega que abandone usted la vivienda que ocupa en el plazo de cuarenta y ocho horas. Transcurrido el dicho plazo sin producirse el desalojo, efectuará, a través de este despacho, las acciones legales pertinentes lamentando anticipadamente las graves consecuencias que de su actitud puedan derivarse ya que, como usted no ignora, su presunta situación puede ser perseguida y sancionada penalmente de acuerdo con la legislación española».

Firmaba Lope Casanueva, abogado del Ilustre Colegio de Madrid, sobrino de don Melitón el casero. Don Melitón era muy aficionado a darse tono y acoquinar a la gente con cartas de abogado, que nada le costaban; gratitudes de estudiante provinciano; Lope pagaba así antiguos favores y las cinco o seis comidas con que su tío le obsequiaba cada año. Los inquilinos jamás habían visto al dueño; sabían de su existencia por testimonio del portero, que era como el vidente a quien se le manifiesta un ser sobrenatural haciéndole portador de sus mensajes; Ceferino era el mensajero; entregaba en nombre del dios desconocido los recibos del alquiler y, en ocasiones, aquellas cartas concisas, amenazadoras, en las que se les conminaba a reponer una bombilla o un cristal, o a borrar «por su cuenta y riesgo» un tiznón, una mancha de aceite o un «tonto el que lo lea» escrito en la pared por mano inocente.

Miguel leyó la carta y se la dio, sin palabras; Clara, a medida que avanzaba en la lectura, se fue sintiendo como la adúltera bíblica, condenada a recibir desde la primera hasta la última piedra. Miró a su hombre y lo compadeció porque ella le había hecho culpable y la buena gente parecía tener piedras bastantes para los dos; cualquier casero podía hablarles en términos de ordeno y mando y arrojarlos a las tinieblas exteriores.

—Lo siento, Miguel.

Y su aflicción aumentó al oírle lamentarse como asustado:

—Ahora que estoy trabajándome al consejo para una ampliación de capital.

Aquel mismo día se expulsaron del paraíso; desalojaron la vivienda, dejaron el mobiliario en un guardamuebles y emprendieron la Gran Marcha perseguidos por Sancho Fajado que, debidamente instruido por un experto, intentaba nada menos que encarcelarlos por el delito de adulterio.

Hasta entonces había admitido la separación de su mujer. Mientras Clara aceptó su papel de repudiada pasiva permaneció tranquilo; pero aquello no podía tolerarlo; con su honra no se jugaba.

—No quiero ser cornudo; no lo consentiré.

El investigador privado había hecho un buen trabajo; brillante trabajo, dijo el director de la agencia al informar a Sancho. Tenía testigos; testigos casi válidos, con lo difícil que es eso; no hay testigos válidos de un adulterio, salvo que puedan jurar que han visto a los presuntos amantes realizando algo que apenas es posible presenciar si no es, pagando entrada, en el cine o el teatro: un coito. Algo muy difícil de probar ante el juez. Hay defensores de adúlteros que exigen la «prueba del hilo». Para ellos, el adulterio es ayuntamiento, y éste sólo puede admitirse cuando, sorprendida la pareja en supuesto acto sexual, se intenta pasar un hilo entre los dos cuerpos —de pies a cabeza o de cabeza a pies— y el hilo queda detenido a la altura de las partes pudendas.

Maridos deseosos de venganza, después de montar costosas trampas inútiles, sólo han conseguido poner a los adúlteros en riesgo de pulmonía y aumentar la difusión de su deshonra. Esposas cargadísimas de razón han llegado a sacar a su marido y a la amante medio desnudos de un hotel, les han obligado a prestar declaración envueltos en mantas para mayor evidencia, y la prueba no ha sido considerada suficiente.

> La señorita declaró que estaba en el hotel preparando su equipaje; se había quitado la ropa que llevaba puesta para guardarla en la maleta porque pensaba ponerse otras prendas; el señor estaba con ella porque se había ofrecido a ayudarla a mover las maletas. El señor tenía mucho calor.
>
> El presunto adúltero confirmó lo declarado por la señorita.
>
> —Sólo estaba ayudándola.
>
> —¿Desnudo?
>
> —Eso fue al final. Verá, comisario, hacía calor y le pedí permiso para quitarme la chaqueta. Me dijo que sí, que me

pusiese cómodo. Me quité la chaqueta pero seguía haciendo calor; a medida que trabajaba en el manejo del equipaje me fui quitando cosas, ésa es la verdad. Luego aquello se llenó de gente; se apoderaron de mi ropa, no me dejaron vestirme.

El atestado de la comisaría no fue aceptado como prueba concluyente de adulterio.

Enrevesado asunto; los adúlteros no suelen invitar al público, ni aun a sus amistades íntimas, a presenciar la praxis de su irregularidad jurídica; los testigos —que suelen ser afectos a la parte ofendida o se ven mezclados en el asunto por pura casualidad y sin que les importe un pito— sólo pueden dar probanza de encuentros fugaces o de convivencias más o menos descaradas, pero si los adúlteros, los presuntos adúlteros, declaran que cuando se encierran juntos en un dormitorio lo hacen para rezar el santo rosario o para investigar el comportamiento de los aminoácidos en el metabolismo de las grasas, nadie podrá demostrarles que mienten.

Sancho tenía el informe del detective y algo más valioso aún: una copia de la carta, firmada por los vecinos, solicitando de don Melitón el desahucio de Miguel Tejuelo y su manceba. Y, por si era poco, un inventario de todo lo depositado en el guardamuebles; en la lista figuraba una sola cama: de matrimonio.

Utilizando estas armas, y las que sucesivamente consiguió al paso de los años, persiguió a Clara con toda la mala intención del cornudo culpable, deseoso de probar que sus cuernos son inmerecidos y que su mujer es un ser abyecto, antisocial, presidiable.

Miguel se rodeó de abogados que le evitaron, tanto a él como a Clara, sentarse en el banquillo y aun servir de espectáculo público en estrados. Pero ninguno de ellos le dio esperanzas respecto a la posible anulación de aquel matrimonio tan cargado de causas de nulidad.

—No vale la pena intentarlo; tendrían que estar de acuerdo los dos. Y ese tipo no quiere.

La batalla de espionaje, denuncias, papeles timbrados, trucos, subterfugios, juramentos en falso, cambio de domicilio, testimonios ambiguos, tuvo siempre un claro color de victoria para la sinrazón. Sancho Fajado pegó primero, pegó con ira; Sancho el impotente hizo justicia de rey impotente, cruzó la cara de su mujer y le echó encima las tablas de la ley.

Perseguidos por citaciones y requerimientos, espiados por investigadores privados, condenados a cines de reestreno, restaurantes sin gracia, y hoteles de tercera; expulsados de inmuebles honorables con vecindad de familias

honestas, niños inocentes y mocitas pueblerinas peligrosamente inclinadas al retozo con panaderos, estudiantes, pinches, pescaderos y clases de tropa, Miguel y Clara pensaron frecuentemente en esa solución absurda, inconveniente, fastidiosa, malsana e inútil que es la muerte. Clara deseó morir, acobardada en ocasiones, aburrida a veces, harta. Miguel decidió que alguien tenía que morir y no era Clara, como apuntaba con santa intención el padre Serralta, fraile posibilista; tampoco él, que se sabía enamorado y sólo deseaba vivir y que lo dejaran vivir con aquella muchacha hermosa y desdichada.

La sentencia estaba escrita: hay que matar a Sancho Fajado.

## 4

## EL MERCENARIO

—QUE TE LLAMA EL DIRECTOR.

—¿A mí?

—A ti.

—A ver si a quien llama es a tu padre; déjame que no tengo ganas de coña.

—Ni yo, y menos contigo; y a mi padre no lo mientes ¿sabes? Que vayas, que te llama el director ¿te enteras?

—Oye, que a mí las bromas no me van; que esto de trabajara horas fijas y cobrar una roñera fija y tener domicilio se me hace muy duro y ni a mi padre le aguanto que encima venga con cachondeo.

Soltó el fardo, cincuenta quilos de macromoléculas. Se enderezó despacio y se encaró con el jefe de almacén. Entonces creció; sí, creció, parecía otro; era otro, y en sus ojos azules brilló una chispa nueva que obligó al capataz a mirar hacia otro lado y a cambiar el tono de su voz, que dejó de ser paternalmente irónica.

—¿Te quieres callar? He dicho que te llama el director; conmigo no te enrolles ni me metas miedo ni me enseñes tus tatuajes: ¡que te llama el director! conque, hale.

—Pero ¿es en serio?

—¡Vete a hacer puñetas, *Merce*! Y vosotros ¿qué estáis mirando? ¡Venga ya, caras, que sois unos caras!

El *Merce* se tragó sus recuerdos de Kinshasa, de Biafra, de Zambia y Tanzania; yo he sido mercenario ¿sabéis?, lo que pasa es que no me gusta hablar de esto con piojosos, no lo entendéis, mercenario en África; sólo cuando me entrompo un poco os lo cuento y me parece que os estoy hablando allí, negros, parecéis una partida de prisioneros bitukos, os voy a mear encima, ponéis la misma cara de zurullo que aquéllos, los meábamos, les cabrea mucho, y luego tacatacatacatacatá, cien, doscientos, los que fueran, ni se les cambiaba la cara, sabían que les tocaba la china, como vosotros, que estáis muertos en la fila, toda la vida en la fila, peones para siempre, no os

veis pero lo lleváis en la cara. A mí me han fusilado en África dos veces; sí fusilado, tú, a la pared, pum, pum, pero no he visto tíos con menos puntería; mira dónde me sacudieron la primera vez, daba la impresión de que la bala me había echado el ojo fuera y yo era un muerto caído entre dos muertos, que a los dos de junto a mí sí les habían sacudido a modo, en la mismísima yema, ni ay, no tuvieron la suerte que yo, un belga y un inglés de lo mejor, dos caballeros; en otra época hubiesen sido duques, dos mandarines, un poco bestias para las mujeres y los niños pero combatientes fuera de serie, y yo quieto haciéndome el muerto, eso fue la primera vez, nada, ni recuerdo casi, el ojo nada más, que parecía como el de un conejo sin pellica, ni se me nota ya.

—Ahora se te nota, *Merce*.

—Único, el párpado que se me cae un poco ahora, por el alpiste, se ve que el alcohol le afloja los tirantes al teloncillo; también cuando me cabreo se afloja una miaja, y cuando me arrimo a una moza, eso dicen, yo no soy de los que se miran en un espejo, oye que los hay, hay tíos que les gusta verse en pelota lima que lima, allá ellos, a mí no me va, soy de los que apagan la luz. Y la segunda vez, me fusilaron que aquello era, no veas, seis metralletas, ni sé cómo tragaron los tíos; sí lo sé; que son muy brutos, subnormales; ni tocarme, oye, y caí, pataplán.

—Como en las películas, los especialistas esos; yo conozco un gitano que se tira el tío lo mismo de un caballo que de lo alto de una terraza.

—No sé si fue cuento o que me tumbó el rebufo o que me caí del susto, porque, a ver, sientes seis naranjeros que los estás viendo, que te apuntan, y los tíos mirándote con unas ganas que si pudieran, sólo con las miradas estarías hecho un colador; y a todo esto, te están nombrando a tu madre y a tu padre en francés, en inglés, en alemán, en español, que eso sí lo aprenden los tíos, y de pronto, los seis cañones echando llamas, fuego puro; te caes de culo por lo menos, oye; sentí que me entraban tiros por todas partes, y nada ni uno; ellos tenían prisa por seguir con aquella guerra y se fueron corriendo tras unas monjitas que se ve que les hacían mucha ilusión. A ésas sí que las rociaron bien de metralla, pobrecillas; mira que yo soy duro, bueno, pues lo recuerdo y me entra congoja, ganas de llorar, dos irlandesas y tres españolas jovencitas y una portuguesa anciana, lo menos setenta años, había hecho sus bodas de oro *con la negritude* decía; pues la violaron como si fuera un guayabo, porque antes de apiolarlas se las pasaron por la piedra.

—¿A la vieja también?

—A la pobre vieja, sí; virgen a los setenta años para eso, los santos son unos lilas, irán al cielo, no digo que no, pero en la tierra no dan una en el clavo.

Conrado Acevedo, *el Mercenario*, peón no cualificado en Guindaleta-Plásticos, salario mínimo, una blusa blanca y la marca del forzado en la espalda.

—Ganas de ponerle nombres raros al oficio; ni mozo, ni peón, bestia de carga, eso es lo que soy, ocho horas diarias echándole lomos al plástico; ni productor ni obrero de industrias químicas: mula. Esto es como ser puta, de alguna manera hay que llamarlas para que tengan un carné de algo, te escoñas de risa: entrenadora de pista, exhibidora de publicidad, dependienta de mostrador; y en lo mío, como no hay sindicato de mulas, pues peón no cualificado, yo, Conrado Acevedo, que dicen, no es cosa mía, lo he leído en *Paris-Soir* y en *Belgique Libérée*, dicen que tengo nombre de capitán del Nuevo Mundo, de fundador de naciones, Conrado Acevedo, barón de la selva; tanto no digo yo, pero capitán lo he sido más de dos veces, siempre por lo mismo, suerte que tengo, cuando nos toca la china y quedamos en cuadro, conmigo no pueden.

—¿Da su permiso?

—Pase, Acevedo, quiero hablar con usted.

—Usted dirá.

La mirada sonriente pero huidiza de Miguel quiere ser confianzuda.

—¿Estás contento de tu trabajo?

Ésa es otra; nadie tiene obligación de tratarme como una persona. El director parece un señor educado en colegio de pago; bueno, pues conmigo no; empieza como todos, de usted, pase usted, pase, Acevedo, y en cuanto quiere hacer confianza, se acabaron los derechos humanos: de tú.

—¿Contento de esto? La verdad, señor director, ¿qué quiere que le diga, algo bonito o las cosas como son? A las mulas no se les pregunta y si usted le llama trabajo a eso que hago con las costillas, no sé cómo llamará a lo que hacen los albañiles o los torneros; música sinfónica debe ser; arte puro.

—Tienes razón, no debí preguntarte esa bobada; por supuesto que no puedes sentirte muy contento. Perdona.

—No hay nada que perdonar, señor director; yo cumplo mi parte del contrato y usted la suya, yo sudo, usted me paga.

—Es que… no sé; te veo y pienso que estás fuera de tu sitio. Tú has sido…

—Mercenario, dígalo sin miedo; aquí me lo llaman hasta los hijos de padre desconocido, *el Merce* me llaman, ya sabe, el vulgo tiende instintivamente a la economía verbal, y perdone la pedantería, señor director.

—¿Te gustaría cambiar de trabajo?

—Según, señor director; lo que a mí me gusta de verdad se parece muy poco a todo lo que hay en Guindaleta, no me interprete mal, en Guindaleta y en Agromán y en la Seat y en todo el INI junto. Sin hacer de menos a nadie, la rutina no es para mí.

—Lo que te gusta es la guerra.

—La guerra, pero no eso que nos cuentan en las películas norteamericanas, la libertad, los bravos marines, los derechos humanos, los generales de academia con mucha chorrera y mucha chorrada, las ciudadanas rubias admirando al héroe. Es otra cosa; no se puede explicar; ¿sabe usted cuál era mi bandera?: una cola de mono. ¿Sabe cuáles eran mis insignias? Fíjese bien en mí y dígame si las ve; ¿las ve?

Miguel no vio nada que se pareciese a una estrella, un galón, un entorchado; *el Mercenario* sonrió indulgente y se dio unos cachetes en sus propias mejillas.

—Éstas eran mis insignias, señor director: mi cara y mi nombre. Usted puede nombrar a Conrado Acevedo en más de un millón de quilómetros cuadrados en África y le aseguro que hasta las mujeres y los niños se ponen firmes y se les abren ojos como platos. Gente que no me habían visto ni en fotografía se sabían mi cara, mis gestos, mi voz, mis andares, yo qué sé, oiga, los niños entraban corriendo en los poblados gritando mi nombre… Y perdone, señor director, es que hablando de África me enrollo sin querer; usted comprenderá ahora que esto no puede compararse con aquello.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo has dejado a cambio de ese blusón?

—Porque aquello tiene sus reglas; llega un momento en que hay que esfumarse; uno empieza a estar muy visto y su cabeza le interesa a demasiada gente; uno es Acevedo, el que estuvo aquí y allá, el que lo fusilan y resucita, el que hizo arder cincuenta poblados y las aguas del Orange, del Niger o del Zambeze bajaban rojas; Conrado Acevedo que llega por los aires, que anda sobre las aguas, que le llevan todas las noches cincuenta o sesenta vírgenes para que escoja; es la leyenda, mentira casi toda, pero el caso es que el enemigo sabe que cargarse al Acevedo y pasear su cabeza por los poblados es más que ganar una batalla; vale uno tanto, que hasta sus mejores camaradas hacen quinielas a ver cuánto les darían por cargarse al Acevedo. Es el momento de dar un golpe, trincar un buen paquete de dólares, de barras de

oro, de lo que sea, y largarse. Del Congo salí con seis millones de francos belgas, más de siete millones de pesetas que nos repartimos entre el Charly Croks, el comandante Mendoza, un cubano de derechas que los tiene muy bien puestos, y un servidor. Millones de 1962 ¿se da usted cuenta? Me tocaron, en pesetas, dos y medio.

—¿Por qué no pusiste un negocio?

—No, mire, ése es dinero maldito; para hacerlo arder; apesta, señor director, se lo digo yo.

—¿Seguro que apesta?

*El Mercenario* miró sorprendido a Miguel; como con respeto.

—Usted no me cree, señor director; ahora comprendo que no está en este despacho por enchufe: conoce a la gente. Tiene razón, no es la conciencia… Mire, ese dinero es un golpe de suerte, una moneda al aire; dos o tres se ponen de acuerdo, lo birlan, y dejan colgado a un batallón o a un mariscal katangueño con más mala leche que un mico, o a un comandante mercenario que se las sabe todas y pensaba guindarse él solito la pasta y lo que le entra no es cabreo, es necesidad vital de matar; si no mata al que le ha hecho la pirula delira con unos calenturones que echa humo, le salen granos, revienta. Entonces, uno pone un bar, La Flor Congoleña, El Viejo Soldado, Kumbulubú, o pone una mercería, lo mismo da Marsella que Barcelona que un pueblecito de Segovia en donde cree que nadie va a encontrarlo y un buen día el comercio arde y el exmercenario sensato aparece con la barriga llena de agujeros y un cartelito de traidor clavado en la jeta… No; ese dinero hay que saber quemarlo; pregunte usted por mí en los cabarets de… bueno, mire, en más de cuatro Hilton me ponen *red carpet* cuando llego, ¿usted ha cenado alguna vez con dos furcias en La Tour d’Argent a base de champán, ostras, caviar y salmón?; oiga, que hay que hacer mucho el bestia para machacar tres millones en unos meses. Yo lo he hecho tres veces; hay que quedarse sin cinco, a pedir limosna, que lo sepan hasta los negros, que estás acabado, que eres una carroña, que te han tirado a la calle en hoteles, prostíbulos y tabernas porque te quedaste sin una gorda. Es lo único que puede salvarte.

—Por eso, después, buscas un trabajo como éste. Un trabajo que les parezca odioso a ellos también; que les quite el deseo; que la venganza no les haga ya tanta ilusión, angelitos.

—Usted lo ha dicho: vienen a buscarte con intención de echarte el mondongo fuera y, cuando te encuentran así, ya ve la pinta gloriosa que tengo, o dándole al macho en una carretera, o agarrado a la popa del camión de la basura, olvidan las glorias quemadas y sólo ven en ti lo que vale tu

desesperación: éste es recuperable, está metido en mierda hasta el cuello pero tiene memoria, tiene oficio. Conrado Acevedo conoce la selva, sabe hacer bandera de la cola de un mono, es capaz de meterle yesca a un poblado y dejarlo como la palma de la mano. Cualquier día me va a echar de menos su maquinita de contar hombres, señor director; yo habré sacado brillo a mis cicatrices y a mis tatuajes y estaré volando como un señor a Bruselas o Amsterdam a gastarme seis pagas de anticipo en cuatro días para volar después a la jungla, a buscar un mono que tenga la cola vistosa y cortársela.

—¿Te apetece un whisky?

—Sí, señor; nunca vuelvo la espalda al enemigo.

Miguel sirvió dos vasos.

—Hielo nada más, señor director. Gracias.

—Yo quería ofrecerte un puesto de…, no te ofendas; quisiera… verás; esto está en un descampado y empieza a gustarle a los atracadores baratos, tíos que por mil pesetas y el reloj te pegan una puñalada. Estoy pensando en contratar un… perdona, un guardaespaldas, es que no sé llamarlo de otra manera.

—Gorila, pero, si no quiere ofender, diga, agente de seguridad personal.

—Eso es.

Estaba sondeando al *Merce*; aquel soldado sin patria ni bandera que había elegido el oficio de matar podría ser, iba a ser, el ejecutor de la sentencia: pena de muerte para Sancho Fajado el Impotente.

Miguel empezaba a matarlo con aquel intento de poner un mercenario armado a sus espaldas; haría de él su sombra, su hombre de confianza, eso que se llama un perro fiel.

—Eso es, Acevedo; necesito a mi lado un hombre valiente y leal; eso que usted dice: un agente de seguridad personal.

—Un gorila, dígalo, no me ofende; nos llaman de todo; hez, somos la hez ¿no lo sabe?

*El Mercenario* sonreía sentado en uno de los grandes sillones del despacho; Miguel al ofrecerle el whisky había abandonado su sillón de director, para llevarlo del brazo al rincón íntimo, de igual a igual. Acevedo saboreaba el whisky, lo olía antes de beberlo a pequeños sorbos. Sacó un paquete arrugado de Celtas. Miguel empujó, acercándoselas, dos cajas de plata, una con cigarrillos y otra con habanos. *El Mercenario* cogió un habano, lo acarició.

—¿Le molesta que lo encienda ahora mismo?

—Para eso te lo he ofrecido. Pero si lo prefieres, guárdatelo.

—No, señor director, cuando cojo un puro es para fumármelo; se los guardan los horteras.

—No hace falta que repitas tanto eso de señor director; suena a cachondeo.

—No, qué va; se me pegó la costumbre en Francia y en Bélgica; allí no se le cae de la boca a la gente el *monsieur le directeur*, yo creo que hasta cuando van a pegar una paliza o a poner los cuernos a su director o a nombrarle a sus muertos, le llaman *monsieur le directeur*, son muy mirados. Hablo demasiado, perdone, don Miguel. ¿A que eso sí le gusta? Los españoles lo que quieren es que les echen el don por delante; cualquier piernas se hace de caramelo en cuanto le llamas don Fulano y no lo digo por usted, claro… Ya me estoy enrollando otra vez; no, no puedo aceptar su ofrecimiento; estoy de mula en esta casa; como mula pídame lo que guste, que cargue con un piano, que reviente, que vierta hasta mi última gota de sangre de mula, pero guardaespaldas no, no me va, soy un soldado, no un gorila; a mí deme un país; necesito muchos miles de quilómetros cuadrados; hay quien piensa que somos unos mangantes y que hacemos cualquier cosa por dinero; no lo crea; le digo que no hay dinero para comprar a Conrado Acevedo; ni quiero sentar la cabeza, ni terminar medicina, tengo casi tres cursos, ni hacer puñetero caso a monseñor Algorta, obispo, hermano de mi madre, un santo, me ha ofrecido ochenta salidas honorables y le duelen las rodillas de rezar por mí. No lo tome a mal, tendría usted que ser coronel o general y marcharnos los dos a la guerra, a la que usted quiera, y yo le seguiría más contento que un niño vestido de supermán.

Apuró el whisky; era otro hombre; la conversación lo había transfigurado; no desentonaba con el sillón ni con el habano. Su blusón con el rótulo servil, GUINDALETA, dejaba de ser uniforme pringoso, proletario; parecía el chubasquero de un coronel tejano, un jefe de *marines* metido en faena, defendiendo en Asia la cultura, los derechos humanos norteamericanos, la libertad y la democracia de las multinacionales, en un desembarco azaroso y duro.

—No se preocupe, Acevedo, quizá algún día pueda ofrecerle un asunto más interesante.

—Gracias, señor director, me gustaría; si decide usted hacer un desembarco en Mozambique o algo aso… No ¿verdad? Aquello va a durar muy poco, ya verá; una mina van a ser las colonias portuguesas; al tiempo.

Seilas, secretaria de Miguel, abrió la puerta.

—El señor Amado Miño quiere verle.

—¿Está ahí fuera? Que pase, que pase… Adiós, Acevedo, gracias; he pasado un buen rato; es usted un gran tipo; fabuloso, de verdad.

César Amado Miño no iba solo; le acompañaba Isabel Clara Eugenia, su hija de la segunda generación, una criatura prometedora; apenas tenía quince años y llenó el despacho de Miguel con su presencia de mujer. Y lo vació inmediatamente en el mismo instante en que abrió la boca y dejó oír su voz de pava:

—Miguel, tienes una fábrica preciosa; qué sueño de despacho.

Y le dio un beso de niña sin substancia, de sobrina vestida de primera comunión, de párvula que ha recitado como un ángel «A un panal de rica miel»; un besito confitero y pazguato. Era como una película mal doblada; aquel cuerpo de mujer, aquella blusa atrevida, aquel pantalón vaquero, decolorado con lejías de Christian Dior, aquellos ojos tocados de oscuro sonambulismo por influencia de algún antepasado afrobrasileño, no se correspondían con la vocecita lela, con el besito aguado y papandujo.

Y olía bien; a querida.

*El Mercenario*, que se cruzó con ellos en el antedespacho, se llevó aquel perfume intentando guardarlo en la memoria; conservar su recuerdo para las horas malditas; le olió mejor que todas las mujeres con las que había machacado sus millones de saqueador internacional.

En el almacén casi no se daba golpe; esperaban no sabían qué; *el Merce* llamado a dirección era como un suceso milagroso que, de pronto, hacía verosímiles sus historias de ruina humana, sus grandezas de vieja gloria venida a menos, sus jactancias de banderillero sin cuadrilla ni sitio; llegó despacio, pensativo, hosco; desde el despacho al almacén fue dejando pedazos de su pasado bizarro, recuerdos de sus juergas fastuosas: sólo le quedaba el puro.

—¿Qué quería? ¿Para qué te ha llamado?

Conrado Acevedo dio una larga chupada al habano y se rascó la cabeza. Parecía hablar para sí mismo.

—Quería proponerme un negocio, pero no sé qué.

—¿Un negocio? ¿A ti?

—¡A mí, sí, desgraciao! ¡Menuda marranada tenía que ser! ¡Mira qué puro!

César Amado Miño leía con voz convincente su plan; un largo y meditado tren de sugerencias, enmiendas y modificación de estatutos pensado con el

propósito de dominar Guindasa y convertir a Miguel en un asalariado obediente y pacífico.

Mientras Miguel escuchaba fingiendo interés, Isabel Clara Eugenia oía embelesada a papá. Papá maravilloso, César Amado fascinaba a sus mujeres; aunque hablase de ampliaciones de capital. Así había fascinado a la madre y a la abuela de Isaclara.

Cuando decidió desengancharse de Silvana y de sus hijos estaba otoñalmente enamorado de una chiquilla preciosa, fina de modales y medio lila, empleada en sus oficinas: Carlotita Roca. La sedujo con malas artes de viejo carlancón y de mago de las mil y una noches, declarándole su pasión desde el principio con muchísimo respeto para no asustarla porque estaba verdaderamente colado por aquella jovencita modosa, carita de muñeca, vocecita de campanil, alma inocente, andares de rigodón, piel de durazno, condesita de novela rosa. La sedujo, la atontolinó y ella no veía más que delicadeza y amor en el comportamiento de don César; y veía bien, porque el patrón estaba que trepaba paredes chalado perdido por ella.

Sedujo a Carlota y sedujo a la madre, viuda de un abogado; corrompió delicada y hábilmente a aquella gente educada y honesta, pero muy desvalida desde que el abogado se largó al otro mundo dejándolas con poco más que lo puesto: una cartilla de ahorros con trece mil pesetas y una pensión mensual de seiscientas doce con cincuenta y tres.

—Ya ve, don César, parece una broma; con cincuenta y tres; esos tres céntimos no los vemos nunca; los ponen para darse el gusto de robarnos algo. O para que resulte chistosa nuestra situación.

La cosa empezó muy tontamente, como casi todos los líos serios. Carlotita le pidió recomendación para un piso del Ministerio de la Vivienda. Las echaban del que tenían alquilado; lo necesitaba el casero para un hijo suyo que venía de las islas Filipinas. Mentira; el casero quería aumentar la renta metiendo un inquilino nuevo.

César cogió la ocasión en marcha sin dudarlo ni un momento, empleándose a fondo y por todo lo alto.

—No necesitáis para nada el Ministerio de la Vivienda. Yo tengo un piso vacío; os lo vendo. No te preocupes, ya me lo irás pagando a poquitos; el domingo vas con tu mamá a verlo.

No tenía el piso; lo compró aquel mismo día y se lo regaló a la madre y, además, los muebles y, por si era poco, un abrigo de astracán que fue lo que más conmovió a la viuda. Lloraba emocionadísima; lo había deseado más que el piso y estuvo siempre convencida, hasta aquel momento, de que se moriría

sin alcanzar, de acuerdo con su condición de viuda de abogado, la imprescindible dignidad de un abrigo de astracán.

—Y todo esto ¿por qué, don César?

—Porque usted lo merece, señora. Y porque estoy enamorado de Carlotita.

Antes de que la pobre señora se recuperara del trabucazo les largó el melodrama; su amor de hombre maduro no admitía largos plazos ni noviazgos eternos. Amaba a la niña y se casaría con ella cuando consiguiese la anulación de su primer matrimonio:

—Voy a obtenerla muy pronto; soy portugués.

Ésta fue la carta marcada, sucia, en aquel juego. César no era ya portugués; en 1942 había obtenido fácilmente la nacionalidad española gracias a sus méritos como corresponsal de guerra afecto al bando nacional, pero ni aun conservando la nacionalidad portuguesa hubiese podido divorciarse. Algo había que decir para tranquilizar a las dos inocentes y llevó el asunto como un novio príncipe azul. Faltó la boda, pero no las celebraciones familiares; César, Carlota, su madre y varios amigos y parientes se reunieron en algo parecido a un banquete prenupcial en el que se anunció el compromiso de boda, que se daba por segura una vez resueltos pequeños impedimentos legales.

Previamente, César había llegado a un acuerdo de separación amistosa con su mujer y sus hijos. Carlota, deslumbrada, se dejó llevar a París en viaje de auténtica luna de miel y vivió unos días dorados de suite en el George V, Moulin Rouge, Ópera, Versalles, Louvre, Lido, alta costura, flores todas las mañanas y champán todas las noches. Tenían ya dispuesto el nuevo hogar; un chalet de querida principesca, lejos del centro, en donde la calle de Serrano empezaba a ser campo, y allí nació, a su debido tiempo, Isabel Clara Eugenia Roca, que siempre creyó llamarse Isabel Clara Eugenia Amado-Miño Roca, Isaclara para el consumo, y que fue creciendo en gracia física, en espléndida gracia física, mientras permanecía como hibernada en la memez zangolotina de las nenas de parvulario cuando representan un cuento de hadas en honor de la madre superiora.

—Todo el proyecto importa veintitrés millones de pesetas —dijo César cerrando la carpeta y dejándolo sobre la mesa de Miguel—. Yo me ocupo de la financiación. Si quieres lo firmamos ahora mismo y me encargo de que lo aprueben los otros.

Miguel conocía el truco; lo había visto funcionar en Estados Unidos; una trampa fina como el coral.

—No es urgente, César; me gusta el plan, vale la pena; déjame estudiarlo.

La niña, Isaclara, miraba alternativamente a su padre y a César. Admiraba a los dos.

—Sois los hombres de negocios más listos y más guapos de España.

Y les preparó un whisky para celebrar el encuentro y brindar por la próxima ampliación de Guindaleta-Plásticos.

Tan pronto se marcharon Isaclara y su padre, Miguel llamó por teléfono a Juan Latoba y lo invitó a comer. Avisó después a Clara.

—No me esperes, cariño, voy a comer con Latoba.

—¿Quién es la Toba?

—Latoba, el venezolano, el que está casado con la alemana. Es muy importante; se me viene encima el Amado Miño con un cañón de veintitrés millones. Ya te contaré.

Juanito Latoba quería invertir sus millones venezolanos. Miguel tenía un plan. No podía permitir que se rompiera el desequilibrio de la sociedad; el desequilibrio estaba a su favor con el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Iba a tratar de conseguir que Latoba prestase el dinero a la sociedad sin necesidad de ampliar el capital.

En Norteamérica, Miguel fue testigo —y ello le proporcionó una lección inolvidable— de la acción de los depredadores y carniceros en la selva financiera. Las sociedades anónimas funcionan como la más democrática organización que haya inventado el hombre: una acción un voto. Lo malo es que las acciones tienen dueño y jamás lo engañan, lo traicionan o le vuelven la espalda; son leales y votan siempre por él. El dueño de la mitad más una de las acciones ejerce su democracia sin tabarras, sofocones ni pactos con la oposición.

Miguel hizo su aprendizaje norteamericano en la Terenson Brothers, sociedad formada por los hijos de Ronald Lincoln Terenson, descubridor del Vesubion, una bakelita refractaria, una materia plástica, ligera, moldeable, que pasaba por el aro de fuego —hornos y llamas— como los tigres de circo. La Terenson cerraba sus balances anuales con gloriosos dividendos, gracias a que el Vesubion era imprescindible para las industrias aeronáuticas y del automóvil. Los hermanos Terenson vivían como archiduques de la Rusia zarista; pero un día se dejaron atrapar por J. P. Karyan, un armenio listísimo, presidente de la Trylon. Le vendieron solamente un diez por ciento de las acciones; a cambio, podían utilizar todas las licencias Trylon para fabricar

lencería, medias y calcetines. Gloriosamente, los Terenson entraron en un mundo nuevo conectado con la alta costura y los grandes almacenes. Pero el negocio no marchaba; la lencería, de excelente calidad, se vendía mal. Auditores economistas de la Trylon investigaron el problema y sentenciaron: COSTOS ELEVADOS. La Terenson no podía competir, a menos que se reestructurase la empresa.

A la reunión del consejo de administración asistió, con su diez por ciento, el viejo Karyan. Llevaba en la cartera el informe de los auditores y lo puso encima de la mesa. Los hermanos Terenson escucharon atentamente al colmilludo tiburón armenio.

—El Vesubion continúa siendo nuestro gran negocio, pero sus beneficios han sido devorados por el Trylon. Y, sin embargo, el Trylon tiene mejor mercado que el Vesubion. Lo que no se puede hacer es trabajarlo a medias: necesitamos producir cien veces más, invertid veintisiete millones de dólares y pondréis vuestros productos en el mercado a la mitad de los precios actuales.

—No tenemos veintisiete millones.

—Ni falta que os hacen. Yo los pongo.

Y así fue como el viejo tiburón J. P. Karyan pasó del diez al cincuenta y dos por ciento de la Terenson Brothers. La factoría fue ampliada; las obras duraron trece meses bajo la dirección aparente de los hermanos Terenson, que ocupaban los cargos más importantes: director general, director de fabricación y director de mercados. Karyan tomó aquella ampliación con tanto cariño que puso casa en Akron y se llevó con él a una de sus más vistosas amigas. Los Terenson tuvieron que acostumbrarse a ver entrar al viejo en sus despachos sin avisar, para dar órdenes sin pedirles parecer; y a recibir órdenes ellos mismos. La última que les dio fue la de que se acabó lo que se daba:

—Mañana no vengas a trabajar.

—¿Qué?

—Que no vuelvas al despacho; estás despedido.

—¿Quién lo ha dicho?

—El consejo de administración: yo.

La empresa sigue llamándose Terenson Brothers, pero los hermanos Terenson asisten solamente a los consejos de administración y a la junta anual de accionistas; cualquier cosa que intenten se enfrenta con la democrática opinión del cincuenta y dos por ciento del accionariado. Cobran sus beneficios, los que Karyan decide con sus balances manipulados. No trabajan, aunque Karyan, que en el fondo es un sentimental, nombra, por turno cada

año, a uno de ellos vicepresidente de la sociedad. Y envía orquídeas a las tres señoras Terenson siempre que la agenda de su secretaria le indica que alguna de ellas cumple años o celebra el aniversario de su boda. También les invita al cóctel anual del 23 de julio, fecha gloriosa en la que, hace cincuenta años, el viejo Ronald Lincoln Terenson inauguró aquella fábrica que sería, para sus tres hijos, una mina de oro y un abismo de frustración.

Miguel vivió entonces, desde el anfiteatro de los asalariados indiferentes, aquel banquete de leones sobre las arenas de un circo; vio cómo los Terenson entraban en la chochez a los cuarenta y pocos años, barridos por la habilidad de un viejo colmilludo, animoso y templado; por eso, aquel día no fue a comer a su casa; buscaba en Juanito Latoba el asidero que le evitara ser él quien descendiera a la arena del circo para ser devorado por Amado-Miño.

Vivían entonces en piso alquilado, en Hermosilla, cerca de Velázquez, bajo la tapadera de una placa dorada: «Miguel Tejuelo —Asesor Industrial— Horas de oficina: 10 a 13».

Miguel se disfrazaba de asesor y Clara de secretaria. El piso era como un decorado teatral con puertas y ventanas fingidas; había un despacho que nunca se usaba, una sala de visitas con revistas del año de la pera y nadie haciendo antesala, y dos dormitorios muy separados; uno de ellos, el más pequeño, formaba parte de la decoración destinada a protegerse de la justicia, de las cornadas y de los anatemas.

Después de comer con Latoba se encerró en Guindasa y terminó de redactar el informe al consejo proponiendo el desarrollo de la factoría sin mencionar la financiación de Amado-Miño.

Llamó a Clara dos veces.

—No te sientas muy sola; estoy trabajando como tres chinos para sacarte de ahí; lucharé por nuestra libertad hasta dar, si es preciso, la última gota de mi sangre; no me gusta que cuando llaman al timbre tengas que hacer ruido de teclas con la máquina de escribir.

Estaba molido, pero satisfecho del informe; le había salido triunfal. Los socios no tendrían que desembolsar ni un céntimo; el dinero de Juan Latoba, con el aval de varios banqueros, les permitiría despegar económicamente y aumentar los beneficios. A él, que, por no poner de mal humor a sus consejeros, cobraba menos sueldo que el ingeniero jefe de producción, la nueva época le permitiría salir de la mediocridad que los llevaba de un lado a otro, de un piso modesto a otro, en un melancólico y sórdido peregrinar.

Entró en el piso con ese gesto del ejecutivo que le ha pegado a la vida la paliza diaria sin perder puntos pero dejándose pedazos de la piel en el fregado: cansado, pero contento. Clara esperaba llorando.

—Otra denuncia.

Reaccionó mal; chillando.

—¡Ya está bien!

En aquel momento, después de todo un día trabajando y de haber intentado comprar un mercenario para eliminar a Sancho Fajado, después de preparado su despegue económico para asegurarse una vida más independiente con Clara, un fogonazo de mala sombra lo ofuscaba revelándole que el obstáculo era Clara, que el peligro estaba en Clara porque su posición ante los bancos y ante sus socios se vería muy comprometida si sus relaciones daban lugar a problemas judiciales. Posiblemente, ni uno solo de los que habían de ayudarle se fiaría de un sujeto en peligro permanente de prisión o destierro por no saber quitarse de encima a una señora a quien su marido pregonaba en la calle con cartelones de escándalo.

Clara, indignada, agresiva, esperaba la llegada de Miguel para organizar con él un coro iracundo; que su hombre la ayudara a despotricar, a maldecir; que pusiese en el pataleo las palabrotas y las maldiciones que ella, comedida y mujer, no sabía pronunciar. Eran otros tiempos; la gente juiciosa, cuando se enfadaba mucho, decía cosas como, «vete a la eme…» o «me estás jo… robando», licencias que no se permitían con cualquiera; tenía que ser un hermano, un hijo o un amigo íntimo; las puñetas se llamaban *puñales* y los tacos de novela eran sólo una inicial: ¡que te calles, c…!, «ese fulano es un hijo de p…». En los teatros, ni sombra de eso; faltaban algo así como quince años para que en un escenario se pronunciaran las palabras *cuerno, mierda y puñetero* que, al parecer, fueron las primeras que pasaron la barrera de la permisividad. Clara, sola, había dedicado a Sancho los insultos de su muestrario; canalla, impotente, desgraciado, marica, cobarde; necesitaba a Miguel para que hablase de la madre que lo parió, de la inutilidad de sus genitales, de sus cuernos, y así sentirse aliviada del berrinche producido por la citación; debía presentarse en el juzgado municipal acusada, por su marido, de escándalo público.

Y Miguel, después de su exclamación de sorpresa, no pronunció un solo taco. Miró a Clara anonadado, palideció, se dejó caer en un sillón con gesto dolido, como quien ha soportado ya demasiados incordios y se siente abusado, atropellado sin causa, harto.

—Pero, bueno, Clara, ¿otra vez?

Clara esperaba otra música y otra letra.

—¿Otra vez, qué?

—Ahora que estoy metido hasta las cejas en el proyecto de ampliación… ¡No me fastidies!

Clara entró en el dormitorio refunfuñando algo sobre los hombres, todos iguales, su marido, su padre, Miguel; cogió una gabardina, pasó junto a él sin mirarlo y se fue a la calle.

Velázquez, Serrano, las terrazas llenas de gente; nunca se había sentado con Miguel en una de aquellas terrazas, sólo en la de Almocrebe, al principio, cuando apenas se conocían. La actitud de Miguel había soliviantado el ánimo de Clara; ya no lloraba; reaccionaba altiva, desafiante: son todos iguales; al que no le falla la virilidad en la cama, le falla en el despacho; todos unos piernas, mi padre, mi marido y mi amante; los tres hombres de mi vida.

Clara se metió en un cine de sesión continua, cenó bombones, dos paquetes, y un refresco de naranja. Los últimos bombones se los comió con asco, empalagada y harta. No se enteró de ninguna de las dos películas y tuvo que cambiar de asiento tres veces para alejarse de tres diferentes espectadores solitarios, cazadores en la sombra, que buscaban en la espectadora sin pareja el pacto fácil, manual, callado, gratuito y anónimo de las salas de cine.

Salió a la calle; eran las doce y media, sentía dolor de estómago y náuseas; la gabardina pesaba como una escafandra. Otra que no fuese ella podría decir que aquella noche estaba de suerte; mal arreglada, con el rostro desencajado y el cuerpo bañado en sudor frío, desengañada del amor y totalmente escéptica respecto a los hombres, su aire vagabundo, semiderrotado y gastrálgico parecía, sin embargo, inexplicablemente, convertirla en un ser afortunado en amores, en una mujer fascinante. Varios individuos, no menos de seis, intentaron ofrecerle compañía y amor; tres de ellos hablaron de dinero mientras doscientos gramos de bombones y un refresco de naranja se manifestaban despiadada, hostilmente incompatibles con aquel estómago mal cenado. Clara apretó el paso decidida a volver a su casa; no quería morir en medio de la calle, y si aquello no era la muerte, se le parecía mucho.

Caminaba por la acera derecha de Jorge Juan. Un fulano maduro, como de cincuenta años, la seguía por la acera izquierda. Clara acortó el paso y su seguidor vio claro que la chica le daba una oportunidad. Cruzó decidido la calle; Clara se detuvo y el hombre ya no dudó, la aventura empezaba, la chica de la gabardina estaba en el bote. Iniciaba un amable y desenfadado buenas

noches cuando Clara empezó a desembarazarse de los bombones en un ay de náusea y agonía. El cazador pasó junto a Clara y dijo sin mirarla:

—Buena la has cogido, nena.

Se alejó molesto, dolido y asqueado; de buena me he librado, una degenerada. Clara, avergonzada, continuó aliviándose de cara a la pared. Tranquila respecto a su salud, sabía que eliminados los bombones saldría de tan humillante situación. Cuando llegó a su casa Miguel no estaba; también había transferido sus penas al estómago; en los lujosos lavabos de Menzy Club, Miguel vomitaba, en lugar de bombones, whisky. Con aquellas dos borrascas gástrico-sentimentales se cerraba un capítulo y un estilo en sus vidas; a partir de aquel momento las cosas tendrían que suceder de otra manera. No fue un propósito; ignoraban que estaban cerrando un ciclo para entrar en otro. Cuando en el amanecer indeciso que se anunciaba tras los visillos se abrazaron sin palabras, cuando se besaron sin súplicas ni disculpas ni acusaciones ni perdón, nada, ni nadie, les anunció que todo había cambiado. Por el contrario, estaban contentísimos en la creencia de que la parte más noble de su vida permanecía inalterada. Y de ahí nacía su alegría.

* * *

La cama es monumental, con un cabecero faraónico, en forma de cola de pavo real; pero no resulta vulgar ni recargado, es otra cosa, es mucho más, apabulla porque es de oro macizo. Las cuatro calaveras, dos en el cabecero, dos en el pie, son también de oro macizo. No hay sábanas, sólo pieles hermosas, pieles de tigre, de cebra, de leopardo, y encima de ellas la negra enorme, ciento cincuenta, ciento ochenta, doscientos quilos; la negra es indescriptible, una mujer infinita, cada nalga parece más grande que la otra, porque no hay ojo humano capaz de abarcar simultáneamente esa infinitud. Al pie de uno de aquellos senos abrumadores podría acampar un hombre si no fuese por miedo a verlo desplomarse, a morir aplastado en un pliegue de la piel negra de la negra enorme, la negra colosal que es toda lujuria y se despereza lentamente con movimientos de refinada obscenidad. Cada gesto es como una mudanza; de su boca, de su hocico lascivo salen palabras de hembra en celo que solicita urgencias lúbricas con frases impúdicas y suspiros cenagosos, no hay hombre ni sexo capaz de satisfacer esa monstruosa necesidad pansexual de la negra enorme, útero sin fin.

Conrado Acevedo, *el Mercenario*, la mira horrorizado, otra vez tú, montaña de lujuria, otra vez este espanto, este asombro, esta imposibilidad de negarse, esclavo de esa prostitución, macho que se vende, vende su cuerpo; y

la negra le exige satisfacción y hay un diluvio universal de carne oscura, carne joven, no tiene edad la negra diluvial, pero en su inmensidad brilla la tersura adolescente, africana, de la hembra hecha y derecha a los doce años; con una mezcla de amenaza y súplica, le muestra la demasía de su desnudo suntuoso, tectónico; prostituto blanco, has de acariciarlo y provocar la sacudida que recorra esa columna vertebral recta, perfecta, sepultada en la montaña de carne estremecida; y Conrado Acevedo hunde la mano en el rojo palpitante, acostado sobre la tersa inmensidad del vientre cálido, agitado por un oleaje suave, creciente, que va a más y a más hasta ser marejada, maremoto, vientremoto, vientre que aúlla y pide que el hombre ejerza de hombre, de prostituto, ya, ahora, y el mercenario quisiera huir, pero los ojos de la negra enorme y los ojos de las cuatro calaveras de oro macizo le niegan el beneficio de la deserción, y el soldado de fortuna va a saltar al suelo, a escapar, pero el suelo es dominio de los cocodrilos lustrosos, limpios de fango y algas, regio boato de aquella alcoba geológica, infinita; y es tanto su desespero, que se arroja al suelo espantoso y no es suelo, es su jergón alquilado; despierta con la boca seca y mira su reloj de campaña; en la noche brillan, como un ojo felino, selvático, carnicero, las tres de la madrugada; *el Mercenario* se viste a puñados y sale a la calle de la Ballesta. Madrid, allí, no duerme; un comercio de whisky dudoso y carne tarifada mantiene encendida la noche. *El Mercenario* busca una paisana que le saque de dentro la pesadilla recurrente de la negra enorme. Paga, se desnuda.

—No te he pedido nada, paisano.

—Ya lo sé, pero te pago; tengo que pagar por esto, ser yo quien paga y quien manda.

Y sale del prostíbulo sintiendo que, a pesar de todo, no ha logrado echar fuera el demonio de África, la negra enorme que lo llama otra vez con su geografía inmensa, con su mundo de gloriosas desmesuras primarias.

Y vuelve a su pensión tronada, «El Vizoso - Habitaciones», a su jergón sudado, hospiciano, y sabe que sus agonías sólo tienen un remedio:

Volver.

El día de la viuda continúa perfumado de albricias, plácemes y tabarra de pelmazos alborozados. Clara, después de comer, ha ordenado que no la molesten.

—Un señor, señora.

—He dicho que no estoy para nadie.

—Es que dice que es su padre, señora.

—Por ahí podías haber empezado.

—Es que no conozco a ese señor.

—Ni yo tampoco… No me hagas caso; dile que se siente, que ahora salgo. Ponle música y sírvele una copa.

Clara tarda deliberadamente en salir a enfrentarse con Demetrio Gilmaestre que no ha querido sentarse ni ha aceptado la bebida porque está concentrado, ensimismado en su papel de padre generoso que llega con el perdón para la hija descarriada. Lo ha pensado, serenamente conmovido, después de leer una y otra vez la esquela, y, al fin, decidido a olvidar el vergonzoso pasado, espera en pie la salida de Clara dispuesto a derramar sobre ella ternuras de padre inspiradas en seriales radiofónicos y en fotonovelas que lee a escondidas. Imagina la escena; Clara precipitándose hacia él que la acoge con los brazos abiertos: ¡Padre! ¡Hija mía!

Pasan los minutos; se siente incómodo. No esperaba que el nido de los adúlteros fuese tan lujoso; señorial, esto es señorial; vive muy bien la niña, bueno de niña nada, Clarita tiene ya cuarenta años; qué piso, lo menos vale doce o catorce millones, y este salón no se amuebla así por menos de un millón, sin contar los cuadros, qué lujazo. Y llega a una conclusión desoladora: está visto que no vale la pena ser decente. Siente otra vez la ofensa insufrible de su hija prostituida; pasan, despectivos, tres minutos más, le humilla la espera y tiene que contenerse para no exigir respeto a voces, ven inmediatamente, niña sinvergüenza, arrodíllate, abrázate a mis piernas y pide perdón, desagravia a tu padre y jura que no lo volverás a hacer. La escena imaginaria lo enternece y en el minuto siguiente se le serena el ánimo. El deshonor y el pecado quedan atrás; experimenta el placer del suegro que ve a su hija bien casada con un hombre adinerado; el gachó —siempre le llamó «el gachó», como tachándolo— debe ser una buena persona; hay que reconocer que se ha portado bien con Clara, la tiene como a una reina. Y cuando empieza a amargarse otra vez la sangre con el pensamiento de que estas cosas sólo las hacen los hombres con las queridas, aparece la hija perdida, repudiada, muerta. Demetrio abre los brazos; ella se acerca seria y distante, se deja abrazar y besar sin dar señales de emoción y no dice ni hola.

—¡Hija!

—¿Qué haces de pie? ¿Cómo está mamá?

Demetrio enrojece, se ataranta, parpadea confuso. Algo no funciona, algo esencial falla en este instante patético; no es así como se encuentran después de quince años un padre y la hija que abandonó el hogar conyugal primero y

el hogar paterno después para irse a vivir con un gachó. A vivir no; a morir, porque el padre la mató; si sales a la calle para volver a encontrarte con ese sinvergüenza, hazte cuenta de que has muerto para tus padres. Salió y murió; ha muerto; que no se acuerde jamás de que tiene padres; y había un sabroso, agridulce, salado, rasposo placer al componer aquel gesto cuando la mujer, la madre, nombraba a la hija perdida y el padre se sentía crecido, estatua de bronce, cincelado en piedra del mejor berroqueño histórico, al tensar los tirantes de la cara, al adelantar la barbilla para pronunciar una vez más el responso laico, la parábola de cementerio civil sin cruces ni gracia santificante: no tenemos hija; está muerta; y alargaba la muerte saboreándola porque esta sola palabra acariciada, concluyente y lapidaria hacía de él un padre espartano; ¿veis? mi propia hija, carne de mi carne y sangre de mi sangre, antes muerta que deshonrada, he superado la marca de Guzmán el Bueno, yo no arrojo un puñal al enemigo para que me mate al hijo, yo mismo empuño el acero y dejo mi honrado apellido, Gilmaestre, como un cáliz. Y hasta cuando compraba el medio quilo de pasteles de los domingos y fiestas de guardar, tenía muy presente a la hija muerta y no compraba los dos bartolillos, capricho de la niña desde los cuatro o los cinco años; todos los domingos, quince años pidiéndolos, póngame dos bartolillos, los dos bartolillos de Clarita; quince años sin olvidar que Clarita quería dos bartolillos, y el primer domingo después del desgarrón, de la sentencia, hazte cuenta de que has muerto, Demetrio Gilmaestre se fortaleció a sí mismo y se admiró como si se viera desde abajo, sereno, justo, honrado con su propia honra, diciéndole a Clemente, el pastelero, no, no me ponga bartolillos, quítelos de ahí, cámbielos por cualquier cosa. Y un domingo fue Cloti su mujer quien compró los pasteles y cuando puso la bandeja sobre la mesa y entre la opípara policromía de capuchinos, borrachos, petisús, bienmesabes, bizcochillos, descubrió la panza dorada, la negligencia culpable, aquellos dos bartolillos enterrados con la hija muerta, Demetrio Gilmaestre dejó caer la servilleta al suelo, se levantó, adusto e implacable, y se fue al fútbol sin tomar café, sin tomarse la copa de coñac y sin encender el cigarro puro. Aquella tarde estuvo especialmente severo con el árbitro: de cabestro para arriba.

Pero un padre es siempre un padre; había decidido resucitarla. ¿Ves, hija? Aquí estoy dispuesto a darte otra oportunidad. Y a ayudarte a defender tus derechos.

—Bien, mamá está bien; quería venir, pero no la he dejado.

—¿Por qué?

Gilmaestre duda. No quisiera nombrar el pecado, mucho menos admitir la existencia del pecador, de Miguel. A su hija la eliminó matándola; a Miguel desconociéndolo, abortándolo: Miguel no existe, no ha nacido.

—¿Por qué no ha venido mamá?

—Ya sabes, hasta bien entrada la tarde no hay que contar con ella.

—Me acabas de decir que no la has dejado venir.

—Bueno no quería que viniese y se encontrase con…

—Con mi marido; Miguel es mi marido. Hemos estado en el Pardo y en los Jerónimos como marido y mujer; he presidido mesas petitorias como señora de Tejuelo…

—Bueno, bueno, hija, no es momento de discutir eso. Vengo porque soy tu padre, porque eres mi hija y porque hoy te has quedado viuda…

—¿A darme el pésame?

—Pues… oye, no compliques las cosas, hija. A lo mejor vengo a darte el pésame, pero no es eso. Por lo menos yo no pensaba en eso, pero ahora que lo dices, pues sí, lo suyo es darte el pésame aunque no lo sientas. Si se pudiese ver a las viudas por dentro no creas que serías la única.

—¿Quieres una copa?

—No, gracias, de verdad, me he tomado un café hace nada.

—Pues tú dirás.

—¿Has ido a casa de tu marido?

—¿De quién, del muerto?

—¿De quién quieres que sea?

—Bueno, vamos a dejarlo, padre…

«Padre», qué raro suena, «padre», nunca le llamó padre ¿por qué ahora? Clara misma ha sentido un pedregal entre las sílabas secas, «padre», y es como una venganza por hablar del muerto con palabras falsas, inadecuadas, por llamarle «marido», ¿marido de qué, de quién?, marido ni una noche.

—Debes ir, hacer valer tus derechos.

—Ya tengo mis derechos, no quiero más.

—¿Qué derechos tienes, hija?

—Que está muerto; han tardado quince años en concedérmelo; se ve que Dios, o quien atienda esas cosas, estaba muy ocupado, pero ahí está, no necesito más, ya lo tengo: el muerto.

—Sí, necesitas más. Mira, hija, he venido por tu bien. Debes hacerte presente y reclamar lo que te pertenece, pensión de viudedad, socorros de mutualidades, a lo mejor tenía un seguro de vida.

—Déjalo papá, no me interesa.

—Claro que te interesa…

—No me interesa, no me interesa. Déjame llevar este asunto, no te metas, es desagradable, repugnante; soy yo quien decide y decido que no me interesa. Sólo me interesa un papelito del Registro Civil en el que diga «Clara Gilmaestre; estado, viuda»; lo demás, que se lo coman los gusanos. Vamos a dejarlo, papá, que se me revuelven las tripas. ¿De verdad no quieres una copa, un whisky?

Demetrio Gilmaestre hace un gesto elusivo; no ha venido a beber ni a explicar por qué no desea beber; es portador de paz, de perdón, de ven a mis brazos, hija, y humedece mi pecho con lágrimas de gratitud y arrepentimiento. Y ha venido con el consejo y la luz; hija, esto es lo que debes hacer, te lo dice tu padre que sólo desea tu bien.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Hacer de qué?

—De tu situación.

—No sé… De momento estoy muy contenta, eso es todo, contenta de que al fin haya reventado el hombre.

—Ahora a casaros pronto y a vivir dignamente… ¿Cuándo es la boda?

—No sé, papá, no he pensado en eso. Ni me importa.

—¿Cómo que no te importa? Si no te importase no habrías andado estos años de abogados y de pleitos.

—No te líes, no confundas las cosas. Yo no he hecho nada para casarme; he andado de abogados para defenderme y, si acaso, para des-ca-sar-me. Yo lo que quería era descasarme, nunca he pensado en otra cosa.

—Pero ahora debes legalizar tu situación.

—¿Por qué?

—Hija, eso no se pregunta. Por tu bien, por decencia, por… por todo.

—Porque mi padre no quiere tener ni un día más una hija puta, dilo.

La bofetada, Demetrio; a veces te has reprochado aquella bofetada que la echó de casa, la tienes enconada, quince años preguntándote si fue aquella bofetada la que te dejó sin hija; te repites la pregunta cada vez que padeces la vergüenza de la hija echada a perder; quizá me excedí, debí tratar de hacerla reflexionar; sin embargo era mi obligación, sacudirle una buena castaña; es deber de padre, para que si un día la hija sufre las consecuencias del pecado y se arrepiente, no pueda decir que cayó porque su padre no le dio una bofetada a tiempo.

Y, por lo visto, no fue bastante; la niña está necesitando otra vez la ira paterna, la corrección inmediata, violenta. Cierra los puños y retiene en ellos,

dolorosamente, la bofetada; no quiere que ésta se le enquiste también y le pudra la sangre años y años. Clara rechaza el perdón y la resurrección.

Se marcha humillado. Eso nunca lo dijo él ni a solas, ni en sus largos, desolados monólogos íntimos, esa palabra infame: una hija… No, no podría decirlo, ni pensarlo; su hija no es mala ni buena; está muerta; sigue muerta.

Busca la salida solo, caído de hombros, como descolgado de una cruz, mientras Clara, con manos temblonas, se sirve un whisky, lo deja sobre la mesita y ni lo prueba.

La nueva visita está dentro; su llegada ha coincidido con la salida de Gilmaestre; se cuelan inocentemente, invaden el vestíbulo. En las casas de los recién muertos la entrada es libre, nadie pregunta ni pide permiso para sumar a la pesadumbre su cara de circunstancias y su embarazoso mensaje: los duelos con pan son menos, compañera.

Las tres señoras están nerviosas.

Clara está nerviosa.

La viuda no quiere aumentar la desazón de este momento difícil para todas.

—Hemos ido a su domicilio y nos han dado esta dirección.

Ya ha pasado lo peor, colarse por las buenas, meter la cabeza en el salón, ¿se puede?, los primeros saludos, las tres venciendo esforzadamente la timidez del pésame. La gente odia el pésame… ¿Cómo se puede decir «lo siento» a alguien abrumado por el trallazo de la muerte? ¿Cómo se le puede hablar con frases hechas y salutaciones huecas, de su aflicción, de su desesperanza? No hay esperanza de echar a andar a un muerto; ¿cómo se puede insultar a la viuda con un «le acompaño en el sentimiento»?

Y aquellas tres damas de la Junta Benéfica de Viudas y Huérfanos de Peritos Politécnicos no acaban de acostumbrarse a este entrar en el dolor de la viuda que siempre es un ser anonadado. Ellas se presentan, con su carga de alivios de luto, después del suceso —del óbito, dicen—, después del entierro —sepelio, dicen—; son viudas o esposas, viudas o futuras viudas, amas de casa, y saben lo revuelto que anda todo en el desbarajuste de la primera muerte, de la que enlaza con la última boqueada; horas de sábanas manchadas con las desbaratadas protestas fisiológicas de un cuerpo que batalla por la supervivencia; de balones de oxígeno para la soldadura autógena del hilo de la vida; horas de grandes frascos de suero con ese tentemozo, rodrigón de la agonía, del que se cuelgan los gota a gota; horas de lujo farmacéutico, de cueste lo que cueste, grandes paquetones de algodón desventrados para una simple inyección, antibióticos que el doctor sólo se atreve a recetar entonces,

cuando no sirven de nada, pero no vamos a quedarnos de brazos cruzados ante la muerte, por dos mil ciento ocho pesetas con treinta y cinco céntimos. Salen los últimos trasvasadores de sangre, calculadores de anemias sin vuelta de hoja; se van; ya han cobrado, con el muerto de medio perfil sobre la almohada, aún desarreglado, sin apañaduras de difunto, en la cama; han llegado con sus sobres asépticos a cobrar implacables análisis de sentencia de muerte y trasfusiones inútiles de riego en pedregal, y se cruzan con el vendedor de la funeraria, provisto de catálogos en papel cuché, confíe en nuestra eficacia, nosotros sabemos qué hacer con su muerto, déjenos, somos nosotros y no su cuñado ni el hijo primogénito ni el habilidoso vecino del tercero, ni la secretaria del difunto, sólo nosotros traemos en esta cartera de plástico los impresos de la muerte, los requilorios de juzgado, colegio de médicos, parroquia, ¿sabe usted que la parroquia y el juzgado y el colegio de médicos tienen derechos sobre su muerto? Conocemos el beneficio que cada uno de ellos va a obtener de su muerto, y mire qué carrozas, últimos modelos, y uno echa de menos aquellos caballos de cabeza empenachada, cubiertos los lomos de terciopelos marchitos, como capas de macero municipal, engalanados como caballos de oros. Y, poco a poco, el orden entra y se instala alrededor del muerto, hasta que lo sacan pasillo adelante los prácticos del puerto, habituados a ese navegar sorteando puertas estrechas, descansillos impracticables y escaleras mal proyectadas porque el arquitecto olvidó las inexorables medidas de la muerte.

Las damas de la Junta Benéfica dejan que transcurran esas horas intransitables y llegan con el consuelo químicamente puro, el cheque libre de impuestos, independiente de cualquier seguro, de cualquier voluntad testamentaria; es para usted, nuestra ayuda inmediata, aquí y ahora, véalo, no es gran cosa, pero viene muy bien en estos momentos.

La señora de Martínez Sabalar, portavoz y portacheque, presenta a sus compañeras de junta:

—Señora de Arteche y señora de Ricla.

—Mucho gusto.

—Venimos en nombre de la Junta Benéfica de Viudas y Huérfanos de Peritos Politécnicos; tenemos en trámite el cambio de denominación: será de Peritos e Ingenieros Técnicos, lo tenemos casi concedido, pero ya sabe lo que es el papeleo. Mi marido murió perito y a mí lo mismo me da, pero no podemos renunciar a la dignificación de la que fue su carrera.

La señora de Martínez Sabalar, Elsa, a pesar de la costumbre, diez años en la directiva, un año y medio de presidenta, no puede evitar el nerviosismo,

aunque son, las tres, muy desenvueltas y agradables. Jovita Arteche es una viuda con cara de viuda que va muy bien para estas embajadas. Lena Ricla es joven, veintiséis años, asistente social, por eso la hicieron vocal; es fina de líneas, vistosa y bien vestida se ponga lo que se ponga; tiene los ojos risueños de un gris centroeuropeo que combina luminoso y vivaz con su cabellera leonada, manantial. Pero en el momento de entregar el cheque siempre se sienten torpes las tres y no pueden evitar balbuceos, apuros y vacilaciones.

—Comprendo que con esto no le puedo devolver a su marido pero en medio de la desgracia, es un consuelo, señora; son ciento ochenta mil pesetas…

—Yo no sé si debo aceptar.

—No le quepa duda, es dinero suyo.

Clara no quiere ni tocarlo, pero ¿por qué ha de contar su historia a estas desconocidas? ¿para qué?; no va a conseguir otra cosa que aumentar su nerviosismo; esas ciento ochenta mil pesetas son para ella, solamente para ella, no puede cedérselas a algún familiar de Sancho Fajado. Ni siquiera si existe un testamento en favor de otra persona.

Y para que la situación resulte más equívoca y desquiciada llega Miguel y saluda muy desenvuelto a las tres damas de la junta como si las conociese de toda la vida; las busca en su memoria, las tutea mientras hace regates de lenguaje aproximativo: no se dice nada, se habla, qué tal, cómo van las cosas, esta rubia es una monada, y las otras no están mal ¿quiénes son sus maridos? Se van, mucho gusto, encantada, mucho gusto, mucho gusto, encantado, mucho gusto, éstas no son de las nuestras, éstas deben ser de la junta parroquial o venden cacharros de plástico a domicilio, qué lástima, la rubia vale un montón.

Y entonces Clara coge el sobre con el cheque; lo habían dejado, delicadamente, sobre la mesa.

—Mire, señora, lo suyo es una junta benéfica, ¿no?

—Sí, eso es.

—Bueno, pues tenga; es un donativo. ¿Puedo hacerlo?

—Sí, claro.

—Mejor así. A otros les hará más falta.

Y la presidenta, Elsa, señora de Martínez Sabalar, decide que es mejor no insistir, que pocas veces se le ha hecho más duro y difícil esta vocación de llevar consuelo a las viudas de los peritos, compañeros de su marido, gente que ha ejercido una carrera en la que todo es matemático, preciso y sujeto a fórmulas, exacto y lógico; todo, menos la vida privada y la muerte privada.

En esa muchedumbre de viudas que los peritos van dejando, cada una es viuda a su manera. Y ésta es una viuda nueva.

—Lo que yo os decía; ésta no vivía con su marido.

—Pero parece una buena persona.

—Y el fulano, qué despiste.

—Oye, le has caído bien, no te quitaba la vista de encima.

—Estaba hecho un taco; ponía cara de trágame tierra, de lo tengo en la punta de la lengua, ya sabéis, te presentan a alguien y ni te enteras del nombre; luego, al cabo de los meses te lo encuentras y te vuelves loca, ¿quién es, quién es?; debo recordarle a alguien.

—Hija, qué modesta eres. Te miraba como hay que mirarte; eres la maja de la junta. Yo creo que la viuda nos ha dado el dinero por quitarte a ti de en medio; qué bien, para nuestros huérfanos.

—Hay que contarlo; que cunda el ejemplo; otras se lo callan; y eso que debe haber un montón de líos como éste. El martes salieron en televisión tres señoras separadas y dijeron que las hay a puñados.

—Una hermana mía, sin ir más lejos.

Miguel se sirve una copa de jerez.

—Las he espantado.

—Ya estaban bastante espantadas. Pobrecillas. Qué jornada luctuosa lleva tu amante; qué día más fúnebre; qué trabajo me está costando deshacerme de mi marido.

—¿Te das cuenta? Ahora somos novios.

—Tenemos que ensayarlo, eso de los novios, qué ilusión.

—¿Me vas a llevar al cine a la última fila?

—¿Qué idioma hablas? Ya nadie va al cine a eso; van al cine y se sientan donde les toca o donde les gusta o donde exigen sus circunstancias ópticas, fila diez o fila treinta o fila seis. Y si les apetece se dan el verde en el descanso, con las luces encendidas o con los anuncios; entonces sí se meten mano por las buenas, amorosamente, sin aquellas hambres eróticas de nuestros tiempos. Oye, y ven la película; para eso pagan.

—¿Entonces, qué es lo que tenemos que ensayar?

—Lo de los novios; ya no tenemos que andarnos con trucos en las presentaciones; sólo dos veces en casi veinte años te he oído presentarme como tu marido. Y las dos te pusiste colorada.

—Los hombres tenéis más cara.

—No es cara; yo te pongo al pairo y digo: ésta es Clara; queda fenómeno. Pero ahora vamos a cambiar, verás; te cogeré delicadamente del brazo y diré: aquí mi prometida.

Ríen. Ellos fueron un día los adelantados, los progresistas; ejercieron la osadía y contribuyeron con su audacia a integrar en la sociedad a los marginados; obligaron a los puros, a los decentes irreprochables a aceptar el desorden. Y ahora parecen no advertir que ese desorden aceptado, puede naufragar en el orden inesperado que introduce entre ellos el hachazo clarificador de la viudez.

—Aquí mi prometido.

—Qué ordinariez.

—Pues verás después, cuando diga: aquí mi señora.

Y, de repente, los dos se han quedado serios. Algo en lo que están haciendo, en lo que dicen, en lo que les hace reír, ha dejado de tener gracia.



Sólo han pasado veinticuatro horas y ya lo ha archivado. Ni se acuerda.

Miguel conduce arrimándose al arcén; pronto va a dejar la carretera de Andalucía para tomar el camino de la fábrica. No se acuerda de Sancho Fajado, ni de que Clara es viuda, ni de que ahora son otra cosa, novios además del lío; se acabó el adulterio pero sigue el lío, eso no hay quien lo mueva.

Ya pensando en otras cosas. En el convenio colectivo; parece que a los obreros no les hace gracia la inflación; va más aprisa que el convenio. Habrá que subir los sueldos antes de lo previsto, revisar los contratos. Eso sí que es un lío.

No, no se acuerda de Sancho, ni de que Clara es viuda. Ni va a recordar más, en esta mañana aparentemente vulgar, los problemas laborales, los aumentos salariales ni el convenio colectivo, porque en el antedespacho le está esperando un problema nuevo, inesperado: el ataque de una multinacional. ¿Quién se acuerda de Sancho Fajado, muerto y bien muerto, cuando la Synthetical of Akron, Ohio, apunta los cañones contra su despacho?

Clara sí lo recuerda; siente no sabe exactamente qué alivio, alas, aleluya, brisas que mueven campanas ermitañas, un bienestar parecido a aquella ligereza casi olvidada, aquel contento interior de su juventud cuando, después de angustias ingenuas y temores desmesurados, se libraba en el confesonario de la ceniza de sus pequeñas culpas. Se sabe viuda, se sabe libre, lo tiene

presente desde que abrió los ojos a este día. Y si lo hubiese olvidado, no van a faltarle motivos para recordarlo.

—Señora, el teléfono. Es su madre.

Años han pasado desde la última vez que habló con su madre. No hay, sin embargo, emoción en la voz de Clara.

—Hola, mamá.

—Clari, hija mía, ¿qué le hiciste ayer a tu padre?

—Nada. Yo no le hice nada; fue él quien…; lo siento, mamá, prefiero no hablar del asunto.

—Vino llorando. Se encerró en tu cuarto sin decir palabra, echó el cerrojo, no conseguí que me dejase entrar, ni que saliese a cenar, encerrado toda la noche y yo en vela oyéndole llorar y suspirar. No sabes lo triste que es oír a un hombre llorando de esa manera. Esta mañana ha salido sin decir ni adiós. Se acostó en tu cama; la almohada está húmeda de tanto como ha llorado.

—Está bien mamá, lo siento. No quiero disgustarle, no voy a echaros nada en cara, pero dejadme tranquila. Cuando pasen unos días hablaremos.

—¿Qué le has dicho para hacerle llorar a un hombre como él?

—Tonterías, mamá; déjalo.

—No son tonterías, es tu padre.

—Bueno, ¿lo dejamos o no? Siento que se haya disgustado, pero bien está; me debía esas lágrimas.

—No digas eso, hija.

—¿No había muerto para vosotros?, pues ya vale; que llore por lo que no lloró en aquel entierro que me organizasteis.

—Clarita, vamos a olvidar estas historias, lo pasado pasado. Ahora, lo que tienes que hacer es casarte como Dios manda… ¿Oyes?… Clara ¿me oyes?

—Sí, pero vamos a dejarlo.

—Casarte como Dios manda. Y si en el tiempo que falta para la boda quieres evitar murmuraciones y cotilleos, y respetar tu estado de viuda y guardar un poco de luto, ya sabes que tienes aquí tu casa y que aquí puedes esperar sin dar que hablar hasta que te cases con ese señor… ¿Oyes? ¿Se ha cortado?

—No, mamá, te he oído.

—Como no hablabas…

—Ni hablo. Adiós, mamá, perdona que cuelgue. Vamos a estarnos tranquilitas unos días.

Ahora sí; ahora se le ha puesto cara de viuda; al imaginar al viejo Gilmaestre llorando, inundando la alcoba con su desolación, empapando la

almohada con lágrimas pueriles de anciano humillado, atropellado. Clara, a quien los años no han endurecido la cerviz pecadora y sigue siendo un pedazo de pan, se siente culpable —como se sintió culpable de aquellos gemidos, *ay, madre mía*, de Sancho Fajado en sus infructuosas veladas nupciales—; más que culpable apenada. Después de colgar el teléfono dejando a su madre con la palabra en la boca se encierra en el dormitorio —ella también— a mojar un poco la almohada.

La presencia de Femando Ferrerías en el antedespacho sorprende a Miguel.

—¿Tú qué haces aquí?

Ferrerías es el director comercial de Guindasa. Su puesto está en las oficinas de Velázquez.

—Acabo de llegar. Llamé a tu casa y me dijeron que venías para acá. Como lo que traigo es muy gordo…

—Pasa, pasa. ¿Qué es eso tan gordo?

—Toma, lee; ya me dirás.

La palidez del ejecutivo en el camino hacia el infarto: Miguel está blanco.

—Tantos años luchando por el contrato de Torrejón y ahora me sales con esto.

—Yo no; los de la Synthetical.

—¿Cómo se han enterado esos cabestros?

—¿Qué más da? Lo saben y ya está.

Lo saben. Se enteran de todo. Y pegan fuerte. La Synthetical trabaja para el Pentágono, y el Pentágono es para ella el ejército norteamericano esté donde esté. Los cabeza de huevo de la Synthetical sólo tienen que leer el *Boletín Semanal del Comercio de Productos Sintéticos* en el que se relaciona la oferta y la demanda mundial del sector, y alimentar, con los datos que puedan interesarles, la cabezota de su centro de cálculo e informática. Las computadoras les dan en pocos segundos respuestas que pueden resultarles muy útiles. Por ejemplo: GUINDASA (SPAIN) SE HA PILLADO LOS DEDOS EN TORREJÓN (SPAIN).

Miguel ha recibido una carta amabilísima de la Synthetical. Le felicitan por el contrato firmado con Salustiano Rodríguez Alcercha, de Torrejón de Ardoz, Madrid, Spain, para el suministro de piezas de cubertería «usar y tirar» por valor de treinta millones de pesetas y le recuerdan que: *además del royalty normal que afecta a toda la producción de Guindaleta-Plásticos, esta*

*operación está gravada con un doce coma cinco por ciento (12,5%) de acuerdo con el apartado c) base 8.ª de nuestro contrato de «licensing»*.

—Pero tú debiste… —Miguel quisiera culpar a Perrerías pero comprende que eso no va a rebajar en un céntimo ese royalty abusivo e inesperado—. Bueno, es igual, mira a ver cómo podemos compensarlo.

—No es cosa mía, Miguel; es cosa de los abogados.

—No puedo pleitear cuando ya les he metido millares de cucharillas en Torrejón y el contrato está más que firmado.

—¿Pero qué es lo que dice exactamente el apartado c) ése?

—Nada que nos debiera preocupar. Dice que con objeto de proteger sus actividades en Estados Unidos todas las operaciones que realicemos en su territorio o con el ejército USA, pagarán un royalty extra del 12,5%.

—Entonces no hay problemas, Miguel.

—Eso pienso yo, pero temo que no haya manera de aproximar nuestros puntos de vista. Para ellos, Torrejón entero es Estados Unidos.

—No les permitirás que digan esa burrada.

—¿Yo? Antes de admitirlo les declaro la guerra de la Independencia, pero éste no es un problema nuevo; ellos sostienen que hay algo así como una zona de… Bueno, para que lo entiendas, como aguas jurisdiccionales alrededor de cada base. Alrededor de sus cuarteles se vive del dólar; ésa es su filosofía; en Torrejón manda el dólar, por lo tanto, es territorio U. S. A.

—Eso no se sostiene ni con… ¿O es que Salustiano Rodríguez, nuestro cliente, es el Pentágono?

—Ya. Tú no los conoces. No podré negar que éste es un contrato de suministro al ejército de los Estados Unidos. Ya lo verás.

—¿Que no podrás negarlo?

—Según ellos, no.

—Pero nosotros contratamos con Salustiano Rodríguez, vecino de Torrejón, un tío con boina.

—Que vende *picnics* a los colegios de la base, que hace el *catering* a las tripulaciones aéreas de la base ¿o es que crees que los vecinos de Torrejón comen con cubiertos de plástico?

—Según eso, también les tenemos que pagar por las cuerdas de guitarra. Siempre que voy a un tablao flamenco hay americanos de las bases entre el público. No me digas…

—No se lo digas a los de Synthetical porque te va a dar igual; se agarran a cualquier cosa. Estúdiate el presupuesto, habla con el departamento técnico; tenéis que mirar a ver de dónde podemos arañar céntimo a céntimo y hazme

el cálculo de costos contando con ese 12,5%… No, no pienso pleitear, no es cosa de abogados; voy a discutirlo personalmente con ellos, iré a Estados Unidos a cogerles por los cuernos y ver si puedo sacar algo, pero no voy a llevarlo a los tribunales porque sé que lo gano. Aquí o en Norteamérica es igual; cualquier juez me dará la razón.

—¿Seguro?

—Seguro; no tienen a donde agarrarse; gano el pleito en el terreno que quieran; ni Salustiano Rodríguez es el Pentágono ni el pueblo de Torrejón es territorio U. S. A.

—¿Entonces?

—Entonces, en cuanto les gane el pleito me retiran la licencia y nos vamos a hacer puñetas.

—Y si no pleiteas o los convences, nos vamos a hacer puñetas con este contrato.

—Organiza mañana una reunión para que estudiemos ese informe que me vais a hacer ya mismo; a ver si hay manera de que mis técnicos y mis economistas consigan un milagro.

—Ponle una vela a Santa Rita.

—¿Eh?

—Sí, porque ni con cálculos ni con reuniones creo que esto tenga arreglo.

—Venga; a trabajar ahora mismo. Seilas, avise a casa que no voy a comer.

Clara se mira al espejo —espejito, espejito, dime— y no es un piropo ni una respuesta halagadora lo que percibe. Espejito; la madrastra de Blancanieves hablaba con su espejo mágico que nunca mentía. Los espejos tienen todos esa misma magia cuando se mira en ellos una mujer deprimida.

—Tienes cara de viuda.

Es cierto; aunque Clara ha estado llorando por las lágrimas de su padre, no por el entierro de su marido. En la playa melancólica de un llanto atenuante se ha quedado dormida. Y ahora, el espejo, con toda la mala uva de los espejos, dice que los ojos embotados de lágrimas y sueño y la ausencia de maquillaje lastiman su rostro con un aire afligido, macilento, enviudado. Hasta en esto se ha de materializar el mal fario del difunto Sancho Fajado por quien su viuda no ha soltado ni una lágrima. Casi se alegra de estar sola en este segundo día; que Miguel haya avisado que no viene a comer.

Al júbilo que produjo el día anterior una esquela mortuoria inesperada y liberadora, suceden estas horas mustias, penosas, paradójicamente enlutadas y fúnebres.

La tarde para Miguel es un laberinto de cálculos, un barullo de papeles, un rechinar de saldos que no cuadran, que, una vez y otra, se estrellan contra el imperialista 12,5%; ni la ingeniería ni la econometría consiguen hallar una vereda transitable para el contrato de Torrejón; si Dios no lo remedia, de Guindaleta van a salir millones de cucharitas, tenedores, cuchillos, vasos y bandejitas de plástico fabricados para cumplir un contrato y perder dinero en cada pieza servida.

Clara no se ha sentido con ánimos para domar la respuesta del espejito espejito. Ni siquiera una larga y refrescante conversación con Mercedes Solano ha sido estímulo suficiente para su vocación de empedernida optimista.

A lo largo de sus años de malcasada, Clara ha ido descubriendo que no estaba sola en el infierno, que el desamor y el amor habían operado a fondo en la sociedad española rompiendo matrimonios y atando vidas por su cuenta, bajo palabra y sin papeleo ni bendiciones.

Mercedes Solano, alegre, inocente, confiada y cascabelera fue al matrimonio sin temor aunque no le faltaban motivos para estar preocupada; compareció ante su marido en la noche de bodas sin sentimiento alguno de culpa, segura de su virginidad total; sabía que era virgen y, además, que su himen estaba intacto, que no había sido deteriorado por accidente, mala suerte, pobres chicas autodesvirgadas tontamente practicando algún deporte; cuidado, niña, con la bicicleta no te hagas daño; tontamente, explorándose la libido en la soledad de la inocencia perdida, inventando a Cary Grant, o a su amigo Nacho, en el cuello de una botella transfigurada por la impaciencia, desgarrando por sí mismas y sin conocer varón el inexcusable precinto. Mercedes Solano estaba tranquila por ese lado.

No fue, como otras, con ánimo compareciente y como en trance de examen. La mujer se inmolaba tarada por siglos de tradición judaica, cristiana e islamita; se le exigía pureza absoluta y demostrable, se consideraba fraudulenta, criminal, cualquier simulación y se castigaba con rechazo inexorable cualquier concesión, cualquier rebaja en la alta cota de honra exigida. La chica con un novio en su currículum casi debía jurar que jamás le permitió besarla; ni soñarlo, un beso jamás, en realidad nunca estuve enamorada de aquel imbécil, fue una bobada de chiquilla, una amistad, jugábamos a novios. Como vestales inmaculadas debían presentarse al pie del tálamo; camino de ese preocupante e importantísimo final de las ceremonias y festejos nupciales que era el dormitorio, la recién casada hacía memoria de otras manos que habían curioseado su piel, allanado su escote y, quizá, la

cerrada pero un día transigente convergencia de sus muslos. Una moral de última pena, una moral de ojo, te juegas la muerte eterna, todo es pecado, hasta el pensamiento turbio, lastimaba el ánimo de las vírgenes con temores y culpas. Las que no eran vírgenes, y las que lo eran pero creían haberse dejado desgraciar el irrecuperable precinto aquel día tonto, jugueteando con aquel chico que les importaba un pito, iban aterradas. Excepcional e inexplicablemente, Mercedes Solano, que había estado embarazada con un especialísimo embarazo, fue a su noche de bodas con la tranquila seguridad de saberse intacta. Creía que la virginidad física era salvoconducto suficiente y pagó muy cara su falta de información.

Mercedes Solano, muy graciosa, muy andaluza, chispeante, lo toma a broma y es feliz en su situación ilegal.

—Oye, si somos mayoría absoluta; la otra noche, en la boda de la niña de los marqueses de Zama, en el Ritz, la tira; allí no había más que aristócratas; Paco es marqués, ya sabes, lo que pasa es que no se borda coronitas ni lo pone en las tarjetas, dice que mientras yo no pueda ser marquesa no le da la gana; en cambio la cursi de su mujer, que tiene de marquesa lo que yo, la cama de un marqués, no se quita el título ni para bañarse, lleva la corona en el bikini; bueno, pues estábamos doce en una mesa, seis matrimonios, y empiezo a echar cuentas y me digo, verás, los Rozas, lío; los Pérez Cota, lío; los Bernardo, lío… oye, que allí sólo había un matrimonio de verdad, Mariquita y el soso de Verdes-Solsona; ¿querrás creer que me dio lástima de Mariquita? ¡Pobre hija, qué cosa tan insulsa, casada por la Iglesia, un matrimonio legítimo! Esto es como las hemorroides; el día que las tienes te entra como una desesperación y un apuro ¡ay, qué ordinariez, que no se entere la gente, por Dios!, y luego hablas con unas y con otras y resulta que todo el mundo anda igual y te recomiendan unas pomadas y unos tratamientos buenísimos. Pues lo mismo lo nuestro: ¡ay por Dios bendito, que estoy liá, que soy una pecadora! Y de pronto te enteras de ésta y ésta y ésta.

Mercedes se casó a las seis de la tarde, en Jerez; su marido y ella se escaparon del banquete de bodas a las nueve y media de la noche. A las dos de la madrugada estaba en la puerta del hotel Miramar, de Málaga, con un ojo morado y el cuerpo molido de la paliza que le había pegado su marido.

—Y virgen como la Santísima Virgen antes del parto en el parto y después del parto.

—Pero ¿por qué?

—Por ser de muy buenísima familia. Por haberme educado en el colegio de monjas más pera de Andalucía; por eso.

Mercedes Solano, inocente como un pajarito, conoció la iniciación sexual corriente en el año 1942. Tenía once años. Por sus amigas supo que los niños no venían de París, pero, consultada un día, en clase, sor Marcelina de Santa Clara respecto al misterio de la procreación, dijo a las niñas que los hijos eran fruto del amor de los papás.

—Se dan un beso y…

—Pero no vienen de París, ¿verdad, madre?

—Ni los trae la cigüeña, sor.

—No, señoritas; las mamás los llevan en su seno, como la Santísima Virgen llevó al Señor. Ya lo dice la oración: fruto bendito de tu vientre. Pero esto más vale que no lo comentéis en casa. Ya se os irán abriendo los ojos.

A los catorce años, a Mercedes Solano se le habían abierto los ojos; la gente pecaba contra el sexto mandamiento de otra manera harto más complicada que el beso; supo que los hijos se hacían de aquella manera sucia y pecaminosa. Pero quedaba a salvo el beso para la buena sociedad; sus padres estaban por encima de tanta degradación; ella, y la mayor parte de sus amigas, habían sido —de acuerdo con la versión de sor Marcelina de Santa Clara— engendradas con un beso. Y en la Feria de Sevilla, de noche, con luna llena, con el alma transida de sevillanas, boleros y blues, con el corazón latiendo al ritmo de bésame, bésame mucho y de la española cuando besa es que besa de verdad, una noche en la que Sevilla sólo hablaba de un torero, Manolete, que no había toreado aquella tarde, Mercedes, yo era una mujer tan alta como ahora y, vestida de folklórica, no te digo, Mercedes, inocente y tentada por el demonio, se dejó besar en la boca, a los catorce años, por alguien a quien jamás podría acusar; su tío Ramón Terry.

—Tío político, guapísimo, oye, y muy granuja; no llevaba casado con mi prima Terete ni tres años y, mira, aprovechaba el tiempo hasta con chiquillas como yo. Total que me besó a base de bien y que yo me lavé de culpas al día siguiente; a las siete de la mañana estaba confesándome y llorando mi deshonra como una magdalena; el cura, furioso, oye, cuando le dije que había sido con un señor casado; me echó una penitencia que todavía las rótulas me rechinan cuando me acuerdo; me lavé de culpas, pero lo que no podía quitarme de encima era el miedo.

Mercedes temió estar embarazada y tuvo, como algunas casadas muy deseosas de concebir, un embarazo psicológico. Un disgusto casi de muerte para sus padres y una actitud cerradísima por parte de ella que se negó, obstinada y dura como una roca, a revelar el nombre del culpable.

El «culpable», su tío Ramón, supo lo del embarazo y, naturalmente, ni se dio por aludido; al contrario, lamentó haberse contentado con un beso.

La llevaron a examinar a un ginecólogo que se quedó muy impresionado; conocía a la niña, la había ayudado a nacer. Y no cabía duda:

—Es virgen aún.

Los padres no sabían si reír o llorar.

—Es virgen, ¿qué pasa entonces? ¿está loca esta niña?

—Es virgen, pero, sí, los síntomas son de embarazo. Físicamente tiene intacto el himen, pero eso no significa nada; a muchas, bueno a muchas no, pero sucede, a algunas señoras se lo rompe el primer hijo; al nacer. No os ha engañado, está embarazada. Hay indicios sobrados.

Aquel vientre niño empezó a abombarse, pero transcurrieron nueve meses y no pasaba nada. Sólo que aumentaba, monstruosamente, el volumen del error, de la gran payasada fisiológica.

—Oye, y yo en Galicia, en casa de Carmiña, una señora embarazada de verdad que se había comprometido a decir que había parido gemelos cuando nacieran mi niño y el suyo, que no se iban a llevar mucho el uno del otro, porque, según las cuentas, las dos estábamos del mismo tiempo… ¿Tú sabes el chiste de ese tío al que le pedían los niños el pito para inflar el balón porque su mujer había tenido un embarazo de aire? Pues eso: lo mío lo hace un payaso en la pista del circo y se ríen las panteras negras; ya había nacido el galleguito y tenía un mes la criatura y la madre decía que si el mío iba a llegar cuando el suyo fuera a la mili, que ella no esperaba más y que a su hijito lo bautizaba de todas maneras no se lo fueran a echar mal de ojo y se lo llevara el demonio. Llegaron mis padres, y con ellos el ginecólogo. No hizo más que mirarme y dijo, bueno, vamos a ver, esto tiene que estar al llegar, voy a explorarla. Y fue meter mano, y, lo mismo que cuando achuchas en el pitorrito de un neumático, empezó a salir aire, primero a poquito a poquito, piii, y luego a lo bestia, allá va, como una pedorrera, oye, brrrrrrrr…, que me daba más vergüenza que si fuese un niño; yo no sabía adónde mirar ni qué cara poner y el médico más vergüenza todavía, menudo patinazo; claro, con razón tenías el himen intacto criatura, es el primer caso que veo, pero ya os dije que estas cosas pasan. Y se enfadaba; ¿por qué no nos dijiste que tú no habías cohabitado con nadie?

Mercedes, mientras continuaba aquel cuesco inacabable, se defendía.

—Pero si lo dije, que sólo me había besado, se lo dije a mamá y a usted y al confesor, y aquí, a la señora Carmiña; y todos lo mismo, que sí, que jugando, y me contaban lo de la niña que decía que había sido en el baño y

que el médico dijo que sí que en el baño pero con un señor. Siempre he dicho lo mismo y nadie me ha creído; y usted y el cura me preguntaban que si había cohabitado y yo que no; que si había fornicado y yo que sí, a ver, el sexto no fornicar, y la fornicación podía ser de pensamiento de palabra y de obra. Si pensar era fornicar ¿no iba a serlo darme el filete con el marido de mi prima?

Sus padres se pusieron contentísimos. La barriguita era dé aire y, un poco, también, de adiposidad excesiva debido al desfajamiento y la dejadez propios de las embarazadas.

—Y mis padres, con la alegría, se lo contaron a los más íntimos de la familia, por si habían visto algo, o sospechado algo, que sí, que algunos lo sospechaban o lo sabían. Mis padres, los pobres, se pusieron la barba y decidieron, ¿cómo decían?, decidieron deshacer el equívoco. Y a largar se ha dicho.

—Oye, fíjate, la niña, criaturita, porque la besó un chico se asustó tanto que se creyó embarazada, y ha tenido un falso embarazo, pobrecita inocente; hemos tenido un disgusto horroroso por un beso.

Se casó a los veintiún años virgen y sin más experiencia sexual que aquellos besos de su tío. Se casó con un ingeniero de caminos, vasco, de Erandio. En dos años de noviazgo pensó muchas veces contarle lo del falso embarazo, pero nunca se decidió.

—Fíjate, un tío tan serio y tan a raya que lo tuve, porque yo había quedado muy escarmentada y en los dos años no le dejé darme ni un beso. Y yo me decía, tengo que contárselo, tengo que contárselo porque cualquier día se va alguien de la lengua y va a ser peor; pero me cortaba mucho, no sé si por ser vasco, o por ser ingeniero de caminos o porque se decía que era del Opus; el caso es que llegando al hotel me dije, de hoy no pasa, y en cuanto entramos en la habitación me empiezo a hacer la chistosa; yo a él le parecía muy chistosa y se reía mucho con mis salidas, conque le pego un beso de película y le digo, hale ya estoy embarazada… Mira que se lo expliqué bien, como a mis padres, como al confesor… No dijo ni que sí ni que no; empezó a darme guantazos y si no me escapo, creo que me mata. Y a mi padre le fue a pegar a su casa. Y le cascó a modo, qué entrenamiento tenía el tío, y no hubo manera de meterle la verdad en la cabeza, pobrecillo, no creas que no lo comprendo, de verdad que no le guardo rencor, no podía entenderlo; me llamó de todo, zorra, hija de zorra, si tú te lo creíste fue porque te habías acostado con un tío; y hubiese sido un buen marido, ya lo creo; bueno, lo es, pero de otra, tiene seis hijos.

—¿Otro lío?

—No, qué va, nos casamos por la Iglesia y nos separamos por la Iglesia; anulación con todas las bendiciones, yo te bendigo yo te desbendigo; quedamos solteros después de gastarnos un dineral. Hija, pero qué sino el nuestro; esto es cosa del diablo, ya ves, después de todo lo que pasé, virgen y embarazada, embarazada y desinflada, casada y descasada, vamos, que no daba una, y por si no hubiese aprendido bastante, me enamoro de Paco que es un sol, guapo, rico y marqués. Me chifló en cuanto lo vi, y me sale casado, no me digas que no es triste sino el nuestro; y la pava de su mujer que no consiente en separarse, que ella es marquesa y muy decente, eso dice, vaya usted a saber, y a bordarse coronas hasta en las ligas y a cobrar todos los meses, y cada año pide una revisión de la renta; cincuenta mil pesetas mensuales que nos guinda y ya hemos recibido carta del abogado que si la inflación ha sido de un quince por ciento y, escucha que te vas a caer de espaldas: quiere dos pagas extraordinarias, dieciocho de julio y Navidad, con efectos retroactivos desde el año de la tos, que estuvo Paco haciendo números y le salía más de un millón de pesetas. Y menos mal que nos deja vivir juntos, que siempre estamos con la espada de Sófocles, no es Sófocles ¿verdad?, bueno, de quien sea, la tenemos encima, que el día que se le ponga a la marquesa en las narices nos lleva por la calle de la Amargura; no lo hace porque así nos chantajea con el cuento de la separación amistosa; dice que no quiere destruirnos; que ella lleva su cruz con dignidad, ojalá reviente como tu marido. Oye, bonica, de verdad ¿tú no le has hecho tomar alguna cosita a ese señor para que palme así, de repente? Las ganas que tengo yo de que esa cursi estire la pata a ver si de una vez me caso como Dios manda, pero qué va; oye, Clara, de verdad, alma mía, que las amigas estamos para ayudarnos, dime lo que le has hecho, anda.

—Lo he cazado con cerbatana: flechas y curare. Un soplido, y viuda.

—No te rías, que hablo muy en serio; tú le has puesto algo en el café.

—Frío, frío; no lo veía desde hace quince años.

—¿Entonces, qué? Me lo tienes que decir; te juro que no me chivo ni aunque me den tormento. Ten compasión, Clara, ¿le has hecho alguna brujería?

—¿Yo bruja?

—No, pero puedes haberle hecho el encargo a alguna bruja. O a un brujo; dicen que los brujos tienen más poder. Bueno, te dejo, hoy no quieres ayudarme, pero piénsalo; el viernes tenemos cena; por tu madre de tu alma, llévame la receta Clari, que me hace mucha falta, Dios te lo pagará. Dale un abrazo a Miguel.

No hay abrazo; han cenado poco y en silencio, como si no tuviesen nada que decirse. Clara pensando en sus padres y Miguel en los americanos y en la malicia con que redactasen sus contratos disimulando en el texto trampas peligrosas porque no parecen trampas, sino literatura, y en ellas cae cualquiera por listo que sea. El listo las tiene a la vista, escritas sin letra menuda, sin veladuras, tan evidentes que no sospecha que son trampas sino cautelas destinadas a otros.

—¿Te pongo un coñac?

—No, deja, tengo acidez; los americanos me producen hiperclorhidria.

—Los americanos y esa costumbre tuya de zamparte un par de hamburguesas cuando comes fuera de casa.

—Buena hamburguesa me han hecho tragarme hoy. ¿Qué hay en la tele esta noche?

—No sé.

Los dos se duermen de cara al televisor y cuando, absolutamente desconectados el uno del otro, trasladan su modorra al lugar adecuado, a la intimidad del dormitorio, a la pregonada molicie del famoso colchón de muelles con entrecruzados mágicos de finísimas espirales de acero glorificadas y explicadas en imágenes por ingrávidas, saltarinas señoritas rubias de cabellera suelta y camisón vaporoso se refugian en la soledad de sus cuerpos próximos y sus sueños separados, después de ingerir la píldora hipnótica de las horas perplejas, desazonadas, limitándose a desearse buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Clara.

Como un matrimonio entibiado, vacío.



El presidente, general Mobutu, sonríe. Está pasando revista personalmente a este comando selecto de europeos desarraigados. Tiesos, no pestañean, la vista al frente; son veinte, veinte valientes; han visto en Bruselas las últimas películas pornográficas; han cobrado allí la prima de alistamiento, ochenta mil francos belgas; tenían tres días para gastarlos. Y se los gastaron. Todos son veteranos del África que despierta; son soldados, por ahora, sólo soldados. Y ninguno lleva en la mochila el bastón de mariscal.

El presidente Mobutu sonríe mostrando el marfil carnicero de su teclado impecable. Pese al oro de los entorchados y al toque bizarro de su gorra de

general, las gafas y las líneas suaves de su rostro de chico que no ha roto un plato en su vida, le dan a la sonrisa blanca un aire pacífico, evangélico, de obispo tercermundista.

Los fieros mercenarios soportan sin un gesto ni un movimiento la atmósfera aguanosa, sofocante, y la dulce, redonda, cerval mirada del caudillo Mobutu Sese Seko.

—¿Otra vez con nosotros, pequeño hijo de puta?

Conrado Acevedo no mueve un músculo de la cara. Apenas los labios para afirmar con voz clara de aceptación del Destino, de jura de bandera:

—Sí, señor presidente.

O, para decirlo con sus mismas palabras.

—*Oui, monsieur le président.*

## 5

## PASTEL PARA UNA BODA INDECISA

CENA DE VIERNES. Cena de cinco tenedores con vigilia de café-teatro. Protagonista, el difunto. Nadie lo nombra, nadie lo conocía, pero se nota su ausencia de este mundo. Un político hablaría de la especial coyuntura o de la singular circunstancia; las damas hablan de boda. La idea común, el resultado, la conclusión de un silogismo que nadie se ha molestado en plantear —que está en la mesa como esos dos candelabros inútiles con tres velitas ardiendo, como ese centro de frutas con una piña tropical que nadie va a tocar— es elemental e indiscutible: ahora os casaréis. Lo dan por hecho; cásate, Clara, cásate, ¿cuándo es la boda?

Alrededor de la mesa doce personas, seis parejas, dos matrimonios y cuatro como si lo fueran, como Clara y Miguel, años de convivencia y libre circulación por los salones; la única que tiene pinta de liada es Miles, la compañera de Tulio Esgueva, compañera te doy, no sierva, casada por la Iglesia con Tulio; por la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Los casó un obispo hace diez años y la boda se publicó en todas las revistas del corazón y en las revistas del gran mundo, porque Miles, con toda su pinta de pendón —que ya la tenía antes de la boda un poco por las medidas de sus tres círculos anatómicos, 93-58-90, y otro poco por su boca frutal, de mulata y por la cascada rubia de una cabellera que por sí sola hace pensar a los hombres en desnudarla y ver qué juego hace lo demás con el pelo y la boca y ese busto tempestuoso y sojuzgado siempre a medias— es hija del marqués del Giraldillo, grande de España por parte de padre y aspirante a una nueva grandeza por la que viene maniobrando desde hace años en varios frentes políticos, sociales y agropecuarios; el padre de Miles no regatea esfuerzos; regaló su dominio feudal de Giraldillos a las veinte familias que lo venían trabajando desde los tiempos de Alfonso VI; nada más en arrendamientos de caza, pastos y montaneras recauda más de cinco millones unos años con otros. El reparto de las doscientas hectáreas del dominio de Giraldillos fue muy sonado; tanto, que las maquinaciones del marqués en beneficio de una nueva grandeza iban por muy buen camino, pero hubo un periodista, Josué Bardales,

que levantó la liebre con un reportaje en el que contaba cómo el marqués había llevado a los terrajeros de Giraldillos ante los tribunales con la pretensión de subirles la renta un mil por ciento, pleito que perdió ante el Supremo; y que, más tarde, intentó echarlos del dominio y tampoco se lo permitieron los tribunales; y que, finalmente, viendo que los colonos iban quedándose solos —emigraban los hijos a Madrid, al carbón asturiano y al desamparo alemán, y las hijas daban un elevado porcentaje de *bonnes* en París y de mozas de barra en Madrid y en la Costa Brava—, el marqués comprendió que él o sus herederos acabarían cargando con aquel inmenso sequeral, depredado por las cabras e incapaz de remediar el hambre de sus colonos, y fue entonces cuando cacareó tan alto como le fue posible su decisión de donar al pueblo aquellas tierras. Josué Bardales se había cargado el invento con su reportaje y todo quedó en plácemes, discursos y fotografías en la prensa del Movimiento. Años más tarde, compró el marqués un semental suizo, una bestia ciclópea, torpe en todo menos en la monta de vacas; mentira parecía ver aquella masa, todo cara y papada —con sus ojillos porcinos y adormilados en los que el sexo de pronto encendía unas chispitas toriondas y jaraneras—, lanzándose sobre la hembra y largando un relampagueante jeringazo fecundador que la dejaba no se sabe si satisfecha pero, con toda seguridad, preñada de un ser nuevo con los cromosomas enriquecidos en aptitud procreadora, eficacia lechera y capacidad de engorde. Al monstruo le prendieron varias medallas en el collarón cencerrero, una de oro en la Feria del Campo, lo que animó al marqués a reactivar el expediente de grandeza; dio todos los incordios de que era capaz —muchos, porque muy numerosas eran sus agarraderas, tenía un sobrino ministro y un director general hermano de leche— y pidió audiencia en el Pardo, que le fue concedida. Saludó respetuosamente al jefe del estado y le habló de su linaje, de sus títulos; él hablaba de blasones y Franco de genética, él de marqueses y el Caudillo de cromosomas. Finalmente, se puso en pie y lo acompañó a la puerta palmeándole dos veces la espalda y diciéndole que la patria recompensaría sus servicios: le fue concedida una cruz del Mérito Agrícola.

Miles está casada —harta de oír hablar de cosechas, camadas y fanegas— con un abogado que ejerce de director de banco, Tulio Esgueva. Matrimonio feliz, porque Tulio se casó enamorado, atraído por el busto y la cabellera de Miles, y no por su linaje ni por la fortuna del marqués. Otros, se unieron a la familia engolosinados con la fama de latifundistas de los Giraldillo, convencidos de que la boda era un buen negocio. Lo están pasando fatal, porque el marqués es un viejo tacaño e inmortal, de quien ni siquiera sacan

permiso para matar unas perdices en cualquiera de sus yermos, porque toda la caza la tiene arrendada.

El otro matrimonio, unido ante Dios, ante la Santa Madre Iglesia y ante los hombres, es el de Juan Latoba y Berta Mohërn; el diácono que eligió el martirio y la alemana idealista y atea que encontró, sin buscarlo, esto que ahora tiene: una vida burguesa con el hombre que arrebató a Dios.

Cuando terminó la guerra, Berta había convertido al seminarista —además de en su compañero— en teniente de estado mayor. Cayeron prisioneros en el desplome final; Berta recibió orden de rendir su batallón de ametralladoras al primer oficial de Franco que apareciese por sus líneas siquiera fuese un alférez provisional. Aceptó la orden; sabía que no quedaba otra salida; la tropa, cansada, estaba deseando ver aparecer a ese oficial de Franco; los hombres de Berta no eran ya aquellos duros idealistas del mundo; los soldados extranjeros habían sido licenciados, y si ella no huyó a París o a Moscú fue porque el amor a Juanito Latoba pudo más que la Sociedad de Naciones; Berta falsificó unos documentos, de acuerdo con el general de la división Macario Sánchez —que se prestó muy gustoso al truco porque aspiraba a beneficiársela desde que la tuvo en sus filas— y quedó en su puesto con nombre falso y con el amor apasionado de su teniente de estado mayor. Macario Sánchez, antiguo y aventajado alicatador, general por la vía rápida —llegó a coronel en octubre del 36 después de combatir al mando de un batallón del Radio Comunista de Vallecas, y a general en julio de 1937 fusilando al que lo era de su división, Antonio Vera, por enemigo de la revolución, traidor y trotskista—, decidió que habría de pasarse por la piedra a Berta y a Juan; a ella por la piedra erótica y al teniente por la de amolar; lo fusilaría. No pudo; la guerra terminó y el general Sánchez salió por Alicante hacia Odesa y Moscú, a empezar su carrera de general del ejército soviético, y a palmar por el partido en la luctuosa purga de 1942 en la que Stalin se cepilló a ochenta y seis generales; lo que no habían conseguido los alemanes en más de un año de guerra.

Berta fue expulsada de España y entregada en la frontera francesa a la gendarmería, que la puso en manos de la Gestapo. Tenía entonces poco más de veinte años y era hermosa, atrevida y dura; indomable. Escapó arrojándose de un tren en marcha y se podría escribir un libro con el relato de aquella huida que terminó en la bodega de un barco, camino de Venezuela. Juanito Latoba fue liberado inmediatamente; fingió aceptar la disciplina familiar, reconciliarse con la patria y hasta con el seminario. La madre, que tanto había suspirado cuando a los doce años decidió ser cura, suspiraba entonces por

verlo misacantano y purificado de aquella doble abominación: teniente rojo y compañero de una diabólica extranjera. Fingía el diácono primorosamente su conversión y, cuando, después de observarlo hasta el abuso, sus profesores dieron luz verde a la ordenación y el obispo preparaba una bellísima homilía de hijos pródigos, ovejuelas perdidas, padres indulgentes y compasivos pastores insomnes, Juan dejó colgada la sotana, huyó a Cádiz vestido de legionario y se perdió para su familia y para la Iglesia. Tardó un año en escribir a su apenada madre: «No lo lamentes, ahora soy otra vez un hombre; te daré nietos que mantengan vivo el apellido, tan castigado por la guerra que, de no ocurrir este que tú creerás mal paso —Dios, madre, escribe derecho con renglones torcidos— desaparecería conmigo, que soy, por ahora, el último y único Latoba».

Doce años vivió en Caracas; tres, perramente, trabajando en oficios de inmigrante clandestino, que son los peores, y manteniendo a Berta, que tenía metido hasta la médula de los huesos el mesianismo marxista y era un incordio permanente; la policía política había hecho cuestión de amor propio impedir a aquella fanática sus planes de exterminio de la oligarquía e implantación de la justicia social en el continente.

Hasta que se hartó Juanito Latoba de que los guardias le llamasen huevón, cojudo, pendejo, cagueta, blandón, pocacosa, fregado, risión, rotoso y otros calificativos de cuyos significados no estaba muy seguro; sólo de que no eran prueba de aprecio sino más bien de que consideraban un calzonazos al marido pacífico de aquella hembra luchadora y hermosa a quien todos quisieran dar una tumbadita, pero se aguantaban o lo hacían malamente, sin sosiego y a paso de banderillas, porque el único que se la podía calzar por derecho era el director; ella se resistía siempre, para acabar cediendo, porque una vez que mordió al jefe de carceleros de Castillo Falana, Rómulo Asunción Torente, lo tomó el gran bestia muy a mal y la puso trabada a cuatro patas para que la humillasen como a perra en una sola noche doce guardianes, seis presos negros y un condenado a muerte, que fue el único, el pobre, que dio gatillazo; usted sabrá perdonarme la flaqueza, señora, pero en pasando diez días me afusilan y no está mi cuerpo acorde con los merecimientos del suyo; los demás quedaron de lo más complacidos, llenos de gratitud a aquel jefe magnánimo.

Juan ignoraba tales abusos y malos tratos, y, por fortuna, Berta tenía matriz infantil —quién sabe si por lo muy machamente que se comportaba desde niña— y abortaba siempre en el segundo o tercer mes de sus embarazos, lo que, quizá, salvó a aquel amor de una tragedia, pues tres veces

fue encinta de simiente achocolatada y eso no lo hubiese soportado su hombre. Como, finalmente, no soportó tanta y tan arriesgada actividad política. Tras la última prisión —llevaban ya dos años en Venezuela— en lugar de esperarla con ropa limpia, los brazos abiertos y el alma rebosando caridad, Juan la recibió con un garrote:

—La próxima vez que salgas de la cárcel te lo romperé en las costillas.

Con ello malogró, quizá, la redención social de la América hispana pero recuperó a una amante bella y apasionada que se entregó a él y a la docencia, ayudando al despegue económico de la pareja con clases muy bien pagadas de alemán, francés e inglés. Después llegó la fortuna como llega en América, a porrillo; millones de bolívares en un negocio que empezó con Juan detrás de una carretilla de escombro, Juan al volante de un camión volquete y Juan dueño de tres camiones volquete. Después ya no se sabe; sólo eso de que el primer millón es el difícil. Hay un capítulo negro en esta historia; Juan Latoba lo ignora y Berta piensa que mejor sería olvidarlo, porque aún experimenta un placer más que erótico cuando recuerda la cara agonizante de Rómulo Asunción Torente, jefe de carceleros de Castillo Falana, mirándola con ojos de perro despavorido que no suplica la vida, que pide la muerte como caridad. Lo puso a cuatro patas y lo hizo morir por donde muriera Caupolicán, caudillo araucano: empalado.

Después del desquite Berta se sintió limpia de las impurezas que sus prisiones le habían dejado como tatuadas en la piel, en el olfato, en la boca mordida por dientes corroídos, mancillada por labios cárdenos y por dentaduras magníficas de hombre fiera que se daba a la lujuria más por excederse y abusar del poder que por satisfacción carnal. Entonces —hubo de esperar siete años para poder pagar la sentencia de Rómulo Asunción— Berta pidió ser bautizada y, puesto que Juan hablaba cada día con más nostalgia de España, lo llevó al altar.

—No estaría bien presentamos ante tu familia liados como animales; tu madre debe ser muy beata, siempre nombrando a Dios y a la Virgen del Carmen en todas las cartas; y a tu padre lo fusilaron con el cura, un mártir, conque vamos a casarnos como Dios manda que bastantes disgustos le has dado a la familia.

Además se hizo un tratamiento de hormonas que permitió a su matriz salir de la mezquindad y desarrollarse para dar a Juan dos pequeños Latoba con los que prolongar la estirpe.

Las otras cuatro parejas son César y Carlota —los Amado-Miño—, Miguel y Clara —los Tejuelo—, Paco Solano y Mercedes, la falsa

embarazada por un beso de su tío Ramón, y la otra pareja un viudo y una viuda que no se casan porque no les dejan sus hijos. Realmente no son los hijos, son los abogados; están unidos, se quieren, viven prácticamente juntos, pero separados, duermen separados y tienen domicilios distintos. Son los Ruiz y Sabater —Argimiro Sabater y Raquel Avia viuda de Ruiz—; siempre que se presentan o son presentados la gente dice «ah, sí, Ruiz y Sabater»; porque le es familiar ese doble apellido: «No lo olvide: en su neceser, Torpeditos de Ruiz y Sabater», «Un Torpedito sin demora y ya está usted en hora», «Su cuerpo es un reloj, con Torpeditos de Ruiz y Sabater»; «No se esfuerce: Torpeditos; suavemente deslizantes». Antes, el mensaje era más directo: «Supositorios Torpeditos, lo mejor para el estreñimiento. Ruiz y Sabater. Getafe».

Ruiz y Sabater, químico uno y farmacéutico el otro, fundaron los laboratorios Ruiz y Sabater en 1954 con cuatro perras, en un barracón destartalado, en Getafe. Producían supositorios de glicerina y empaquetaban polvos de talco y otros productos transformados.

Raquel enviudó por las buenas, como se enviudaba antes; una pulmonía en un tórax muy enfisematoso, y el químico Ruiz entregó el espíritu en ocho días. Argimiro Sabater estrelló su utilitario contra el parapeto de un puentecillo que angostaba, sin avisar, la carretera Cádiz-Málaga. Salió casi ileso, unos cardenales y el susto; su mujer ni se enteró, iba dormida; pasó del sueño a la otra vida sin despertar. Argimiro y Raquel se encontraron viudos con una diferencia de catorce meses. Y ninguna diferencia más: dos hijos cada uno, cincuenta por ciento del negocio Ruiz y Sabater y viviendo en la misma casa y hasta en la misma planta: 3.º derecha, Raquel; 3.º izquierda, Argimiro. Lo demás ahí está; son pareja pero no se casan.

—Estamos unidos por los «torpeditos».

Los abogados dicen que una boda desencadenaría multitud de acciones legales y administrativas; liquidaciones testamentarias, hacer de los laboratorios dos partes y de cada parte separar la correspondiente al viudo o viuda y la de los hijos que, a su vez, se repartirían entre éstos, convertida cada parte en un porcentaje.

En todo este proceso, los laboratorios seguirían siendo los mismos, ocupando el mismo lugar, produciendo los mismos «torpeditos», valiendo exactamente igual; pero sobre ellos habrían caído abogados, notarios, inspectores, liquidadores, gastos de transmisión de bienes patrimoniales, de constitución de sociedad, de inscripción en unos y otros registros. Una boda entre los dos propietarios podría ser la ruina de tan próspero negocio.

Los seis matrimonios cenan en Le Pot-au-Feu, cinco tenedores, carta en pergamino miniado, cocina francesa; pero Mercedes Solano —parece mentira, una chica de tan buena familia y viviendo con un marqués— no se molesta en mirar la carta, desprecia las especialidades de la casa, las recomendaciones del *chef* y la cultura gastronómica, y pide espárragos con mayonesa y pollo al ajillo, que no está en la carta pero el *maître* dice que bueno, que marche un pollo al ajillo. Y, sin pensar que el *maître* y los camareros y el distinguido público de tan selecto restaurante puedan escandalizarse, añade:

—Oiga, los espárragos serán de confianza ¿no?

Todos ríen; Mercedes siempre lleva la risa consigo, la reparte, la estimula; diga lo que diga parece que habla en broma y aunque ella esté pensando exclusivamente en su cena, en unos concretos espárragos y unas tajadas de pollo frito, se diría que habla con palabras de doble sentido y con intención de hacer reír. Cuando parece poner en duda la calidad de los espárragos, nadie siente vergüenza ajena, el *maître* no se incomoda, al contrario, hace un gesto de actor publicitario anunciando un caldo concentrado, ¡riquísimo, señora! y todos lo celebran y Mercedes se sale por peteneras y remacha el clavo diciendo que le gustan los espárragos gordos, suaves y tiesitos, usted me entiende, y se asombra de la carcajada; un camarero corre a contarlo a la cocina y los circunspectos servidores de Le Pot-au-Feu piensan que Mercedes es una gamberra desvergonzada y que Paco es un cornudo.

—Oye, y el tío se ríe encima.

El jefe de la cocina se ve obligado a actuar enérgicamente; de pronto, su brigada entera —incluido el pastelero y sus ayudantes— está pendiente de un plato de espárragos y hay demasiadas chaquetillas de camarero a la vista.

—¿Qué es esto?

Le indigna que un plato de espárragos, en cuya manipulación apenas hay que hacer algo más que abrir una lata y adornar la fuente de plata, haya dado lugar a tanto revuelo.

En la mesa, los aperitivos ponen en marcha los estímulos habituales; todos empiezan a sentirse cómodos, parlanchines, ingeniosos, atractivos. Juan Latoba arrima una rodilla a Mercedes buscando bajo la mesa el diálogo obsceno de los contactos furtivos. Mercedes —en su simple y rectilínea manera de interpretar los acontecimientos— corresponde, con un acto reflejo, apretando su muslo contra la rodilla; Juan Latoba aumenta la presión, Mercedes levanta el mantel y mira.

—Creí que era una pata de la mesa y es tu pierna.

Latoba se ruboriza; vuelve a ser un seminarista sorprendido en falta.

—Yo también creí que era una pata de la mesa…; en serio.

Mercedes le mira asombrada. En serio, naturalmente, ¿es que puede nadie hacer broma de algo tan tonto?

Argimiro Sabater, *Torpeditos*, se pone en pie y propone un brindis.

—Levanto mi jugo de tomate en honor a Clara, que acaba de ingresar en nuestra cofradía de viudos.

A partir del brindis, aunque ni Clara ni Miguel parecen muy entusiasmados con el tema, sólo se habla de casarlos; se da por hecho.

Paco Solano se levanta y comunica instrucciones secretas al *maître* que escucha con ese aire de complicidad con que se oye al cliente que maquina una picardía destinada a perfeccionar la factura.

Ordenes rápidas llegan del comedor a la cocina. El *chef* dice que ni hablar del asunto, que eso hay que encargarlo antes, y el *maître* decide ir personalmente a pactar con los gorros blancos. Antes pasa por el guardarropa y pide a la encargada un montecristo o un corona y se lo guarda en el bolsillo de su chaqueta de director de restaurante. El jefe de cocina lo ve entrar y se hace el distraído con un rodaballo al que sólo falta vestirlo de primera comunión porque más lindezas no le caben, está hecho un abril.

—Jefe, ¿qué pasa, hombre? ¿me va usted a dejar mal con esos señores?; una mesa estupenda; por cierto, tenga, jefe, me han dado este cigarro para usted.

—¿Creéis que aquí hacemos chapuzas?; esto no es una churrería; buen puro; lo menos vale veinte duros. —El jefe llama a un pinche y se lo da—. Toma, chico, llévaselo al pastelero de mi parte.

El *maître* mira el reloj.

—¿Cuánto va a tardar en mandármelo?

—¿El qué?

—Venga, jefe, no me ponga nervioso.

—A vosotros lo que os pone nerviosos es perder la propina; anda, voy a ver lo que puede hacer el pastelero.

Y el pastelero ha podido; a la hora de los postres, los camareros colocan en el centro de la mesa una tarta de tres pisos rematada con dos muñecos, dos novios, mientras en discretos altavoces aterciopelados suena gloriosa y solemne una marcha nupcial: dos mil quinientas pesetas.

Y, naturalmente, cae en las altas copas de fino talle la lluvia espumante y pompática del champán que pone el último acento en la alegría augural: todos están muy contentos con la idea de esa boda impensable unos días antes.

Miguel se aburre en el café-teatro; la tarta nupcial le pesa en el estómago y piensa que la noche no es ya joven, que el día ha durado demasiado para él que lo empezó en la fábrica y ya es mañana, sábado, y la fábrica abre como todos los días y a él le parece obligado ir los sábados a Guindaleta con más razón que otros días porque si él no va, inevitablemente, tarde o temprano, acabará por verse obligado a aceptar la semana de cinco días.

La pieza de café-teatro responde a un patrón imperecedero: señora que se acuesta con cuatro individuos diferentes en la misma cama de tal manera que siempre están los cuatro en la habitación aunque creen que están solos y ello da lugar a situaciones de muchísima risa. Pero lo más divertido es que el papel de señora lo hace un señor que representa el papel de homosexual y hace travestismo para mantener enamoradísimos a sus cuatro amantes, que son homosexuales sin saberlo porque, como dice la canción más picara de la función:

*Tan marica es el Dante*
*Satyricón*
*Tan marica es el Dante*
*como el Tomante*
*Satyricón, satyricón.*

Miguel toma sorbos de agua mineral, y, mientras una señorita pasea por el mínimo escenario la doble decadencia de un busto que ya no está para muchos trotes, renuncia al jolgorio y pide a Clara que dé por terminado el festejo.

—Anda, bonita, di adiós a estos señores.

—Pero si ahora vamos a tomar una copa por ahí y a bailar un poco.

Miguel se excusa. Más tarde, en el Mercedes, camino de casa, se justifica con Clara.

—Esto de salir los viernes me parece muy bien porque los sábados se pone todo muy paleto y no hay dónde meterse, pero ellos mañana y pasado se reponen; yo los sábados me gano la vida como un currante y voy a la fábrica.

—Han estado muy simpáticos.

—Como siempre.

—Lo de la tarta, qué risa.

—Ene, Pe, Ge.

—¿N. P. G?, eso es nuevo. ¿Qué significa?

—Ni puñetera gracia.

—Pues yo me he reído mucho.

—Y yo, ¿no se me notaba?

—Parece que la tarta no te ha caído bien.

—Como un tiro. ¿Llevas ahí mis pastillas del estómago?

Sí, naturalmente, Clara lleva las pastillas del estómago de Miguel, y las del infarto de Miguel, y sus propias píldoras.

—Pero si ha sido una broma, nadie quería molestarnos.

—¿Qué hablas, Clara?; a mí las bromas nunca me han producido gastralgia ni acidez. Te digo que la tarta me ha caído como un tiro en el estómago, en el es-tó-ma-go.

Bueno, parece que a mi hombre no se le pueden gastar bromas con el matrimonio. Mi novio no se quiere casar. Yo tampoco. Y no sé por qué estamos los dos irritados, a la defensiva. A mí me gustaría poder decirle que no lo necesito, que no nos hace falta, que nos queremos. Si fuese él quien, de corazón o por cumplir, me pidiese la boda de las gentes decentes y bien nacidas, que diría mi padre, yo le aliviaría de ese compromiso; no, amor, nos queremos, hemos vivido una prueba prematrimonial tan testaruda, tan aperreada y dificultosa, que lo nuestro se ha hecho ya crónico; somos una pareja *water-proof*, lo resistimos todo, ni una bomba puede romper esto. ¿Qué necesidad tenemos de certificados? Estamos casados, mucho más que Paco Solano y su verdadera mujer a quien ni siquiera conocemos, porque su verdadera mujer, de verdad de verdad, es esa loca infeliz, Mercedes, que cuando pide espárragos arma un alboroto, digan lo que digan registros, documentos nacionales de identidad, tribunales ordinarios y curas de la Rota. Como yo soy la mujer de Miguel Tejuelo y no lo fui nunca de Sancho Fajado, ni siquiera cuando me tuvo en la cama, cuando desperdiciando miserablemente mis dieciocho años intentaba ser un hombre y gemía llamando a su madre ¡la madre que lo parió! No sé, quizá nos hemos alegrado demasiado pronto; no le veo las ventajas a esto de que se haya muerto; no me hacía falta este muerto. Y el tío está muerto; eso es lo único que no tiene vuelta de hoja. Nunca hizo nada que tuviera sentido. Ahora está aquí, entre nosotros; ahora, más que nunca me parece que lo tengo encima.

Las tres y media de la madrugada. Clara y Miguel se miran en silencio antes de acostarse. Se miran como si cada uno de ellos quisiese decirle algo al otro. Pero no saben qué; se miran como diciéndose, perdona hay algo que

deberíamos aclarar, porque lo que sí está claro es que nos queremos y no vamos a dejarnos enredar ahora por preocupaciones ajenas a eso tan sencillo y claro que nos ha mantenido unidos. No saben que es eso, o algo parecido lo que deberían decirse, y se acuestan en silencio. Se quedan dormidos enseguida. Es tarde y han tomado un comprimido de Adormil; muy bueno para matrimonios preocupados.

En el despacho de un abogado joven y barbudo alguien habla de abrir más ventanas.

—Oye, que aquí no se puede respirar, diez tíos fumando desde las once de la noche.

—Déjalo, ya nos vamos, son casi las cuatro de la mañana y está todo discutido: a primera hora presentáis la lista de reivindicaciones en todos los centros de trabajo. Cualquier cosa que ocurra se la comunicáis al compañero Díaz Lechón.

—¡Manos a la obra; yesca le voy a meter a Guindaleta!

—Calla, *Pichichi*, no seas fantasma. Hay que activizar el problema ordenadamente.

—¿Ordenadamente? A estos tíos no les sacas por las buenas ni pa pipas, ¿lo oyes?, ni pa pipas.

El *Pichichi* es partidario de la acción; pocas palabras y enseñar los puños; es lo único que entiende el Capital. Son muchos años de lucha desde que empezó con la juventud parroquial. Los ricos, los burgueses, los patronos, les recibían muy bien cuando iban, en nombre del Patriarca San José o de Fray Escoba, a pedir para un balón o a venderles papeletas para una rifa, pero en cuanto hablaban de mejorar las condiciones de trabajo o de readmitir a un despedido se acabó la amabilidad, se ponían de uñas y decían que los rojos habían fusilado a los curas y que parecía mentira que ahora los católicos anduviesen armando líos. Total: el párroco se fue a Colombia y el *Pichichi* a Comisiones Obreras.

—Para mí está muerta.

—¿Otra vez?

—Ahora más que antes.

—Oye, que no eres Dios; a ver si te vas a pasar la vida matando y resucitando a tu hija; la única hija que tienes.

—Pero bueno, ¿por qué no se casa ahora?

—Porque hace sólo quince días o veinte que enviudó. No está bien casarse tan pronto una viuda; por eso será.

—Porque es una golfa.

—Y dale.

—Se lo dices de mi parte, que es una golfa.

—¿En qué quedamos, se ha muerto o es una golfa?

—Sabes de sobra lo que quiero decir; por mí bien muerta está, pero de ella depende el que vivamos avergonzados o no. Y si es por eso de que hay que esperar y que es muy pronto y que ha enviudado hace quince días…

—Pues claro, ¿cuándo se ha visto que una viuda salga corriendo del cementerio a la iglesia?

—Oye, Cloti, tú eres una cínica; antes no eras así, ni te consiento que lo seas, que des la vuelta a las cosas con tanto descaro; ¿cuándo ha estado tu hija en el cementerio?

—Es un decir y tú lo sabes.

—Ah, ya; es hablar por hablar.

—Las mujeres nunca fueron al cementerio y bien viudas que se quedaban. Las españolas, quiero decir, porque en las películas americanas se ve que sí van al entierro, ¿y qué?, ésas sí se quedan tan frescas; igual se casan al día siguiente; no dirás que eso es decencia.

—Acabaremos hablando de cementerios, o de cine, o de fútbol. ¡No me cambies de conversación! Yo lo que pienso es que si estuviera en casarse lo diría; eso es lo que quiero, que diga me caso dentro de un mes o de un año, que lo diga; pero ni se le pasa la idea por la cabeza; está muy bien de golfa.

—No vuelvas a decir eso, que es tu hija; vergüenza me da oírte; si está bien, mejor para ella; peor sería que, encima, estuviera pasando penurias, liada con un pobre. Seguro que tiene televisor en color ¿te fijaste?



I. Aumento lineal de ocho mil pesetas mensuales netas.

II. Cuarenta horas de trabajo semanales.

III. Media hora de descanso por la mañana y media hora por la tarde, dentro del horario de trabajo.

IV. Abono de horas extraordinarias por el tiempo empleado en acudir al trabajo. Plus de distancia.

V. Cuarenta y cinco días al año de vacaciones; de ellos, treinta ininterrumpidos. Los días festivos no serán recuperables en ningún caso.

VI. Reparto del cincuenta por ciento de los beneficios del año anterior entre el personal.
VII. Acceso de los trabajadores al cincuenta por ciento de los puestos de consejero en el Consejo de Administración.
VIII. Dimisión del presidente del Consejo.
IX. Destitución del director general.
X. Readmisión de todos los despedidos desde 1939, incluidos los cesados voluntariamente.

Miguel lo ha leído despacio, sonriente. El jefe de personal, Aracelio Román, está, por el contrario, muy serio.

—¿Despedidos desde 1939? Pero si entonces no se había inventado el plástico y esta empresa se fundó en 1960.

—Sí, don Miguel, pero esas reivindicaciones no son sólo para esta fábrica; las ha presentado la Plataforma: Comisiones Obreras, C. N. T. y U. G. T.

—Eso no existe.

—Legalmente no, pero es acuerdo firme aprobado por la base en asamblea. Ayer se reunieron en San Catalino, una iglesia nueva, preciosa. Yo oigo misa allí, por eso los vi; estaban fuera esperando que se acabara la misa y, después, entraron a discutirlo y a votar.

—¿A votar?

—No sé; yo no estuve en la asamblea; supongo que votarían como siempre.

Habían votado como un solo hombre; el portavoz se acercó al micrófono y dijo:

—Compañeros: voy a leer la lista de reivindicaciones que la plataforma de base propone a vuestra aprobación.

Y leyó los diez puntos, el aumento salarial, las cuarenta horas, las vacaciones, la destitución del presidente, y todo lo demás. Después dijo:

—Los que no estén de acuerdo, que levanten el brazo.

Sólo uno alzó la mano tímidamente, Salustiano Romeral, de Plexitesa.

—¿Tú te opones, compañero?

—No; yo lo que quiero es que se arregle lo del champán de Navidad. Somos tres porteros en la fábrica: portero de puerta principal, un servidor; portero de puerta de servicio, el señor Acuña, no, no lo busquéis, está colaborando en un negocio de pipas y caramelos que regenta su mujer; es portero a mis órdenes. Y luego está el portero de coches, el ¿cómo se llama el gallego?, el señor López. Y, a más, que se me olvidaban, el correturnos y el

portero de noche. Y yo soy el portero mayor, un jefe, conque en navidad tengo derecho a cesta de jefe, con champán, pero me ponen sidra, como a un peón, y ya me duele la boca de reclamar.

El portero mayor de Plexitesa parecía no enterarse del abucheo; creía que era parte del barullo general. El compañero Díaz Lechón impuso silencio y aclaró al compañero Romeral que no era momento de plantear reivindicaciones particulares.

—Estamos aquí para exigir justicia y libertad. Y para acabar con las cestitas de navidad y con todos los chupachús con que la oligarquía y el capitalismo intentan adormecer, esclavizar y prostituir a la clase obrera. No pedimos champán, queremos libertad y participación. Y que los directores y los jefes se vayan acostumbrando a la sidra mientras no haya champán para todos. O, mejor, para nadie.

A las once el párroco, sin cenar y muerto de sueño que estaba el hombre, preguntó si iban a pasar allí la noche; el sacerdote obrero que manejaba las relaciones Plataforma-Iglesia le dijo que no.

—Esto ya está hecho; verás.

Se acercó al micrófono y habló:

—Compañeros: os hemos pedido que el que no esté conforme con las reivindicaciones que ha leído Díaz Lechón que levante la mano… ¿Nadie se opone?… Quedan aprobadas por unanimidad. Los representantes de las distintas empresas que se acerquen para recibir copia e instrucciones operativas. Compañeros; mañana todos a trabajar, pero estad muy atentos a vuestros representantes elegidos democráticamente, no a los de los sindicatos fascistas. Si os dicen que hay que parar el trabajo, paráis. Ahora, nos vamos. Por favor, en silencio; gracias al párroco y a los sacerdotes de esta iglesia hemos podido reunirnos y nos seguiremos reuniendo. Comportaos con el mismo respeto, por lo menos, con que os comportáis en el sindicato vertical. Antes de salir, recoged colillas, papeles o cualquier cosa que pueda ensuciar el local. Salid poco a poco y no forméis grupos, porque la represión fascista ya ha enviado a la policía a husmear por aquí. Dispersaos ordenadamente y permaneced atentos a vuestros representantes. La lucha ha empezado.

Dejó el micrófono y dijo al párroco:

—Pasado mañana es posible que nos encerremos aquí. ¿Cuántos caben?

—Sentados en los bancos, anchitos, trescientos diez. Apretándose y sentándose en el suelo, más de quinientos… ¿Te parece que recemos un padrenuestro antes de que se vayan?

—No, déjalo; se les ha hecho muy tarde y en sus casas estarán intranquilos.

Miguel relee las reivindicaciones y mira al jefe de personal:

—¿Esto me lo entrega usted oficialmente?

—No sé, don Miguel. A mí me lo han dado para que lo pase a dirección.

—Pero esto tiene que venir del sindicato.

El jefe de personal se encoge de hombros, luego asiente, después se queda serio, inexpresivo.

—Bueno, reúna usted al jurado de empresa. Mañana a las once aquí. Ah, y estas últimas peticiones, las que siguen a los diez puntos, no son cosa nuestra: amnistía general, regreso de los exiliados, libertad sindical, restablecimiento de los partidos políticos. Dígales que Guindaleta no tiene influencia en Carabanchel ni en las Cortes.

El jefe de personal sonríe aliviado mientras marcha en busca de los representantes de la Plataforma; vaya, parece que don Miguel no la paga conmigo, lo toma a broma, qué trago, menudo paquete, qué oficio, con lo ricamente que estaba yo en la oficina municipal, registro demográfico, pero claro, en los ayuntamientos no pagan, estás viendo forrarse a cualquier pelagatos que entra a pedir una licencia de obras y tú cobras menos que un guardia; ni lo pensé, jefe de personal, más del triple de sueldo, pero esto no se lo deseo a nadie, recibiendo palos de arriba y de abajo, para el personal eres un negrero y para la empresa un blando, no te mira nadie. Y luego estos follones; aquí, porque don Miguel tiene buena pasta, pero en Caresa y en Soldaduras del Sil, al jefe de personal por entregar al director papelitos de éstos, policía, interrogatorios, a la cárcel y despedidos; yo me veía en la calle, menos mal que las empresas van aprendiendo a encajar y ya no llaman a la policía tan fácil; pero, además, es que yo no tenía otra salida; me traen el papel tres tíos: Cerezo, Valderas y el desgraciado del *Pichichi* que es un bocazas; él es el que me ha dicho que a dos jefes de personal de por aquí cerca los metieron en chirona y están despedidos por entregar un pliego de éstos a la ¿cómo ha dicho? a la oligarquía capitalista, y luego me ha contado, con mucho detalle, que a otros cinco jefes de personal les han abierto la cabeza y les han roto las costillas sus compañeros de lucha por negarse a entregarlo; *porque tú serás jefe de personal y to la pesca, pero eres un compañero; la lucha ha empezado y tú vas a ser el primero: piensa en tus niños*; ¿por qué me ha dicho eso? ¿es que piensa hacer algo a las criaturas si

no colaboro? Ese *Pichichi*, con lo flojo que es y lo enano, qué mala leche tiene. Voy a verlos y a decirlos que misión cumplida, y que para otra vez me quiten al *Pichichi* de delante. Y a ver cómo se tragan el paquete los del jurado de empresa.

* * *

Isabel Clara Eugenia Roca lo ha sabido hace, solamente, tres días; se llama Roca y gracias, Roca y no Amado-Miño y Roca, como siempre dijo a sus amiguitas, como reza en los recordatorios de primera comunión, como ha figurado en sus diplomas de los costosísimos colegios suizos en los que ha perfeccionado los idiomas. Carlota, mamaíta, no pudo contener unas lágrimas al perpetrar el infanticidio; con sus palabras asesinaba a la niña de siete años que habitaba en este espléndido cuerpo de dieciocho ya; cómo pasa el tiempo.

—Hijita, debo contarte algo.

Isabel Clara Eugenia piensa que mamá va a decirle que los niños no vienen de París en el pico de una cigüeña; qué tonta, mamaíta, qué pedazo de tonta, pero si eso ya lo sabe la nena; se lo han contado todas las criadas y las niñas de los cursos de verano.

Isabel Clara Eugenia se ha criado en casa; ha recibido en casa una educación de señorita antigua puesta al día; cultura general, piano, labores, ha leído *El Quijote*, puede recitar escenas completas de *Don Gil de las Calzas Verdes*, y Campoamor, Gabriel y Galán, algo de Machado, y cantar los pasajes más sobresalientes de *Tosca, Aída, Madame Butterfly, Carmen*; y está al día en música pop, rock y folk con una discoteca de más de tres mil discos; puede hablar horas y horas de cantantes y conjuntos y no hay *hit* que no conozca en dos o tres idiomas y diez o doce versiones diferentes. Habla inglés y francés muy bien, el portugués y el italiano los conoce lo suficiente y estudia alemán.

Papá y mamá son dos seres maravillosos que han llenado su vida manteniéndola aislada de todo lo próximo, de cualquier contacto con una realidad en la que pudiera enterarse de que ni papá y mamá están casados ni ella se llama Amado-Miño y Roca. Porque los amigos de papá y mamá son gentes de su nuevo entorno que, al conocerlos, dicen ¡ah, sí, Amado-Miño! Isabel Clara Eugenia nunca tuvo Documento Nacional de Identidad; papá decía que no, a ti no te hace falta, nena, tienes pasaporte con mamá, y la niña no iba a colegios ni hizo el bachillerato para evitarle el trauma; ya se lo diremos cuando cumpla siete años, cuando haga la primera comunión, qué gran fiesta en el chalet, veinte vecinitos y sus papás, un verdadero banquete;

mejor cuando cumpla diez años, yo no sé cómo explicárselo, es tan niña; cuando cumpla quince, entonces será una mujercita y comprenderá.

—Señora, su hija tiene que sacar pasaporte para ella sola; ¿cuál es su número de D. N. I.?

Carlota María Roca se sintió muy nulidad y muy pobre ante su hija de dieciocho años. Desmontaba trabajosa, dolorosamente, la casita de muñecas: sí, nenita, todo lo Isabel Clara Eugenia que quieras, pero Roca, legalmente eres hija de padre desconocido, perdónanos, pequeña, palomita mía, ilusión, cariño, perdónanos por no habértelo dicho antes, siempre esperábamos conseguir el divorcio de papá; la abuelita y yo y el mismo papá, tan bueno, esperábamos esa libertad que le permitiese darnos, a mí también, su apellido. He querido que lo sepas, hijita; tienes derecho a saberlo.

—Sí, mamaíta.

—Hemos sufrido mucho.

—Yo no; eso es lo malo.

—No, hijita, eso te has ahorrado. Ahora eres mujer y puedes soportar mejor la verdad.

—La verdad es que soy una bastarda. Si lo hubiese sabido siempre, desde niña, ahora me importaría un pito.

—¡Nena!

Y alrededor de la nena se anda de puntillas y se habla en voz baja. Y la nena se ha rebelado, entra y sale sin dar explicaciones; está muy enfadada la nena; no habla a papá, no quiere besar a papá, lo odia. Ahora quiere besar a Miguel Tejuelo. En su despacho.

—Te quiero, Miguel, no me importa que estés casado.

Miguel no es de corcho, ni de piedra. Está en la edad difícil; se va acercando a los cincuenta años, piensa en todas las mujeres que no va a tener tiempo de besar, esto se acaba cualquier día y si dejo escapar las que me vienen a las manos lo lamentaré toda la vida, tendré una vejez maldita; y cuando ve en el cine lo fácil que se les pone el asunto a los espías de lujo y a los ministros del Reino Unido de la Gran Bretaña, y con qué facilidad se meten en la cama del agente secreto las señoritas del 007, cuando se entera de lo hacedero que están poniendo eso que llaman el amor las universitarias concienciadas y las bachilleras indóciles, piensa que despilfarra un tiempo inapreciable, que se va por los desagües de la vida un tiempo irrepetible y precioso. Imagina docenas de aventuras y aunque la fidelidad a Clara fortalece su ánimo en lucha con las tentaciones, sería inhumano pedirle serenidad ante el asalto de esta chiquilla meliflua, mimosa y bien hecha, de

esta mujer espléndida, bobaliconamente destarifada, fruto sin mácula que se le ofrece con vocación furiosa de amante y que, además, tiene un nombre hermoso, Isabel Clara Eugenia, como aquella hija de Felipe II; pero hombre, qué lío, a mí tenía que ocurrirme, es hija de Amado-Miño, qué puedo hacer, si se entera, con lo atravesado que es el tío, me la estoy jugando. Y Miguel, claro, la besa muy emocionado y agradecido y teme enamorarse; enamorarse *perdidamente*.

—Niña, niña, esto es un capricho, no puedes hablar en serio, piénsalo.

Miguel se siente ridículo; estás diciendo una imbecilidad, piénsalo; ¿de qué estás hablando; de negocios, de la compra de un coche, de elegir un traje?; piénsalo, piénsalo; esto no se piensa. Y besa otra vez a la niña pasada de rosca, a la niña que ha visto saltar por los aires su casa de muñecas y se dispara y no le bastan sus dieciocho años, tiene la edad de la solterona desesperada, de la mujer que descubre tarde lo divertido que resulta perder la cabeza y cae en la cuenta de que ha desperdiciado mucho tiempo, muchos años. Isaclara se arranca a zarpazos sus alitas de ángel, su vestidito blanco, su velo y sus encajes de primera comunión; es como correr desnuda por la calle vengándose de sus padres con un despelote de escándalo, de ahora vais a saber quién es la nena.

De pronto se dispara la pólvora acumulada inocentemente en años de vida remansada, de crecimiento mental contenido, de atmósfera algodonosa, de ver crecer al mundo como desde otro mundo ajeno y neutro. La bella pazguata entra en actividad volcánica, desordenada. Isabel Clara Eugenia, Isaclara para el consumo, es testigo indiferente de este principio de la decadencia occidental, del tiempo confuso en que nació. Con sus padres ha descendido a los infiernos turísticos de todo el mundo; escaparates-prostíbulo de Amsterdam, sex-shop de Copenhague, cuevas de Green Village, barrios chinos de Marsella y San Francisco, cabarets de Montmartre; sabe por las revistas del corazón lo que pasa en el mundo, la rebelión de las madres solteras, la liberación sexual de los campus anglosajones, la droga, el sexo, la desacralización de la clerecía, el desmantelamiento de los símbolos, el encenizamiento de los ideales; pero todo ello como quien ve una película; aquello era otra realidad con la que ella nada tenía que ver; su vida era apagar las velitas de la tarta de cumpleaños, entrar con mamá en las boutiques de Serrano y decir esto y esto y esto, sin preguntar el precio, qué buena eres, mamá; qué encanto eres, papá; el carnaval de Río, el Sol de Medianoche, Venecia, Hong-Kong, meriendas en el jardín rodeada de amiguitas, autógrafos de lejanos cantantes famosísimos, descotes atrevidos, ¿por qué

no?, inocentes minifaldas, muslamen panorámico, preciosos bikinis y sabor a miel.

Todo ello estaba dentro de Isaclara como sabiduría guardada, como ciencia archivada en una biblioteca conventual. O como un absceso enquistado, capaz de generar calenturas tremendas, locuras transitorias. No es el sexo lo que la empuja en brazos de Miguel, es como una guerra, una anticruzada, un a la porra, papá, mamá, Disneylandia y los descotes sin segunda intención; quiero ser yo, una mujer, lo soy, ahora veo que lo soy, que todo lo que creí lejano, y como de otro mundo estaba en mí.

—¿Lo oyes, Miguel? Mi madre, no es un hada, ni una reina madre, es una arrimada vulgar, como las que yo veía de lejos, pero en cursi; mi maravillosa madre, mi santísima y solícita madre: ¡jo, qué cara tiene la gente! Bésame, Miguel.

En eso estaban; afanados en un beso largo, barroco, vertiginoso y ligeramente amargo porque en la mente de ambos pesa la imagen de un César Amado-Miño humillado, escarnecido por aquel antojo de niña airada, y por la condescendiente flaqueza de Miguel, amigo desleal, más desleal cada segundo que pasa y el beso y el cuerpo estremecido de Isaclara imponen su ley, desbaratan su ánimo, convierten en cascotes la estatua del padre justiciero; en eso estaban cuando Aracelio Román, el jefe de personal, interrumpe el desmantelamiento de todos los dioses antiguos poniendo con un tímido toque de nudillos las cosas en su sitio.

Miguel se aparta tembloroso; Isaclara se deja caer en un sillón tranquila, indiferente, sin un gesto que recuerde el repentón turbulento que acaban de compartir. La puerta se abre unos centímetros.

—¿Da su permiso?

—Pase, Román.

—¿Puedo interrumpirle unos minutos?

—Ahora le llamo. Espere; es un momento.

La puerta se cierra. Isaclara se pone en pie.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

—Mira, pequeña, esto pasará; lo que te han hecho tus padres es injusto y te duele pero no arreglas nada, no lo anulas ni lo vas a cambiar haciéndoles una faena.

No es fácil, pero el miedo a César, disfrazado de lealtad, caballerosidad y sentido común, inspira a Miguel milagros de elocuencia.

—No te enrolles, majo, déjalo. Cuando se te pase el ataque de pureza me avisas; creo que seguiré queriéndote, idiota, idiota; ¿crees que he venido sólo

por jorobar a papi? Anda, dile a ese hombrín que entre; yo me voy.

El hombrín es portador de buenas noticias. Amenazantes buenas noticias:

—No hay conflicto colectivo, don Miguel. Anoche entró la policía en la iglesia de San Catalino y disolvió la asamblea. A la salida detuvieron a los de la Plataforma y a algunos más.

—¿Nuestros?

—De aquí sólo a uno, el *Pichichi*; contra él no iban pero se puso a gritar y se lo llevaron.

—Me alegro. Esa lista es una barbaridad.

—Volveremos a verla. En cuanto los suelten. Hay un cura entre los detenidos; al cura lo ponen en la calle rápido, ya verá usted. Entonces, tienen que soltar a los demás. Y si no los sueltan, huelga. Esto no ha hecho más que empezar.

—A ese fulano despídalo.

—¿Al *Pichichi*? Déjelo, don Miguel.

—Despídalo; detenido por agitador; es causa de despido.

—Yo no lo haría, hágame caso. Como lo despida va usted a tener *Pichichi* hasta en la sopa.

* * *

Otra vez la tarta nupcial. Tres viernes seguidos en tres restaurantes diferentes. Miguel la ve llegar, la está viendo llegar a través de la sonrisa cómplice de Paco Solano con el *maître*. Se levanta y golpea una copa con el rabito cincelado del tenedor de postre. Reclama silencio y reclama el champán.

—¿Va a haber champán? —pregunta.

El *maître* hace la ceremonia del descorche, sí, señor, no faltaba más, aquí está, *frappé*, sí, señor.

—Bueno, pues llene mi copa: voy a brindar.

Aplauden los Solano, los Latoba, los Ruiz y Sabater, los Amado-Miño, Miles y Tulio Esgueva.

—¡Vivan los novios!

Mercedes Solano dispara su procacidad inocente.

—¡Quién fuera ella!

Miguel levanta la copa de champán semiseco, semifrío, semibueno, semicaro y la deja otra vez sobre el mantel.

—Voy a levantar mi copa… quietos, quietos, no levantéis las vuestras todavía… para agradeceros la tercera tarta nupcial que se avecina.

—¡A la tercera va la vencida!

—Tú los has dicho; a la tercera va la vencida. Somos un grupo de buena gente unida por aficiones comunes, afinidades espirituales y, sobre todo, por el plástico y su financiación. Cenamos juntos los viernes porque nos queremos, pero, también, porque el polivinilo y otros productos sintéticos han soldado nuestra amistad y nuestra afición a la gastronomía, al teatro semipornográfico y al *rock and roll*.

—¡Vivan las macromoléculas y el *striptease*!

—Lo malo es que desde hace tres semanas nuestro vínculo plástico está siendo sustituido; lo que nos une ahora es una tarta. Y, por si fuera poco, la tarta es nupcial con un mensaje: que Clara y yo nos casemos.

—¡Y que sea pronto!

—Propósito siniestro que está encareciendo innecesariamente la factura de la cena, porque la tarta la cobran y el champán también, y arruinando mi estómago al que la tarta y el champán le caen como hormigón fresco recién salido de la hormigonera. Yo os agradezco el detalle, pero me veo precisado a pediros imaginación. Si el primer viernes no me reí, si el segundo puse cara de palo y no probé la tarta, este tercer viernes os suplico que volvamos al plástico y que comprendáis que si he de casarme por el estímulo de ese novio amariconado que remata el pastel, es que no me conocéis. Clara y yo nos queremos tanto que estamos viviendo un noviazgo formal; no atosiguéis y si os parece, decidle al *maître* que no saquen el pastelón; quien quiera tarta de postre, que la pida. Yo quiero, tome nota, *maître,* un sorbete de piña.



—Enhorabuena, señora, puede usted dormir tranquila.

Clara abre el bolso, sencillo y carísimo, importado de Italia, y extrae un monedero-billetero de piel de serpiente, modesto y antiguo, uno de aquellos regalos de amante entrefino que Miguel le hacía en los primeros tiempos indecisos, semiclandestinos, de su unión: el primer regalo. Clara jamás se hubiese comprado aquel monedero ramplón; su sueldo de secretaria le permitía satisfacciones de mayor precio y mejor gusto, pero lo aceptó enamorada, lo utilizó con agradecida humildad y lo conserva en memoria de aquellos años enamorados y duros.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco: cinco mil pesetas. ¿Es eso?

—Sí, señora; con esto se completan las treinta mil pesetas; le ha salido baratísimo y me alegro de veras; prefiero ganar menos y que el resultado de la

investigación sea satisfactorio. Pocas veces nos sale un trabajo tan sencillo. Repito, señora, puede dormir tranquila.

Briviesca tiene el corazón como una casa. A esta señora podría, dándole largas, haberle facturado, honradamente, cien mil pesetas, pero él prefiere comunicar lo antes posible la información pacificadora: puede usted dormir tranquila.

—No sé si voy a dormir tranquila.

No va a dormir tranquila. Es mujer enamorada y está cruzando la llanura desalentada y recelosa de los cuarenta años. Ha ido a este despacho buscando, más que la tranquilidad, la confirmación de su intranquilidad. Clara ha pagado las últimas cinco mil pesetas del contrato privadísimo y no va a quedar tranquila. No es tranquilidad lo que ha comprado, sino una nueva incertidumbre.

Clara saca del sobre el informe. Lo relee, lo guarda otra vez.

—Tendrá usted copia ¿no?

—Sí, claro.

—Démela. Y la ficha.

—No es costumbre, señora.

—Es mejor así; démelo todo, la ficha, la copia; me lo llevo todo; que no quede ni señal de esto, compréndalo.

El señor Briviesca sonríe dolorosamente.

—Le aseguro que puede confiar enteramente en nuestra discreción.

—No la pongo en duda, puedo jurárselo, pero he pagado por esto y es mío. A usted le parecerá desconfianza y no es eso; a los sastres y a las modistas les pido siempre los retales, son míos. Y perdone la comparación.

—Por favor, no crea que me niego; puede usted necesitarnos otra vez; conviene conservar los antecedentes. Las copias no le pueden perjudicar; nadie las entendería; observe que no hay nombres en el informe. Para entenderlo cualquiera que no sea usted, o yo, claro, necesita consultar este dato que figura aquí ¿ve? «Clave M-A-III-216/76»; es la ficha y esa ficha está en ese fichero y la llave sólo la tengo yo.

—¿Cuál fichero?

Briviesca abre una pesada puerta de madera tras la que aparece un mueble de acero.

—Éste.

—Muy bien; saque la M-A-III-216/76 y démela, por favor. Si hay que pagar algo dígame cuánto es.

—No, nada, señora; tenga la carpeta con el dossier completo. La ficha no se la puedo dar; es un modelo de mi invención, tiene mis propias claves; la quemaré en su presencia.

—Gracias, señor Briviesca. Mejor así.

Clara lee la ficha: «Cliente: Clara Gilmaestre Sanz. Sujeto: Miguel Tejuelo Bengoa». Lo demás no lo entiende, son números, claves, fechas quizá. Se la devuelve al señor Briviesca y la ficha arde sobre un cenicero de cerámica; Clara, como hipnotizada por la llama, tiene los ojos muy abiertos, tira de los párpados hacia atrás porque no quiere llorar. Sonríe como una buena chica agradecida cuando la cartulina entera es ceniza; entonces, se le caen dos lagrimones inapelables.

El señor Briviesca, director de la Agencia B. R. I.-VIESCA, acompaña a Clara muy fino hasta la puerta; a sus pies, señora, ha sido un placer, y sale con ella al rellano para llamar al ascensor; si alguna vez nos necesita ya sabe dónde nos tiene. Vuelve a entrar en la oficina y, antes de pasar a su despacho, se asoma a secretaría.

—Merche; sáqueme fotocopia del expediente «Miguel Tejuelo», incluida la ficha M-A.

Miguel regresa cansado. Ha tenido que tragarse al *Pichichi*; el jefe de personal tenía ya escrita la carta de despido; el *Pichichi* fue puesto en libertad ayer por la mañana; por la tarde se presentó a trabajar.

—Don Miguel, ha venido; está trabajando.

—Dije que lo despida.

—Aquí tengo la carta; fírmela. Pero antes de dársela me gustaría que escuchase usted a nuestro abogado.

Miguel pidió a la secretaria que le pusiera al teléfono con el señor Gabita.

—¿Don Rafael Gabita?

—Sí; el abogado, póngame en seguida.

Rafael Gabita es lo contrario de lo que se entiende por abogado laboralista. Y lo es, laboralista, pero de la parte de arriba: experto en derecho laboral al servicio de las empresas. No por vocación; lo suyo ha sido siempre el derecho civil; un águila; en treinta y dos años de ejercicio no se ha ocupado jamás de ladrones, asesinos, violadores o monederos falsos. Si alguno de sus clientes comete robo, estafa, corrupción de menores, homicidio por imprudencia, el abogado Gabita pone en actividad el mecanismo prodigioso de su cerebro alquimista y realiza la transmutación del crimen; no hay abusos

deshonestos sino lesiones, no hay estafa, sino perjuicios por incumplimiento de contrato, no hay querella, todo tiene remedio, reparación, precio. Gabita convierte el contencioso en un asunto de puros intereses materiales perfectamente encajables en las anchas y civilizadas vías de su especialidad. Y, a requerimiento cada vez más frecuente de su clientela, se ha convertido en un experto laboralista patronal; nadie como él para sacudirse a un empleado inquieto, para preparar un finiquito sorpresa, para echarle un pulso al sindicato.

Convencido de que todo puede solucionarse sin grilletes ni cadalsos, busca siempre soluciones satisfactorias para ambas partes; raramente sus casos llegan a las salas de justicia y, cuando llegan, casi siempre se resuelven en un acto de conciliación. Previene al cliente de que los jueces, ante los conflictos de intereses, se ven frecuentemente empujados al eclecticismo; y lo advierte:

—Busquen un acuerdo; el juez va a dictar una sentencia salomónica.

Y el cliente recuerda la vieja estampa bíblica: Salomón ordenando que corten al niño en rodajas y pesen dos raciones iguales; las madres israelitas desmelenadas poniéndose pringando la una a la otra, los cortesanos maravillados de la sabiduría del rey… El cliente piensa que va a perder la mitad del dinero en disputa, más las costas que son elevadísimas en los pleitos de mayor cuantía, y encarga a don Rafael Gabita que trate de llegar a un acuerdo con el abogado de la parte contraria.

Miguel le habla con una mezcla de confianza y respeto; es uno de aquellos cazadores que velaron a su padre muerto con las botas puestas.

—¿Don Rafael?

—Hola, Miguel.

—Necesito su consejo.

—Ya lo tienes; no te metas en pleitos, huye de los abogados, son mala gente. Por este consejo no te cobro nada.

—Gracias, don Rafael. De todas formas a mí me gusta que viva la gente, incluso los abogados. ¿Cuándo puedo ir a verle?

—No hace falta; si es para lo del despido, ya me lo ha contado el jefe de personal.

—Oiga, yo quiero despedir a ese fulano; es un agitador. Y un fantasma.

—No seas tonto, Miguel; si a ése lo despides, mañana mismo te empiezan a presionar, te hacen un paro de minutos o se te encierran y te convierten al fantasma en un mártir. Trágatelo por las buenas. Y prepárate, porque la

Plataforma está en la calle y la lista de reivindicaciones va a funcionar antes de una semana.

Después de tan indigerible dictamen, de renunciar a la operación *Pichichi*, de tirar la carta de despido a la papelera y de releerse preocupadamente el pliego de reivindicaciones de la Plataforma, Miguel ha tenido una larga entrevista con Salustiano Rodríguez, industrial de Torrejón.

Salustiano es hombre de origen humilde y hoy sigue viviendo modestamente aunque factura millones de pesetas en concepto de suministros alimenticios que él llama «comiditas».

—A esto jugaban mis hermanillas: una patatita, un tomatito, un cachito pollo, un cachito carne, un quesito; parecen platitos para jugar con las muñecas.

Salustiano ha tenido suerte en su camino hacia la prosperidad: suerte mucha, cultura escasa y dos escuelas duras pero eficaces; la escuela de la vida y el trato con la Administración U. S. A. La escuela de la vida le ha enseñado a trabajar duro, dormir lo que se pueda, no jugar con las cosas de comer, no engañar al cliente, deber siempre dinero a los bancos y no ablandarse por lágrimas ajenas. El trato con la máquina estratégica norteamericana le ha enseñado que un contrato se firma para cumplirlo y que si alguien se pilla los dedos al firmarlo, debe cumplirlo con mayor interés pues con ello prueba que su empresa es fiable, que su palabra es oro.

Dos horas de conversación con Salustiano sólo le han servido para estrellarse contra un parapeto muy norteamericano: *ése es su problema*; así lo traducen incorrectamente; deberían decir *ese problema es suyo*. Qué más hubiese querido Miguel que ése fuese su problema, es decir su único problema; tiene otros; empiezan a acumularse como a mala idea:

— Problema *Pichichi*.

— Conflicto laboral inminente.

— Isaclara que está como un tren y le coacciona despiadadamente con un amor-pasión que se ofrece sin condiciones.

— Problema Amado-Miño, que como se entere de los planes de su niña va a lanzarse contra Miguel como una fiera.

— Problema Amado-Miño (b) con sus repetidos intentos de hacerse con el 51 por ciento de la sociedad para manejarla él y, de acuerdo con su estilo habitual, dar a Miguel la patada.

— Problema Salustiano; no cede ni un milímetro; el contrato es el contrato, y repite la frase asesina, egoísta, leguleya, aislante, utilitaria, concluyente: ése es su problema.

— Finalmente, Clara: algo no funciona como antes. Parece mentira, pero una novia viuda es menos confortable que una querida casada.

Debería reírse cuando Salustiano Rodríguez, sin molestarse en releerlo, deja el contrato sobre la mesa y sentencia una vez más:

—Ése es su problema. Su problema no está en mi casa, ni en Torrejón; yo entiendo muy poco de leyes, pero me parece que con esa gente el que la hace la paga. Más de cuatro veces he ido a la base a decirles que me hacían un pie agua con los pastelitos, es decir, porque había subido el precio del azúcar y me costaban dinero, o por los guisantes que se había escoñao la cosecha y estaban a millón; hasta les llegué a llorar una vez, oiga, lágrimas, y la contestación ya la sabe, no tienen otra: ése es su problema; la primera vez con una sonrisita de amiguete, la segunda, cuando se pone uno cargante, lo dicen con cara de palo, y si no es bastante y se le echa teatro, que mire usted, que esto es mi ruina, y ven una lágrima o un suspiro, entonces lo adornan un poco y dicen lo del problema, pero, además, gritan que se vaya usted al infierno, que el menú no se cambia, eso es lo que dicen, conque, qué quiere usted, señor Tejuelo, bien claro está: ése es su problema.

Miguel entra en el garaje. Regresa de Velázquez; allí sí lleva el Mercedes; lo aparca, coge la cartera, el periódico; entra como distraído en el ascensor que se pone en marcha antes de que él presione el botón de su piso y se detiene al llegar a la planta baja. Las puertas se abren y entra Clara. Se pone muy contenta, expresiva y cariñosa, habla sin parar. Lleva un sobre grande en la mano.

—¡Qué bien! ¿Quieres que vayamos al cine o al teatro? Tienes cara de cansado, necesitas distraerte.

Miguel no desea cine ni teatro.

—Mis aspiraciones son más modestas; dame una cerveza.

Clara se convierte en el apacible descanso del guerrero; le quita la chaqueta, la corbata, le sirve la cerveza en una copa fastuosa que la hace más cerveza, le enciende un cigarrillo y, finalmente, con aire maquiavélico y sonrisita de te vas a mondar, le entrega el sobre.

—¿Qué es esto?

—Léelo.

—¿Ocurre algo? No me pongas acertijos; dime qué es.

—Léelo; son menos de dos folios, no es mucho trabajo.

Miguel lee: «El sujeto sale de su domicilio y llega a su lugar de trabajo (mañana). Regresa a casa, almuerza y sale para su lugar de trabajo (tardes).

Visita a un abogado. Encuentro con amigos en un bar. Domingo, misa. Viernes, cena en Araucaria…

—Oye, Clara, ¿éste no seré yo por casualidad?

—Tú mismo.

Se acerca, le besa la frente. Pero ya no sonríe; presiente que Miguel no va a mondarse de risa.

—¿Quién me vigila? ¿Cómo tienes tú esto? ¿Quién anda metiendo las narices…?

Clara se deja caer en el sofá y lloriquea en un intento inútil de sonreír.

—Yo. He sido yo; una idiotez.

—¿Tú? ¿Que tú me has puesto trampas como hacen las señoras honorables para chantajear al marido?

—Perdona, sé que estoy haciendo un papelón; me estoy cubriendo de gloria, lo sé, pero tenía que averiguarlo. Ya está hecho, mal hecho, por eso pedí todos esos papeles, las copias, para que no quedase ni recuerdo de esto en la agencia; pensaba quemarlo y no te hubieses enterado en tu vida. Pero no lo mereces; por eso te lo doy, para que sepas que te he hecho esta perrería y hagas lo que quieras.

Miguel no lo acaba de entender, ¿por qué, por qué?

—No, mira, no me enfado; por algo lo habrás hecho. Si estás contándome esto y te sientes tan culpable y tan arrepentida, supongo que es porque estás dispuesta a confesar los motivos.

—Quería saber si hay otra.

—¿Otra mujer?

—Sí.

—¿Celos?

—No sé; si lo pienso un poco creo que no son celos; nunca los he tenido; es otra cosa, no sé, perdona, Miguel, a lo mejor soy una imbécil, pero es que no hago más que darle vueltas al asunto. No, no son celos ni sospechas; es una idea, una deducción.

—Al grano, Clara.

—¿Por qué te molesta tanto la idea de casarte?

—¿Hablas en serio?

—En serio; me importa mucho; si no fuese una tabarra permanente, una carcoma que me tiene frita, estaríamos tan tranquilos, yo hubiese quemado esos papeles y nos habríamos ahorrado todo esto; es lo que pensaba hacer, pero… ¿Sabes lo que me dijo el señor ese, Briviesca, el detective? Cuando le pagué —Clara se anima porque ve a Miguel como divertido; esperaba una

reacción dramática, acusadora, vociferante, dolida y Miguel está ahí, medio tumbado en el sillón, animándola con una sonrisa amiga— me dijo que con las treinta mil pesetas…

—¿Treinta mil pesetas?

—No es mucho; creí que me costaría bastante más; me dijo que con ellas había comprado mi tranquilidad. Y no, qué va, al contrario: ahora sí que estoy bien hecha un taco.

—¿Por qué?

—Porque ahora es peor… Es como si me doliesen mucho las tripas, y el médico, después de reconocerme dijese: usted tranquila; no es cáncer.

Clara también se lo pregunta: ¿por qué has ido con tus dudas a una oficina de investigación? El mal está en ti misma que pides culpables a un técnico en otras cosas; se llama Briviesca, no es tu amigo ni tu hermano ni tu abogado ni tu médico; has encontrado su nombre en un anuncio de prensa y es un buen profesional pero su especialidad no es la que necesitas para averiguar si queda algo de aquello que os unió.

—Ahora es peor. Porque si no hay otra mujer…

—Sigue.

—¿Hace falta? —Clara llora otra vez.

—Ahora sí; claro que hace falta.

—Ojalá hubiese otra.

—Ojalá; no creas que no me apetece alguna vez; me aguanto porque te quiero, pero las hay muy ricas, muy apetitosas. Si hubiese sabido que tú lo dabas por hecho y hasta que lo deseas…

El recuerdo de Isabel Clara Eugenia, a quien contiene a duras penas no tanto por respeto a Clara como por miedo a César.

—Yo no lo deseo; ni que estuviese loca.

—Has dicho ojalá, lo acabas de decir, ojalá hubiese otra; caramba, con lo que decoran y lo bien que están algunas ¿en qué quedamos?

—Quiero decir que si hubiese una mujer yo sabría con quién tenía que vérmelas ¿entiendes?

—No.

—Yo podría… no sé, ya vería; tirarle del moño ya no se lleva, a lo mejor la invitaría a comer para discutir el asunto; buscaría una forma civilizada de pelear por lo nuestro ¿no?, lo que sea. No puedo explicártelo porque ni siquiera sé cómo lo haría, pero sabría contra qué, contra quién, de dónde me venían los tiros ¿comprendes? Así, sin nadie enfrente no puedo hacer nada, no

sé dónde está el mal ni qué te pasa. No tengo más remedio que preguntártelo, tú lo sabrás.

—Ya me lo has preguntado hace un rato; que por qué me molesta la idea de casarme. ¡He estado años queriendo casarme contigo!

—Eso; ¿y ahora qué?

—Deseando que reventase tu marido. Nunca he querido casarme con nadie más que contigo.

—Y ahora te entra una alergia de lo más rara; hasta prohíbes a nuestros amigos que hablen del asunto. Y a mí ni me lo nombras.

—¡Y entonces tú te vas como una Juana la Loca comidita de celos a ver a un detective para que me espíe!

Ha llegado la ira. Miguel está en pie, indignado, con el expediente de B. R. I.-VIESCA en alto, como un dios colérico: parece un marido.

—Te he pedido perdón.

—Como una niña buena, me acuso, padre, perdón, que no lo haré más… No estoy aquí por obligación ni por lástima; vivimos juntos porque nos da la gana. Y como eso es todo y no hay más, vas a tener lo que quieres. No me volverás a decir que ojalá hubiese otra. Ahora mismo voy a buscarla… ¿Pero no te das cuenta? ¿Pero es que no está claro? ¿No comprendes que si estoy contigo y tú conmigo es porque nos queremos? No hay nada que nos ate ni te llevo por ahí porque seas mi legítima esposa. ¿Cómo has sido tan torpe? Si estuviésemos casados podríamos dudar, pero así… Nunca dudé de ti, por lo mismo, porque esto es voluntario; no nos obliga nadie. Y vas a verlo.

La puerta apenas hace ruido cuando sale Miguel con un pequeño maletín. Clara se pregunta qué debería hacer y no conoce la respuesta. Porque ni en las novelas ni en las películas ni en los consultorios amorosos existen respuestas para este momento cismático y agrio en que una mujer española de hoy ve roto su… ¿su qué? Todo lo que antes configuraba este suceso dramático se ha ido al diablo; ya nadie hace a nadie irremediablemente desgraciado; nadie queda «sumido en el abandono»; se acabaron los males sin remedio, las situaciones límite, los qué va a ser de mí ahora. Miguel se va a buscar a otra, quizá porque está indignado, quizá porque lo estaba deseando y sabe que puede encontrarla. Clara quisiera haberse cruzado en la puerta y decirle: piensa en el paso que vas a dar, o preguntarle: y ahora qué va a ser de mí, o amenazarle: no me obligues a hacer una locura; pero algo la obliga a permanecer callada; ni una palabra, ni una lágrima, ni un ay, porque frases

como ésas sólo se oyen en los seriales radiofónicos y en las letritas ramplonas de los cantautores. Nadie dirá que ha sido abandonada, no suena; ahora las cosas son otras cosas; nadie mataría a Inés de Castro; los enterados, los mejores amigos, comentarán que Clara y Miguel «tienen problemas» y algún caballero, que la tiene apuntada desde hace años, se pondrá contentísimo y empezará a planear estrategias infalibles para llevarse a Clara al río porque si bien no es mozuela tampoco tiene marido. Y pase lo que pase, si se reconcilian como si restauran el apaño, se comentará sin énfasis, con palabras de crónica social:

—Están rehaciendo sus vidas; han pasado algunas dificultades.

# 6

# LA NOCHE MÁS LARGA

MIGUEL empieza a rehacer la suya en una noche de *over-booking* hotelero: cuatro mil médicos especializados en fisiología de la pierna izquierda tienen copados los mejores hoteles de Madrid. La primera noticia de tan docta invasión se la comunica a Miguel un recepcionista del hotel Fénix. Tan increíble la considera que está a punto de pedir el libro de reclamaciones.

—Oiga, si no tiene habitaciones limítese a decírmelo.

El recepcionista está muy atareado y no ha entendido bien.

—¿Decía, señor?

—Que las bromas se las reserve para su familia.

—¿De qué familia habla, señor?

Miguel coge su maletín y se marcha; teme que un diálogo sin sentido lo ponga de mal humor y de eso ya tiene bastante; lo que me faltaba. El *Pichichi*, el Salustiano, mi mujer pagándose una C. I. A. particular y ahora este niñato haciendo chistes de médicos.

En el hotel Wellington se repite la broma y Miguel no se enfada; calma, tranquilo, quizás has entendido mal, o es una respuesta consabida; antes se decía que ha llegado la marabunta; esto es lo que me pasa por elegir la libertad en un día tan cenizo. Y decide que la solución sólo puede estar en un hotel grande.

Pero antes debe resolver lo más importante: llamar a Isaclara.

Le tiemblan las piernas cuando marca el número en el teléfono.

—¿Diga?

La voz es desconocida; ni Isaclara ni su madre.

—¿La señorita Isaclara?

—No está, señor.

—¿A qué hora volverá?

—Ha dicho que no la esperen; vendrá tarde. O no vendrá; no se sabe. ¿De parte de quién?

—Llamaré más tarde. Gracias.

En el hotel Castilla la animación es de encrucijada internacional y ombligo del mundo; clientes, azafatas, trajes de noche, señoras muy puestas luciendo pedruscos muy aparentes, dos indios con turbante y esmoquin acompañados de dos indias de ojos inmensos, hermosos, asombrados; sólo ojos, porque bajo el sari ceñido flanean sus cuerpos de señora gorda sin límites; los recepcionistas parecen muy atareados; pasan diez largos minutos hasta que uno de ellos se fija en este hombre de sonrisa triste y aire desvalido.

—*Can I help you?*

A Miguel no le molesta ni le afrenta el hecho de que un empleado español, en un hotel español, reciba a un cliente español hablándole en inglés. Cuando lo raro es que el cliente no sea extranjero, lo último que espera el recepcionista es que se le acerque un nativo. Miguel, a veces, sigue el juego y contesta en inglés:

—*One room for me; please*.

—*Do you have a reservation?*

—*No*.

—*I'm sorry, sir; we are fully booked tonight*.

Y en esta noche disparatada y errabunda, el recepcionista le nombra una vez más a los especialistas de la pierna izquierda.

No; ni es una broma, ni los recepcionistas de Madrid utilizan esa frase en sentido figurado y marabúntico cuando los hoteles se les llenan. Es verdad, están allí, por todas partes, y hay carteles en español, francés, inglés, ruso y japonés que proclaman el acontecimiento: IV CONGRESO INTERNACIONAL DE FISIOLOGÍA DE LA PIERNA IZQUIERDA.

—¿Entonces, es verdad?

—¿Diga, señor?

—Lo de la pierna izquierda.

—Sí, señor. Ahora mismo están en el gran salón de convenciones: una cena medieval.

Sí, señor, es verdad; no se escandalice, existe una fisiología de la pierna izquierda, es diferente, importante, un gran descubrimiento científico, una mezcla de chamba, afán investigador, marketing de la industria química y alta política.

Los investigadores británicos Arnold y Bresser leen en un periódico de sucesos esta noticia insólita y casi humorística: «Otro cojo violador». En Chelsea, y en una semana, entre los últimos casos de violación se habían producido tres en los que los violadores fueron capturados: los tres, cojos; mutilados de la pierna izquierda. En el periódico se expone la hipótesis de que

la falta de una pierna facilita la captura del delincuente. Para Arnold y Bresser, la noticia tiene otro significado; podría existir una relación pierna izquierda-actividad sexual.

Consultan estadísticas; la cosa no está muy clara, aunque aquellos tres cojos no son los únicos en un informe apresurado sobre 132 casos de violación en el área de Londres.

—Necesitamos comprobación experimental.

Pero ellos trabajan con amebas: no hay amebas cojas.

—¡González es la solución! —dice Bresser—. Maneja miles de monos.

El hispanoamericano González, nacido en Toledo, emigrado a Houston y nacionalizado norteamericano, trabaja en sistemas endocrinos y maneja perros, vacas, ratones y, sobre todo, monos.

Le escriben una carta que termina con esta solicitud aparentemente cruel: «corte la pierna izquierda a cien monos y díganos qué pasa».

Y pasa algo: los monos mutilados de esa concreta mutilación son más activos sexualmente; tanto, que en los laboratorios del equipo González, al referirse a un muchacho de libido exaltada, ya no dicen «se masturba más que un mico»; ahora la frase es más larga: «se masturba más que un mono cojo de la pierna izquierda». Ésa es la realidad; se masturban más y cometen más actos de agresión por motivos sexuales.

Lo supo la General Sodium, y el Consejo de Administración decide que una industria tan importante no puede vivir sólo del sodio y sus derivados; conviene diversificar la producción, ensanchar el mercado, ofrecer un producto de gran consumo, una medicina para que los tipos aficionados a medicarse por las buenas tengan en qué entretenerse. Hay que buscar ahí; eso es una mina de oro; tiene garra sexual, admite publicidad porno, se lo comerán como *pop-corn* y entrarán en la alcoba como tigres hambrientos; hay que encontrar en qué lugar de la pierna izquierda sobra un nódulo, un nervio, una lentícula palpitante, algo que actúa como freno erótico, lo que sea; y hay que encontrar la fórmula para eliminar ese freno. Sin cortar la pierna, claro. La General Sodium aprobó un presupuesto de cien millones de dólares a gastar en cinco años, pero, además, tiene concedida una subvención del gobierno federal: veinticinco millones más para ayuda al proyecto. El origen de esa subvención hay que buscarlo en la Casa Blanca.

El entonces presidente, Gerald Ford, aparecía con lamentable frecuencia fotografiado a gatas. Tropezaba ante muchedumbres nacionales y extranjeras en momentos poco menos que históricos, empequeñeciéndolos, convirtiendo el ceremonial en pitorreo, la majestad en coña y el protocolo en rebujina de

manos tendidas y risas a todo trapo. Y un buen día, la primera dama, señora de Ford, va y declara en una rueda de prensa que ella y el presidente utilizan la cama, como en sus mejores tiempos, para algo más que descansar.

Los sabios no desperdician jamás un dato: las caídas del presidente pueden tener su origen en alguna deficiencia funcional de la pierna izquierda. Su freno erótico no funciona: lo que es malo para su equilibrio es bueno para su matrimonio; lo que, en ocasiones, humilla al presidente y al país, proporciona satisfacciones íntimas y duraderas a su honorable esposa. De ahí el interés del gobierno en el proyecto de la General Sodium.

Y ese río de dinero tiene hoy unidos en Madrid a cuatro mil científicos.

En el laboratorio del doctor González, Universidad de Houston, hay doscientos monos rabiosamente lanzados al desenfreno lúbrico, violando monas a la pata coja, enfebrecidos fornicarios mutilados de la pata izquierda. Y en el gran hotel Castilla no tienen habitaciones libres.

—¿Ni siquiera una para un cliente español?

El recepcionista sonríe; no es eso, cliente español, no hay habitación y ya está; no hay para un español ni para un chino ni para un astronauta de Marte: no hay. Pero si la hubiese, la primera se la daríamos a usted, cliente español; porque, aunque usted no lo sepa, los españoles dan unas propinas magníficas. Da gusto hacerles un favor. Voy a intentar ayudarle.

—Si se sienta unos minutos, lo miraré con calma, señor. Es posible que se produzca alguna cancelación a última hora. Estaré pendiente de ello; no se aleje demasiado; le avisaré.

—Esperaré ahí sentado.

Miguel, melancólico, disgustado, se sienta en un gran sillón, con su maletín entre las piernas.

—Hola, Pepe.

La chica es hermosa a primera vista. Muy joven, también a primera vista.

—Hola, Pepa.

—Me llamo Sesil; se escribe «Cecile».

Ni Sesil ni Cecile. Se llama Cecilia: sólo hace dos años aún se llamaba Cecilia Hoces *la Pasiega*. Y no es del Pas; nació en un pueblo extremeño muy bonito; Guadalupe. Tenía, cuando llegó a Madrid, unas caderas redondas, unos muslos candeales y prietos, un busto campesino, brioso y solemne y un aire servicial y hospitalario de molinera rural, de ventera saludable y acogedora. Por eso, en Caribú, whisky-club en donde se colocó después del aborto, le pusieron de mote *la Pasiega* y todas sus compañeras de barra la trataban con cariño porque llevaba el alma en el mirar risueño, era sumisa y

bien dispuesta: una de esas compañeras que nunca dejan mal a quien las mete en juerga.

—Está buenota, es muy infeliz, no te juega una faena, reparte el dinero sin trucos, no le hace la pirula a un cabrito y se la puedes colocar al tío más exigente que, todo lo más, te dirá que no se pasa de fina pero que ahí no hay cuento; es como un melocotón de regadío, como pan de pueblo, sana, fresca, sin trampa, *la Pasiega*.

—Yo tampoco me llamo Pepe.

—No me digas cómo te llamas; no hace falta. Pero te conozco de algo.

—No recuerdo.

—Estoy segura. En algún sitio nos hemos visto.

—No sé, ¿tú qué haces además de esto?

—Además de esto, nada; soy azafata de congresos.

—¿Estás con los de la pierna?

—Sí, estoy aquí por eso. ¿Tú no eres del congreso?

—Si lo fuera estaría en la cena medieval.

—Siempre hay quien llega con retraso, ya sabes, te apuntas a un congreso, pagas, y ese día te sale una operación urgente, o un negocio, algunos congresos no son de médicos, los hay de otras cosas, y llegas tarde. Creí que tú eras uno de ésos. ¿Qué te pasa, no tienes habitación?

—De momento no; estoy esperando.

—Tengo una; vivo aquí. Quédate conmigo, ¿quieres?

—¿Así, por las buenas?

—Tú no serás de esos que todo lo quieren pagar con tarjetas de crédito; tienes cara de llevar unos billetes en el bolsillo.

—¿A ti qué más te da? Estás aquí de azafata, ¿no?

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú.

—No, Pepe, me has interpretado mal; a lo mejores culpa mía; soy azafata de congresos, pero en éste no trabajo; estoy aquí de cliente: habitación 1509, no veas, lujo asiático, música, bar y televisión en color. Me cuesta dos mil pesetas diarias: ¡sólo dormir!, una monada, pero tengo que pagarla, conque ya sabes, si no te dan habitación puedes acompañarme.

—¿Y si me la dan?

—También. Siempre que no me vengas con la tarjetita de plástico. Admito traveler-checks, pero si llevas diez verdes, mejor.

—¿Diez verdes? ¿Quieres decir…?

—Diez billetes verdes, guapito. Porque eres amigo.

—Ah.

—Y español. A los gringos les pido nada más doscientos pavos, ¿sabes cuánto es eso?

—Cerca de catorce verdes. Toma, toma diez. Y gracias, chica.

Diez mil pesetas, la inflación ha llegado hasta el mismísimo pubis de la economía nacional, diez verdes, me pilla muy desentrenado, con menos hemos cerrado Villa-Veneto para cuatro amigos hace pocos años, con dos orquestas y una docena de ciudadanas a gogó, claro que esta chiquita tiene muchos gastos generales; diez verdes, y aún es barato porque he estado a punto de traerme a Isabel: eso sí que podría costarme caro; si no fuese por lo que vamos a hacer, creería que esto es cosa de mi ángel de la guarda.

El recepcionista se siente feliz. Acaban de liberarle una habitación; el doctor Adler, de Connecticut, abandona precipitadamente el congreso y vuela hacia Washington.

Al presidente de los Estados Unidos le duele la rodilla izquierda después de su último tropezón. Le duele y le humilla. Han sido consultados cinco doctores: un especialista en aparato circulatorio, un traumatólogo, un neurólogo y un reumatólogo, más el médico personal del presidente. Opinan que es un síndrome reumático, pero puede no serlo.

—¿Bien? —dice el presidente Ford con aire de «mi importante persona está dispuesta: ordenen ustedes y verán con qué modesta naturalidad sabe obedecer el más grande mandatario del mundo».

El médico de cabecera dice algo respecto a quimioterapia u hormonas; todos miran al reumatólogo mientras el presidente, en *slip*, se acaricia la rodilla y dice al secretario de estado —que está allí con una carpeta— que le acerque los pantalones, con cuidado no vayan a salirse las cosas de los bolsillos. El reumatólogo pregunta respetuosamente al señor presidente si el dolor es insufrible o puede soportarlo unas horas. El presidente, mientras se abrocha los pantalones, dice que es un condenado dolor perfectamente tolerable durante el día y que sólo le tortura en la condenada cama despertándolo tres o cuatro condenadas veces durante la condenada noche. Recomienda al secretario de estado discreción:

—Cuando salgas, mantén cerrada tu condenada bocaza; no quiero que de esta miseria se enteren los rusos.

El reumatólogo sugiere la conveniencia de consultar a un especialista.

—Todos ustedes son especialistas —dice el presidente de mal humor.

Lo son, mientras no exista un especialista más especializado. Desde 1970, el reumatólogo de la Casa Blanca es un especialista en reumatología general;

no ha estudiado a fondo los trabajos de la escuela de Adler, colaborador del doctor González y creador de una rama importante de la reumatología: la especialidad en dolores de la pierna izquierda. Si se tratase de un enfermo cualquiera, bastaría el consejo de un reumatólogo cualquiera, pero al presidente debe reconocerlo el mejor especialista del país.

—¿Quién es ese condenado experto en piernas izquierdas?

—El doctor Adler. Ya viene; acaba de salir de Madrid; lo he llamado.

El recepcionista ignora que la salida anticipada del doctor Adler se debe a que todo el mundo ha visto una vez más en las pantallas de televisión cómo el presidente de los Estados Unidos se ha caído a cuatro patas mientras el pueblo lo aclamaba, los soldados le rendían honores y en el aire vibraban solemnes los acordes del himno nacional. El doctor Adler va a estudiar el caso y a intentar devolver al presidente el freno perdido; busca algo más que aliviar o suprimir un dolor; va a hacer lo posible por acabar de una vez con la imagen del presidente paseando a gatas por los caminos de la Historia.

El recepcionista se pone muy contento; este señor del maletín parece buena persona; y me ha enseñado un billete de quinientas pesetas. El recepcionista mira hacia el sillón en el que vio sentarse a Miguel. No está. Caramba, sí que lo siento; no hace ni un cuarto de hora que lo atendí. Sale de recepción y busca a Miguel por los alrededores, pero este hotel es un mundo. Allá, a lo lejos, le ha parecido verlo en un ascensor cuyas puertas se cerraban suave, silenciosamente. Con dos chicas.

Miguel y Cecile han tomado un ascensor que procede del garaje; dentro, sólo hay una señorita con cara de asustada. Cecile la mira con simpatía mientras la otra finge atarearse buscando algo en el bolso. En el piso décimo entra un señor con cara de médico especializado en piernas izquierdas, pero no debe serlo, porque en su solapa no hay emblema del congreso ni tarjeta de identificación. Mira a las dos chicas con gesto impertinente. Cecile saca del bolso su llave con la placa del hotel y el número de la habitación. El ascensor se detiene en el piso trece y el señor coge amablemente de una muñeca a la señorita asustada.

—Vamos.

La chica sale con él sin entusiasmo; parece contrariada.

—¡Menudo hueso! —dice *la Pasiega*—. Es poli del hotel; más malo que un dolor; a la que coge la mete en un taxi, y a la comisaría. Quince días no hay quien se los quite.

La habitación es amplia, cómoda, y Cecile activa, eficaz. Nada más cruzar la puerta está besando con innegable pericia a Miguel, le quita la corbata, le

sirve un whisky y tira a lo alto primero un zapato y luego el otro. Los coge en el aire.

La señorita cara de susto es conducida al despacho del servicio de seguridad del hotel por el señor con cara de especialista en piernas izquierdas, Julián R. López.

—Eres muy valiente, pequeña… Espera, a ver si me acuerdo de tu nombre, parecía un apodo, Silvia… Silvia, chica, tú con ese nombre deberías ser estrella de cine, Silvia París, eso es; no hace ni un mes que te pillé; ¿cómo has vuelto?

—¿Por qué no has cogido a *la Pasiega*, di?

—¿Quién es *la Pasiega*?

—Eso es lo que me subleva; a mí me ves, y a la comisaría como un perro. A *la Pasiega* la dejas porque se acostará contigo. La has tenido en el ascensor y te has hecho el loco.

—¿Conque ésa es *la Pasiega*?; no te preocupes, bombón, voy a ocuparme de ella; iba a la habitación 1509… Oye, de verdad, yo no quería creer que te llamas Silvia París cuando te cogí la primera vez.

—Pues ahí ves.

—Con ese nombre, y mona que eres y joven y algo pirujilla…

—Oye, sin faltar.

—Perdona, chica, lo dejaremos en algo loquilla, vamos, que no me explico que andes así, colándote por puertas falsas y haciendo la carrera: tú deberías ser estrella de cine o de revista.

Silvia se siente muy confortada dentro de su infortunio. Parece que el López —todas conocen su nombre, es el más temido del hotel— está muy amable; claro, éste es como todos, hoy le pica el pajarito y me está dando sedal a ver si en lugar de llevarme a la comisaría nos vamos a la cama. Pues qué bien, por mí que no quede; una noche perdida es menos mala que quince en el cepo, maldita sea su madre, lo que hay que aguantar. Y el caso es que no es feo este cabestro, como aquel que me cogió en Rosales que luego ni era policía ni nada, pero cuando lo supe ya se había despachado bien el tío; un guarro asqueroso, con la boca hecha una escombrera, y encima tuve que pagar la cama. Silvia sonríe y se atusa el pelo.

—Pues no triunfo como artista porque soy una belleza, eso es. Voy a buscar trabajo y todos intentan lo mismo, acostarse conmigo, pero todos, oye.

—Más fácil ¿no? Te lloverán los contratos.

—No lo entiendes, majo; ¡son todos! todos los que mandan un poquito. Y como todos quieren lo mismo, cada uno pone su peguita, su chinita: Oye, Silvia, que el martes nos vemos que quiero hacerte unas fotos. Oye, que necesito ver cómo estás de vestuario. Oye, que tengo que hacerte unas pruebas de declamación. Hasta el chico del electricista se inventa algo, un mierdecilla que es. Así uno tras otro, oye, oye, oye…; oye y yo tengo que comer ¿no?, conque me harto y lo mando todo a la porra. Oye, y tú, con tanta chica que cazas por aquí te darás cada lote…

—En eso estaba pensando, nena.

Silvia se recupera; gracias, Virgen Santísima, el tío está en el bote, lo tengo cogido, no se meterá conmigo en su vida; a éste lo chantajeo a base de bien.

—¿En qué estabas pensando, golfo?

López sonríe tiernamente. Ya no parece un médico; ahora tiene cara de hermano mayor.

—En que ya debe estar llegando el policía.

Suena un golpecito en la puerta.

—¿Permiso?

Es el policía armado que se lleva por la puerta de servicio a la infortunada Silvia con su nombre fastuoso de triunfadora y con su desventura.

El policía es un hombre mayor, más de cuarenta años, podría ser su padre, y la mira compadecido.

—Anda, muchacha, yo no sé cómo no escarmentáis; coño ¿es que no te da la gana trabajar? Ahora, a las galeras de su majestad; quince días no hay quien te los quite.

—Pues ya ve usted, lo que más me cabrea no es eso.

—¿No?

—No, señor; lo que más negra me pone es que el López se ha estado cachondeando de mí.

Cecile y Miguel, en la 1509, confraternizan sin prisas, contándose cosas, elevándose el tono uno a otro. Han simpatizado.

—Seguro que tu mujer no te comprende.

—Soy soltero.

—Solterón… ¿No serás un maníaco sexual?

—Sí, ya verás; todas las semanas violo a una chica; luego la mato y hago embutidos con ella. Es lo mejor; así no lo cuenta.

—Para resarcirte de los diez verdes.

—Chica, habéis puesto el negocio muy caro.

—La vida está cara.

—Yo creí que esto estaría en las ochocientas o mil pesetas.

—Ahora veo que tú de maníaco sexual, nada: estás con el reloj parado desde hace, lo menos, diez años, vida mía. ¿Desde cuándo no haces una escapadita de éstas?

—¡Uf!

—Tú eres casado o tienes un lío ¿a que sí?

López va a recepción y pregunta el nombre del cliente de la 1509.

—Es una señora. Viaja sola.

—Viaja ¿eh?

—Tiene hecha la reserva desde hace dos meses. Trae bono de la Agencia Travel-Voyages. Habitación doble para uso individual. Cecilia de Hoces, azafata de congresos.

—¿Usted sabe quién es esta señora?

—Puedo decírselo.

—¿Usted no la conoce?

—No sé; son mil habitaciones ¿se da usted cuenta? El año pasado hemos tenido ciento setenta mil clientes, ¿se da usted cuenta, señor López? Yo soy de Toledo y creo que no conoceré de vista allí más de mil o dos mil personas, son paisanos míos, he vivido allí hasta los veinticuatro años, ¿se da usted cuenta? y no sé si conoceré a dos mil personas, conque imagínese aquí: por este hotel ha pasado en un año cuatro veces Toledo ¿se da usted cuenta?

—Sí, sí, me doy cuenta. Mire el fichero: Cecilia de Hoces.

La ficha tiene muchas anotaciones. El recepcionista la airea satisfecho.

—Es buena cliente, fíjese, catorce veces en un año. Siempre a través de Travel-Voyages, pago anticipado.

—Empezó a venir el 21 de marzo; ¿no fue entonces el congreso de banqueros?

—Sí, señor, lo recuerdo perfectamente. Y en los bares no lo olvidan: la ruina; los banqueros no beben más que agua mineral.

—Pues observe la ficha: la Cecilia esta viene siempre que hay congresos.

—Bueno, es azafata.

—Es muy lista; de azafata, nada, sedaustedcuenta.

—¿De qué?

Clara se ha tomado un comprimido de Adormil que, como su nombre indica, debería ayudarla a dormir, pero no puede; soy tonta, la culpa es mía ¿por qué le he enseñado el informe? Porque soy una caballeraza, eso es, me remordía la conciencia. No, no es eso, no ha sido lealtad, es que ya está bien; tenía que plantearle este asunto, no quiere ni oír hablar de boda, es insultante, yo no se lo he pedido ni me hace falta, pero se ve que el tema lo pone malo y eso es lo que digo yo: ¿por qué?

El sueño no acude. La novela se le cae de las manos, no porque sea mala ni aburrida, lee sin enterarse, pasa las páginas mientras habla consigo misma de Miguel. Se toma otro comprimido. ¿Qué hará? ¿Estará de verdad con otra? Te has lucido, Clara. Vaya, ahora sí parece que viene el sueño, mañana será otro día, Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía…

Lejos, muy lejos, lejísimos, parece que suena un teléfono; deberían contestar, son unos pelmazos, ¿por qué no contestan?

El señor López decide arruinar la carrera intrusa de Cecilia Hoces, azafata paralela. Porque *la Pasiega* sólo es azafata de congresos en el D. N. I. Donde antes decía «Profesión: Estudiante» sin haber estudiado nada desde que dejó la escuela, once años, ahora se lee «Azafata de Congresos» de acuerdo con su declaración al renovar el carnet.

El señor López llega a la puerta de la 1509 y golpea con los nudillos.

Cecilia y Miguel están a punto de iniciar un mutuo conocimiento más íntimo; ya se ha esfumado entre ellos el sórdido efecto del pedir y del dar, la huella fenicia de las diez mil pesetas que este pendón maduro, amable y tranquilo pagó por adelantado con elegante disimulo en el *hall*.

—Están llamando a la puerta.

—No hagas caso; en los congresos hay mucho trompa. Alguno anda despistado.

—Sigue llamando.

—No hagas caso, cariño, anda, ven.

—¡Están abriendo la puerta!

Cecile, Sesil, Cecilia Hoces, *la Pasiega*, salta desnuda de la cama y corre hacia la puerta.

Hace falta ser de frío mármol, hielo puro. Julián R. López se muestra, aparentemente, insensible ante Cecilia, que se le presenta en el pasillo totalmente desnuda, fabulosamente desnuda, tersa y mitológica, como

escapada de un tapiz, terminada con esmero, pulida y acabada sin un fallo, poniendo cara de ingenua medio dormida y, en seguida, de ingenua asustada.

—¡Espere, espere!

Vuelve a salir cubriéndose con una bata y el asunto se pone peor para López y para cualquiera que tuviese que discutir con ella: el contraluz está claramente a favor de Cecilia.

—¿Qué desea?

—¿Señorita Cecilia Hoces?

—Sí.

López saca una tarjeta de identificación: agente de seguridad del hotel.

—Policía del hotel. ¿Quiere vestirse y acompañarme?

—¿Yo? ¿A usted? Soy una cliente. Voy a quejarme mañana mismo a la dirección.

—Mejor ahora mismo. Es usted cliente del hotel, está usted como cliente individual, todo en regla, incluso tiene usted pagada la habitación hasta pasado mañana. Nadie tiene derecho a molestarla.

—Entonces, déjeme tranquila.

—Pero voy a registrar la habitación, y si encuentro a un señor, me temo que no va a poder esperar a mañana para hacer la reclamación.

Miguel se pone los pantalones apresuradamente y asoma la cabeza.

—Oiga, amigo, ¿por qué no pasa usted y discutimos esto amistosamente?

—Buenas noches, señor. Con usted no va nada. Puede irse a su habitación.

—No tengo habitación, yo le explicaré.

—¿Conque te los traes de la calle?

—Oiga, amigo.

—Perdón, señor, no somos amigos. Me temo que tendré que llamar a la policía para que aclare este asunto.

López tiene fama de hueso y, entre las fulanas, de malvado. Pero en ningún momento ha pensado en poner este asunto en manos de la policía, siempre que Cecilia y su acompañante se comporten civilizada, ordenadamente.

Cecilia ha recogido sus cosas en un maletín. Está en el despacho de López.

—Ahora vamos a ser buenos los dos. Yo no te entrego a la policía y tú me prometes que no volverás al hotel ni como cliente ni como turista.

—Pero yo he pagado. Tengo mi reserva hasta mañana; pagué por adelantado en la agencia.

—También has cobrado, pequeña. Ahora dime la verdad; ese señor te ha pedido que le devolvieras diez mil pesetas.

—Es un embustero; no me ha dado ni un duro.

—¿Seguro?

—Ha querido aprovecharse; eso es lo que pasa; ven que os ponéis de su parte y abusan de nosotras.

—¿De quién, de las azafatas? Oye, me gustaría que fueses azafata, tú no eres mala chica y tienes ideas, sabes hacer las cosas; ¿lo has sido alguna vez?

—No, la verdad, no tengo estudios.

—Pues ándate con ojo que como te pillen las azafatas de verdad te pueden meter en un lío.

—¿Por qué, por hacerles la competencia?

—No te pongas faltona.

—Hay cada una…

—Hay de todo, pero las azafatas son chicas muy honradas, como las enfermeras, las telefonistas, las secretarias. Claro que si un congresista se encuentra contigo, irá contando por ahí que en Madrid se liga a manta, que en el mismo hotel no hay más que escoger entre las azafatas. Oye, ¿por qué no le devuelves a ese fulano las diez mil pesetas? Qué corte, pobrecillo, cuando le has dicho que era mentira.

—Y es mentira, no me ha dado nada. Mira mi bolso: dólares, francos belgas y en moneda española, a tres mil pesetas no llegan.

—Hay una cosa que me tiene intrigado, Cecile. ¿Tú usas sostén?

—Sí.

—Es que me acuerdo muy bien; yo te había visto antes; fue hace casi un año, cenando en el *grill* con un belga; no llevabas sostén; nos apostamos algo un camarero y yo; él decía que no, yo que sí. Claro, él te estaba viendo desde más cerca. Perdí la apuesta.

—Pues ahora sí lo uso.

—¿Siempre?

—Casi siempre.

—Cuando te vi en el ascensor no lo llevabas.

—No recuerdo; ahora sí.

—¿Me dejas verlo?

—¿Por pura curiosidad o porque al final vas a resultar uno de esos que te perdonan si les dejas dar una culadita gratis?

López se acerca a *la Pasiega*, ella se pone en pie.

—No me toques ¿eh?

—Tú sabes que no voy a tocarte; anda, desabróchate la blusa.

Perra vida; no hay nada que hacer; este tío es un estrecho; a Cecilia Hoces se le hacen las piernas un temblor; se rinde, llora, mete una mano en el pecho.

—¡Bueno, sí las tengo, son mías! —Y saca entre dos dedos un rollito verde, diez verdes, diez mil pesetas—. Son mías ¿no? ¿A ti qué te importa? Esto no es asunto tuyo.

López las coge; abre la puerta.

—Pase usted, señor Tejuelo, aquí tiene su dinero; éste es un hotel muy serio.

—Gracias; no debía haberse tomado tantas molestias.

—Es mi deber.

También se ha derrumbado Miguel; es un pardillo tímido, nervioso, avergonzado, cogido en falta como un marido de vodevil, tratado indulgentemente por este hombre más joven que él y tan seguro de sí mismo, tan abominablemente correcto, un tipo duro, un funcionario impecable que le hace sentirse mísero comprador de caricaturas, el comercio más triste, eso no se compra, no lo compra un hombre sano, un hombre normal, se siente envilecido, palurdo, diez mil pesetas porque le finjan el gran lujo gratuito del placer, pero, hombre, si ése es el Gran Regalo Original, el éxtasis magnífico para el pobre y el rico, el éxtasis cómplice del hombre y la mujer unidos por algo incalculablemente más valioso que diez billetes de mil pesetas, limpio, natural, graciable, a cambio de nada, ni un céntimo, no se puede hablar de dinero en el trueque sin trampa, en el gratificante y universal convite de los sexos.

—Oiga, quisiera aclarar, en descargo de la señorita y en el mío…

—No se moleste, olvídelo.

—Quiero decir que yo no vine a esto, que ella no me trajo; yo estaba esperando que me dieran habitación.

—Entiendo, entiendo, no se moleste en darme explicaciones.

Caminan casi juntos por el ancho pasillo enmoquetado. Cecile sonriente, Cabiria de los grandes hoteles, habituada al tropezón, al embarque, al chasco, a la pirula, al listillo que te la juega, al chantaje, al chuleta que te hace un rififí de manitas en el bolso y se te larga cuando menos lo esperas. Sonríe ya al futuro, que no se presenta como para sonreír: se le acaban de cerrar para siempre —bueno, eso lo veremos— las puertas del más grande de los hoteles de Madrid.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? Tengo el coche en la puerta.

—Bueno.

—A tu casa o a donde quieras.

—A estas horas, a mi casa.

El Mercedes rueda sosegadamente por la avenida del Generalísimo. Cecile mira de reojo a Miguel. No está mal, para ser viejo y tener un «Merche» no es de los que se suben a la parra, parece buena persona.

—Oye, perdona, chico.

—¿Por qué?

—Por decirle al fulano ese que no me habías pagado.

—Mal hecho. Debiste decirle que en este negocio no se admiten devoluciones.

Miguel desvía el coche hacia el lateral; lo detiene. Saca de un bolsillo el rollito, los diez verdes, tal como salieron del pecho acogedor de *la Pasiega*.

—Toma, Cecile.

—Oye, no.

—Cógelo.

—No, de verdad; me costó trabajo soltarlos, pero son tuyos; ni tú ni yo hemos tenido la culpa; a los dos nos ha destripado la noche ese malaje; qué tío.

—Vamos, toma el dinero; no pongo el coche en marcha hasta que no lo cojas.

Vamos, chica, no te hagas más la estrecha; el viejo te ha salido dulce; trinca, no vaya a ser que se arrepienta.

—Bueno, lo cojo con una condición.

—Guárdatelo y dime después la condición.

—Que te vengas a mi casa; tengo un apartamento, ya verás, mejor que el hotel. Anda.

Cecilia de Hoces, generosa, agradecida navegante de la noche, se vuelca sobre Miguel y lo anima con un beso convincente:

—¿Vamos?

—Espera. Voy a esa cabina. Tengo que hablar por teléfono. Es un momento.

Clara emerge a medias del sueño cuando el timbre del teléfono deja de sonar. Entonces lo descuelga precipitadamente, pero ya no hay comunicación. El miedo la despabila un poco; miedo a que fuese Miguel y a que Miguel piense que ella también ha escogido la libertad. Vuelve a sonar la llamada:

—Clara.

—Miguel, ¿dónde estás?

—¿Qué te pasa, Clara?

—Nada, dime ¿dónde estás?

—Tienes la voz muy rara.

—Estoy drogada… He tomado pastillas…

—¡Clara, qué has hecho!

—Es que no podía dormir. ¿Dónde estás?

—¿Cuántas pastillas has tomado?

—Dos, creo. ¿Dónde estás?

—¿Dos? ¿Seguro?

—Creo que sí.

—Llama al médico, ahora mismo. Voy corriendo, Clara, voy ahora mismo.

¿Qué le pasa a éste? Viene de la cabina con los pelos de punta y los ojos como platos. Este tío viene de hablar con su director espiritual, ya verás; arrepentido hasta las cachas.

Miguel entra en el coche. Es verdad, parece otro. Su voz noes la misma, se ha endurecido: ordeno y mando.

—Lo siento, chica, bájate, no puedo entretenerme ni un momento. Vamos, no te quedes ahí parada.

Ni pío, yo no digo ni pío, ahueca el ala, Ceci, que al tío le ha pegado fuerte el avenate; coge tu maletín y hale, a la puñetera rúe.

El coche se aleja ronroneando. Cabecea suavemente y exhibe en la noche el lujo luminoso de su popa rutilante: luces de posición, el intermitente ámbar, el rojo aviso de la frenada al llegar al semáforo. Cecilia con su maletín en la mano sonríe, intrépida, a la adversidad mientras pide a los angelitos negros de las prostitutas náufragas el humilde milagro; la lucecita verde de un taxi.

—Nunca acabaré de conocerlos, qué tíos los hombres; y éstos son los que mandan en el mundo.

Cecilia Hoces *la Pasiega* se enfrenta animosamente, a golpe de tibia, con el desierto de la Castellana y hasta se permite el lujo de decir que no a un militar norteamericano que detiene junto a ella, con chirrido de gomas y rechino de frenos, un carro ostentoso Heno de cromados por fuera, y de

klinex, cartones de tabaco, vasos de papel parafinado, latas de coca-cola y galletas vitaminadas por dentro.

—Lo que me faltaba esta noche, un gringo… ¡Taxi, taxi! ¿Ves? Dios aprieta pero no ahoga. Y menos a las niñas buenas como yo.

—¿Partimos de cero?

—Vamos a intentarlo, Miguel.

Clara lo ha leído en algún sitio y ello le permite entender más fácilmente la reconciliación apresurada: «El amor es, a veces, una revelación; se nos da como un regalo inesperado, extraordinario: dos personas viven juntas cinco, diez, veinte años; conviven en paz, nunca se han preguntado si están enamorados; de pronto se dan cuenta de que no pueden vivir el uno sin el otro».

Clara y Miguel saben ahora que ese amor es su amor, que es real, lo han vivido: hoy, esta noche, tienen pruebas suficientes de que, por el momento, son incapaces de vivir el uno sin el otro. La ternura y la alegría del reencuentro les llenan de confianza: qué bien, está clarísimo, nos queremos, nos queremos muchísimo, habría que estar loco para dudarlo.

Miguel llegó preocupado, temeroso de encontrarse con una Clara moribunda; acongojado y culpable, intentaba inútilmente introducir la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió. Clara, despierta, acicalada y acogedora, compensaba con su presencia el deslumbramiento fugaz producido en el espíritu de Miguel por el juvenil encuere de Cecilia *la Pasiega*. Aquel desnudo frutal y prometedor no ha destemplado la atracción que lo une a Clara ni podría empobrecer el recuerdo de incontables momentos de sabrosa comunicación erótica perfeccionada día a día —¿día a día?[2]— en esa compenetración permanente enriquecida de los amores perseverantes, duraderos, gratificados en la práctica reiterada de algo que es mucho más que un pasatiempo.

Clara obró con diligencia, sabiduría y astucia en el escaso tiempo que Miguel tardó en llegar. Eligió gasas, encajes y lacitos adecuados, puso en ordenado desorden la mata de pelo, que es anzuelo muy eficaz —el Antiguo Testamento así lo dice— y borró de su rostro los regueros del llanto, la atrición y la ira, el turbio estigma de los somníferos y hasta las huellas implacables de los años. Tenía los ojos brillantes, la boca entreabierta, sonriente, y un gesto dulce, sumiso, de pacto jubiloso, cuando abrazó, en la misma puerta, a Miguel.

No partían de cero. Partían de quince años juntos y enamorados. Sin embargo, los dos episodios de aquella noche tormentosa les habían roto defensas que parecían muy sólidas y, paradójicamente, les descubrían sólidos soportes en los que apoyar el futuro. Han vivido una ruptura demasiado fácil; ahora, relajados y contentos, enternecidos y eufóricos después de un reencuentro absolutamente satisfactorio, echan las campanas al vuelo y piensan que es posible dar por cancelado tanto lo bueno como lo malo: son los enamorados del primer día; pasan la esponja empapada en ese detergente maravilloso que lava más blanco y deciden borrar, de una sola pasada, quince años tersos y una noche áspera.

Sólo les falta aplaudir; les ha salido todo perfecto; incluidas esas frases de película norteamericana: Ava Gardner y Tyrone Power, o Rock Hudson y Liz Taylor, después de haber estado a pique de divorciarse, yacen abrazados en una cama fastuosa de apartamento duplex en la Quinta Avenida; entonces lo dicen:

—Qué tontos hemos sido, cariño.

—Ha valido la pena, amor.

—Algún día todo eso nos parecerá un mal sueño.

—Olvidémoslo.

—Sí, amor.

—¿Partimos de cero?

Suaves trompetas, lánguidas notas de jazz, penumbra, *zoom* lentísimo y un beso de garabatillo: *The End*.

Como la película termina justamente ahí, nadie se pregunta por el futuro. Bien claro está: el futuro va a ser ese beso inacabable; siameses labiales para toda la vida.

Pero Clara y Miguel, que siguen vivos y actuantes, aunque ligeramente borrachos de sueño y de placer, deberían decir algo más que esas dos frases de guión, bellas y tontainas:

—¿Partimos de cero?

—Vamos a intentarlo, Miguel.

Para ellos sí existe el futuro; está ahí mismo, ha empezado ya desde el mismo momento en que, terminado el beso, hablan de un nuevo partir. El futuro llega sin que ni él ni ella propongan reglas y condiciones para el pacto. Ignoran que parten de cero hacia una paz de duración imprevisible. Esa paz atrincherada; unos la llaman paz armada; otros, guerra fría.

* * *

—Tiene una llamada, señor Sabater; el señor Tejuelo.

Miguel quiere que Argimiro Sabater lo apoye frente a las maniobras financieras de Amado-Miño.

—Voy a verte y estudiamos el asunto. Tengo un plan; creo que te gustará. Tenemos que cortarle el paso; César es un amigo, pero como socio me preocupa.

—Hoy no puedo. Ven mañana; tengo ahora mismo una entrevista, unos alemanes; han venido al congreso ese de la pierna izquierda.

—¿Qué?

—Parece broma ¿verdad?

—Eso creí yo, que era una broma.

—No, no, qué va, es una cosa muy seria. Este laboratorio alemán está trabajando en lo de la pierna; tienen aislada una glándula y la hormona que produce; van por delante de Estados Unidos y de Sudáfrica, pero no se atreven a seguir adelante porque en la República Federal son muy pejigueras con cualquier producto que les huela a excitante.

—¿Excitante de qué?

—¿No lo sabes? De la emotividad erótica. Hay una glándula casi microscópica en la pierna izquierda. Produce hormonas aplacantes de la libido. Lo que han conseguido esos laboratorios es un producto que neutraliza esas hormonas, es decir, que deja suelta la libido sin necesidad de cortar la pierna.

—¿De cortarla?

—Es un decir, pero no creas que exagero; muchos abueletes darían una pierna por recuperar el último tango. Vamos a ver, Miguel; si a ti te dieran a elegir después de un accidente o algo así, estás muy malito y va el médico y te dice: para salvarle la vida tengo que amputarle la pierna izquierda o el pito: elija.

—Vete a…

—Déjate, déjate: ¿tú qué elegirías? ¿No te harías cortar antes la pierna? Hale, Miguel, vente por aquí, hombre, y me ayudas en la entrevista; tú has viajado mucho y sabes tratar con esa gente. Además, quiero que veas el asunto; me gustaría que metieras unos milloncetes.

—No puedo ir porque yo también tengo aquí una junta con mis muchachos. Van a la huelga. Y no puedo darte unos milloncetes porque ¡a ver si te enteras! eso es lo que estoy necesitando para que Amado-Miño no se nos quede con la sociedad en la próxima ampliación de capital. ¿Vale?

—Vale, vale.

Miguel entra en la sala de consejos, lugar casi sagrado, se utiliza dos o tres veces en el año; estancia noble, alfombrada, penumbrosa, perfumada de lacas y maderas, ricas maderas en las paredes, en las puertas macizas, barrocas, silenciosas, en las estanterías —con su Espasa dormido, su Aranzadi inconsulto y una extraña, contradictoria, mezcla de libros de arte y objetos de plástico—, en la gran mesa de caoba, cancha de juego para millonarios activos; alrededor de ella, Miguel juega corteses partidos con sus financieros, recibe pelotas envenenadas de César Amado-Miño, pases amistosos de Latoba, de Sabater y alguna zancadilla pequeña de Esgueva o Solano.

Pero esta mañana juega otra partida y el equipo es muy diferente. Y diferentes el humo espeso y las colillas. Y los gestos.

Aracelio Román, que lo esperaba en la puerta, entra pegado a los talones del mando. El jefe de personal, sonrisa pálida, es cal y arena; ya veis, compañeros, aquí os lo traigo, no diréis que no cumplo, pero no fastidiéis, que yo estoy entre unos y otros y a mí me vienen las cornadas por todas partes.

—Pase, don Miguel.

—Mucha gente ¿no, Román?

El jefe de personal asiente con sonrisa precavida, cómplice. Ya se lo ha anticipado a Miguel: van a estar los de Comisiones además del jurado; déjelos, don Miguel, o los escucha usted o lo que acuerde con el jurado no sirve ni para papel de envolver; hágase el distraído, déjelos estar. Y están, sí, señor: mucha gente, don Miguel, hay trampa con su permiso. Cerezo, Valderas y Salas, sentados, serios, miran con sereno, adusto y preocupado gesto al director. Salas es nuevo en el comité de huelga; sustituye a *Pichichi* después de una espinosa deliberación:

—Os voy a meter en la sala de consejos, pero al *Pichichi* no.

—Es un luchador. Preso cinco veces; tiene derecho.

—Es un fanfa y un bocazas, se va de caña y lo estropea todo. Vosotros también habéis estado presos y no se os ocurrió amenazarme con abrirme la cabeza.

—Igual te lo hubiéramos dicho, no es por defenderle, él se adelantó pero todos pensamos que al jefe de personal que colabore con la empresa y no colabore con el obrero hay que partirle la boca… Lo que sí estuvo feo es que te mentara a tus hijos para acojonarte, las cosas como son, nosotros no somos terroristas ni queremos violentar a nadie; solamente concienciar al obrero y defenderlo.

—Bueno, pues eso; yo al *Pichichi* no lo meto porque sé que va a echar las patas por alto y, francamente, porque no le perdono lo de mis niños.

Fue elegido Salas. Se lo explicaron muy bien al *Pichichi*, él quedaba en reserva para cuando hiciera falta romper las negociaciones. De momento interesa ver venir al capital; vamos, *Pichichi*, que no se diga; te reservamos lo más divertido.

Miguel se sienta en la presidencia, mira uno por uno a los componentes del jurado y, finalmente, a los tres comisionados.

—Ustedes han sido elegidos por la base ¿no?

Cerezo y Salas asienten. Valderas, más explícito, responde:

—Exactamente.

—Bien; su presencia aquí es ilegal, esto debo hacerlo constar como presidente, pero me alegra verles puesto que tienen la confianza de sus compañeros. ¿Sacaron muchos votos?

—Todos: hemos sido elegidos por aclamación.

—Enhorabuena; ahora que en los sindicatos fascistas hay división de opiniones, altercados y votos en contra de la postura oficial, ustedes consiguen el lujo de votaciones unánimes: un lujo de puro estilo nacional-sindicalista.

—Aquello era opresión; esto es democracia.

—De acuerdo, señor Valderas. Yo quiero leerles una respuesta a su escrito de reivindicaciones, pero si antes desean decir algo, les ruego que lo digan.

Pide la palabra el señor Salas. Miguel duda un momento.

—Mire, Salas, usted no puede hablar oficialmente. Pero yo quiero que hablen, ya que están aquí y, en el fondo, tienen derecho a estar. Entonces, si les parece, en el acta que conste que usted ha sido invitado como observador o asesor y que usted transmite una opinión del personal y el jurado la hace suya, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Hágalo constar en el acta, Román. Tiene la palabra el señor Salas.

—Sólo he de decir una cosa: la base no acepta contraofertas. O se aceptan todas sus peticiones o se declara la huelga.

—Tendrán ustedes que solicitar permiso de la Delegación de Trabajo.

—Será una huelga libre. O, si usted quiere, ilegal o, si lo prefiere, salvaje.

—Ya… Bueno; creo que su forma de plantear el diálogo no corresponde a mi actitud; el hecho de que usted esté presente es prueba de mi deseo de llegar a un acuerdo ¿no? Podría suspender el acto…

—Suspéndalo, pero no nos trate como intrusos ni hable de legalidad. No admitimos más legalidad que la que emana del pueblo y de sus representantes demo…

—Democráticamente elegidos. No lo discuto, sería perder el tiempo y quiero aprovecharlo. Les voy a decir lo que pienso de sus reivindicaciones. Primero: tenemos convenio vigente hasta dentro de catorce meses. Segundo: estoy muy de acuerdo con sus peticiones de amnistía, regreso de exiliados y restantes reivindicaciones políticas, pero entiendo que deben pedírselo al rey o al gobierno. Y me alegraré si son atendidos en tan nobles aspiraciones.

Las palabras de Miguel son acogidas con tres sonrisas, tres gestos de no entiendo una palabra y tres caras de póquer o, más bien, de usted se cree muy gracioso pero maldita la gracia que nos hace.

—¿Eso es todo? —pregunta Cerezo haciendo ademán de ponerse en pie.

—No, por favor, no he terminado. Debo añadir que, según el convenio, dentro de dos meses habrá un aumento del ocho por ciento en todos los sueldos, dentro de ocho meses una nueva revisión en la que se tendrá en cuenta el índice de aumento del coste de la vida, y puedo añadir que he sondeado al Consejo de Administración y, además de ese ocho por ciento, puedo garantizarles una subida lineal, que es lo que ahora está de moda.

—¿Y las demás reivindicaciones?

—Lo más importante es el salario. No estaría bien modificar ahora, precipitadamente, acuerdos como los de jornada laboral, vacaciones…; no son problemas urgentes.

—Todo es urgente. La base nos ha comisionado para exigir el paquete entero de reivindicaciones. Y no depende sólo de nosotros; en todas las fábricas de plásticos se está planteando la misma situación de conflictividad. Denunciamos la problemática total.

—Bien. Si les parece, vamos a tomarnos un descanso. Señor Román, aquí está mi oferta, la de la empresa; entregue copia a todos los reunidos y dentro de una hora reanudamos las conversaciones. Así, pueden ustedes consultar con la base.

Miguel regresa a su despacho. Al pasar por secretaría pide a Seilas que le ponga con Estados Unidos; teléfono directo del despacho de Karyan, el viejo tiburón del plástico.

—Pero ahora no hay nadie en la Synthetical.

—Lo sé, lo sé. Tienen un contestador automático durante la noche. Voy a grabarle un mensaje; quiero que sea lo primero que oiga esta mañana el viejo.

Lo tiene escrito en inglés, para poder largarlo sin pausas ni tartamudeos.

—*Dear mister Karyan*…

Lentamente lo va leyendo: que estoy en un aprieto, que usted no puede hacerme eso, que aquí la competencia es tremenda y no estamos unidos los fabricantes como allá, que míster Salustiano Rodríguez es muy duro…

Entra la secretaria y le enseña una tarjeta; alguien desea verle. Contesta con un gesto: no, no estoy. Continúa leyendo: que ese tanto por ciento es indefendible… Entra otra vez la secretaria con la misma tarjeta. Pero en ella hay escrito, ahora, un nombre: un nombre de mujer. Que sí, que sí, que pase. Y pasa. Miguel acelera el dictado, termina, cuelga el teléfono, sonríe y la mira.

—Ahora te escondes.

—¿De qué?

Isabel Clara Eugenia juguetea con algo así como seis collares y unos cuantos colmillos de bestias carniceras.

—De mí.

—Es verdad. Me escondo de todas las chicas que intentan venderme libros. Yo compro libros en las librerías y cuando me han dicho que una señorita de Editorial Castillanova quería hablar conmigo he dicho que no estoy.

—Ahora tienes miedo.

—¿Miedo? Isa, yo lo paso bomba sólo con verte. No hagas novelas con tu vida; sabes que no es cierto; cuando te quitaste la caretita y la secretaria me dijo que la señorita vendedora de libros era Isabel Clara Eugenia eché el puente levadizo y te hice pasar inmediatamente. Y muy contento; no sabes la falta que me hacía ver una cara como la tuya.

—Es que hubiese sido como mucha jindama seguir negándote.

—No enredes las cosas. Nunca recibo a una vendedora de libros. A los chicos sí; les compre o no les compre, si tengo tiempo, los recibo y charlo un rato con ellos; hacen un trabajo muy difícil, sé la cantidad de gente que les da con la puerta en las narices, y me admira ver cómo siguen con su sonrisa; no se desaniman, no pierden la cara, qué tíos. Pero con las chicas es diferente: me atrinchero.

—¿Por qué?

—Porque me conozco; no sé decir que no a una chica; son jóvenes y, bueno, están muy bien y son más tenaces que los chicos, más persuasivas; acabo por comprarles lo que les da la gana. Abusan de los viejecitos verdes como yo y nos colocan unas enciclopedias rarísimas. ¿Tú has visto en casa una hilera de seis libros horrorosos, con el lomo a cuadritos? Es la

enciclopedia de los crucigramas, seis tomos, seis mil crucigramas y sus soluciones, papel cuché, cuatricromía. Me lo vendió una moza; a mí que no he hecho un crucigrama en mi vida. No creas que tengo nada contra ellas, al contrario, es que las temo porque me, me, me…

—Pareces una oveja.

—¿Ves? Soy débil, Isabel, me obnubiláis, eso es. Una cosa es comprar libros y otra cosa es lo que yo hago, yo, yo, la culpa es mía, lo sé; ellas vienen a venderme libros, y se van cuando han conseguido lo que se proponían. Pero yo no firmo la hoja de pedido porque me interese el libro; me interesa quedar bien con la chica, me interesa quedar simpático, estoy medio lila porque me ha dicho «de esto entiende usted mucho, usted que es un hombre culto, usted, que se ve que gasta dinero en vestir elegantemente, me gusta visitar a chicos como usted…» cosas así; no sé resistirme; y ahora, Isa Clara de mi alma, déjame decirte una cosa: me gustas, me gustas tanto que me da miedo pensar lo que ocurriría si te besara otra vez… ¡Abróchate ahora mismo!

Isa se ha abierto la blusa; abierta del todo, y debajo no hay nada; nada de ropa. El gesto lo ha visto en el cine; dicen que el desnudo en el cine es artístico cuando lo exige el guión; dicen que sólo los reprimidos pueden ver obscenidad en el desnudo si se justifica en la narración. Pero ocurre que las chicas, algunas, claro, todas no pueden y algunas no quieren, aprenden el gesto, piensan que es eficaz y que cuando un hombre duda, vacila, trata de escurrirse, el guión de la vida autoriza el destape; las chicas lo han visto, es muy fácil y saben eso de que una imagen vale más que mil palabras; se abren de blusa y no se degradan con ello porque piensan que no están ofreciendo algo a cambio de otra cosa, no están diciendo mira lo que te doy si eres bueno; piensan que están argumentando. Y saben, o intuyen, el refrán de las carretas; es decir, conocen el poder de su argumento.

—Abróchate ahora mismo, esto no conduce a ninguna parte, chiquilla, maldita sea, que esto me ocurra contigo, abróchate o me voy, anda, tápate, por favor, que así no podemos hablar. Y no sigas por ahí; te aseguro que no soy de piedra, que… bueno, que sí, que estás fenómeno por dentro, pero no podría, contigo no podría, te lo juro. Me sentiría tan cerdo, tan culpable, no puedo aprovecharme de que tu padre te parezca ahora un monstruo.

—Un gusano.

—Un gusano.

—Y tú otro. Y además de gusano eres de la piompa. Venía a ofrecerte mi nuevo domicilio; me he independizado. Pero no te molestes en ir; voy a poner un cartel en la puerta: «Maricas no».

—¿Te abrochas o te riego con un *spray*? ¡Maldita sea! ¿Te das cuenta de lo que me estás haciendo, niña? No sería hombre si me aprovechara; esa blusa no se me abre así por rabia ni por hacerle la puñeta a papá… Si estuviésemos unidos por algo, juntos, solos, pensando en nosotros y no en tu padre, abrazados, si nos hubiésemos besado, yo, yo y no tu cabreo, yo te desabrocharía la blusa, te acariciaría.

—Qué horterada; sólo falta que me digas que sonaría música muy suave y estaríamos en un sofá y la luz sería muy poca, una lamparita en un rincón, y una botella de champán, y nuestros ojos brillarían de pasión, tralarí, tralará, vete a la mierda.

Sobre la mesa deja su tarjeta «Isabel - Edificio Karaka II. Apto. 1017» y el número del teléfono; Isabel, sin claras eugenias, sin apellidos, sin diminutivos; Isabel, decidida a la contestación violenta, a romper la baraja, a devolver castañazo por castañazo a sus padres, a materializar su protesta haciendo exactamente lo mismo que mamá dulce, mamá reina, mamaíta querida: liarse con un señor casado y con edad para ser su padre.

Miguel entra en el cuarto de aseo a refrescarse la cara; mira al espejo como hipnotizado por sus propios ojos.

—¡Imbécil!

Y se remoja furiosamente; niña, niña, no hay derecho, ha estado a punto de conseguirlo y me pasaré la vida preguntándome si he hecho el idiota desperdiciando… Pero bueno, qué preguntas, no podrías, sería peor que meterte en un burdel, sería como acostarse con una chica que necesita dinero porque o compra unos antibióticos o se muere su padre, o con una viuda que no tiene un duro y su hijo mongólico se muere de hambre; esa niña está con un cabreo mortal y le ha dado la rabieta por ponerle los cuernos a su padre con un amigo; nada, Miguel has hecho muy bien, te has portado como un hombre —se mira otra vez en el espejo— como un caballero; está de caerse la niña, pero tú eres un caballero. ¡Imbécil!

Cuando sale, confuso, pálido y ajustándose la corbata, el jefe de personal, Aracelio Román, sonríe beatífico y tristón desde la puerta.

—Estamos esperando.

—¿Y qué tal está el asunto?

—No sé, no sé, don Miguel. Mal, creo. A mí no me dicen nada.

Caras largas. Miguel ocupa su puesto de presidente. El jefe de personal está muy nervioso. Siempre ha sido portavoz del jurado en estos casos, pero ahora hay otras voces, los apóstoles han salido de la clandestinidad, han

abandonado el cenáculo y llevan la voz de la justicia demandada, la voz de la reivindicación exigida: la voz cantante. La dura voz de Salas.

—La base no acepta.

—¿Nada?

—Ya le dije que todo o nada. Y mantienen la postura.

—Les he ofrecido una subida lineal de tres mil pesetas.

—Mire, de eso es mejor no hablar; en un país en el que un trabajador tiene de salario trescientas cincuenta pesetas diarias, un aumento de veinte duros le puede parecer a usted algo del otro mundo. ¿Se da usted cuenta? Un padre de familia con seis o siete criaturas y la mujer…

—Y la suegra… Y a lo mejor un subnormal en la casa… No dramatice, señor Salas; creo que no hay un solo empleado de esta casa en esas condiciones. Que yo sepa, aquí nadie cobra el salario mínimo.

—Estoy hablando en general. Nuestro bloque de reivindicaciones no admite retoques.

—¿Ni un solo retoque? ¿Quieren ustedes todo lo que dicen en este escrito?

—De momento, eso.

—De momento… Sí, ya veo que de momento han soslayado la problemática sexual; en el escrito no se contempla el tema de la querida. ¿Piensan incluirlo en su próximo bloque reivindicativo?

—Usted me pide que no dramatice, y yo le pido que no trivialice; nadie pide queridas, los trabajadores se contentan con una sola mujer; no somos consejeros ni directores generales.

—Perdone, hablaba en broma. Si les parece, vamos a intentar llegar a un acuerdo; tratemos, por lo menos, de discutir un poco.

Suena el teléfono. Lo coge el jefe de personal.

—Es para usted, don Miguel. El ingeniero jefe de producción.

El ingeniero parece furioso.

—¿Qué estáis discutiendo ahí, Miguel? Todos los talleres han parado. Van a estar sin trabajar una hora.

—¿Por qué?

—Para apoyar a sus representantes, dicen. Hoy paran una hora. Si sus peticiones no son aceptadas, mañana se nos pasan medio día haciendo la estatua.

—Está bien. Gracias.

Miguel se ha puesto pálido. Le falla entrenamiento en la dialéctica laboral. La más larga de las caras es ahora la suya.

—¡Esto no se me hace, señores! Creo que nos conocemos; siempre nos hemos entendido; ni la empresa ni yo merecemos esto. Voy a pedirles un favor: vayan a los talleres y digan al personal que se ponga a trabajar inmediatamente, o quedan suspendidas las deliberaciones y seguiremos las vías legales. Se levanta la sesión. Dentro de una hora, si no se altera la normalidad, volveremos a reunirnos; pero, por lo que más quieran: recuerden que siempre nos hemos tratado como amigos.

Salas replica a bote pronto.

—Mejor será que lo olvide usted si es que alguna vez pensó en serio que podíamos ser amigos.

—De acuerdo. Pueden volver a los talleres.

—¿Quiere decir que rechaza nuestras peticiones?

—Quiero decir que podemos seguir hablando, pero no así. Esto no puede seguir como reunión del jurado de empresa en presencia de estrellas invitadas mientras el personal intente coaccionarme. Les espero en un lugar neutral. Aquí cerca sólo tenemos el Nickis; les invito a una copa en Nickis dentro de una hora.

En Nickis no hay ni un alma. Ni siquiera la del único camarero; está medio dormido y como ausente.

—¿Un qué?

—Un manhatan cóctel.

—De eso no tenemos. Hay pinchitos de tortilla y montados de lomo… y patatas chis.

—¿Tiene usted whisky bourbon?

—¿Cómo?

—Deme una cerveza.

Miguel ha llegado paseando hasta Nickis, un whisky club a doscientos metros de la fábrica, en el camino de Leganés. De día lo atiende un mozo con cara de trasnochado, pálido de no ver la luz del sol, de madrugones mal digeridos y dietas de almendras, cacahuetes, vodka, ginebra y agua tónica. Por la noche el local está muy animado con siete mozas que son siete máquinas de fornicar allí mismo, visto y no visto, en cuatro dormitorios elementales, sofá catre, bidet y aguamanil. Cuando el cliente ha hecho dos consumiciones, más dos de la moza, ochocientas pesetas y la propina, la chica se deja querer y por tres mil pesetas salta la barra y se lleva al cliente por la escalerilla de caracol

al sofá sudado de otras espaldas y perdido de gatillazos y despistes seminales: total, quince minutos; a mil pesetas el ay; a doscientas pesetas el minuto.

Miguel enciende un pitillo, bebe despacio.

—¿Y las chicas?

—Vienen a las ocho.

—¿No viven aquí?

—¿Aquí? No. Antes se quedaban, pero vino la brigadilla y se las llevaron; a ellas y a los dueños. Tuvieron esto cerrado tres meses, pero cerrado total, les quitaron las licencias y lo… lo clausuraron, eso es. Verá usted: si las chicas viven desmancipadas, o sea en su casa, esto es un bar con camareras. Si viven aquí esto es una casaputas aunque, la verdad, yo no veo la diferencia, pero es la ley. Así que el dueño, los dueños, vamos, eran un padre y un hijo, oiga usted, no lo entiendo, palabra, los dos maricas ya ve, casados y con hijos, pero maricas a base de bien, oiga, y tenían una casa de prostitución, que eso sí les va bien a los maricas, pero lo de casarse y tener hijos se me hace raro. Se pegaron en la cárcel un mes; salieron con la fianza y traspasaron el negocio. Por eso se puede abrir, que a ellos no se lo hubiesen autorizado ya ni para futbolines, pero el nuevo dueño sabe por dónde se anda, conque las chicas a la media hora de cerrar no queda ni una.

—Se van con algún fulano.

—Algunas sí. Pero casi todas se van a su casa, con sus niños, o con la familia. Una tiene el padre paralítico y un hermano de esos ¿cómo le dicen?, esos que tienen los ojos como de chino…

—¿Mongólico?

—Eso. Es que hay que decirlo así. Un día lo trajo aquí y no sé quién dijo que qué desgracia tener un hermano tonto y se puso furiosa, que eso no se dice, que se dice subnormal. Y la verdad es que no cuesta trabajo, las cosas como son. Yo es lo que digo desde entonces, porque lo de mongólico no se me queda, me acuerdo del Kunfú y del Fumanchú; creo que eso es lo que me arma el lío. ¿Es que quería usted ocuparse con alguna chica?

—No, no, qué va. Es por curiosidad; me ha extrañado ver esto vacío.

—Cambia de la noche al día. Esto ahora es un barcete, y de noche, las cosas como son, lo que le dije, una casa de mala nota, aunque la policía tiene que hacer la vista gorda porque vivir vivir aquí no viven ni los dueños, nadie. Yo, si es que eso es vivir: vengo a las tres de la mañana, trabajo ahí, en el hotel Los Magnolios, vengo, me acuesto en el sótano y cuando cierran a las cinco o por ahí, me paso a una cama de arriba, con una manta debajo y una manta encima, porque en esos catres debe haber sífilis y purgaciones para

pringar a un regimiento, y vuelvo a abrir a las once, ya ve usted. Doce mil pesetas al mes, la cama gratis y las propinas, pero no crea que esto es vida, que si no fuera por la familia, de qué. Oiga, y no le he dicho lo más curioso, ¿a que no sabe usted por qué esto se llama Nickis? Porque los dos dueños, el padre y el hijo, se llamaban Nicanor. ¿Verdad que no le pega llamarse Nicanor a un marica? Y menos, a dos. Pues sí, señor, yo aguanto esto por mi mujer y los dos chavales; los tengo en Villanueva de la Serena.

Miguel termina su cerveza. La hora concedida a los representantes democráticos de la fábrica se le está haciendo muy larga. Teme que el camarero le salga con otro drama familiar, la mujer, los niños, la emigración, un padre paralítico, un hermano preso. El hombre puede haberse contagiado de las novelerías del personal femenino; el mundo no cambia; recuerda aquellas fulanas de sus años de estudiante, aquellas muchachas que le echaban un corazón enorme al oficio y fingían alegrías y desmanes, travesuras y gozos, para vencer su poquedad y la del cliente, pero cuando cundía la confianza y se establecía una verdadera comunicación, surgían estas mismas historias del hermano parado, la madre viuda, el hijo en un colegio de monjas y el lisiado que no lo puede ganar y conserva su vida de vegetal humilde gracias a las ingles abnegadas de la hija, la hermana en buena hora envilecida, echada al barro para aliviar penas y sacar adelante a la familia.

—¿Qué le debo?

—Una cerveza ¿no? Veinte pesetas. Por la noche, doscientas, ya ve la diferencia; lo que les digo a mis compañeras, usted me entiende: chicas, yo debo ser muy feo. Por el precio de la consumición lo digo.

Miguel deja veinticinco pesetas sobre el mostrador.

—Gracias.

—Oiga, ¿tiene usted un cuarto por ahí dentro donde podamos reunirnos unos amigos?

—Mire, no, la verdad, en siendo cosas inmorales, entiéndame usted, hay que esperar a las diez de la noche.

—Le he dicho unos amigos. Es para hablar de negocios.

—Ah, bueno, eso sí. Tenemos aquí detrás el cuarto de los concejales, así lo llaman, no es que sea sólo para que alternen los concejales, pero ya sabe usted, un día vino un concejal y, desde entonces, el cuarto de los concejales.

—Vale. Ahora vuelvo; tomaremos unas copas.

—Lo que mande.

Miguel se va hacia la puerta.

—Oiga, señor, ¿no será cosa de inmoralidad?

—Le he dicho que es para hablar de negocios; hombres solos.

—Por eso; es que las inmoralidades de hombres solos las persiguen más todavía. Y ahora está eso muy de moda.

—No se preocupe.

Miguel sale al camino y ve acercarse corriendo al jefe de personal, Aracelio Román, con la lengua fuera y la frente coronada por las espinas del fracaso, nublada por incertidumbres y miedos; qué oficio miserable, rompeolas, eso es lo que soy yo, aguantando tarascadas del poder y de la oposición; que no trago, que no.

—Que no, don Miguel, que no vienen; que esto no es un lugar digno, eso dicen: que le esperan en la sala de consejos; no vea qué modos, les ha parecido un insulto.

—Ellos lo han querido. Vamos.

Miguel camina a zancadas. Ha mordido la corteza amarga del árbol de la ira y entra desencajado en la sala, aparentando calma, recreándose en lo que va a ser como una representación dramática. Todos, menos Salas, agachan la cabeza. Salas no pestañea siquiera, aguanta la mirada del director general, que habla con la suavidad agresiva del poderoso que va a sacudir al vasallo en la mismísima cresta.

—¿Usted quién es?

—Emiliano Salas, oficial de primera de la sección de acicalado.

—¿Sí, eh? Pues incorpórese a su sección lo antes posible y procure no incurrir en falta o será usted sancionado.

—Le pregunto a usted, como representante de la empresa, si rechaza nuestras peticiones.

—Y yo le ordeno que se incorpore usted a su puesto. Inmediatamente.

—Me temo que no valora usted…

—Señor Salas, salga de aquí inmediatamente o lo sancionaré.

—En nombre de los trabajadores…

—Señor Salas, márchese. Y usted, señor Román, como jefe de personal, comuníquele en mi nombre que, a partir de este momento, queda suspendido de empleo y sueldo. Mañana se le comunicará la sanción.

Los compañeros Cerezo y Valderas piden la palabra. Ya tienen al patrón en el bote; cabreo en tercer grado, ha perdido los estribos y ellos no van a desperdiciar la oportunidad de poner las cosas peor: el conflicto marcha.

—No hay palabras que pedir o que dar. Ustedes dos están aquí de más.

Responden que actúan en representación de la base, etc., etc., y Miguel les suspende también de empleo y sueldo. Con ello consiguen que las

negociaciones no adelanten un solo paso y se queda solo con el jefe de personal.

—¿Qué le parece?

—Que ya ha armado usted el follón, don Miguel.

—¿Usted también? ¿Es que les va a dar la razón?



El guerrero está triste. ¿Qué tienes, qué te pasa, corazón, qué le duele a mi niño?

Clara ignora las tensiones laborales, las complicaciones financieras, los descalabros comerciales; Miguel sólo le enseña la cáscara de sus preocupaciones; para Clara, el conflicto laboral, las intrigas de Amado-Miño y el contrato con Salustiano Rodríguez son como telegramas de agencia que nos hablan de terremotos en China o de fusilamientos en Angola. El ceño de Miguel enternece su alma, ¿qué te pasa, corazón? y, poco a poco, el ceño se distiende con las caricias, y las preocupaciones quedan momentáneamente arrinconadas, barridas, aventadas por los besos, las sábanas tibias de gozo y el abrazo final; qué bien, al diablo las huelgas, Clara, te quiero, Clara mi amor.

Clara está llorando.

El grupo de abogados laboralistas felicita a Salas.

—Lo habéis hecho muy bien. Guindaleta supera la fase previa y ahora debéis mantener la actitud reivindicativa sin forzar la conflictividad.

—Mañana mismo podemos paralizar la fábrica.

—Aún no; habla con los de la coordinadora; tenemos que hacer progresar el espíritu reivindicativo en otras seis fábricas; van más despacio; no todos tienen la suerte de contar con un Salas. Estos días vais a dedicarlos a mentalizar a los compañeros: o los explotadores aceptan el paquete o huelga total. Que no falte el paro diario. Ayer fue una hora, mañana dos.

—Y si hace falta prendemos fuego la fábrica.

—Venga, *Pichichi*, no seas rancio; eso es más viejo que la sarna.

Algo ha cambiado. Algo actúa al margen de su voluntad y hasta de su alegría de vivir, convivir y amarse: lágrimas. Clara observa, alarmada, este síntoma casi aterrador, este llanto manso, oculto. Si no odiase la psiquiatría que la hizo víctima de un enfermo miserable, intentaría averiguar con ayuda

de un especialista en heridas del alma en qué lugar de su almario consciente o subconsciente nace esta aflicción. Clara, en sus dorados, radiantes cuarenta años y Miguel, joven aún, viven un amor total, desde la mutua tolerancia hasta la mutua entrega, desde sentirse unidos dando un paseo, viendo una película, hasta desearse, buscarse, darse con ánimo de muchachos que acaban de inventar un juguete estupendo. El impulso surge inesperado y frecuente, sin horario ni calendario; se entregan al retozo con satisfacción y pericia, compenetrados, habilidosos, conocedores del ritmo, la luz y las palabras; es como una música, como una partitura. Clara, que siempre quedaba como adormecida, sonriente, dichosa, ha empezado a llorar lágrimas tristes, mansas pero incontenibles; llora en silencio como afligida por un placer tan satisfactorio siempre, siempre, aun en aquellos lejanos primeros días de habitaciones alcahuetas y casas de vecinos de las que eran expulsados por el casero y por una honesta y escandalizada clase media que convertía en túnicas de ángeles guardianes, armados con espadas llameantes, las libreas tronadas de los porteros de fincas urbanas. Llora como las mocitas de las comedias antiguas, como las campesinas de los dramas rurales, que lloraban siempre después de abandonarse irreflexivamente en los brazos del gañán arrogante o en los del señorito libertino.

Pero ni a Clara ni a nadie se le ocurriría relacionar estas lágrimas furtivas, paradójicas, desmandadas —que anegan en misteriosa llantera momentos que siempre fueron golosina y semisueño feliz de cuerpo acariciado— con los lejanos, olvidados escrúpulos de su descenso al escándalo.

Clara disimula el inexplicable lloriqueo, aunque en alguna ocasión es incapaz de evitar un melancólico suspiro como de viuda que de pronto se acuerda de su difunto; esos suspiros inesperados ante una fuente de canapés o en el informal ambiente de un café-teatro, cuando la viuda resucita en su mente al marido, en el recuerdo asociado de caviares compartidos, de músicas erotizadas, de penumbrosas, antiguas, condescendientes *boîtes* de *gin-fizz*, vocalistas y orquídeas que florecen en la lunar claridad.

—No sé; soy una tonta.

Miguel ha preguntado con preocupación.

—¿Qué te pasa?

Clara le ofrece una sonrisa dolorida, de niña que consigue el globo después de una rabieta, de madre que asiste a la primera comunión de un hijo cojito, de vendedora de pipas que acierta doce resultados de quiniela y piensa que por fin va a poder comprar una radio de transistores y un carrito de inválido para su anciano padre.

—No es nada, Miguel, de verdad; qué tonta, no hagas caso.

—¿Qué tienes, Clara?

—Nada, de verdad.

—Algo te ocurre.

La respuesta se produce por sí sola. Clara la oye como si hablase otra persona.

—Pensaba en mi padre, pobrecillo.

—¿Por qué no los invitas a comer?

—¿A comer?

—A los dos, a tus padres.

—¿Mi padre a comer aquí? Qué cosas se te ocurren, Miguel. Anda, cariño, duerme.

—¿Es que tus padres no van a aceptar nunca lo nuestro?

—Ahora menos que nunca ¿no lo comprendes?

—Sí lo comprendo. Si quieres, lo comprendo: están donde estaban. A quien no comprendo del todo es a ti. Antes no llorabas. ¿Cuántos años llevamos casados?

—¿Casados?

—¡Casados, sí, casados! ¿O es que no piensas ahora que cuando decíamos estamos casados hablábamos en serio? Te reías de tus padres; te reías ¿no lo recuerdas? Para nosotros no había duda, eres mi mujer, soy tu marido. Y así están las cosas.

—Miguel, voy a pedirte un favor.

—Dime.

—Dos meses de paz. Si me ves llorar, no te sientas preocupado ni desairado; no pienses que estoy echando lágrimas al cuento: lloro y ya está. Discúlpame, no puedo evitarlo. Creo que se me pasará: es algo nervioso.

—Pero es que no lo entiendo.

—Ni yo. No intentes comprenderlo; estoy deprimida, melancólica, lo que quieras. Si fuese depresión nerviosa lloraría ¿no? Pues eso; déjame, deja de observarme dos meses; hazte el distraído si se me saltan las lágrimas, ni siquiera trates de consolarme, no tienes por qué, no lo necesito, soy muy feliz contigo, te quiero.

—Pero no eres la misma.

—Ya lo sé que no soy la misma, ¿qué quieres que te diga? Esto pasará.

—Pero ¿no comprendes que yo acabaré también por no ser el mismo? Clara, no me gusta, pero si crees que necesitamos dos meses de paz, vamos a hacer las cosas bien. Desde mañana, dormiremos separados.

—¿Qué tiene que ver?

—Es lo mejor; nos evitaremos estas explicaciones, esas lágrimas. Yo no puedo ¿lo entiendes?, no puedo hacer nada si sé que después te vas a echar a llorar.

—Esto se me pasará.

—¿Ya mí, se me pasará? Me da miedo pensarlo, pero no lo puedo evitar. Se te pasará, sí, pero ¿que te parecería si entonces yo echara de menos tus lágrimas, eh? A lo mejor te pregunto ¿no lloras?, ¿es que ya no me quieres?

—No seas retorcido.

—Eso es lo malo, que acabaremos retorcidos; lo nuestro ha sido siempre muy normal, y ahora se está llenando de rarezas: no quiero que acabemos majaretas… ¿Dos meses, dices? Conforme: dos meses a pan y agua; sexual quiero decir.

—Lo odioso es que hablemos de esto como de un régimen alimenticio.

—Más vale tomarlo así, que no sea lo que algunas veces me temo.

—Ya.

Clara no dice más: ya. Ha entendido, y prefiere no tocar el tema porque la alusión es evidente: lo que teme Miguel forma parte también de sus propios temores. Temen que el amor haya muerto: la teoría del padre Armentel.

Clara había acudido al padre Armentel en uno de esos momentos de crisis espiritual que sólo se resuelven —se resolvían; no saben la faena que han hecho a sus ovejuelas abdicando los carismas— con la ayuda de un cura. El padre Armentel fue muy famoso en los últimos años cincuenta por su programa radiofónico «En la onda de Dios». Clara le escribió contando sus penas y obtuvo por radio una respuesta brevísima: «A *Corazón Angustiado*: siento no poder tratar su caso en el programa; el tema es demasiado personal y casi escabroso. Procure salir urgentemente de esa situación».

Clara pidió al padre una entrevista: necesitaba su consejo. Se encontró con un cura joven, vestido de seglar. Vivía en el centro de Madrid, en un piso en el que se alojaban otros curas de paisano al cuidado de unas monjas que tampoco vestían hábito. Habían pasado por Roma y eran como precursores del Concilio Vaticano. Tenían, o creían tener, una fe que les permitía llevar el mensaje evangélico por el mundo como los antiguos apóstoles, sin uniformes ni púrpuras. Algunos de ellos tenían, además, tres o cuatro empleos en actividades cultas; enseñanza, prensa, editoriales, censura; su vocación sacerdotal se satisfacía con la misa temprana, rezada en un latín muy italianizado que llamaba «cheli» a los cielos con aparente frivolidad.

El padre Armentel no dijo a Clara lo de «si esta noche os llegase la muerte a cualquiera de los dos, estaríais condenados al fuego del infierno para toda la eternidad». Su sentencia fue, en el fondo, más dura. Porque la idea de la condenación eterna impresiona mucho, pero el miedo pasa pronto; el pecador intuye que tan dura ley dejaría insalvables a demasiados compinches; no se puede imaginar la bondad infinita de Dios en un cielo semidesierto desde el que se contemplaría un infierno atestado de malditos y, también, de buenas gentes que comieron una rodajita de chorizo en un viernes de cuaresma o que un día sintieron la tentación —sólo la tentación aunque consentida y golosa— de pasarle la palma de la mano por el culete a una señorita distraída o tontorrona. La sentencia del padre Armentel fue más dura porque no había que esperar a morir: mataba.

—Su amor está muerto, hija mía. Perdone esto de «hija mía», es lenguaje del púlpito y de la radio, no lo torneen consideración. Ese amor está muerto, aunque ustedes creen estar viviéndolo y, realmente, viven una aventura esencialmente honrada.

—No es una aventura, padre.

—Quizá le parezca injusto que lo llame aventura, pero ¿qué es si no?; están luchando por un amor sometido a trabas durísimas; prueba de ello es que usted se llama a sí misma «Corazón Angustiado».

—Pero no estoy angustiada por él; son los otros, mis padres, mi marido legal, mis compañeros de trabajo; no puede hacerse idea…

—La tratan como a una mujer fácil, ya lo sé. Hace pocos días conocí otro caso, una señora también muy hermosa y separada del marido. El abogado que le habían recomendado en el obispado intentó… bueno, imagíneselo, dijo que a una clienta tan guapa le llevaría el pleito gratis, se propasó, trató de aprovecharse. Ésa es otra amenaza constante: cada uno de ustedes se ve permanentemente requerido, tanteado, acosado; piensan que va a ser fácil, porque les consideran inmorales no sólo de conducta sino de condición. Por eso, lo suyo está virtualmente muerto; si ahora no lo saben, lo descubrirán tarde o temprano.

—Estamos muy vivos y muy unidos.

—También yo estoy unido a esa ocarina; usted no sabe de lo que yo soy capaz con una ocarina; y estoy unido al micrófono, me chifla hacer «En la onda de Dios», pero cualquier día me aburriré de la ocarina o tendré una pelotera con el director, o con el asesor religioso de la emisora y sustituiré la ocarina por el tenis o por la filatelia, y la radio por una cátedra o por una columna del *Ya* o de *ABC*. Lo que nunca dejaré es el sacerdocio; a eso sí que

estoy unido; para siempre. A ustedes dos, nada les ata; se *sienten* unidos, pero los sentimientos pasan.

—También pasan para los casados.

—Pero el sacramento no; el sacramento es para toda la vida; no une, ata.

—Si lo sabré yo.

—Ata y vivifica, como las raíces; por eso el amor de los casados soporta mejor las pruebas; las cadenas les obligan a creer en su amor.

—Pero eso es una aberración; amar, cadenas…

—Sí, cadenas; saben que están encadenados y renuncian a la imaginación; cuando el amor decae piensan que se reanimará y, de hecho, se reanima y, casi siempre, se salva. A veces se salva con un parche, pero vale; un coche rueda igual con ruedas parcheadas; lo que ocurre es que hay más riesgo de nuevos pinchazos y nuevos parches.

—Nosotros no hemos pinchado, padre; son los otros quienes nos amargan…

—Ahí está: los otros. Llega un momento en que usted o ese señor piensan que vivir sin la aprobación, sin la aceptación de los otros es muy duro y que el amante no aprecia el sacrificio; llegan las bronquitas, los reproches y no existe nada sólido que salvar; se piensa que el amor ha muerto y no hay compromiso, ni cuerda ni nudo ni clavo ardiendo al que agarrarse: mira qué pena, ya no nos queremos, o ya no te quiero, para qué te voy a engañar, adiós, que te vaya bien. Y una infidelidad, que en el matrimonio se resuelve con lágrimas, algún grito, algún desperfecto en el mobiliario, en esas situaciones se puede resolver sin un grito, sin una lágrima, o con gritos y lágrimas, pero sin perdón. Se piensa que el amor ha muerto y el amor muere. Muere del todo aunque los amantes, por algún tiempo, continúen unidos.

Clara inocente, Clara ingenua, casada, separada, adúltera, liada, liadísima, Clara infeliz, se asombra:

—¿Juntos sin quererse?

—Conozco casos; este oficio mío, porque esto tiene su parte de sacramento y su parte de oficio, me pone en contacto con muchos corazones angustiados. Usted me pregunta ¿qué debo hacer? Sepárese de ese señor. No puedo recomendar otra cosa ni como sacerdote ni como experto en matrimonios y similares. A todos les digo lo mismo. Y, desgraciadamente, casi todos son incapaces de salir de la trampa; no le hablo de matrimonios ahora, sino de uniones irregulares, de líos; ellos me dicen que no pueden separarse: me da lástima, pobrecilla. Y ellas me preguntan: ¿y qué hago si me separo; qué va a ser de mí?

—Ése no es mi caso; tengo familia y trabajo. Puedo vivir sin él.

—Entonces no tiene usted escape, hija mía, y ahora digo hija mía con toda mi alma; usted es una pecadora, lo es porque quiere, por amor al pecado: sálvese, está a tiempo. No, no hablo del infierno, aunque tampoco pierda de vista ese aspecto del problema, la condenación; hablo de este infierno particular en el que usted vive; sálvese ahora; salga de ahí; organícese una vida honesta, su trabajo, sus amistades; salga de ese clima de corazón angustiado que sólo puede tener un final muy triste: la muerte del amor.

—¿De verdad quieres que durmamos separados?

—Tú me has pedido una tregua; ésa es la tregua. No podemos hacer las cosas a medias: no acabaríamos nunca.

—Puede que tengas razón.

—Lo malo va a ser que si lloras no sabrás si es por lo de siempre o porque estás sola… ¿No te digo? Acabaremos gateando por las paredes, no hay derecho, Clara, con lo tranquilos que podíamos vivir, no hay derecho, de verdad; ahora que todo se me vuelven follones en la fábrica, encima esto, problemas sentimentales y dos meses de abstinencia.

—Ha sido idea tuya, Miguel.

—Ya, ya: y lo vamos a cumplir a rajatabla.

* * *

HOY NO SE TRABAJA. TODOS A LA IGLESIA DE SAN CATALINO.

El piquete disimula; parece un grupito de mirones inocentes. La guerra es el *Pichichi*, él solo, altivo, orgulloso de su misión de abanderado. Cuando los obreros de Guindaleta van a entrar en la fábrica, se lo encuentran: el *Pichichi*, como un poste, con la pancarta. Ésta es la respuesta a una nota de Dirección en la que se les comunica, en el octavo día de paros intermitentes, que no se toleran más interrupciones en el trabajo. Cerezo, Valderas y Salas habían recibido carta imponiéndoles un día de suspensión de empleo y sueldo. Los tres sancionados rechazaron el escrito, no firmaron el acuse de recibo y le dijeron al jefe de personal que nada, hombre, tú cumples con tu obligación dándonos el papelito, eres un trabajador y haces tu trabajo, tan amigos, oye, pero nosotros no firmamos y tú se lo dices a la empresa, que no hemos admitido la sanción, y tan amigos, pero si te pones verticalista o empiezas con el cuento de que firme un testigo y de que lo hagamos por ti que eres padre de

familia, o te pones en plan baranda, pues tampoco firmamos y, además, a lo mejor nos entra el cabreo y te encuentras con una patada en donde no lo parles.

Los que intentan entrar al trabajo son transfigurados psicológicamente por los hombres del piquete que, como si despertaran de un sueño, se animan de pronto en una dialéctica vivísima de palabras, gestos, cortes de manga y ostentación de armamento adecuado. En la iglesia se concentran a lo largo de la mañana los obreros de las siete fábricas en conflicto. Porque en las siete han ocurrido, más o menos, las mismas cosas.

Miguel pasea por el silencio de los talleres vacíos. Los administrativos están en sus puestos; se rigen por otra ordenanza y los piquetes tienen orden de permitirles entrar al trabajo aunque su actitud sea ridiculizada con abucheos, balidos de oveja y algún insulto moderado que no afecte al honor ni a la familia: prohibido mentar a la madre.

—Don Miguel —la voz del jefe de personal suena con ecos insólitos en la nave desierta—; que le llaman del sindicato.

Nada menos que el presidente.

—Oye, Tejuelo, eso hay que arreglarlo, hombre. ¿Cómo se te ocurre despedir a tres agitadores? Eso es lo que querían.

—No he despedido a nadie.

—A tres; dicen que a tres.

—Un día de suspensión cuando lo justo hubiese sido llamar a la policía y que los metieran en la cárcel. Además, no han dejado de venir al trabajo, pero ese día no lo cobran. Ni las horas que están perdiendo porque se lo mandan…

—No empecemos, no empecemos, Tejuelo, que en seguida nos creemos que todos los obreros tienen hilo directo con Moscú. Esto hay que arreglarlo. A las cuatro os espero. Vendrán ellos también.

—¿Quién?, ¿los democráticamente elegidos por la base?

—¿Por qué no, hombre? Podemos admitirlos como testigos; los enlaces sindicales serán quienes hablen y pacten oficialmente.

—Estás listo; no pintan ni torta.

—Si vosotros atendéis razonablemente sus peticiones, sí pintarán. Pero prométeme que vais a ser comprensivos.

En la iglesia de San Catalino el aire es denso, carbónico y metropolitano. Un curita joven se enfrenta por primera vez con esta parcela desconocida del pueblo de Dios. Está entusiasmado.

—Así debería oler siempre la casa de Cristo: huele a Evangelio.

—Huele a leches. Voy a quemar un poco de incienso.

—Se ruega a los compañeros que no fumen. Los que quieran fumar que salgan a la calle y vuelvan.

—¡En la calle están los grises!

—Pero no hacen nada. Y al que le dé miedo de las porras, que pase al patio. Y los que han traído comida, que no tiren al suelo papeles ni desperdicios; en el patio hay un cajón. Vamos a demostrar que sabemos usar de nuestras libertades.

—¿Y para los que no hemos traído comida, hay bocadillos?

—Silencio, compañeros, escuchad.

—Os vamos a leer varios telegramas. Los compañeros de Nylder, S. A., de Amberes; los de Pok and Pok, de Londres; los de Cals, S. A., de Abersdam, nos comunican que apoyan nuestras reivindicaciones y mañana harán un paro de cinco minutos en señal de adhesión. La U. T. T. de Sevilla, el Comité de Lucha de Granollers, la Confederación Obrera de Pravia…

—¡Que vienen los enlaces!

Trabajosamente, treinta enlaces sindicales avanzan hacia el altar mayor. Poco a poco el alboroto se hace murmullo. Cuando Sebastián Mielero, presidente vertical de la U. T. T., se acerca al micrófono y pronuncia el primer «compañeros», hay un silencio total.

—Hemos conseguido grandes mejoras, compañeros. No ha sido fácil, pero aquí traigo la lista.

Se acerca al micrófono el compañero Díaz Lechón, de Comisiones Obreras, y pregunta:

—¿En nombre de quién habéis hablado?

—De todos nosotros, tú lo has visto, estabas allí.

Díaz Lechón toma el micrófono y aclara:

—Compañeros. Vuestros auténticos representantes, nosotros, hemos estado mudos en esas negociaciones. Vuestros auténticos representantes fuimos elegidos aquí, pero no se nos ha permitido expresarnos libremente y hemos preferido callar. Sin embargo, está claro que ha habido una negociación. Vamos a escuchar respetuosamente a este compañero, a ¿cómo te llamas tú? Mielero ¿no? Vamos a escuchar, con el deseo de que comprobéis que, como de costumbre, la negociación ha sido una claudicación. Pero eso lo juzgaréis vosotros y lo sentenciaremos democráticamente.

—Compañeros —dice Mielero emocionado—; os aseguro que hemos luchado y la prueba está en que hemos conseguido mucho, muchísimo, más que nunca; aumento lineal de cuatro mil quinientas pesetas.

Y se arma el escándalo socio-político.

—¡Los sindicatos fascistas han traicionado al obrero!

Mielero y sus enlaces son abucheados y expulsados de las gradas litúrgicas aunque se les autoriza a seguir en la iglesia porque, al fin y al cabo, son trabajadores; la asamblea se reanuda.

—¡Los que estén contra la huelga que levanten el brazo!

Mielero sale de la iglesia y entra en un bar. Marca en el teléfono un número: el del presidente del sindicato.

El presidente parece cansado, pero muy contento.

—Gracias, Tejuelo; habéis sido muy comprensivos. Gracias a vuestro sacrificio mañana todo el mundo trabajando. Y habrás visto que los de Comisiones no se comen a nadie: no han abierto el pico.

La secretaria se asoma al despacho del presidente.

—Está al teléfono Mielero; dice que es urgente: hay huelga.

Dios escribe recto con renglones torcidos. En la iglesia de San Catalino se fraguan acontecimientos irritantes, contradictorios, tortuosos, imprevisibles. Tan imprevisibles que su epílogo, aún moderadamente lejano, tendría lugar en la nobilísima y solemne iglesia de San Jerónimo el Real.

## *Segunda parte*

## 1

## RAPSODIA DE LOS JERÓNIMOS

La verdad es que no sé cómo ha sido, cómo he podido dejarles hacerlo, cómo han rodado las cosas y hemos venido a parar a todo esto. Dios sabe que es amor, que quiero a Clara, que nunca he pensado vivir con otra; lo de Isaclara es diferente, un bombón, una revancha, no es amor, me he sentido siempre marido de Clara, unido a ella para siempre pero esto es una payasada; tiene guasa, que me pregunten a estas alturas, delante de medio Madrid, si quiero a Clara.

—Sí, quiero.

Mírala, tan contenta. Por ella vale la pena, pero mejor sería sin esta función; nos estamos cubriendo de gloria.

—Sí, me otorgo.

Ella lo merece, pero no hacía falta. ¿A qué viene tanto farde, tanto altar mayor, tanto chaqué, tanto visón?

—Sí, la recibo.

Y sobre todo, ¿qué pinta en mi boda el alcalde de Madrid?

Fue como una epopeya. Las epopeyas suelen tener un arranque anodino; se empieza tomando el aperitivo con unos frailes y se acaba descubriendo América para los norteamericanos; lo que al principio es casi nada, una intuición, un reto, una aventura a ver qué pasa, se llena luego de acontecimientos transcendentales y acaba en apoteosis gloriosa. Como esta boda; «Miguel Tejuelo y Clara Gilmaestre os participan su próximo enlace y os invitan a la ceremonia nupcial que tendrá lugar en la iglesia de San Jerónimo el Real…».

Y la cena en el Ritz.

Apoteosis gloriosa para una decisión desprovista de grandeza. Miguel ofreció a Clara la boda como un regalo y lo hizo conmovido y afectado por las tensiones del conflicto laboral. La totalidad de la plantilla se había

encerrado en la iglesia de San Catalino —incluidos los administrativos, que, al fin, fueron democráticamente integrados en el conflicto; no pudieron resistir a las instancias cada vez más convincentes de sus compañeros en lucha; al jefe de personal se lo pasó de mano en mano un piquete y lo dejaron como un cristo—. Parecía que el conflicto no iba a resolverse nunca; Miguel, desazonado, deprimido y harto, después de haber esperado hasta las once de la noche una respuesta a sus ofrecimientos conciliatorios, volvía a su casa decidido a colgar temporalmente las llaves del negocio y no dar ni un paso más.

Hasta las once de la noche en un bar. El comité se había negado a reunirse en otro lugar; un bar honrado, no un prostíbulo, como pretendió un día el director general; no deliberaremos ni en la fábrica ni en el sindicato; ya no jugamos más en campo contrario.

—Si quiere entrevistarse con nosotros, le esperamos en el bar Los Trimotores, a las ocho. Está en la calle de Juana González Usera, ya sabe, a las ocho, bar Los Trimotores. Puede acompañarle su abogado.

Juana González Usera, ¿quién sería? En la periferia de Madrid hay nombres de calle que suenan a su pasado rural tan reciente. El bar era pequeño y aún conservaba aires de taberna y hasta tenía un corral y una parra y un rincón criadero, moridero mejor, de gallinas, de seis gallinas solteras, sin gallo y sin porvenir, separadas del emparrado por una red metálica.

Miguel acudió solo; prescindió del abogado que no haría con su presencia más que empeorar las cosas. Los abogados no sirven para claudicaciones; su oficio les impide hacer pactos contrarios a la ley; no son partidarios de aconsejar públicamente concesiones a las que su cliente no esté obligado. Recomiendan el arreglo, pero lo hacen en la intimidad, a la chita callando. Su misión es señalar el suelo y el techo de los deberes y de los derechos del cliente y cuando pactan no lo hacen con el contrario sino con el colega, nunca con Salas o el *Pichichi*. Miguel sólo le pidió ayuda para redactar una propuesta de acuerdo y se presentó en Los Trimotores a cuerpo limpio, sin más compañía que su hastío.

La reunión, alrededor de cuatro cervezas, un whisky para el *Pichichi*, que era así, fantasioso y dado a las grandezas, y unos pinchitos de berberechos, duró cinco minutos. Cerezo leyó la propuesta de Miguel y, cuando iba a hablar, Salas le cogió del brazo y tomó la palabra.

—Ya sabe, señor Tejuelo, que aquí los compañeros y yo somos representantes, o sea portavoces; no podemos contestarle sin consultar a la base. Así que ahora entramos en la iglesia y lo sometemos a votación.

Tres horas en un bar incómodo; el programa de televisión se despeñaba sobre su cabeza desde lo alto; no podía verlo porque la mesita estaba situada justo bajo el televisor. Tres horas dando primero largos tragos, luego pequeños sorbos a la cerveza Hojilla y sosa.

—Oiga, ¿no tiene otra mejor?

—Sí, señor, de lata, pero están lacias. Aquí no hay tiro; antes sí, que venían los sargentos del aéreo y ésos querían lo mejor, por eso me quedan algunas; bien buenas que eran, danesas, pero están esmarrías. Una ginebra superior sí tengo, holandesa, ¿quiere probarla?

—¿Y de tapa sólo tiene los berberechos?

—Tengo patatas a la brava, aceitunas rabiosas y champiñones al ajillo.

—Póngame otra cerveza y unas patatas.

Así hasta las once. Volvió sólo el *Pichichi* y se sentó frente a Miguel.

—¿Quiere tomar algo? Pida lo que quiera.

El *Pichichi* se volvió hacia el dueño:

—Oye, compañero, tráeme otro Johnny Walker. Sin soda, oye.

—¿Vienen sus compañeros?

—Vengo solo. Están buenas las patatas.

—¿Trae usted respuesta?

El *Pichichi* dio un sorbo al whisky, se enjuagó con él la boca antes de tragarlo, dejó el vaso en la mesa, apoyó los brazos, miró fijamente a Miguel y dijo que no; sólo eso:

—Que no.

—¿Y para eso me han hecho esperar tanto?

—Se ha hecho una consulta, se han expuesto libremente las diversas opiniones, se han discutido serenamente los pros y los contras, se ha votado.

—Ya; que no.

—Por unanimidad.

—¿Otro whisky?

—No, gracias: el tercero es el peligroso.

Camino de su casa, Miguel eructaba cerveza mala, patatas incendiarias y cabreo antidemocrático; qué faena, se acabó, desde mañana me siento a verles venir, no hago más el cabrito; me voy a Marbella; que me avisen cuando quieran trabajar, cerrado por capricho patronal, toma castaña, me voy con Clara a Marbella, me voy con Clara a Marbella…

—Clara, nos vamos a Marbella.

—¿A Marbella?

—Sí, a Marbella.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Mañana o pasado.

—Cuando tú digas. ¿A qué hora tengo preparadas las maletas?

—No sé; lo he decidido ahora, mientras venía.

—¿Has cenado?

—No ¿y tú?

—Te estaba esperando.

Y fue entonces cuando funcionó un extraño mecanismo, se dispararon inesperados resortes y Miguel se encontró con Clara entre los brazos; reían.

—¿De verdad me has estado esperando como una abnegada esposa sin comer, sin beber, sin adormilarte siquiera, como la mujer del guerrero?

Las represiones del conflicto laboral y el desvelo de la mujer que espera al hombre que ni llega ni llama por teléfono ni se sabe dónde está, encontraron alivio en ese invento maravilloso, lleno de recursos, de sorpresas, de renovados alicientes. Fue como si acabaran de conocerse y estrenasen una emoción urgente; se desnudaron a tirones, quitándose prendas sin desabrochar, a la pata coja, tirando la ropa en cualquier sitio; reían y se buscaron con ánimo exaltado y alegre. Después olvidaron urgencias y precipitaciones; acudieron en su ayuda los cinco sentidos para que aquello resultase bien hecho, sumando los recuerdos, las experiencias de un largo convivir en el que cada caricia había sido inventada por ellos mismos, para ellos mismos que se regocijaban en sus propios hallazgos creados, aquilatados, sin necesidad de estudiarlos en un libro.

Miguel observó de reojo a Clara, que permanecía abrazada a él y sonreía levemente con los ojos cerrados. Tenía el labio inferior entre los dientes como intentando conservar alguna sensación, saborearla mientras durase. Era la misma Clara de los primeros encuentros, la Clara agradecida, confirmada como mujer en aquella unión, liberada de dudas y de recuerdos obscenos en aquel amor sin psiquiatras y sin capitulaciones.

—No hemos esperado los dos meses.

—Ni dos semanas.

No hubo lágrimas ni suspiros; Clara recuperaba la alegría; en aquellos amodorrados instantes no se acordó para nada de sus atribulados padres. Y fue entonces cuando Miguel —no sabe si agradecido a aquella compañera que lo esperaba sin cenar, que aceptaba un viaje a Marbella sin hacer preguntas, que, finalmente, había puesto entusiasmo, nervio e imaginación en un

inesperado encuentro en el que les dieron las doce sin cenar aún pero plenamente identificados—, fue entonces cuando lo soltó. Miguel se ha jurado muchas veces a sí mismo que la frase le vino a los labios como dicha por un extraño y la oyó como si hablase otro, aunque al oírla experimentó una sensación apacible; alivio, eso es; sintió alivio como quien se quita un zapato estrecho o se saca un huesecito de pollo de entre los dientes.

—Clara, te cambio el viaje por otra cosa mejor: cuando quieras nos casamos.

Y ya están casados.

> —No sé por qué, pero me parece que debería estar más contenta. Por mis padres, infelices, ellos sí que están en sus glorias.
>
> —Sí quiero.
>
> Y por mis mejores amigas. No por darles una alegría, no porque se alegren; por darles en los dientes; qué mala sangre tienen, qué prisas por legalizar y santificar mi situación. Mis padres no me hacían llorar, en eso no fui sincera con Miguel; a mis padres llevo muchos años…
>
> —Sí, me otorgo.
>
> … sacudiéndoles sin contemplaciones, casi a propósito, recreándome en la faena. Ha sido por ellas que me lo planteaban como un desafío. Pues aquí lo tienen, a tragar mecha, majas: en los Jerónimos, de blanco y plata, los testigos de chaqué y trescientos cincuenta invitados que van a ir ahora mismo al Ritz a comerse medio millón de pesetas que nos va a costar la orgía. Mi padre quería pagar la mitad, eso decía, de boquilla; él lo ha organizado todo, y, como siempre, se ha pasado de rosca. ¿Qué pinta aquí el alcalde?

Demetrio Gilmaestre se puso tan contento con la noticia que sólo le faltó anunciar la boda en televisión. Clara tardó unos días en notificar a sus padres el fin de la ignominia con la pronta restitución del honor perdido. Antes que a los padres deseaba informar a sus amigas que ya empezaban a ponerla verde por persistir en una situación irregular habiendo tantas iglesias en las que bastaba entrar, arrodillarse y pedir las bendiciones. Lo hizo llamándolas una por una; sé que te alegrarás, con voz suave de íntima alegría, sí, Miguel me lo ha pedido; qué bien, me alegro, Clara, mejor así, estarás loca de alegría; no es para tanto, contenta, sí, naturalmente, pero no lo echaba de menos, Miguel ha

sido siempre muy bueno, mejor que muchos maridos, no sé la fecha, depende del papeleo, será una cosa íntima, con unos pocos amigos y con mis padres, Pobrecillos, por ellos sí que me alegro, nunca lo han querido entender; naturalmente, Clarita, los padres ya se sabe, a ti te ocurriría lo mismo si una hija tuya se fuese a vivir con un señor; es verdad, no había caído en ello, qué tonta.

Para Demetrio Gilmaestre —el último en saberlo— decírselo fue como una invitación a quemar tracas acompañadas de fuegos artificiales, desfiles de carrozas, marchas triunfales, discursos de la corona, juegos florales, safaris. Safaris, sí; el padre de Clara se lanzó a la caza de alcaldes, ministros, canónigos; fue el gran tambor resonador de una boda que se deseaba recogida, íntima, y puso todo su empeño de castellano honrado en magnificar, detalle por detalle, cuanto se preparaba para dar fin al oprobio.

Miguel asistió desde lejos, estupefacto a veces, a aquel salirse de madre. Andaba muy ocupado con la huelga que se resolvió, de pronto, con sorprendente facilidad. Las últimas reivindicaciones, añadidas a las del famoso paquete, parecían imposibilitar cualquier acuerdo.

Exigimos: destitución del presidente del sindicato, dimisión de todos los cargos sindicales, destitución del delegado y de los magistrados de Trabajo y, finalmente, proclamación de la República federal.

Así estaban las cosas cuando un bálsamo inesperado pareció caer sobre las conciencias de los reunidos en asamblea permanente. La iglesia de San Catalino olía ya a cualquier cosa menos a incienso cuando el compañero Díaz Lechón se dirigió a la fatigada masa de rostros cenicientos y dijo:

—Compañeros: va a hablaros un inspector de Trabajo. Es buena persona, le conozco y siempre ha defendido los intereses del obrero.

Habló el inspector y al día siguiente se votaba:

—Van ustedes a votar por lista, en secreto y ante notario.

La base fue consultada por un procedimiento nuevo: nada de pedir que alzaran el brazo los que no estuviesen conformes. El voto personal, mediante papeleta, se repartió así: votaron 483; en blanco 35; huelga 23; trabajo 425.

Cuando leyeron los resultados en presencia del notario, el silencio crujía en los bancos de la iglesia de San Catalino.

La voz dramática del desespero brotó, como una llamarada, de la primera fila de bancos.

—¡Nos han traicionao!

El *Pichichi* no arriaba su bandera.

Las preocupaciones laborales, comerciales y financieras distrajeron a Miguel; pensaba que casarse le iba a ser tan fácil, tan sencillo como en las películas norteamericanas:

—Eres muy dulce, Shirley, me gustas, ¿nos casamos?

—Sí, amor; me pongo un vestido y los zapatos y vamos en un momento.

—Aquí cerca vive un pastor viejecito.

—¿No le molestará que lo despertemos a las tantas de la madrugada para esta tontería?

—No, amor; a los curas viejecitos les entusiasma casar jóvenes enamorados, y sus ancianas esposas se ponen muy contentas y actúan como testigos sin quitarse los chufos del pelo.

Las chicas americanas, a veces, reciben la proposición en la cama, desnudas. Las zorrillas, las inmigrantes y las solteronas dicen que sí, que bueno, que no tienen inconveniente en casarse. Las universitarias tardan más en decidirse que en hacerlo; lo mismo las secretarias ejecutivas y las divorciadas con provecho; son muy responsables y aunque estén en la cama con un amigo no se consideran salvadas de nada, ni de la deshonra ni de la perdición, porque el amigo decida ofrecerles la legalidad; lo piensan, hacen sus balances económico-erótico-sentimentales y si el saldo les parece positivamente prometedor, aceptan. Lo demás es fácil: se ponen una braguita, un sostén, las que lo usan, y un vestido inarrugable que estaba tirado en el respaldo del sofá, se pintan los labios y salen con el amigo a preguntarle al conserje del motel dónde venden licencias matrimoniales. Las estudiantes, últimamente, lo hacen más rápido aún: con gran economía de movimientos, no se acuerdan de bragas ni de sostén ni se pintan los labios. Por otra parte, casi siempre dicen que no.

—Déjate de chorradas; estamos bien así.

—¿Y si te quedas embarazada?

—No creo; tomo la píldora con el jugo de naranja cada mañana.

—A veces falla.

—Sí, a las giliflautas les falla; pero es porque se olvidan.

—A pesar de eso, supón que quedas embarazada.

—Nada, majo, no pasa nada; tengo incluido el aborto en el seguro escolar.

—Pero si está prohibido.

—Se autoriza en caso de que exista peligro para la embarazada; tengo un certificado de mi psiquiatra; dice que el embarazo alteraría mi equilibrio psicológico; ya lo he utilizado dos veces.

—¿Entonces por qué te burlas de las que se descuidan con la píldora?

—Porque son unas taradas. Yo lo he utilizado dos veces para una amiga; es tan tonta que además de olvidar la píldora no sabe sacarle el certificado a un psiquiatra y tiene que hacerse el aborto con mis papeles.

Miguel no pensaba que la cosa resultase tan vulgar, ni era ése su caso, pero había imaginado algo muy espontáneo y limpio: una mañanita fresca y soleada, una iglesia pequeña, un cura amigo, los padrinos, cualquiera de los matrimonios íntimos; el mismo programa que Clara anticipaba a sus amigas: sobriedad, y las bendiciones para que se quedaran tranquilos de una vez los viejos Gilmaestre, pobrecitos.

Sí, sí, pobrecitos. Demetrio Gilmaestre decidió transformar el requilorio en acontecimiento social, darle todo el esplendor que no tuvo la primera boda, que fue modesta y mesocrática como correspondía a dos familias de la clase media inferior que se empeñaron hasta las cejas para costear a escote la ceremonia y una cachupinada con *cup* y chilindrinas en el «Restaurante Borisko, Bodas y Bautizos».

> ¿Y el alcalde? ¿Qué pintaba allí el alcalde?
>
> Eso mismo se preguntaba el alcalde.
>
> —En cuanto les echen las bendiciones me largo.
>
> El alcalde pensó primero que se había equivocado de boda: no conocía a nadie.
>
> —Nunca sé con seguridad cuándo un acto es en los Jerónimos o en San Francisco el Grande. Está feo que esto le ocurra al alcalde de Madrid, pero no lo puedo evitar, me hago un lío.
>
> Después vio a Gilmaestre que entraba del brazo de Clara, y se tranquilizó. Ahí está *el Gilimáster*; me pilló en la hora tonta; compañero de pupitre un curso del bachillerato; veintidós años de mi vida sentándome en pupitres, desde el parvulario de doña Valentina hasta la licenciatura, y el gilimáster este coincidió conmigo en segundo de bachiller, eso es todo lo que nos une, el 4,5 por ciento de mi vida escolar. Y el tío sigue igual de gilimáster, mantiene el mote; me engatusó con una carta pastelera cuando me hicieron alcalde; una carta emocionada y cursi; no tenía ni idea de quién era, pero le contesté conmovido. Después fue a visitarme; entonces lo reconocí: ¡anda, si es *el Gilimáster*!, parecía como si mi recuerdo le hubiese acompañado toda la vida; por eso me invitaba a esta boda, no podéis faltar mis más ilustres amigos. Ahora caigo en que me

hablaba de ministros, de obispos, de generales; no dijo que fuesen a venir; sacaba a relucir nombres, qué astuto, aquí el pez más gordo soy yo: ni un ministro ni un general ni un obispo, menos mal que no he traído a mi mujer; harta que está de trabajar de alcaldesa, si la obligo a venir a esto me hace dimitir. La novia —que se me casa mi niña, decía el muy gilimáster— es guapa, pero si no tiene los cuarenta, pocos le faltan. Y el novio más; parece una boda de viudos, por eso estará tan contento; ¡qué tío! En cuanto ponga mi firma en el acta me largo. Y ésta me las paga: voy a poner un guardia dedicado exclusivamente a vigilar al *Gilimáster*, su casa, su coche, sus pasos, le voy a brear a multas por esta faena. Es guapa, ¿cómo no se habrá casado antes? Cada vez me parece más una boda de viudos; ha sido una debilidad, qué le vamos a hacer, no debí aceptar: ¿qué pinta aquí el alcalde de Madrid?

Y Demetrio Gilmaestre, *el Gilimáster* para sus amigos del bachillerato, se sentía feliz: su primer chaqué alquilado, su yerno domado, y el órgano, que glorificaba solemne aquellos momentos emocionantes, mientras sus trescientos cincuenta invitados miraban a la novia y al alcalde y se preguntaban, ellos también, ¿qué pinta aquí el alcalde?

Miguel había llegado ante el altar fastuoso y se había sometido al solemne programa de festejos nupciales a través de una complicada maraña de pequeñas y, a veces, inadvertidas claudicaciones. Clara llegó un día a comer a las cuatro de la tarde; había estado probándose ropa.

—¿Ropa?

—El traje para la boda y algunas cosas.

—¿No vamos a casarnos sin hacer de ello un espectáculo?

—Lo hago por ti; quiero estar guapa y bien vestida para ti.

—Pero es ridículo. Mucha gente sabe que estamos liados, li-a-dos, ¿lo entiendes? Se reirán si ahora nos casamos como dos tórtolos. Y los otros, los que siempre han creído que éramos un matrimonio legítimo, se van a enterar ahora de que eras mi querida; eso es lo que vas a conseguir. Lo mismo que nos ocurrió con el párroco.

—Lo del párroco fue culpa tuya, Miguel; no me lo recuerdes.

El párroco era joven, cetrino y bienaventurado; consciente de hallarse en tierra de misión, aquel barrio de gente rica, de católicos rutinarios, de colectas generosas en las misas de sábado y domingo, le tenía muy preocupado. Señor, busco almas, trato de encontrar su fe y sólo encuentro el cestillo lleno de billetes de cien pesetas y alguno de quinientas o de mil. Los sueltan como en la barra del bar, lo mismo; te pagan, Señor, como al tabernero; compran la tranquilidad de sus conciencias cuando sueltan su billete; casi todos lo airean un poco, para que lo vea el vecino, para que se entere el sacristán; abren el billete, lo despliegan y lo dejan caer, algo que nunca les ocurre en la taquilla del cine ni cuando pagan dos mil pesetas por una barrera de la plaza de toros o por unos whiskies. Y se sienten tan complacidos que lo confunden todo; piensan que es fe, caridad, amor, esa alegría que les produce dar cien o quinientas o mil pesetas sin que nadie se lo exija, sin pedir un recibo, pagando tantísimo dinero por lo mismo que otros pagan con una peseta o con un duro, que son muchos, Señor, que aquí hay brujas podridas de rentas y beneficios que dan una peseta a la semana y para eso detienen al sacristán y le hacen esperar mientras rebuscan en sus monederos la pesetita roñosa, y sudan pensando que han olvidado cogerla antes de ir a la iglesia y van a tener que dar un duro; éste es mi rebaño, Señor, y me estrello contra el catolicismo dominguero de unos, contra la beatería empolvada de otros, contra su fe sin pulso y su esperanza pequeñita.

El joven párroco les habló pausadamente, paternalmente; les explicó lo que es el matrimonio cristiano, asunto que no todos los que se tienen por cristianos entienden.

—Ya veo que son ustedes pareja madura; incluso se da la circunstancia de que la novia ha tenido ya un primer matrimonio, sabe lo que es estar casada.

Miguel escuchaba sonriente, educado, como quien oye a un cliente que olvida el negocio y empieza a hablar de sus cosas. Sí, señor; sí, señor; cómo no, tiene usted razón.

Y de pronto se produjo la situación incómoda, que pondría rubor en las mejillas de Clara y espinas en aquel acto prematrimonial.

—¿Han meditado bien el paso que van a dar? ¿Están seguros de su mutuo afecto y de que serán capaces de una convivencia sin frustraciones ni desengaños?

Miguel, campechano, cordial y, por otra parte, deseoso de acabar, trivializó con desenfado aquel acto cristianísimo y esencial.

—Esté tranquilo, padres sabemos convivir; hace casi veinte años que tenemos relaciones y más de diez que vivimos juntos.

—Pero, señora: ¿usted no ha enviudado recientemente?

Todo lo demás fue como un viaje incómodo de gentes apretadas que se odian y están deseando llegar al final para no verse más. Clara quería explicar su drama, Miguel intentaba demostrar que, en realidad, era un excelente marido, y el párroco, rebuscando cuidadosamente las palabras, manifestaba sus escrúpulos, se le hacía verdaderamente difícil confiar en una adúltera; ¿sería fiel a su segundo marido en la misma medida que al primero? Y el varón ¿sentiría hacia el sacramento el mismo desprecio que ya había demostrado **mancillando** otro matrimonio, **quebrantando** la ley de Dios, **fornicando** con la mujer del prójimo?

A través del embarazoso laberinto verbal se llegó a una conclusión: deseaban casarse, no había impedimentos —esto se comprobaría mediante las amonestaciones— y nadie podía negarles el sacramento. El cura, pálido y santamente enfurecido, no disimulaba su disgusto.

—Quieren casarse y no vienen a pedir un sacramento sino un certificado, un salvoconducto para el mundo; como quien solicita un teléfono o el carnet de conducir. Voy a casarlos, no se lo puedo negar, pero no será ése un día de gozo en la casa de Dios; hablándoles con claridad, les aseguro que preferiría no tener que hacerlo.

Miguel salió de la iglesia arrepentido. No de sus faltas contra el sexto y el noveno mandamiento; arrepentido de su decisión.

—Mira, vamos a dejarlo.

—¿A dejar qué?

—La boda. ¿Crees que vale la pena aguantar estos sermones? ¿Dónde está el júbilo por la vuelta del hijo pródigo? Hemos vivido tranquilos, felices, queriéndonos, las hemos pasado de a quilo, y nada, seguimos queriéndonos. Y ahora tenemos que aguantar catecismo infantil y caras largas; ahora que queremos ser eso que ya no se lleva, «gente como es debido». ¿Crees que vale la pena? ¿Has visto qué cara, qué aires? Perdonándonos la vida: había que oírlo; ¡no será un día de gozo en la casa de Dios!, como si él fuese Dios. No nos casamos y le ahorramos el disgusto, ¿te parece?

—Lo que tú digas.

—No pareces muy convencida.

—¿Convencida de qué?

—De que tengo razón; ese cura es un antipático, un espantacristianos.

—Es un sacerdote de Dios. ¿Qué quieres que nos diga, que hemos sido unos angelitos? Pero está bien, Miguel, no le des más vueltas; esto nunca te ha entusiasmado.

—Sabes que no es cierto; hubiese querido matar a tu marido para hacerte mi mujer y evitarte todas aquellas persecuciones, pero ahora es diferente, ahora te respetan igual, no tienes de qué avergonzarte, somos los Tejuelo y santas pascuas. No digas que *nunca* he querido casarme porque es incierto; lo que sí te digo, y no me volveré atrás ni que me lo pidas de rodillas, es que ese presbítero no nos casa, no me da la gana; busca otro.

Y entonces se puso en funcionamiento el suegro; él solo, él lo hizo todo y se movió con eficacia: boda en los Jerónimos.

Nada se ocultó deliberadamente a Miguel. Él estaba en otras cosas. Lo de la iglesia coincidió con su viaje a América. Tuvo que visitar a sus amigos de Akron, Ohio, intentando solucionar el asunto de los cubiertos de plástico para Torrejón. En la Synthetical se le honró con un recibimiento de espadas en alto como saludo de honor a un huésped ilustre y como anuncio de guerra sin cuartel en defensa del doce por ciento. Lo recibían con la misma sonrisa aguada con que el presidente de la nación más poderosa de Occidente acogería en la Casa Blanca al presidente de una republiquita democrática-popular del Este europeo: mucho himno, mucho desfile con paso de parada y la estaca asomando por detrás de la espalda.

Un vicepresidente momia, uno de los semicongelados hermanos Terenson, lo esperaba en el aeropuerto de Nueva York acompañado de Lissy, jefe de Relaciones Públicas —una cubana curviperfecta hablando ocho idiomas además del español—, y de Lou, secretaria de vicepresidentes momificados, rubia explosiva sin conocimientos burocráticos, descarada de busto, como elegida en un muestrario de *Playboy*, con la misión de llevar la agenda del vicepresidente Terenson, asistirle durante las horas de oficina, pasarle las llamadas de sus amigos de golf y evitarle la depresión de ánimo que les conduce al psiquiatra, al suicidio o al alcohol; y, a algunos insensatos, a los despachos de abogados astutos, de picapleitos capaces de dar la tabarra durante años con largos y costosos contenciosos que a nadie favorecen y a todos molestan.

Un avión privado de la Synthetical los trasladó hasta Akron. En el aire, Lissy puso en la solapa de Miguel una tarjeta azul con su nombre: Mr. M. Tejuelo.

—No se lo quite mientras estamos en la factoría, señor Tejuelo. Con esto se le abrirán todas las puertas.

Lou Jo les sirvió unos whiskies y se dedicó después a asistir a su vicepresidente con un diccionario en la mano. Míster Terenson hacía crucigramas.

Al entrar en los jardines de la Synthetical, Lissy detuvo un momento al grupo. Un fotógrafo aprovechó la pausa; un tipo muy activo; treinta y seis disparos en medio minuto. Miguel vio complacido que se habían situado al pie de una gran pancarta en la que leyó: «Welcome míster Tejuelo from Spain», y en lo alto la bandera española junto a las de Synthetical y los Estados Unidos.

Dentro, en el vestíbulo, encontró un aviso enmarcado en oro: «Hoy es nuestro huésped de honor míster M. Tejuelo».

—Este mismo aviso —le explicó Lissy— está en todas las dependencias. Dondequiera que entre usted, será identificado por su *blue-card* de huésped de honor y el jefe del departamento se pondrá a sus órdenes. Ahora vamos a ver a míster Karyan, nuestro presidente; tiene un gran interés en darle la bienvenida y charlar con usted de nuestros comunes intereses.

La entrevista con el viejo tiburón de la Trylon fue cordialísima. Especialmente para el alelado Terenson. Karyan le gastó varias bromas relacionadas con el golf, y le dio las gracias por su ayuda inapreciable ocupándose de los primeros contactos con míster *Tigüilo*.

Miguel intentó plantear su asunto sobre la marcha.

—Vengo a fumar la pipa de la paz, míster Karyan. O nos ponemos de acuerdo o estoy arruinado.

Pero Karyan, como si no le hubiese oído, inició un breve discurso en auténtico idioma norteamericano horrible; largaba por la nariz y la boca frase tras frase, todo muy ligado, muy rápido. Miguel, pese a sus años de experiencia en el país, sólo cazaba alguna palabra suelta y miraba muy serio aquella sonrisa indestructible, aquella cara resplandeciente de bronceadores y *after-shave*, aquellos dientes postizos tan lustrosos y bien colocados que parecerían legítimos si no fuesen tan perfectos, tan igualados al milímetro, tan blancos. Cuando quiso reaccionar se encontró amablemente conducido hacia la puerta del despacho y entregado en propia mano a Lissy mientras el viejo tiburón pronunciaba sus últimas palabras:

—No habrá problemas entre nosotros, míster *Tigüilo*. Tenemos la mejor organización y los mejores deseos. Mis colaboradores le harán ver que nuestro doce por ciento no es negociable, pero que *Guaindalita* de España va a superar sus dificultades.

El resto del día fue como uno de esos premios que dan los vendedores de detergentes, de caldo en cubitos o de lavadoras: reina por un día.

—Hoy no vamos a trabajar, señor Tejuelo.

Restaurante lujosísimo con camareras *top-less*[3] y clientela de ejecutivos hablando de sus cosas sin apenas mirar a aquellas muchachas que servían enormes, ostentosos pedazos de carne a la brasa, polifónicas ensaladas y barrocas langostas; andaban como llamas andinas, como cisnes se deslizaban sonrientes y calladas, con los pechos al aire y el nombre bordado en una liga churrigueresca, arrimando comida a los varones atareadísimos que acudían al restaurante más por el prestigio de sus precios feroces que por la pimpante brigada de comedor. No había indecencia en el semidesnudo; lo indecente era la factura. Las chicas, antes de ponerse a trabajar, habían dejado en el vestuario el sostén y el erotismo. Nadie, ni borracho, se hubiese permitido confianzas ni, mucho menos, obscenidades con las camareras. La leyenda de las cocacolizadas *Playboy's girls*, las conejitas tetudas, culiprietas, es ya fe y tradición en la mentalidad norteamericana. La leyenda, inventada por Hugh Hefner, de que las conejitas son vírgenes y no hay nada que rascar, que su busto es metafísico y su cama una isla dorada, lejana, inaccesible al hombre, está impresa en el esquema de los dogmas norteamericanos; son como geishas vestidas de vicetiple, como vestales de tebeo, pero al fin vestales: intocables. Lo de la virginidad lo creen solamente los americanos de la clase media. Los poderosos ni lo creen ni lo dudan: saben que es un mito. Los otros, los chicanos, los negros, los italianos pobres conocen la verdad, pero no se ríen de la leyenda; nunca intentan, ni los más insensatos, jugarse la jeta y unos años de presidio por probar suerte con una de esas chicas que son lo contrario de la muñeca erótica. En Norteamérica se vende mucho la muñeca tierna, carnal, con dispositivo térmico, reproducción exacta y completa de un cuerpo femenino; son muchos los individuos de apariencia absolutamente normal amancebados con una muñeca de plástico; se acuestan con ella y con ella se bastan; viven con su mariquitapérez erótica que se deja acariciar y poseer sin decir bobadas, sin pedir vestidos ni alhajas ni otro frigorífico más grande, ni más libertad, ni el divorcio; sólo pequeños cuidados de aseo y mantenimiento. Las conejitas son exactamente lo contrario; chicas de verdad, están vivas, podrían dar todo el juego deseable, hablan, sonríen, responden con femenina solicitud en aquello que forma parte de sus deberes, pero el mecanismo erótico lo tienen como plastificado; su sexo, su busto, sus labios, carecen de significado sensual y son menos sexo que el sexo, el busto, los labios de la muñeca o de una lámina litografiada. Son para ver y no desear, para alegrar el ánimo, la vista; lo mismo que las camareras *top-less*. Hay más sexo en las majas de Goya, con su aire de caja de dátiles arábigos, que en esas chicas a

quienes Miguel, para no desentonar, miraba de reojo y aparentando inocente naturalidad.

La tarde terminó en un subterráneo musicalizado; la cintura de Lou Jo —que se unió a él terminada su jornada laboral con el vicepresidente— era como una playa tibia y acogedora. Lissy y los tres ejecutivos que lo habían paseado en alfombra mágica durante el día se esfumaron cuando apareció la rubia explosiva metida en un conjunto de pantaloncillo mínimo, deshilachado, y cazadora decolorada con lejía. La cazadora tenía cremallera, pero como si no; Loy Jo la llevaba abierta.

—Nuestra colaboradora Lou Jo va a encargarse de usted a partir de ahora.

Eran las cinco de la tarde y Lou Jo le aseguró que Akron empezaba a esa hora a ser una verdadera ciudad.

A partir de aquel momento Miguel se olvidó del plástico, de Torrejón, de Guindaleta y, también, de Clara Gilmaestre, que en aquellos momentos estaba comentando con su padre la marcha de los acontecimientos:

—En los Jerónimos, hija, no te quejarás.

—Miguel hubiese preferido algo menos escandaloso.

—¿Escandaloso?

Escandaloso, escandalosísimo, padre mío, puñetero padre mío que un día me diste la defunción y ahora me has resucitado para vestirme de novia y ponerme de gala aristocrática en el consagratorio más representativo y oligortera de la nación.

—Sí, papá, escandaloso; muy descarado para una viuda.

—Clara, hija, tú no eres, realmente, una viuda.

—Tú sabes que soy otra cosa; bueno, vamos a dejarlo, papá; ¿se te ha antojado que sea en los Jerónimos? Adelante.

—No se me ha antojado, a mí me da lo mismo, lo hago por ti. Lo único que me preocupa es tu felicidad, tu posición social.

—Sí, ya lo sé, papá, no sigas. Veremos lo que opina Miguel cuando vuelva.

Miguel se despertó con un vaso en la mano. Lou Jo, desnuda, se lo había preparado.

—Tómatelo; es muy bueno para la resaca. Hoy tienes trabajo: te esperan los cerebros.

—¿Los cerebros?

—Los *egg-head* de la Synthetical. Ayer, mientras te divertías, han estado trabajando para ti. Anda, a la ducha.

—¿Y para decir que me duche ahora mismo y que vaya corriendo a ver a esos cabeza de huevo apareces a mi lado así vestida?… Oye, esto está muy bueno; he sido un niño angelical; me lo he tomado yo solito. Ahora, como premio, no te pongas nada y ven aquí, a mi lado, que te voy a explicar cómo se las arreglan los vertebrados superiores para que no decaiga el ánimo de las vertebradas.

—Ya lo sé; me lo has explicado anoche.

—No importa, Jo; debemos insistir hasta estar convencidos de que has aprendido bien la lección.

—Sé muy bien la lección, muñeco… Oye, ¿qué os pasa a los españoles?

—¿Qué nos pasa de qué?

—Estáis todos tan seguros; no os parecéis a los americanos; nunca preguntáis a la chica.

—¿Preguntar?

—Sí, preguntar; vosotros siempre parecéis muy seguros; los americanos preguntan, sumisamente, a la chica si lo han hecho bien, ¿lo he hecho bien, querida? ¿he sido lo suficientemente viril y experto? ¿has quedado contenta?; les importa mucho comprobar si todo funciona de acuerdo con lo que han estudiado en los libros.

—Tú sabes mucho. Ven, anda, luego te preguntaré si lo he hecho bien. Oye, esto que me has dado es muy bueno; me siento como, como…

—*Up-starting*.

—Algo así.

Se llama así, *up-starting*; lo tomas y *up!* la niebla se esfuma, las rosas empiezan a perfumar el ambiente, el reloj te parece un gran invento y el día una autopista bañada por el sol.

—Me tienes que dar la fórmula.

—Tiene vodka, una aspirina efervescente y unas gotas de kirsch…

—Sabe a diablos, claro, ya me parecía, oye, pero pasas el trago y qué tensión, que ánimo, qué…

—… y unos miligramos de algo que lo toma un atleta en las olimpiadas y seguro que gana medalla de oro, pero si le analizan la orina pierde la medalla y lo echan a la calle: anfetaminas.

—¿Qué haces? ¿te estás vistiendo?

—Me he vestido.

Se había vestido en décimas de segundo; una pieza de encaje y el vestido encima. Un vestido formal, de trabajo.

—Quítate el envoltorio, cuchicuchi.

—Tienes media hora para ducharte y ponerte todo eso. Desayuna; ya lo he pedido al *room-service*. Si no tienes tiempo de afeitarte, es igual, lo haces en el coche. Voy a llamar a mi marido para decirle que desayune solo y vaya a la universidad en autobús.

—¿Tu marido?

—Sí, mi marido; me estoy fabricando un marido graduado; ya sabes, él estudia y la mujer trabaja.

—Pero eso es… En España los llamamos chulos.

—No sé cómo los llamáis, pero sé lo que piensas. No es un *gigolo*; él trabaja y yo hago una inversión financiándole la carrera. Hay miles de chicas; trabajan de camareras, de secretarias, pero van a ser la mujer de un médico, de un manager, de un arquitecto. Mi marido empezará a ganar dinero dentro de dos años, y aún seguiré trabajando un par de años más para que pueda estudiar sin apuros y haga una especialidad que nos ponga por encima de la línea de los cuatrocientos dólares semanales: en total, cuatro años.

—No lo entiendo. Ayer me decías que sales por cerca de doscientos.

—Sí, pero he tenido que acostarme contigo.

—Ah, pero ¿entonces esto no ha sido…? ¿Yo no cuento? ¿Esto de pasar aquí la noche forma parte de tu trabajo?

—No, no; tú eres mi amigo; ha sido muy agradable; nadie me obliga, ni esto es, propiamente, parte de mi trabajo; los mando al infierno si tratan de obligarme, no, tiene que gustarme el huésped de honor, gustarme, sí, sí. A mí quisieron éstos acostarme, no te lo vas a creer, con Kissinger, no lo crees, bueno, es igual, les he dicho que no, con Kiss y con fulanos más sexy que Kiss; vamos, toma un poco de jamón, no empieces por la fruta, los huevos te los he pedido fritos, como os gustan en España.

—¿Por qué no os casáis? Estás pagando el gasto, lo alimentas, le costeas los estudios…

—Los estudios no; tiene una beca.

—Es igual; tú lo pones todo, tu cuerpo también: oblígale a casarse.

—¿Obligarle? Soy yo quien no quiere casarse mientras no tenga la posición para la que le estoy preparando. Si fracasa o no termina la carrera debo ser libre.

—Y él ¿qué opina de estos trabajos extra?

—No opina.

—Pero ¿sabe…?

—Está muy ocupado estudiando; no tiene tiempo de hacerse preguntas. Le digo que he pasado la noche ganando unos dólares como *baby sitter* o como *moribund-sitter* y él me dice: gracias, querida, eres muy buena, he sacado un ocho en cálculo de morteros de arena. Hoy le diré que he estado cuidando a un moribundo; lo pagan muy bien.

—Bien, Jo, entiendo; ¿qué te debo?

—Nada, *honey*; paga Synthetical; sólo tienes que firmarme esto para justificar en caja.

—Trae, a ver: la señorita Louella J. Thready me ha prestado satisfactoriamente servicio de *escort-secretary* fuera de su horario y lugar de trabajo…

—No, espera, Micky, no lo firmes. Eres muy buen chico: más vale que no les dejes a esos cabritos tu firma; podrían pegarte con ella en los mismísimos cataplines. Lo guardan todo y lo computan, lo procesan. Esta noche tan maja pasa al banco de datos. ¿Ves que lo hemos pasado bien?, pues ellos lo archivan. Si necesitan obligarte, extorsionarte, la computadora les dará tu ficha y en ella estará registrada esta marranada maravillosa.

—No ha sido una marranada. Jo; al menos para mí.

—Me refiero a esto, a este papelito. Tengo que entregarlo en caja ¿comprendes? Y agradecida, porque estos trabajos se los encargan las empresas a chicas de agencia.

—¿Agencias de *call-girls*?

—Llámalo como quieras. Un teléfono, marcas, haces el pedido y, si quieres, en diez minutos te mandan una chica a casa. O diez, o quinientas. ¿Te imaginas quince autobuses cargados de fulanas parándose en la puerta de tu casa? Pues lo pides y lo tienes. Aquí no, pero en Washington lo hizo un senador republicano; le metió quinientas golfas en el jardín a un senador demócrata que no le había enviado invitación para su fiesta. Aquí no lo ha hecho nadie, pero ocho taxistas con veinticuatro nenas sí que los he visto; los veo todos los años; cuando vienen «Los Veinticuatro Magníficos»; es un concurso entre vendedores de todo el mundo; les obsequiamos con unas vacaciones de caíd petrolero. Y vuelos *charter* de fulanas, los que quieras; a Alaska va todos los fines de semana un Jumbo.

—¿Un Jumbo de chicas?

—Trescientas ochenta… Bueno, algunas menos; siempre se cuela algún sarasa. Se forran; unas con otras vuelven con tres o cuatro mil dólares… Los sarasas con más.

—Oye, pues es una pasta; trescientas ochenta pasajeras a tres mil dólares…

—Un millón ciento cuarenta mil dólares; lo he calculado muchas veces, pero es más; el *charter* lo paga el National City Bank y mete en el avión seis empleados que se hacen cargo del dinero y lo abonan en las cuentas corrientes de las chicas. Sería un golpe secuestrar el avión, cogerte la pasta y desembarcar al pasaje en un principado de Arabia. ¿Cuánto pagaría un príncipe de aquéllos por el cargamento?

—Hola, mamá.

—Clara, hija, ¿no tendrá Miguel dos chaqués por casualidad?

—La casualidad sería que tuviese uno. ¿Para qué iba a tener Miguel un chaqué?

—Es por tu padre; yo había pensado, mira, a lo mejor Miguel tiene dos y puede prestarle uno a tu padre.

—Pero ¿de dónde sacas tú que Miguel pueda tener nada menos que dos chaqués?

—Hija, como muchos. Tienen el de la boda, lo guardan, pasan unos años sin tocarlo y el día que van a echar mano de él, han engordado diez o doce kilos y no les sirve. Se hacen otro y el viejo lo guardan, a ver, no es como un traje, un chaqué no se lo puedes dar a un pobre. ¿Lo tiene o no?

—Qué pesada eres, mamá.

—Por lo menos el de la boda.

—¿Qué boda? ¿Estás delirando?

—Ay, es verdad, qué cabeza, no me acordaba.

—Eso es lo malo, que no te acuerdas; lo mismo papá que tú, os habéis olvidado de que estoy liada con un señor: li-a-da.

—Perdona, perdona, no hace falta que lo repitas como si tuviera gracia; bastante hemos sufrido con esto.

—Y ahora queréis sacaros la espina haciéndome una boda de princesita. Veremos cómo le sienta a Miguel.

—Encantado, como papá; loco está el pobre por verse con el chaqué; les hace ilusión, ya verás, son como muchachos. Me lo decía esta mañana: Cloti, te parecerá una tontería, pero estoy contento porque ya no me moriré sin haberme puesto un chaqué.

Miguel entró en la Synthetical por la puerta grande. Pero en la puerta grande ya no había cartelones de bienvenida. Estaba Lissy, fresca, lozana y eficaz. Condujo a Miguel al departamento jurídico, en donde le esperaba la injusticia correcta, lacónica y tajante:

—Nuestro doce por ciento no es negociable; usted va a pagarlo.

—Quiero hablar con Karyan.

—Más tarde; sólo ha recibido usted una parte de nuestra respuesta. Nosotros le damos el resultado del estudio jurídico, somos abogados, interpretamos la ley, y la ley está de parte de nuestro doce por ciento. Pero la Synthetical no acaba aquí: desde ayer han trabajado para usted cuatro gabinetes técnicos. El nuestro, que terminó su dictamen en media hora, y otros tres que han trabajado incluso durante la noche. De momento, deseche usted cualquier propósito de pleitear.

—Pero la ley no puede darles la razón: el pueblo de Torrejón no es territorio U. S. A.…

—Eso ni siquiera lo hemos considerado. Cuando le digo que nuestro dictamen estuvo terminado en treinta minutos, debe imaginar que fue un trabajo fácil. La Synthetical no puede obligarle a pagar sin pleitear. Pero está en condiciones de retirarle a usted la licencia ya mismo, ahora: con un simple telegrama certificado podemos pararle las máquinas, cláusula 6) apartado f) del contrato. Y lo haremos si usted no nos firma su conformidad. Pero no se inquiete, no queremos que lo firme ahora. Primero oirá y comprobará el informe de los otros tres departamentos, después regresará a Madrid y tendrá ocho días para estudiar este documento y enviárnoslo firmado.

En el departamento de Nuevas Técnicas y Modernización de Instalaciones trataron de levantarle el ánimo.

—Esta maquinaria podemos instalársela en diez días. Con ella hemos conseguido abaratar el producto final en un 7,6 por ciento. Así su doce por ciento de más costo quedaría reducido a un 4,4. La inversión sería de, más o menos, ochenta y seis mil dólares, ahí tiene usted el presupuesto: algo menos de seis millones de pesetas.

El departamento de Organización de Empresas había elaborado un informe voluminoso, muy trabajado. Miguel comprobó, sorprendido, que en Akron conocían su fábrica de Getafe mejor que él.

—Tenga, un nuevo organigrama. Puede usted suprimir un peón, reducir en un 30% el gasto de papel higiénico en los lavabos, que es excesivo, retrasar en un minuto diario el toque de cese del trabajo, los obreros no lo notan, pero usted sí porque habrán trabajado gratis ese minuto diario que

suma, aproximadamente doscientos ochenta y cinco minutos al año, es decir, cuatro horas y cuarenta y cinco minutos. También tiene usted una secretaria de veintiséis mil pesetas; cámbiela por una de catorce mil.

Números y números, páginas y páginas. Al final una línea:

«Menor costo de producción… 4,4%»

—Esto resuelve su problema, señor Tejuelo.

—Sí, sí, no cabe duda. Si me gasto ochenta y seis mil dólares en maquinaria nueva, si dejo sin trabajo a un peón, si prohíbo limpiarse el culo al treinta por ciento del personal, si consigo que la gente trabaje en ese último minuto —lo que me parece difícil porque todo el mundo tiene reloj y nadie da golpe en el último cuarto de hora— y si cambio mi eficaz secretaria listísima por una retrasada mental, conseguiré ahorrar para ustedes el doce por ciento.

—Para nosotros, no, para usted. Ahorrará el doce por ciento de toda su producción, *de toda ella*; a nosotros sólo tiene que pagarnos el que corresponde a ese contrato militar; lo demás es ganancia para usted.

Lissy andaba a su alrededor solícita como una madre y era un estímulo que añadir a las anfetaminas del *up-starting*.

—¡Bravo, don Miguel! Ahora le falta lo mejor; vamos al departamento de Acciones Paralelas: es el más importante.

Sólo le entretuvieron diez minutos.

—Necesitamos unos datos. ¿Su cliente en Torrejón es Salustiano Rodríguez? ¿Usted ha tratado el problema con él? ¿Ha intentado elevarle el presupuesto cargándole ese doce por ciento nuestro?

—No. Yo he intentado negociar con ustedes; él tiene un contrato. Se lo pedí por favor, pero no intenté negociar; es invulnerable.

—Nadie es invulnerable. Desde ayer mismo estamos trabajando en este asunto. Trabajando aquí y en Madrid. Y, probablemente, en Torrejón.

La señora de Salustiano Rodríguez, confitero de Torrejón y, actualmente, proveedor de la base conjunta, observó desde la ventana que *aquello* estaba allí.

—Oye, Salus, siguen ahí.

—Bueno va; tú, tranquila, Irma Vila.

—Es que es muy raro. ¿Tú no tienes tantos amigos en la Base? ¿Por qué no llamas? Estoy asustada.

—Lo que te pasa es que ves demasiada televisión. Crees que el mundo está lleno de coches parados con un par de fulanos dentro que o son policías o

son asesinos.

—Ese coche está frente al chalet desde ayer. Y dentro hay dos tíos.

—Estarán vigilando a alguien de la Base.

—Aquí que no llamen; yo no abro a nadie. A lo mejor quieren raptarme.

—No caerá esa breva, Genoveva.

—O a los niños.

—Ya… ¿No tienes otra película que ponerme? Son militares de la Base, no son mafiosos.

—Como si no hubiera mafiosos en la Base.

—Deja el rollo. Rebollo.

Pero Salustiano Rodríguez tuvo inmediatos motivos para alarmarse. Sonó el teléfono. Era su sobrina Pepi, la políglota, colocada con los americanos como intérprete.

—Hola, tío; hay algo en la Base contigo ¿tú sabes?; suenas desde ayer.

—No sé; les vendo, me pagan… lo normal.

—Ayer han estado investigándote, no sé por qué. Les interesaba todo, un informe completo; ahora saben de ti y de tu casa más que yo.

—No me azares. Palomares. Oye, Pepi, aclárate porque esto es lo que me faltaba, tengo la puerta bajo vigilancia desde ayer. ¿Qué buscan?

—Yo creo que nada; parece una investigación rutinaria. Lo único raro es que esa rutina es siempre antes de firmar el primer contrato y tú llevas más de tres años con ellos. Seguro que entonces te investigaron como ahora.

—Querrán poner mi ficha al día.

—No, no; la cosa viene *from the States*; ayer llegaron dos télex para un fulano del servicio de suministros. En los dos telex estaba tu nombre, Salustiano Rodríguez; es lo único que pude entender.

—¿No venían en inglés?

—Sí, pero cifrados: ni torta.

—¿Cifrados? Pepi, entérate ¡por tu madre santa, entérate!

—No creo que pueda enterarme de más, tío; averigua tú, mira a ver si les has engañado en algo, si les cobras de más, o alguien de tu casa les está robando a espaldas tuyas… A lo mejor lo que quieren es darte más negocio y estamos preocupándonos sin motivo.

—¿Tú qué crees?

—Cara de matar no tienen.

—Oye, Pepi, no lo dejes, hija; llámame luego al obrador.

—No creo que averigüe nada más.

—Es igual, llámame con lo que haya, bueno o malo.

—O con lo que no haya. Chao.

—¿Qué?

—Chao.

Salustiano cuelga.

—Chao, chao, esta niña es gilipuertas: habla español, francés, inglés y alemán, y se me despide en italiano, que no lo entiende. ¿No te fastidia, Amilibia?

Salustiano salió de su casa preocupado y pasó junto al *jeep* con aire huidizo, mirando de reojo. Pero aún le esperaba un nuevo sobresalto: frente a la puerta del obrador encontró un coche de matrícula española con numeración especial para americanos. Dentro del establecimiento lo esperaba uno de los hombres más simpáticos de la Base: «el Coronel de los Monos».

Lou Jo se hizo cargo de Miguel después de la bien planeada peregrinación en la que su ánimo había sido sometido a un tratamiento en cuatro fases muy estudiadas por los cerebros de la Synthetical.

El tratamiento consiste en reducir a pulpa, a orujo, la moral de la víctima; convencerlo de que es un gusano, que se sienta gusano y mire hacia arriba desde su arrastrada condición de gusano. Después se le alecciona para que se comporte como un hombre.

Fase 1.ª Aplastamiento: Usted es un gusano y no tiene posibilidad alguna de enfrentarse con la Synthetical.

Fase 2.ª Capacidad de perfeccionamiento: Usted es un gusano, pero un buen gusano, útil, productivo, un gusano de seda. Trabaja usted bien, pero la Synthetical puede proporcionarle los medios para producir más.

Fase 3.ª Organización empresarial: Usted es un gusano bueno, pero ignorante. La madre Synthetical se desvela por usted y le da sabios consejos para el mejor aprovechamiento de sus esfuerzos.

Fase 4.ª Inmersión en la seguridad del misterio confortable: Usted es un gusano. Vive y se mueve lejos de nosotros, pero la Synthetical vela por usted y lo protege. La Synthetical sabe que está usted amenazado por un peligro grave, pero nada le va a ocurrir porque los brazos poderosos de la Synthetical trabajan aplastando a sus enemigos. ¿Ha oído hablar de la C. I. A., de la I. T. T., del Ku-Klux-Klan, de la Mafia? Bien, nosotros somos *otra cosa*. Y usted es nuestro amigo. No pregunte; los hechos hablarán por nosotros.

Para terminar, el mismísimo Karyan le dedicó un minuto precioso y muy alentador:

—Vuelva a España, Mike; estamos haciendo un buen trabajo para usted.

Lou Jo en el interior del Cadillac se apretó contra él.

—¿Te han tratado bien esos bastardos?

—Como si me hubiesen metido un *up-starting*.

—¡Fantástico!

—Digo metido, introducido; no un cóctel, sino un supositorio. Me siento brioso, dinámico y ultrajado.

—Vamos a tomar una copa. Olvídalos.

—¿También esta noche vas a ser mi *escort-secretary*?

—Me gustaría… De verdad, Miguel, me gustaría.

—¿Llevas el… cómo se llama ese papel, el vale?

—Sí, claro; no se lo voy a regalar.

—Trae que lo firme.

—¿Qué pasa, chico? Yo lo firmaré mañana; se fían mucho de mí.

—Trae que lo firme.

Jo sacó el justificante de servicio y Miguel lo firmó.

—Esta noche ve a dormir con tu marido.

—¡Fantástico! Se pondrá muy contento… Oye, ¿es que prefieres que llame a otra chica?

—No, Jo, muchas gracias; no hay ninguna chica mejor que tú; eres insuperable.

—¿Entonces?

—Prefiero dormir solo; pienso en tu marido, creyendo que estás con un moribundo, y no es agradable. Me voy a sentir moribundo. Dile al chófer que nos deje en el hotel, tomamos una copa y adiós.

—O. K.

Al entrar en la habitación, Miguel vio aquellos papeles en el suelo. Había tomado unas copas con Lou Jo, cenó solo, sin apetito y contrariado por haberla dejado marcharse. Recordó a Clara y trató de convencerse de que lo hacía por ella, un sacrificio, se lo debo, es mi mujer y, por si fuera poco, nos vamos a casar, no merece que se la pegue con una fulana; Clara es buena y es fiel; si lo supiera se llevaría un disgusto. ¿Y si supiera lo de Isaclara?; tengo que terminar con eso. Ahora sé buen chico y a dormir.

Cogió los papeles del suelo, dos trozos; era el vale de Lou Jo; lo había roto y, mientras él hacía su melancólica y solitaria cena, se lo dejó allí como un reproche. Buena chica, es un detalle; también las americanas tienen su corazoncito; nunca hubiese esperado esta reacción.

Y entró en el dormitorio reanimado, sonriente, reconciliado con el país, y lamentando haber rechazado a aquella criatura sensible y altiva.

Encendió la luz y allí estaba, digna otra vez de una portada de *Playboy*, dormida, con la cabellera desparramada, una pierna perfecta fuera de la sábana, los brazos, acogedores, enmarcando la cabeza. Abrió los ojos, parpadeó.

—Le he dicho a mi estudiante que estoy cuidando a…

—¿A un moribundo?

—A un recién nacido. No quiero que tengas pensamientos tristes.

Berta Latoba sacó el chaqué de su marido.

—Pruébatelo, Juanito.

—No hace falta, me está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo estrené hace cinco años, cuando vino el presidente de Venezuela. No he engordado; al contrario, debo estar más flaco; fue antes de hacer el régimen de los astronautas. Pero ¿estás segura de que tengo que ponerme eso?

—Segura; serás testigo, y la boda es en los Jerónimos.

—Nunca hubiese esperado de Miguel una cosa así. ¿Has entendido bien?

—He entendido perfectamente. Yo tampoco lo quería creer; entonces llamé a Miles y me lo confirmó. Es una gansada, pero me alegro: estás muy guapo con el chaqué.

—Lo creeré cuando me lo diga Miguel. Y va a ser ahora mismo; voy a llamarle por teléfono.

—Está en Norteamérica. No te molestes. Pregúntaselo a Clara.

—Dame un culín de whisky. Voy a bebérmelo a la salud del pobre Miguel; mientras él está en Norteamérica trabajando, aquí le preparáis la gran cachupinada: la clásica conspiración femenina.

Lou Jo le dijo adiós en el aeropuerto. También estaban presentes Lissy, el vicepresidente-momia Terenson y un ejecutivo del departamento de Acciones Paralelas que le enseñó un telex de Madrid: «Establecido contacto. Comunique a Mk. que nos llame tan pronto regrese a Madrid. Teléfono 825 6602371. Todo marcha. Saludos. TORNILLO».

—Mk. es usted.

—Lo había imaginado.

—Tendrá usted buenas noticias.

—Eso espero. Muchas gracias.

Mientras compraba periódicos se le acercó Lou.

—Mike, ¿te importaría firmar esto?

Lou Jo le ofrecía un bolígrafo y dos recibos para cobro de servicios extraordinarios. Miguel trató de sonreír a mala idea, componer el gesto cínico del duro del Far-West, pero no le salía. Realmente Lou Jo había resultado una compañera tierna, estimulante, llena de sorpresas y habilidades.

—Así que ¿me aplicas la tarifa?

—A ti no; ya ves, si quieres firmas, si no quieres no firmas, me birlas unos dólares. Reconocerás que es una tontería regalárselos a esos bastardos.

—¿Por qué me engañaste? ¿Era necesaria tanta comedia?

—Sí, era necesaria: tú la necesitas; tenías que creer en mí o todo te hubiese parecido lamentable y triste.

—Buena chica.

—Por eso mismo le dije a mi marido que me quedaba cuidando un *baby*; trataba de evitarte el complejo de moribundo. Cuido los detalles.

—Gracias, Jo, realmente has hecho un buen trabajo.

—No lo llames trabajo; creo que contigo vale la pena darle otro nombre.

—O. K., Lou; ahí está, firmado.

—Gracias. Te he traído estos bombones para tu mujer.

—Eso se avisa, muñeca. Si lo sé te traigo un saco de alfalfa para tu marido.

Lou Jo no entendió el chiste.

—Es igual; yo le compraré un disco de los «Trembling Jaguars».

Lissy se acercó acompañada del piloto. El avión de la Synthetical saldría inmediatamente.



En el nombre de Dios y de Nuestro Señor Jesús bendigo esta unión y os declaro marido y mujer en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Miguel desea besar a Clara en este momento. Entonces echa de menos la pequeña capilla en la que se habrían casado calladamente; un beso de punto y seguido, de amor sosegado y reconfirmado, de alegría conjunta, compartida, de bendito sea Dios, porque ambos sintieron durante años la nostalgia de los sacramentos, de la Gracia recuperada tras una penitencia largamente diferida. Cuando el padre Lacalle, un amigo de Demetrio Gilmaestre, hace ante ellos la

señal de la cruz, Miguel siente casi físicamente descender sobre su frente y sobre sus hombros la bendición y la alegría de Dios.

Clara, radiante, sitúa sus gozos más en este mundo. Clara también quisiera besar a Miguel, pero allí están sus padres llorando y las amigas solidarias en algo así como una victoria sobre el hombre siempre indeciso, escurridizo, y expresan su contento con frases desvergonzadas —no frases obscenas, nada de eso; desvergonzadas porque están lejos de cualquier relación con el amor y con el sentido religioso del acto que están festejando—, frases de alegría por el triunfo; al fin lo has conseguido: te casaste.

Y entonces Clara hace su frase. Sin darle importancia; sólo quiere poner humor a este momento de júbilo; quitarle solemnidad y, quizás, evitar las calientes lágrimas de la dicha —lágrimas de exiliado que regresa, de hijo que debuta, de victoria en concurso de belleza, qué tonta, a qué viene este llanto si me acaban de elegir Miss España—; Clara habla haciendo de su emoción una broma. Y lo suelta a destiempo, en uno de esos instantes en que el barullo cuaja en repentino silencio. Y se queda inmediatamente cortada, arrepentida porque la frase victoriosa suena nítida y desafortunada:

—Ya no se me escapa.

Entonces se vuelve a Miguel, que la mira sonriente pero distante, como quien asiste a una entrega de premios o a un desfile de disfraces. La ternura ha sido barrida y la gracia de Dios ha dejado paso al bonito y garabatero acto social en el que tiene más importancia la alfombra roja, el alumbrado, la sonrisa del alcalde y los pliegues de la mantilla que la confirmación de un amor que ha resistido pruebas durísimas sin romperse ni mancharse, sin irse al traste como se fueron otros legitimados por leyes civiles, códigos morales, rituales litúrgicos, derechos canónicos y reglas de urbanidad entre gentes bien nacidas.

Y, para acabarlo de arreglar, se acerca al novio Argimiro Sabater, el viudo unido en matrimonio de marca comercial a Raquel, viuda de Ruiz, y, con un abrazo en el que la emoción ausente se sustituye por una exagerada presión física, le dice:

—Enhorabuena, Miguel: has hecho una boda muy de derechas.

El organista echa un vistazo al tumulto jubiloso, parabienes, flashes, besos, pisotones, sonrisas, ya era hora, ¿tienes coche?, vamos andando, es en el Ritz, qué pinta aquí el alcalde, adiós, Gilmaestre, enhorabuena, mal rayo te parta, qué guapa estás. El organista degüella la marcha nupcial con tres

solemnes acordes a toda trompeta y se mete en un bonito jardín de variaciones sobre un tema ligero, un tema saltarín, jocundo, gozoso, al que lleva dando vueltas varios años y forma parte de la gran sinfonía que quisiera componer y no llegará a ver terminada: la Rapsodia de los Jerónimos.

## 2

## BIEN CASADOS

—SOMOS MARIDO Y MUJER. Dame un beso.

—No quiero desilusionarte.

—¿Por qué?

—Porque te va a saber igual.

—¿Igual? Clara, lo mejor que tienen los besos es que nunca saben igual.

—Prueba y ya me dirás.

—Satisfactorio.

Somos marido y mujer. Inevitable, no consigo quitármelo de la cabeza: me he casado con mi mujer y no quiero que esto se convierta en algo, signifique algo esto que ya, ahora, no le interesa a nadie; a la gente le importaba un pito si estábamos o no casados; pase que sea bueno, buenísimo, conmovedor, incluso vital, para el giliflautas de mi suegro y para su resignada y suspirante esposa, mi suegra a quien espero no tener que maltratar de palabra o de obra si ahora decide abrumar con su presencia mi casa, que ya es hogar cristiano y decente. Pase que ellos disfruten de esto que les ha regalado su hija, ya no está muerta, es la señora de Tejuelo, okay, okay, ¿qué diría Lou Jo si me hubiese visto hace unas horas en los Jerónimos, o en el Ritz, presidiendo un banquete para trescientos amigos? Maravillada; un rey le parecería, un Rockefeller. Pero ¿y si me viese ahora quitándome las ligas? Esto es lo que me preocupa ¿por qué he tragado en esto de las ligas? Clara siempre se ha preocupado por mi aspecto, ponte este traje, mis camisas, mis zapatos siempre brillantes, no te pongas esa corbata que no te va con ese traje, y yo agradecido, de verdad agradecido, pero ligas nunca, nunca me había hablado de ligas, ni, nombrarlas, ni mucho menos pretender que las usara: jamás. Las vi encima de la camisa, nuevas, en un estuche con letras doradas: me pregunté qué sería aquello; ni idea, oye, Clara, ¿qué es esto? Son las ligas; como si las ligas fuesen algo normal en mi armario.

—¿Para qué quiero yo unas ligas?

Así de natural, ligas, ligas, ligas, es de cajón, ligas, ¿cómo vas a casarte sin ligas, Miguel?; qué disparate, a ti te estropearon el gusto los

norteamericanos y no sabes por dónde te andas; sin ligas no hay chaqué y sin chaqué no hay boda y sin boda no hay dicha, anda, póntelas, grullo; las tiré sin ira, pero con absoluto desprecio y me las ofreció otra vez dulcemente, póntelas, anda, no seas cabezota, y me las puse; no las podía soportar, me sentía como esos presos de los chistes, amarrado a una bola de hierro, no quiero pensar que haya otra clase de ligas por ahí esperándome; que algo cambie; ya está, no quiero más cambios, ésta es Clara, la de ayer, que sea la de ayer, la de hace años, la de siempre, la de antes de quedarse viuda, eso es lo que me asusta, que se quedó viuda y todo empezó a ser de otra manera; en nuestra casa, en nuestro alrededor no había ocurrido nada, el muerto estaba en otro planeta, no nos afectaba, ni siquiera nos estropeó el desayuno, eso es lo que me escama: el muerto nos era to-tal-mente ajeno, pero las cosas empezaron a ponerse raras. No, por favor, que no se pongan raras ahora.

—Mira, Miguel.

Un camisón.

—¿Qué?

—¿No lo ves?

—¿No veo, qué?

—Nada, hombre.

Ni enterarse mi marido, no lo ve, no se da cuenta, el camisón de Nadiuska en *Luna de miel para tres donostiarras*; dijo que la película era una birria pero que el camisón valía la pena; estuvieron él y Juanito Latoba meses dando la tabarra con el camisón, he tenido que dibujarlo y mandarlo hacer de encargo para darle la sorpresa en esta noche que será lo que sea pero es nuestra noche de bodas y ni se entera. No me lo he puesto para alegrarle las pajarillas pero esperaba que, por lo menos, le recordaría aquellas bromas, chica, qué detalle, el camisón de Nadiuska; algo. No sé qué será peor, si que no lo haya visto o que lo haya reconocido y le parezca ridículo, ridícula yo, con esta maravilla encima y en el día más feliz de mi vida. Después del de mi primera comunión, eso es lo que se dice, lo que dicen las niñas buenas, y yo soy, ya puedo serlo, una niña buenísima; dormiré a su lado con este camisón de mil y una noches 1976, sin otra satisfacción que la de mirarme en el espejo, qué tontería ¿a qué viene ahora esto? Miguel es mi marido hace una pila de años, no va a dar brincos igual que un mono porque estreno camisón aunque sea un modelo último cartucho de esos que se compran las jamonas cuando piensan que el marido se les va, o cuando ellas deciden hacer el pendón y probar otras emociones, como la Castellfornit, que está más pregonada que Mariamartillo y estrena lencería fina cada vez que cambia de

jinete, que es cada lunes y cada martes, eso dicen; no sé por qué pienso en estas tonterías; bueno, mi hombre está tranquilo y aquí termina mi noche de bodas; suerte, lo que se dice suerte, parece que no tengo mucha en mis noches de bodas, me salen fatal.

Cuando en el cuarto de baño se quita el camisón se siente desdichada, inerme y tan sola que echa de menos unas bofetadas, las de su primera noche de bodas. ¡Dios, creo que hubiese preferido que me pegase! Tanta ceremonia y tanto banquete, para este final encenizado; mejor, sentir el dolor, el miedo, la inseguridad de las vírgenes que entran en la alcoba como ovejas al matadero. Y que Dios me perdone la aberración, porque esto no es normal. Clara; dártela, no te la van a dar, pero te estás mereciendo una mano de tortas.

Está sentada, desnuda, hecha un taco entre la satisfacción y el desaliento cuando Miguel intenta abrir la puerta.

—Espera un momento que me ponga el camisón; ahora mismo abro.

—¿Está ahí el gastropirol?

—Pasa, pasa; es que me voy a duchar.

—La salsa tártara… la tengo aquí; me va a dar la noche.

—¿Quieres que te prepare una manzanilla?

—No, no te molestes, con esto se me pasa… ¡Oye, chica, déjame que te vea bien, qué camisón, oye, estás de cine! Anda, dúchate pronto que viene el coco y se come a las niñas que duermen poco; ¿a ti no te produce acidez la salsa tártara? Esto es muy bueno, creo que me voy a dormir en seguida, acaba pronto que mañana tengo que ir a la fábrica como todos los días.

—¿Te van a castigar si llegas tarde?

—Voy a llegar tarde, pero no puedo faltar; en la Delegación de Trabajo no saben que estoy en plena luna de miel y mañana tenemos una reunión con el jurado de empresa.

—¿Aún dura eso?

—Aún dura y no me preguntes, que se me va a sublevar otra vez la salsa tártara; tenemos que llegar a un acuerdo para pagar los días no trabajados; la huelga tenemos que pagarla, es la costumbre. Anda, acaba pronto.

Despachemos en paz este día glorioso y Dios me premie el sacrificio; no el sacrificio de casarme, con mucho gusto si eso hace feliz a mi mujer; han sido otros sacrificios, las ligas, trabajo me va a costar olvidar esa afrenta, y el chaqué; no, no me importa, me lo pongo ¡pero no en mi boda!, la gente se lo toma a cachondeo. No sé cómo, a todo fui diciendo que sí, que bueno, poco a poco.

Las circunstancias: Lou Jo, secretaria taqui-sexual de Akron, Ohio, y Salustiano Rodríguez, industrial de Torrejón de Ardoz, fueron la pista suave de claudicación y autoflagelamiento por la que, sin hacer rechinar los frenos, rodó la voluntad de Miguel hasta convertirlo en un novio circunspecto, resignado al ceremonial de la clase media alta.

Volvió de Akron, Ohio, con el recuerdo de Lou Jo y encontró a Clara esperando en el aeropuerto a las siete de la mañana; Clara recogió los despojos de Miguel, lo que de él quedaba después de treinta horas sin pegar ojo; traía muchos kilómetros y muchas horas en vela acrecentando el malestar de su conciencia culpable; no lo merece, no merece que yo me haya sentido tan complaciente y tan activo con una zorrilla modelada al gusto de los paletos tejanos; no hay ni una brizna de nobleza en mi aventura con Lou Jo, con su desnudo de almanaque erótico, de postal para *sex-shop*, ha sido todo lo sórdida que puede ser una juerga de burdel: la fulana —con su chulo en casa —, el paleto que se encierra con ella, y, encima, lo han pagado unos señores con cargo al presupuesto de *public relations*, me he dejado invitar a eso como un concejal de pueblo que sale por primera vez al mundo en representación del electorado.

—Oye, ¿cómo puedes estar tan guapa a estas horas?

—No creas que es fácil; a estas horas no hay más guapas que las que no se acuestan.

—¿No has dormido?

—Toda la noche la he pasado mirándome en el espejo, apuntalándome el guapo subido para que no se viniera abajo; no sabes qué lucha, tapando arruguitas, aclarando ojeras, perfilándome un ojo, alineándome una pestaña; a las cinco de la mañana la cosa estaba fatal, me miraba en el espejito espejito y aquello no tenía color, me ganaban las americanas, tenía cara de húngara.

—¿De húngara?

—Sí, de esas que salen en las películas huyendo del terror soviético. Así que pensé que no era cosa de lapiceritos y pinceladitas; me fui a la cocina y probé a ver qué pasaba con un par de huevos fritos, una loncha de jamón y media botella de rioja.

—Así de fácil; vienes a recibirme hecha una flor y medio castaña.

Estaba hermosa y convincente, conque cuando me dijo lo de la boda en los Jerónimos conduciendo a ciento cuarenta por la autopista de Barajas, canturreando, y yo medio adormilado y podrido de remordimientos, me pareció maravilloso y hubiese aceptado hasta que nos casara un arzobispo engalanado de pontifical. Adivinaba en aquellos días los momentos en que

mis defensas eran más vulnerables, porque lo del banquete en el Ritz, yo no había pensado en ello, ni idea, yo estaba en otras cosas y para mí la boda seguía siendo un regalito que le hacia; no cuesta trabajo y nos ponemos en paz con Dios y con la familia, y, mira por dónde, el asunto salió a relucir el día de la entrevista con Salustiano Rodríguez, de Torrejón de Ardoz; cómo trabaja la Synthetical, qué tíos, ya me lo habían dicho los de Acciones Paralelas, confíe en nosotros, estamos trabajando para usted aquí y en Madrid y en el mismo Torrejón; y era verdad, porque el Salustiano vino con las tripas revueltas por el mal trago y una sonrisa de conejo que no dejaba lugar a dudas; sudaba leche agriada el hombre pero hacía esfuerzos heroicos para que no se le notara el cabreo; yo no lo esperaba, para mí fue una sorpresa el que Seilas anunciara la presencia de Rodríguez; que pase, que pase en seguida, y entró:

—Hombre, señor Tejuelo, no me lo quería creer y vengo a aclararlo, no me diga que es verdad, hombre, que se me hace muy cuesta arriba creer que hay gente como usted en el mundo. ¿Es verdad que va a perder dinero con mi contrato?

—¿Se lo han dicho?

—Lo sé, sí, señor, que pierde usted casi un veinte por ciento; por eso vengo.

—Veo que está bien informado.

—Pues, la verdad, sí. Y como es buena información, me lo creo, conque saque usted el contrato y vamos a poner que se sube el precio lo que sea menester, que yo no quiero perjudicarle.

Pero no fue capaz de tragarse el paquete sin largar un poco del yogur almacenado:

—Usted debe estar muy bien agarrado en el comando estratégico.

—¿Por qué lo dice?

—Por la forma… Bueno, es igual, no vale la pena, pero no hacía falta que me echara encima al «Coronel de los Monos».

—¿El coronel de los monos? No sé de quién me habla.

—Así le llaman, *Monkey's Colonel*, no es coronel, aunque en la Base dicen que manda más que los militares, pero qué le voy a decir que usted no sepa, lo sabe ¿no?, eso es lo que yo digo, si usted viene y me dice oiga que hay que revisar el contrato, vamos, que no hacía falta que me echase a la Mafia encima, con que me lo hubiese usted dicho era bastante, no tenían que meterse en mi casa a decirme lo que tengo que hacer; como si fuera mi padre

me hablaba el tío: si es usted buen chico seguirá suministrando a la Base; si no, ya sabe que hay mucha gente deseando quedarse en el *catering*.

Funcionaban a velocidad increíble los de Actividades Paralelas. Desde Akron, desde el despacho del viejo Karyan, el patriarca de la Trylon, unos hilos habían puesto en movimiento al enigmático *Monkey's Colonel*, no sé quién es, otros hilos hicieron bailar a Salustiano Rodríguez, y a mí me movían los mismos u otros hilos y todos bailábamos una danza que libraba a Guindaleta de un hachazo y que, finalmente, salvaba para la Synthetical el doce por ciento de mi contrato, aunque creo que el objetivo principal de aquella operación consistía en hacer evidente el poder de una organización, salvar para la Synthetical el principio de autoridad; fue una demostración de fuerza, y yo estaba contentísimo despidiendo a Salustiano Rodríguez con palmaditas en la espalda y dándole las gracias con muy buenas maneras mientras él me miraba como los comerciantes judíos de Nueva York miran a los gángsters que les venden protección, y me viene Seilas, qué alegría, qué bien funciona esta gente, aquí tiene usted los presupuestos del Ritz y en aquel momento Clara que me llama y me dice que qué me parecen los menús, que Seilas acaba de avisarla y le ha dicho que son estupendos y yo empezaba a sentir deseos de aullar pero allí estaba sobre la mesa el contrato de Salustiano Rodríguez con una cláusula aceptando la modificación de precios, tragándose un aumento del veinte por ciento y yo estaba contento porque no era sólo eso, me sentía como si el Pentágono hubiese enviado un portaaviones a nuestras costas para intimidar a mis enemigos, estaba contento y me hacía mucha gracia pensar que en la Base y en sus alrededores me tenían por un fulano peligroso, con poderes multinacionales y secretos; me acordaba de mi tío abuelo Leonardo *el Masón*: mi tío llegó a Toledo en el año doce o por ahí, de modesto maestro nacional aunque muy bien trajeado; ganaba veinte duros al mes, más o menos, pero cuidaba exquisitamente la fachada, siempre la cuidó el tío Leonardo, un figurín, y allí, alguien en Toledo, no se sabe de dónde ni de quién salió la invención, porque mi tío ni idea, algún compañero envidioso de su vestuario, dijo que era masón, que tenía un grado en la masonería, no hay más que verle cómo viste, un maestro de escuela; y el tío Leonardo sin enterarse, pero fue a pedirle una estufa al alcalde para el colegio y le pusieron la estufa visto y no visto mientras los otros maestros llegaban a la jubilación año tras año pidiendo ese mínimo confort, y ni caso, ni estufas, ni braseros, ni siquiera cristales para las ventanas cuando se rompía alguno, con papel pegado los recomponían y tapaban los huecos; los niños andaban comidos de sabañones; y lo mismo que la estufa, todo; la gente le pedía favores, las cosas

más peregrinas y mi tío Leonardo, que no sabía decir un no, realizaba toda clase de gestiones amistosas, igual iba a ver al alcalde que a un usurero que al director del asilo que al gobernador y en todas partes era respetuosamente atendido menos en el palacio arzobispal; lo intentó varias veces y no le dejaban ni pasar la puerta, y se enteró de que cada vez que ponía sus pies sobre aquellas venerables losas el cardenal mandaba a un canónigo que las hisopase con agua bendita. Pero eran tiempos de espíritu liberal y el veto de la Iglesia no tuvo efectos perjudiciales, al contrario, el mismo gobernador lo invitó a comer en su casa y le pidió claramente una subsecretaría; le contestó mi tío que bueno, se hará lo que se pueda, y no hizo nada, pero al gobernador lo nombraron subsecretario, estaría de Dios, y mi tío ya no se movió de Toledo porque a ver adónde iba a ir, a ver dónde iba a encontrar otra ciudad en la que le inventaran un grado masónico; así que si en Torrejón pueblo y en Torrejón Base creen que soy mafioso, Dios me libre de protestar; que lo crean; y con las alegrías del contrato, con mi provechoso ingreso en el sindicato del crimen, me tragué lo del banquete de bodas y mientras hacía mentalmente las cuentas me parecía todo justificado, anda, no seas ruin que te acaban de regalar millones; más que la boda hemos celebrado la revisión del contrato y mi ingreso en la Mafia; y luego viene el memo de Sabater y me felicita porque he hecho una boda muy de derechas, y Clara, por otro lado, diciendo ya no se me escapa, y Sancho Fajado tan tranquilo, muerto el tío. ¿Quién le mandaría morirse?, la verdad es que los muertos no arreglan nada; menudo follón has armado con palmarla, cabrito, la que has liado; y pensar que estuve a punto de pagarle al *Merce* para que te quitase de en medio.

Cuando Clara regresa del cuarto de baño Miguel está de espaldas, casi dormido.

Clara, antes de meterse en la cama va al armario, se quita el camisón erótico y lo cambia por uno más convencional. Se acerca a Miguel y lo besa apenas, en el pelo, para no despertarlo.

—Clara.

—¿Estás despierto?

—No sé, a medias.

—¿Querías algo?

—¿Has puesto el despertador?

—Sí, como todas las noches.

—Que no me hagan las tostadas con mantequilla; quiero un desayuno desengrasante.

—¿Te duele algo, cariño?

—No, no te preocupes; buenas noches.
—Hasta mañana, Y enhorabuena.
—¿Qué…? Ah, ya; gracias, gracias, adorada esposa.

## 3

## COMO UN JARDÍN SIN FLORES

EL DOCTOR ARTETA termina de secarse meticulosamente las manos. Clara intenta subirse la cremallera de la falda y lo está logrando. El médico es amigo; sin embargo, Miguel espera sus palabras con ese gesto tímido —mezcla de esperanza, abdicación, rubor y despiste— de marido en consulta ginecológica. Mira al doctor como a una bola de cristal, a una pantalla de radar, a un oráculo; explorador frío de la más íntima intimidad, el doctor mira al varón con rostro aún impenetrable; quizá va a decirle: sea usted más considerado, se ha comportado como un animal, no es correcto, está lastimada, herida, piense en ella cuando busca el placer, condúzcase civilizadamente y no a lo bestia, macho primitivo, ella tiene derecho a un trato más delicado y satisfactorio. El marido pone cara de cipote y espera el diagnóstico-sentencia, ya ves, queremos un hijo, doctor, pero no viene; queremos saber qué ocurre y pedirte remedio si lo hay; mira receloso al doctor porque la esterilidad es desdicha femenina; los reyes cristianos, las gentes mahometanas de todas las clases sociales y los hebreos del pueblo elegido han arrojado siempre la esterilidad al rostro de la mujer como una maldición; mira con gesto panoli al doctor porque en él la esterilidad sería humillación y, casi, deshonra; el marido está a la defensiva, teme que, antes de diagnosticar, el médico lo afrente con la pregunta casi injuriosa: ¿A usted lo han reconocido?

El médico sonríe.

—No encuentro nada anormal; veremos qué dicen los análisis; ¿cómo habéis esperado tantos años?

—Ya ves; por la cosa legal.

—Lo malo es que ha pasado demasiado tiempo; en parejas jóvenes tenemos muchos casos; vienen porque no quieren hijos.

—¿Y qué les dices?

—Yo nada; reconozco a la chica, doy mi diagnóstico sobre el estado de su maquinaria y hasta ahí llega mi *métier*. Para lo de los niños, les digo que se compren un libro; los hay a montones.

—Ellos prefieren el consejo de un médico.

—Ya, claro, pero el médico no está para eso. Mira, Miguel, yo no soy un puritano, no me la cojo con papel de fumar; es otra cosa. Mi oficio consiste en curar enfermos, en evitar enfermedades, en procurar que tu mujer y cualquiera que entre por esa puerta se quede embarazada. Yo no puedo anular nada que no sea patológico; si una chiquita viene a pedirme que obture sus trompas de Falopio, que clausure su útero, es como si a un oculista le piden que deje tuerto a un muchacho porque no quiere ir a la mili, o a un dentista que desmantele la dentadura de un crío porque muerde a sus hermanitos. Podría hacerme de oro colocando aparatitos, pero me daría mucha vergüenza. Además, que es verdad, hay mil procedimientos y montañas de libros que explican el hágalo usted mismo del anticonceptivo: no quiero aceptar la responsabilidad de que una pareja se aburra, una chica se acompleje para siempre, o algo salga mal por ir contra la naturaleza. Y basta de rollos, no es vuestro caso.

—Al contrario: queremos un hijo.

—O los que vengan.

—Yo no veo impedimento, pero puede existir una, digamos, pereza genitoria; no pereza genital, sino procreadora; no es que seáis viejos, estáis como dos rosas a primera vista. Hay matrimonios que evitan la descendencia dos, tres, cuatro años; luego, dan luz verde y llegan los hijos; pero otros, que esperan ocho, diez y más años se quedan sin ellos, porque tenían algún pequeño impedimento que se hubiese corregido muy bien a los veinticinco años, pero a los treinta y cinco no hay nada que hacer. Habéis esperado demasiado.

—Será porque en vez de preguntarte a ti se lo consulté a un abogado.

¿Qué es esto, Clara? ¿Cuándo has llevado tu matriz a un abogado? No sé nada; detectives, abogados, una segunda vida de la que me voy enterando con retraso. Necesito poner cara de conformidad, o Arteta me va a tomar por imbécil.

—¿Un abogado?

—No es que fuese a consultarlo; el tema surgía cuando hablaba con los abogados de mi primer marido, que de vez en cuando se ponía pesado, o con los abogados de Miguel. Es un laberinto precioso, verás: yo iría a la cárcel, porque con ese hijo los jueces tendrían una prueba de mi infidelidad, pero, al mismo tiempo, ese hijo iría al registro civil con el apellido de mi marido que sería, legalmente, su padre.

—A ver, a ver si me entero: por un lado, es su padre; por otro, como no lo es… No; me pierdo: a ver si lo entiendo…

—No hay que entenderlo; es la ley: sólo el marido puede ser el padre; y los hijos llevarán su apellido, imagínate, un apellido que te hace rechinar los dientes.

—Pero habrá algún medio para evitarlo.

—Sí, muchos, tú lo has dicho; todos los que se han inventado para no tener hijos.

—¿Vosotros utilizabais anticonceptivos?

—Sí.

—¿Cuándo dejasteis de tomar precauciones?

—Hace muchos años, diez por lo menos. Al principio teníamos mucho cuidado.

—No, Miguel; al principio, nada: no teníamos confianza para andarnos con cuidado.

No tenían confianza. Durante los primeros meses pensaban solamente en algo que se parecía al amor lleno de sorpresas y revelaciones; se estaban descubriendo el uno al otro y no tenían confianza para hacer de sus encuentros un problema a discutir. Ya era bastante angustiosa y humillante la complicidad de las casas de citas. Clara tenía miedo; la mujer siempre tiene presente el embarazo como esperanza, como amenaza o como coartada; ella es el único sujeto del embarazo, la víctima. El varón, en estas que se llamaron en tiempos relaciones culpables, se hace el distraído, no es cosa suya, él no tiene una matriz que vaya a convertirse en andorga desmesurada, en bombo infamante y aflictivo, en evidencia de crimen; el varón, casi siempre, piensa que es mal asunto el embarazo de la compañera culpable, culpable ella, ella solita, yo no la violé; aquel coronel dio a la madre de la niña preñada un sable quedándose él con la vaina; pruebe a envainar la hoja, señora, y el coronel la movía a un lado y otro mientras la madre de la niña preñada intentaba, sin éxito, acertar con el acero; culpable ella, señora, ya ve qué fácil si su niña no se hubiese estado quieta. Para el varón es sólo una contrariedad, un latazo, no va a pasar nada, pero se le acaba el plan, mira, hombre, qué mala suerte, con lo bien que lo pasábamos, qué faena, *se ha quedado* embarazada, ella, ella, ella, y no voy a meterme en líos, ellas saben cómo se arreglan estas cosas. Clara lo sabía, podía quedar embarazada, y sólo habló del tema después de cinco días temblando, esperando, y no, que no, que no llega, que estoy preocupada, Miguel, no creo que pase nada, pero no me gusta.

Miguel simulaba caras de lila, gestos de ¿qué te pasa?

—Estoy asustada, Miguel.

—¿De qué? ¿Tu padre? ¿Tu marido?

—No hagas caso, no tiene importancia: no pasará nada.

Seis, siete, ocho, nueve días. El décimo, cuando Clara estaba decidida a hacerse el análisis, cuando empezaba a sugestionarse y creía tener náuseas y los ojos le hacían chiribitas sin saber por qué, el almanaque se puso en orden y, una vez más, sus entrañas renunciaron a la gloria de sacar adelante un españolito conflictivo.

Aquella crisis en la que Miguel se había comportado con fría indiferencia de espectador neutral, produjo en los dos enamorados eso que ahora se llama concienciación: había que andarse con cuidado.

—Sería un lío, ¿comprendes? Mi marido podría meterme en la cárcel.

Y el fantasma vivo de Sancho Fajado se encapuchó de goma estéril.

—Tomábamos precauciones, pero como a veces las olvidábamos y no pasaba nada, acabamos perdiendo el miedo. Y así unos diez años: hasta ahora. Un poco tarde es, pero quisiéramos tener un hijo. O dos; más no.

—Pues Clara está bien; no veo ningún impedimento. Vamos a ver qué dicen sus análisis. Y los tuyos.

—¿Los míos?

—Los tuyos también. ¿Cómo estás de la boca?

—Bien, ¿qué tiene que ver?

—Se dan casos. Tuve un matrimonio aquí, más joven que vosotros; en tres años no habían logrado un embarazo. Les hice todos los análisis y tuve que examinarle a él casi milímetro a milímetro. Hasta que lo mandé al dentista; le sacaron una muela y empezaron a tener hijos: cuatro en tres años.

—Pero yo… No me fastidies, no me vengas ahora con…

—Tienes razón, yo no soy quién para examinarte; ese título que tengo ahí colgado dice que sí, que puedo hacerlo, soy médico, pero comprendo que te resulte difícil ponerte en manos de un ginecólogo. Consulta a tu médico, dile lo que hay.

—Hombre, Arteta, déjate de rollos.

—Espera, si quieres, ocho días, que tengamos los análisis de Clara, aunque yo en tu lugar no esperaría; hazte cuenta de que es un chequeo, nunca está de más. ¿Queréis tener hijos? Pues hale, no perdáis el tiempo; habéis perdido demasiado. Y un hogar sin niños…

—Sí, ya lo sé: es como un jardín sin flores.

## 4

## UTERINA HISPANIA

DE PRONTO, la nación fue toda útero. Una ola ginecológica se apoderó de las libertades democráticas y alzó la bandera de los derechos humanos. Si con la llegada de las libertades no se comía mejor, ni se frenaba el paro, ni se aumentaba el producto nacional, ni mejoraba la balanza de pagos, ni se contenía la inflación, nada impedía, en cambio, practicar el que fue siempre remedio de soledades, consuelo de hambres y alegría de pobres: darle al colchón como descosidos.

La mujer se hizo sexo y saltó a la arena política, social, cultural, lúdica, teatral y cinematográfica: puso el sexo en lo alto de un plinto y dijo que se quería realizar por ahí; las revistas del corazón no hablaban de otra cosa; parejas felices en apartamentos novísimos, relaciones sentimentales iniciadas ayer mismo en una discoteca y consolidadas en un sofá-cama bajo la barba filosofal de don Carlos Marx, o la maciza pelambrera de Fidel; los teléfonos echaban humo; era ella, la mujer, quien llamaba al periodista para ponerle al corriente: vivo con Pepe desde hace seis años, a mi marido lo dejé colgado en el 67 y ahora tan amigos, él tiene un romance con Leandra Pacotilla, una bailaora.

De pronto, actrices meritísimas que se habían alzado sobre limpios pedestales de alabastro interpretando papeles de virreina, de monjita, de señorita burguesa y muy de derechas con novio teniente de regulares, y chicas monísimas de las nuevas generaciones, que vivían con un señor mayor, empresario teatral, productor de cine, catedrático-economista-asesor de empresas o editor de revistas ilustradas, sacaban a relucir sus trapitos eróticos que ya no eran trapitos sucios y le echaban *mass-media* por todo lo alto a un embarazo nuevo, mientras mantenían oculto a su primer hijo, siete añitos ya, hasta que la presión del entorno pornosocial exigía un nuevo toque de protagonismo y a ése también, a ese niño que antes fuera oprobioso producto del pecado, lo sacaban del anonimato; sí, tuve otro, elegí la libertad antes que todas éstas, la gente decía que yo era muy pendón, los burgueses se negaban a entender que estaban sonando las campanas de la libertad y el amor; yo era

una cría, me equivoqué, ni fuimos felices ni comimos perdices, pero valía la pena intentarlo; nada queda de aquello, ni amor ni odio, queda lo mejor, un hijo, mi hijo, vive con sus abuelos, es muy rico.

Los escenarios se decoraban con góticos úteros palpitantes y monumentales vaginas practicables. Las revistas pornográficas reproducían declaraciones ingenuas de mujeres de bandera que antes sólo hablaban de papá y mamá, mis papás, gente estupenda, y de un primo sacerdote, y de su infancia, educadas por las buenas monjitas de su ciudad natal; y de pronto, junto a la consabida serie de fotos en porreta, se desnudaban el alma y proclamaban los fundamentos de su filosofía existencial:

—Yo, primero le meto en la cama y luego le pregunto cómo se llama.

—Me gustan los negros para un fin de semana, pero en días laborables no tengo manías; todos. Con tal de que sean muy activos.

—Que no me pregunten quién es el padre; sólo sé que estoy de siete meses y que me ilusiona mucho tener un hijo.

España era útero, aire fresco de libertad, y las que antes sólo hablaban de acostarse con marqueses y presidentes de banco, sin contárselo más que a sus compañeras, que tampoco se lo creían, buscaban para realizarse a electricistas, partiquinos de la izquierda ilegal, fotógrafos y chicos recién salidos del cascarón. Se retrataban besándolos y les pedían un hijo. Urgentemente. O me realizo o estos tíos no me sacan en el periódico.

Toda España quería ser adúltera o madre soltera.

El avión toma tierra en el aeropuerto de Londres. Cuarenta y dos turistas españoles formando un grupo, cuatro directores de empresa, ocho turistas libres, es decir, sin grupo ni guía ni nada en común: Josely Mestre con su madre: turismo y compras. Rafaela de Corbelle y su hermana Cándida: turismo a secas. Cecilia Ballina y Ponce de León con su jefe el ingeniero Pepe Descalzo: turismo y simposio. Isabel Clara Eugenia Roca y Carmen Doñana: turismo. El resto del pasaje, hasta trescientas doce personas, son turistas y hombres de negocios ingleses.

Desembarcan los pasajeros y caminan por los inacabables pasillos del aeropuerto de Heathrow hacia el puesto policial de control. En los aeropuertos internacionales británicos hay un exquisito cuidado para evitar que los ciudadanos del Reino Unido se vean mezclados con los súbditos de lo que fue Imperio y hoy es Commonwealth, y éstos con los bárbaros invasores de otras procedencias. En la sala destinada a recepción de extranjeros hay tres

pupitres, parapeto de tres correctos funcionarios de la Corona que inspeccionan despacito y Cortésmente a los visitantes. Toman el pasaporte, examinan al pretendiente con afable superioridad, como el director de un internado a los novatos del sector becarios, huérfanos e hijos de funcionarios pobres.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer en el país, señorita Roca?

El funcionario es mister Lewis Forrestal, cuarenta y dos años, joven abuelo de un pequeño bastardito inglés, un gracioso muñeco de ojos azules absolutamente británicos y piel de zulú. Su hija Ly se quedó embarazada a los quince años, tan inocente que ni sabía que el padre de aquella criatura insólita era Bob, el trompeta negro de «Los Azucenos Pestosos», con quien apenas había tenido trato fuera del indispensable para satisfacer la natural curiosidad que inspiran los negros en las almas jóvenes. Ella atribuía su embarazo a Pupas Willy, el batería; con él había pasado tres fines de semana que siempre tuvo por maravillosos gracias a las borracheras de distintas drogas que transfiguraron una convivencia más bien cochina y babeante. Pero su despiste mayor fue el no advertir el embarazo hasta el séptimo mes, cuando ya no son posibles, ni en el permisivo Reino Unido, soluciones decentes; la ley no permite el aborto en tan avanzado momento vital del futuro miembro del United Kingdom; ya es casi un inglés.

Ly se lo contó a su madre advirtiéndola por adelantado que con Pupas Willy no había nada que hacer y que si sus temores de embarazo se confirmaban deseaba utilizar los servicios de la Seguridad Social para ejercer su derecho al aborto; no quiero un bebé; claro que no, hijita, si tú eres un bebé, vamos a ver qué dice el doctor.

El doctor dijo que en estos cálculos suele haber errores; casi siempre se equivocan ustedes; ¿me ha dicho tres meses?

Sí, la niña calculaba tres meses; era el tiempo transcurrido desde su última orgía con Pupas.

—¿Desde cuándo ha notado usted la suspensión del ciclo?

Ly no había llegado a conocer ese trastorno periódico. Maduró tarde y lo atribuyó a efectos traumáticos de la refriega erótica. Fue sólo una vez, porque practicaba el experimento desde los catorce años, y nunca supo que aquello había sido su transformación en mujer. A poco, quedaba fecundada y no por su idolatrado Pupas Willy, sino por el trompeta más bocón y larguirucho de Londres, Bob *el Zulú*, el falso zulú; decía que era zulú y lo parecía por su aspecto, pero había nacido mahometano, hijo de gendarme senegalés, en un bidonville de Casablanca.

Mistress Forrestal pidió al médico el aborto legal para su hija; no era ya posible. Pagando unas doscientas libras existía la posibilidad de obtener los servicios de un doctor maltés que se estaba poniendo las botas perpetrando feticidios ilegales.

Y fue entonces cuando, al ser requerido míster Lewis Forrestal por su esposa y por su adorada hija Ly, se negó dignísimamente no sólo a soltar las doscientas libras sino a permitir tan grave infracción.

—Soy un funcionario de la Corona.

Y añadió pacientes razonamientos intentando convencer a su hija de la obligación y la alegría de asumir su maternidad; no te preocupes, tus padres lo comprendemos todo, tendrás tu bebé y viviréis con nosotros. Pero Ly respondió que no, no quiero a mi bebé, no deseo ser madre ni un solo día, detesto la idea. Y, entonces, el honesto funcionario de la Corona tuvo la gran ocurrencia:

—Un poco de sutileza, hijita; sólo dos meses y tendrás la liberación por vía natural, sin riesgos ni manipulaciones. Y sin sacudirnos doscientas libras, nena, que nos escoñas las vacaciones. Y no serás madre. Inscribiremos al niño como hijo mío y de mamá; será tu hermano.

El niño nació oscuro, rojizo, amoratado, y con ese aspecto casi teratológico de muchos recién nacidos: no llamó mucho la atención. Pero en pocos días su piel, sus ojos, su bocaza lactante, insaciable, fueron manifestándose, configurándose, como película fotográfica inmersa en el revelador, dando un negativo mestizo mal mezclado; no tiene ambigüedades de mulato; los ojos de inglés, la piel de zulú, ojos asombrados, hermosos, de niño africano y nariz bizarra como la de míster Forrestal, que sufre unos bochornos tremendos por culpa de esta paternidad que nadie le perdona, ni su misma mujer, doblemente deshonrada; la señora Forrestal sólo ha tenido relaciones extraconyugales cuatro veces en quince años, siempre con gente presentable y discreta, jamás con un zulú. Nunca sus fugaces flaquezas la hicieron sentirse adúltera, ni, en el fondo, aquellas cuatro infidelidades fueron adulterio, porque ni dejaron rastro ni dieron lugar a escándalo o mala fama. Como se decía a sí misma para su propia tranquilidad, sólo se trataba de engrasar el acelerador y probar los frenos, pero mi marido tuvo las cuatro veces la cena a su hora y la camisa lavada y planchada. Y ahora me endosa ese niño horrible; qué pensará la gente.

Mister Forrestal acoge con paternal curiosidad a las jóvenes turistas españolas; mira a sus tripitas sin disimulo; quisiera que todas ellas fuesen a abortar, y que llevasen en las entrañas un mulatito. No puede evitarlo; le consuela imaginar a estas chicas poblando el mundo de angelitos entreverados.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer en el país, señorita Roca?

—Dos semanas, creo.

—¿Motivo de su viaje?

—Turismo.

Y entonces lo dice. Sólo a las españolas. Sabe que en otros países, si no está permitido el aborto, la tolerancia es de absoluta impunidad.

—¿En qué clínica?

Le divierte tanto hacer esta pregunta que hasta la ha aprendido en español. Isabel habla inglés y le comprende a la primera.

—Ninguna clínica. Hotel Wilberty.

—Gracias, señorita Roca.

Alrededor del vomitorio por donde empiezan a salir maletas, los pasajeros esperan apiñados. Los cuarenta y dos turistas españoles que forman grupo, se reúnen aparte siguiendo las instrucciones del guía que se ocupará de recoger sus equipajes. Los otros ocho españoles, Rafaela y su hermana Cándida, Cecilia y el ingeniero, Carmen, Isaclara, Josely y su madre, están como aislados, se miran de reojo y ni por casualidad dejan que el patriotismo les una en inocente conversación de hace calor, tardan mucho, qué cansancio, es la primera vez que vengo a Londres; nada de eso. Están deseando coger sus bártulos, echar a andar, pasar la aduana y salir del aeropuerto.

Y unos minutos más tarde están allí, juntos, en el microbús amarillo, Josely, Rafaela, Isaclara, Cecilia, Carmen y los tres acompañantes.

Sólo la madre de Josely intenta trucos frente a las miradas frías, fingidamente aburridas de los demás. Dice que tienen un primo médico y van a verlo. La madre de Josely habla sin parar; la historia le está saliendo tan bonita que casi se la cree y empieza a mirar compasivamente a las otras chicas; pobrecillas, se les nota a la legua que vienen a abortar.

—Venimos a Londres a pasar unos días y ¿cómo no vamos a visitar a mi primo que es casi como un hermano? Pero el viaje es de compras; ni turismo ni nada, venimos de tiendas, parece mentira ¿eh?, un viaje al extranjero para comprar en las rebajas; mi marido dice que estamos locas.

Todos se sienten incómodos y furiosos con la dirección del hotel por enviarles un vehículo colectivo, cabritos, eso se avisa, tanto decir que limusina privada y que se asegura absoluta discreción y sólo falta que nos pongan pancartas en el microbús y nos coloquen un cartelito en la espalda: «*Pregnancy and Abortion Service*». Me va a oír el médico cuando regrese a España.

El médico había recibido una amable carta de la clínica inglesa.

> *Muy distinguido Doctor.*
>
> *Muy probablemente estará enterado de que hoy día en Inglaterra, bajo ciertas condiciones, la terminación del embarazo está legalmente permitida.*
>
> *Nosotros estamos capacitados para llevar a cabo estas operaciones privada y confidencialmente, utilizando los servicios de cirujanos y ginecólogos en clínicas aprobadas por el gobierno. Nuestro servicio es individual y personal realizado con el máximo de discreción. El costo total de esta clase de operaciones de 8 hasta 14 semanas es de Stl. £175.00 y esta suma incluye una comisión de Stl. £15.00 para Usted. Senza una comisión es el costo Stl. £15.00 menor, esso es Stg. £160. 00. De 14 a 18 semanas el costo habrá que discutirse previamente con il ginecologo. El ginecologo non operara antes l'embarzo habrá logrado ocho semanas, a cuenta del pelogro de una perforación.*
>
> *Como parte de nuestro servicio, deseamos, en los caso en que sea posible, recibir al cliente a la llegada en la salida de la aduana en el aeropuerto, y conducirlos en limosina privada directamente a la clínica. De acuerdo con la Ley Vigente los clientes deberan permanecer en Inglaterra un minimo de una dia antes de ingresar a la clínica para la operación. Para poder reconocer a la persona a su llegada nuestro representante tendrá un cartón con el nombre del cliente, pero para facilitar esto nos gustaría que nos informasen dos días o más antes de la llegada, por carta, teléfono o cablegrama, indicando: Nombre, teléfono, linea Aérea (Iberia, etc.,) N.º del vuelo, fecha y hora de llegada y si fuese posible una descripción breve de la persona, color del abrigo o vestido etc. Si hay alguna dificultad a la llegada la persona andaría al oficina de Avia, con quien tenemos una cuenta.*

*En caso de que la presente información sea de su interés nos gustaría recibir sus noticias y entonces podremos suministrarle cualquier detalle adicional que deseen, o al recibir sus noticias el suscrito tendrá mucho gusto en visitarle durante una de sus visitas a España, la primera en Marzo que sigue.*

*Sin embargo, si se siente ofendido con nuestra carta, la rogamos ignorarla y aceptar nuestras disculpas.*

*Hasta tener el placer de sus noticias en un futuro cercano,*

*Le Saluda muy atentamente,*

*No es necesario*
*añadir que las operaciones*
*son con anestetica completa.*

La carta era lamerona y ceremoniosa, redactada por expertos en algo, no en español (lengua) ni en español (gente) después de repetidos fracasos. Las anteriores, y las de otras agencias, habían sido redactadas con lenguaje más imperfecto y con peor educación; algo así como «Si usted no puede practicar el aborto, aproxímenos sus preñadas y recibir una comisión de quince libras». Algunos ginecólogos las denunciaron a los tribunales; otros, la mayor parte, las tiraron a la papelera, y podría asegurarse que casi el ciento por ciento despreció dignamente la desvergonzada oferta de una propina de quince libras por muy esterlinas que fuesen. Con la libra en decadencia, 1850 pesetas.

Y la madre de Josely, dale que le das a las compras y a su primo el médico, y las otras calladas, sin mirarla siquiera a la cara, y Josely queriendo morirse de vergüenza, y la mamá creciéndose en el mito y recreándose en la suerte; cualquiera le dice a mi tía que he venido a Londres y vuelvo sin ver a mi primo. Isaclara es la única que parece prestarle atención y sonríe, acepta la charla, y su pregunta es amable como un reptar, desconcertante como una caricia helada:

—Sí, señora, sí, un viaje de placer: las compras, ¿no?

—Eso es lo primero.

—Sí, señora, qué bien, las compras, su primo y el aborto de la niña. Yo vengo a eso, a que me pongan el *baby* en *off-side*. Me llamo Isabel Roca, tanto gusto en conocerles a todos; ya que nos han hecho la marranada de meternos en este bonito transporte colectivo, vamos a confraternizar y a dejarnos de cuentos.

El ingeniero Descalzo no sabe a dónde mirar y la madre de Josely llora por fin, falta le hacía, se lamenta, infeliz, no hay derecho, no tengo el gusto de conocerla, señorita, qué desvergüenza, qué se sacará con hacer daño sin más ni más. Todos miran a Isaclara, muñequita rota, princesita sacada brutalmente del castillo encantado, despertada con un puñetazo, no con un beso. Ya es bastante sufrimiento el que tienen encima, ya es bastante desagradable la faena de verse las caras encerrados en un microbús, capitaneados por una enfermera fea, sargentona y falsamente amable que habla un español escabroso y perruno, para tener, encima, que aguantar el descaro de esta zorrilla solitaria. Hubieran seguido sin mirarse a los ojos dejando resbalar la falsa historia de la madre y el primo de Josely Mestre, y nunca, aunque se encontrasen más de una vez dentro de la clínica, se harían unas a otras esas preguntas casi obligadas entre gente que acaba de pasar por el mismo quirófano, qué tal, cómo ha ido la cosa. Y si más tarde, al cabo de los meses o de los años, se encontrasen en alguna parte fingirían no conocerse:' ¿cómo dices? ¿Josely Mestre? Ni me suena; no la he visto en mi vida. Sobre todo el ingeniero Pepe Descalzo —con un puerto, nada menos, a su cargo, y cuatro hijos—, que lleva a abortar a su secretaria con el pretexto de un simposio y estaba tan contento porque le preocupaba mucho la idea de tener un hijo marginal, menudo escándalo, su secretaria dando a luz, y que la criatura sacase en la cara el lunar lobulado de los Descalzo, que es como una etiqueta inscrita en el Registro de Patentes y Marcas, lo sacan todos, bien visible, en la cabeza; algunos en el cuero cabelludo; con el tiempo se lo tapa el pelo, pero recién nacidos, sonrosaditos y pelotones, no hay nada que lo oculte, ni interés en ocultarlo; mira, no lo puede negar, la marca de la casa, un trébol, morado, el antojo de los Descalzo.

* * *

Miguel se mueve en la clandestinidad. Oculta a Clara los resultados de sus análisis. Ha elegido un chequeo lento, minucioso, nada de computadoras y exploraciones en cadena; paso a paso realiza un recorrido serio, sufrido, frecuentemente doloroso, en busca de sus credenciales de hombre.

Clara, por el contrario, comenta sus pruebas, exhibe los resultados, sus conversaciones con el doctor Arteta, sus recuentos sin fallos ni carencias; todo parece indicar que es una hembra con adecuada dotación de tejidos, secreciones, glándulas, órganos y aparatos.

—Estoy perfectamente.

Miguel sonríe sin darse por enterado de lo que hay de reproche y desafío en esta información detallada y permanente. A veces se evade con un chiste gordo:

—Siempre he dicho que estás muy buena.

En su interior reconoce que obra retorcidamente. Un cambio de clima, eso es. Sucede en la naturaleza; a veces se dice que en tal o cual región el clima ha cambiado; son las mismas sus ciudades, los mismos sus habitantes, pero antes llovía mucho y ahora casi nada, o al revés; el fenómeno puede ser favorable o adverso, pero los habitantes se sienten incómodos; echan de menos sus nieves, o sus chicharreros, o sus nubarrones.

Clara y Miguel conocían sus nublados y sus cierzos, y, por encima de toda incomodidad y dificultad, tenían la certeza de que la vida de cada uno de ellos estaba en el otro.

Miguel está alarmado; nuestra vida era como una línea recta y desde que murió aquel cabrito parece una montaña rusa. Todo debería ser igual, pero esta paz no es paz.

Cuando Clara comenta sus tranquilizadores análisis no lo hace sólo con el propósito de alegrar a Miguel con la esperanza de un hijo; intenta recordarle su obligación de someterse también al microscopio. Busca pretextos y caminos desenfilados para aproximarse insensiblemente, cautelosamente, a ese tema espinoso.

—Hoy he conocido a dos señoras estériles: están embarazadas; una se ha desmayado al enterarse; de alegría.

—¿Cómo ha sido? ¿Las ha visitado un espíritu santo?

—Casi. Les han hecho una inseminación artificial.

Miguel se hace el distraído mientras sigue su itinerario en busca del veredicto:

¿Culpable o inocente?

Urólogos, internistas, odontólogos, analistas dan testimonio del hombre. Los depositan en sobres blancos, pulcros, con el membrete de un especialista, de un laboratorio. Llevan escrito a máquina el nombre de Miguel y, debajo, una cifra: 3000 Ptas., 1800 Ptas., 2600 Ptas. Uno tras otro acumulan datos para la respuesta:

¿Culpable o inocente?

Los guarda y espera, no sabe por qué; está peor que a la defensiva, está al acecho, como deseando cazar a Clara, como buscando motivos para la agresión.

—¿Eso de la inseminación artificial crees que es decente?

—No creo que sea decente ni indecente; qué pregunta; es como tomar una aspirina, no tiene que ver nada con la decencia.

—¿Tú te dejarías inseminar así, como una oveja?

—Si supiera que no había otra solución para tener un hijo lo haría; sin pensarlo.

Miguel, agazapado, sabe que hace trampa y odia su conducta y odia la trampa porque ama a Clara, le duele lastimarla y no lo haría si no fuese porque es incapaz de evitar la idea de que Clara, consciente o inconscientemente, le ha tendido una trampa a él desde el día en que enviudó.

—Pero tú no estás en ese caso. Supongo que esas señoras han sido fecundadas artificialmente porque padecían alguna desviación, tenían algún problema de fontanería interna.

—No sé.

—Vamos a ver, Clara: los reconocimientos y los análisis dicen que estás como una rosa: no necesitas inseminación artificial.

—No sé…

—Salvo que sea yo el estéril. Entonces no es que necesites propiamente un embarazo de artesanía, sino un machote con facultades para dejarte rigurosamente preñada.

—No te entiendo, Miguel; yo lo que quiero es tener hijos; sólo eso.

—Pero supongamos que soy estéril. ¿Te dejarías inseminar con semilla de otro hombre?

—Yo quiero hijos tuyos, Miguel; qué ideas tan retorcidas, cariño.

—¿Te dejarías o no?

—Vete a la mierda.

—Gracias.

—A la mismísima mierda. Quiero hijos tuyos, no me apetece criar bastardos ni aunque sean de laboratorio; antes, un loro. Me lo preguntas a mala idea, capcioso, saduceo, tramposo, pillín, que te estás volviendo muy pillín.

—Tranquila, tranquila, era una suposición.

—Era una trampa asquerosa; si te digo que sí, te ofendo, si digo que no, se acabó el problema. Ve al médico y déjate de bromas; yo lo he hecho, no es divertido, pero así salimos de dudas. Tendría gracia que nos quedásemos sin hijos porque tienes una muela picada o un riñón a la virulé, algo que se puede curar. Y si no se puede, entonces me da igual ¿no lo entiendes? Miguel, te quiero como eres; ¿crees que te iba a querer menos?

—¿Me querrías lo mismo si fuese estéril?

—Te querría más.

Entonces, Miguel saca sus triunfos del gran sobre escondido.

—Lo siento; vas a tener que seguir queriéndome lo mismo, toma, me han visto más médicos que a ti; no soy estéril; si hacemos caso a los resultados de los análisis, soy tan fecundo que podría dejar preñada a una farola: ciento ocho millones de espermatozoides por centímetro cúbico; parece una chulada.

Y aún calla el resultado de otro test: Isaclara en su apartamento; en una tarde huraña, de intimidad exasperada.

—Estoy que muerdo, no me toques.

—¿Qué te pasa?

—¿Te acuerdas de aquella vez que yo no quería porque llevaba tres días sin tomar la pilule y tú te pusiste pesado? Bien me hiciste la puñeta, majo, estoy preñada.

—¿Seguro?

—Mira el análisis. Lo único que me divierte es pensar en mi papi: se va a subir por las paredes.

El médico no se puso esa barba que antes tenía todo quisque a mano para sermonear al prójimo. No dijo está usted confundida, por quién me toma usted, salga de este despacho y dé gracias que olvido lo que me ha dicho, váyase o llamo a la policía. El médico sonrió, como había sonreído cuando, después de sacar el expediente «Isabel Roca», dijo sin énfasis ni dramatismo: el análisis es positivo; está usted embarazada.

Tampoco hubo dramatismo ni énfasis en la actitud de Isabel Clara cuando le pidió la ruta de la libertad:

—¿Qué clínica me recomienda para abortar?

—Ninguna.

—Ya lo sé, doctor; aquí ninguna; digo en Inglaterra; sé que ustedes envían clientes allí para que aborten legalmente.

—No, yo no.

—Pero usted sabrá dónde…

—No; lo siento; es que no soy partidario del aborto. Respeto su deseo y su criterio, pero mientras no sea posible conocer la opinión del feto, me parece un poco fuerte cargárselo. No es que intente convencerla de nada; usted es la madre y tiene más derecho que yo a elegir lo mejor para su hijo. Pero si lo mejor, a su entender, es matarlo, no me consulte; mi oficio es ayudarlos a

nacer. Y lo procuro. La consulta y el análisis son cinco mil pesetas. Buenas tardes.

—¿Cuánto ha dicho?

—Cinco mil pesetas. Pague a la recepcionista, por favor.

Isabel Clara está tentada de largar un par de burradas; qué tío, por cinco mil pesetas le hicieron limpieza de fondos a Chony Lebredo y estaba de cinco meses, qué cara, qué manera de sacarte la pasta; un embarazo de mellizos triples te limpia otro por cinco mil pesetas; y éste, ni las señas de Inglaterra, claro, para qué, tonto sería, te cobra como si te abortara y, mírale, tan sonriente y tan limpito. Cinco mil pesetas, todavía no se lo he dicho a papá, que ése sí que se va a poner contento, siempre está deseando ayudarme.

Isabel Clara Eugenia ha negado tenazmente a su padre la posibilidad de alegrarse ayudándola. Cada vez que le pide dinero es para darle un disgusto, imponerle una contribución como cualquier impuesto: caro y doloroso. Comprar el apartamento fue un trago amargo; tres millones por setenta metros cuadrados en un edificio de lo más lioso y en una calle pregonada. A cambio de tres millones, que pagó sin rechistar y sin recibir ni una palabra de agradecimiento, César Amado-Miño se quedó huérfano de Isabel Clara Eugenia, Dios mío, para eso la he criado en una nube rosa, para eso me he gastado en profesores particulares una fortuna, para eso han vestido a mi muñeca los modistas mejores de Madrid, Londres, París. Se iba, se iba sin explicaciones ni disculpas, y sólo faltó que al abandonar el hogar dulce hogar le hiciese a su antes amadísimo padre una pedorreta. O un corte de manga. Fue algo peor; ni eso, nada; ni adiós.

## *Tercera parte*

**1**

## HACE MUCHO TIEMPO, NO SE SABE CUÁNTO

*18 mayo — San Luis*
*Sra. Tejuelo — Rosas, regalo.*

—¿Ha dicho usted tercer aniversario, Seilas?

Miguel cuenta con los dedos; Seilas cuenta con los dedos, tres años, sí. Seilas esconde los dedos tras la espalda; Miguel no los esconde, es el director general y puede contar con los dedos delante del sursuncorda; sí, son tres años, tercer aniversario de aquella boda tan celebrada. Tres años apretados de pequeños acontecimientos, minidramas, minicatástrofes; parece que no ha ocurrido nada.

Isabel Clara Eugenia Roca abortó felizmente. Un feto masculino; se lo enseñaron.

—¿Quiere verlo, miss Roca?

—Ya lo estoy viendo. ¿Hacen ustedes la misma gracia a todas? Primero se lo enseñan y luego preguntan si quiere verlo. Ya lo he visto.

—Perdone.

—Que me lo envuelvan.

Era muy pequeño, diez semanas, pero ya empezaba a formar su cabecita de hombre que nunca sabría que dos y dos son cuatro y que España limita al norte con el Mar Cantábrico y con los Pirineos que nos separan de Francia. Las manos eran lo más acabado, con sus cinco dedos que nunca cogerían un pincel ni una pluma ni una metralleta.

—¿Se lo va a llevar?

—Sí. Haga un paquete bonito; es para un regalo.

Se lo llevó en su frasquito precintado; hizo poner una etiqueta de autentificación: **Masculine Foetus // Tenth Week // From: I. Roca**, y, al llegar a Madrid, se lo envió a su padre con una nota brevísima:

«Esto es lo que debiste hacer conmigo».

Tres años; los científicos de todo el mundo están de acuerdo en que el plástico es una plaga, y, también, en que es muy útil; se ha hecho imprescindible y la Humanidad difícilmente podría vivir sin él. Guindaleta Plásticos renovó su maquinaria de acuerdo con las recomendaciones de la Synthetical; duplicó su producción y ahora se dispone a cuadruplicarla con maquinaria nueva.

—¿A que no sabes quién se ha muerto?; un milagro parece.

Se murió, mejor dicho se mató, la mujer de Paco Solano, la marquesa. Llevaba la corona bordada hasta en las prendas íntimas. Pese a lo trágico de su fin, los periódicos apenas lo comentaron; dos o tres, en toda España, citaron su nombre, y sólo uno su título de marquesa consorte. Los demás la englobaron en el aburrido e inútil trompetazo lúgubre de cada lunes y cada martes: «Treinta y cuatro muertos en las carreteras españolas durante el fin de semana». Paco Solano se portó como un caballero: pagó el anuncio de *ABC*, fue al entierro y se reconcilió con sus suegros, que le agradecieron el detalle de poner sus nombres en la esquela y que todo el mundo los leyese al lado de aquello tan bonito: *su desconsolado esposo, don Francisco Solano, Marqués de Sedalzarzales*.

Mercedes quedó sobrecogida, espantada, válgame Dios, contra un tractor, tuvieron que abrir el coche con soplete, que Dios me perdone. Se siente culpable y lamenta esa muerte tan salpicada de sangre: caramba, se ha pasado la marquesa, yo quería que se muriera, pero nunca una carnicería, hombre, eso no se hace, habiendo anginas de pecho, leucemias galopantes, fugas de gas, que tenga que cruzársele un tractor cuando iba tan contenta, con sus bragas de marquesa y su coche deportivo de marquesa, que nos estaba costando carísimo, tenía un abogado malaje con ganas, un vampiro, y la pobrecilla iba a Jaén a comprar un terrenito y unos olivos, qué mala suerte, y a ese tío del tractor ¿qué mano lo guiaba?, bendito sea el Señor que me quitó de la cabeza la idea de contratar a un brujo para echarle el cenizo a la marquesa: me muero del susto.

Mercedes y Paco se casaron poco después. Ahora la marquesa es ella y tiene un embarazo tardío muy aparatoso; se la ve venir de lejos; siete meses.

—No te fíes, Paco, que puede ser aire, que yo ya parí gas natural una vez y a lo mejor en lugar de un marquesito te doy diez litros de propano, quién

sabe, no te fíes de los análisis que yo hasta que no vea a la criaturita no me lo creo.

Tres años desde aquella boda santificante y Miguel Tejuelo ha dejado de temer a César Amado-Miño, pobre padre contrito; mi niña se me fue de las manos, qué torpe fui, Isaclara, hijita, perdóname el daño que te hice, qué disgusto, niña, tú que eras un ángel, reconoce que no está bien, qué crueldad mandarme ese feto, no podemos seguir así, perdóname y olvida ese odio terrible, pídeme lo que quieras…

—La mitad de tus acciones de Guindasa.

Isaclara quería ser libre de verdad, y, también, si ello era posible, empezar a dejar de odiar; necesito ser libre, tener mi dinero y privarme de ese placer que siento cada vez que vengo a humillarte pidiendo que me pagues cosas que odias; ciento cincuenta mil pesetas te ha costado ese fetito, tu nieto malparido: ¿ves?, cuando tenga mis propias rentas, poco a poco perderé la costumbre de venir a hacerte daño.

Cogió los valores y se los llevó a Miguel; chamba pura; ella ignoraba las triquiñuelas de su padre, la necesidad que Miguel tenía de aquel paquete de acciones.

—Adminístramelas; así no tendré que ver la cara a papi cada vez que necesite dinero. ¿Cuánto me va a producir eso al año?

—Más de tres millones.

—Vale. Dame trescientas mil; voy de compras.

Miguel no lo hizo a mala idea; no deseaba despojar a Isaclara; toma, trescientas mil, fírmame esto por si tu padre se enfada, o se arrepiente. No piensa utilizarlo; es un «vendí» en blanco; las acciones pueden ser suyas en cuanto se lo proponga; César ha perdido la mitad de sus dientes en Guindasa; la mitad de sus dientes y toda su capacidad de maniobra.

—Tres años, Seilas; han pasado sin sentir.

—Aún tengo el vestido que estrené para la boda; me lo habré puesto cuatro o seis veces… ¿Usted lo ha recordado esta mañana? ¿Ha felicitado a su esposa?

—No, ya sabe que mi memoria para esas cosas es usted.

—Bien, la sorprenderemos como siempre con doce rosas rojas y una cosita mona.

—Algo de Chau’s.

—Déjelo de mi cuenta; he descubierto una tienda nueva graciosísima, llena de cosas raras, no sirven para nada, preciosas; se llama Zapatos Rotos, es como una casa de locos. Este año van a ser cuarenta y cinco mil pesetitas.

—¿Cuarenta y cinco?

—Eso me sale: exactamente cuarenta y cinco mil noventa y cuatro. El año pasado fueron treinta y ocho mil.

—Eso me huele a conspiración.

—A inflación: he aplicado el coeficiente de inflación del Instituto Nacional de Estadística; un 18,67 por ciento.

—Maravillosa complicidad; ¿le ha dicho mi mujer lo que quiere?

—Nunca conspiramos para los regalos; ella confía en el buen gusto de usted.

—Y yo en el de usted; compre lo que quiera.

—Voy ahora mismo.

—No; ahora vamos a trabajar.

—En media hora lo resuelvo; así podrá tenerlo a la hora de comer.

—Que lo tenga a la de cenar.

—Como usted diga, pero supongo que a ella le gustaría enseñárselo a los invitados.

—¿Qué invitados?

—Tienen ustedes seis invitados, lo sé por su señora; me llamó temprano para encargarme salmón ahumado.

—¿Quiénes son?

—Ni idea.

—Mis suegros, seguro; para ellos hoy es fiesta nacional, Corpus Christi, Dos de Mayo, Lepanto y el Descubrimiento de América. Averigüe quiénes son; llámela, ponga en funcionamiento su acreditadísima habilidad y entérese; no me apetece nada ese rollo. Insinúe que está intentando cancelar otra comida…

—¡Don Miguel!

—Quiero tener una coartada, hágame ese favor. No me mire así, Seilas, pienso comer en casa, pero conviene tener un pretexto por si me fallan las fuerzas; usted no sabe lo que es una comida con Demetrio Gilmaestre.

—Voy a comprar el regalo y luego me ocupo de todo eso.

Miguel necesita, de pronto, sentirse muy ocupado, rodearse de problemas; solicita informes urgentes, convoca a tres ingenieros, al mismo tiempo, para tres asuntos diferentes y los tres están en el despacho, dos de ellos perdiendo

el tiempo totalmente y el otro sólo al cincuenta por ciento; un cincuenta por ciento perdido y el otro ganado en el afecto del jefe que disfruta jugando una partida simultánea dándole vueltas a media docena de ideas y tratándolos muy bien a todos, con absoluta confianza.

—¿Y tú qué piensas con esa cara de turista nórdico?

Qué bien; le ríen la broma.

—¿Qué pienso de qué?

—De eso, de solapar el horario de prensado y de fundido; hay un desfase de minutos. En Norteamérica nos fusilarían; tenemos todo un taller rascándose diez minutos al empezar la jornada; *y otro*, diez minutos antes de terminar.

—Eso no es asunto mío.

—Ya lo sé; a ti no te he llamado para eso; pido tu opinión, nada más. Con la nueva maquinaria no podemos permitirnos el lujo de perder ni un segundo.

—Te he pedido un equipo de cronometradores.

—¿Tú sabes lo que cuesta?

—Doce mil diarias.

—¿Te parece poco?

—Me parece gratis. Necesitamos ese equipo un mes, pero me arreglaría con ocho días; no nos va a costar ni cien mil pesetas; es lo que nos cuestan en doce días los minutos que pierden los dos talleres.

—Bueno, pide el equipo de cronometradores, pero luego no me vengas con lo de siempre, que se queden fijos.

—¿Y si los necesitamos?

—Por eso me resisto: no los necesitamos.

Mira a los otros dos como pidiéndoles aprobación, aliento.

—En cualquier fábrica moderna son imprescindibles.

—Eso pienso —dice Miguel sorprendiendo a la afición—. Son imprescindibles, pero deben saber estarse quietos y no andar todo el santo día ganándose el pan de sus hijos con el relojito en la mano. A los obreros les sienta como un tiro; acaban odiándolos. Al personal lo puedes convencer si está dispuesto a dejarse convencer; conseguirás que muevan más veces la palanquita, que se rasquen menos, que no hagan cortes de manga ni se hurguen la nariz entre tornillo y tornillo; pero con el cronómetro no.

—En Alemania, en Inglaterra, y no digamos en Estados Unidos, el crono ni se discute.

—Esto no es Alemania, ni Inglaterra ni Estados Unidos. Aquí funcionamos de otra manera; si están contentos, te siguen. Si están contra la

empresa, ya puedes traer expertos; no clavan un clavo más por segundo ni por minuto ni por hora; se ríen.

—Eso será de Despeñaperros para abajo.

—Será donde quieras; en esto de la modernización empresarial España entera está de Despeñaperros para abajo. Aquí sólo se masifica la gente para ir al fútbol, a chillar y nombrarle la madre a alguien.

La secretaria no pide permiso; sabe que puede interrumpir esta reunión que apenas tiene otro objeto que el de poder decir eso tan bonito de que don Miguel está reunido.

—Don Miguel, que sí, que los invitados son de confianza: sus suegros y sus primos los González. Ya compré el regalo; se lo he puesto en el coche. Su señora está al teléfono; ha recibido las rosas.

—¿No ve que estoy reunido?

—Se lo he dicho. Iba a colgar, pero yo misma le he pedido que aguarde un momento; póngase.

—Bien, páseme la comunicación.

Dedica un gesto de disculpa a sus ingenieros.

—Seguiremos mañana. Tú estúdiame eso de los cronometradores; ocho días y fuera…

Clara está oyendo hablar a Miguel; él lo sabe y continúa hablando:

—… ¿y si damos orden por las buenas de que fundición empiece a trabajar diez minutos antes?

—No se te ocurra; lo intenté y no hay manera; cuando dimos la orden, el *Pichichi* se fue a la Inspección de Trabajo y le dijeron que el horario hay que cumplirlo a rajatabla, conque tienes que pedir permiso, cambiar el horario de fundido, pagarle diez minutos de prima al sereno por trabajos extras, y lo mismo al portero.

—Bueno, bueno, ocúpate de que se prepare todo eso y hazme un informe… Hola, Clara… Hasta luego… Perdona un momento… Sí, sí, os podéis marchar, mañana seguiremos. Hola, mi vida, felicidades.

—Hola, querido esposo, felicidades; creí que no te ibas a acordar. Gracias por las rosas, son preciosas; me ha dado mucha alegría; las han traído en el momento justo.

—¿Justo?

—Sí; estaba deprimida; toda la mañana pensando en ti; creí que no te acordabas.

—Mal pensada. ¿Cómo voy a olvidarlo? Hoy hace tres años que tuve una de las mayores alegrías de mi vida: estrené el chaqué.

—Ya lo estás estropeando. Ahora resulta que celebras el estreno del chaqué.

—Bonita, lo demás lo habíamos estrenado todo.

—Entonces no me mandes rosas; mándame unas bolas de naftalina para el chaqué; no has vuelto a ponértelo… Miguel, ¿no estás contento?

—Sí, mi vida, estoy muy contento. Lo que me gustaría es que olvidases que debo estar contento desde hace tres años; que te des cuenta, Clara, de que nuestra historia es mucho más que eso; lo que somos, ya lo éramos antes.

—Entonces ¿qué significan las rosas?

Miguel mira el reloj. No mira la hora, no la ve: es el gesto impaciente de quien desea terminar la conversación.

—Significa que te quiero.

Significa que tengo secretaria y agenda, y que en la agenda hay una nota que dice: «12 rosas: Sra. Tejuelo»; significa que hoy hace años, uno, dos, tres y los que vengan, que mis suegros pasaron de la deshonra a la bienaventuranza porque el lío de su hija se convertía en un apaño decente.

—¿De verdad me quieres?

—Sí, Clara.

—Ven pronto, tenemos invitados.

—Sí, Clara.

—Y procura estar amable con mis padres, te quieren mucho.

—Sí, Clara.

—Adiós, cariño.

—Sí, Clara.

Es como si Sancho Fajado estuviese vivo aún. Hay algo, un obstáculo, no sabe qué; lo que sea está ahí, entre Clara y él, como el cornudo agazapado, invisible que todo lo dañaba, lo pudría arrinconándolos, atemorizándolos; el odio a Fajado a veces les azuzaba al uno contra el otro; como aquel día cuando Clara se marchó humillada, ofendida. Miguel no había tenido intención de insultarla, al contrario, estaba contento, le salió mal el chiste, ocurre a veces, uno quiere ser amable, ingenioso y queda en dicharachero. Estaba tan contento que dijo:

—Eres mi adúltera providencial.

La sombra calamitosa de Sancho no facilitaba esas bromas. Clara se enfadó y, para acabar de arreglarlo, Miguel añadió torpeza a la desgracia:

—Si yo fuese Luis XV haría duque a tu marido por dejarte pegársela conmigo.

Clara se encerró a llorar, y después, desapareció; se fue tan pronto quedó sola. Tres días tardó Miguel en localizarla y estaba tan ojeroso, tan arrugado, tan mustio cuando se puso ante ella en la puerta del hotel Capitol que a Clara se le desmantelaron los palos del amor propio y se echó en sus brazos; lloraban como críos en medio de la acera. La gente no hizo demasiado caso; algunos volvían la cabeza pero nadie se paró a preguntarles si necesitaban ayuda.

Otro día el ofendido fue Miguel. Celos, ¿cómo puede tener celos? ¿No lo entiende? Clara no puede tener celos.

—Se te van los ojos detrás de esa fulana.

Era una fulana con apartamento propio, la puerta de enfrente, aquella puerta franca que no paraba ni de día ni de noche. ¿Celos de qué, de quién? Podría decirle mañana mismo se acabó, quiero ser un señor normal, casarme, tener hijos legítimos y una mujer que se pueda sentar a la mesa con las de mis amigos, puedo salir pitando cuando quiera, ya ves, chica, lo nuestro no tiene futuro, y ella me daría la razón. ¿Cómo puede pensar que estoy chiflado por esa fulana? Que se me van los ojos; ¿y eso le parece raro?, se me van los ojos a mí y a cualquiera, menudo par de tetas tiene la vecina, como para no verlas, pero no me fascina ni me deslumbra, miro y ya está, como miro si veo que suben por la escalera un piano. Es mejor dejarlo, irme, somos tres, aunque al otro no se le ve, el tío nos tiene cogidos por el cuello; esto no puede funcionar, lo dejo, será un mal trago. Y estuvo a punto de irse; pero no puedo largarme; no puedo hacerle esa faena, ni quiero: la quiero a ella.

Ahora Miguel siente que otra vez no están solos, que algo extraño, como el marido, está entre ellos pudriéndolo todo, viciándolo, dando la razón, quizás, al cabo de los años, al padre Armentel, aquel fraile que dijo a Clara que su amor estaba muerto.

Están sentados en el sofá, frente al televisor. Entre los dos, una tierra de nadie invadida de periódicos despanzurrados; la actualidad es sexo y política, demócratas de todos los pelajes —talantes, dicen— y artistas de cualquier edad hacen pornografía ideológica, pornografía de nalgas, pornografía de aquí estoy yo con más carisma que Pelé y Churchill juntos, aquí estoy yo con un nalgatorio tan de interés nacional que sería contrafuero no enseñárselo a los lectores, suscriptores y anunciantes de ésta revista.

En este día, tercer aniversario de su boda, se han cumplido todos los ritos: flores, un broche antiguo de marfil y plata, muy bonito, tres corbatas, comida

con Demetrio, Clotilde y los primos de Calahorra; Miguel no tenía el gusto de conocerlos y Clara ha pasado cerca de veinte años sin hablarse con ellos.

Flamea en el primer canal la bandera; Miguel aprieta un botoncito y en el gran ojo muere la luz, huye de golpe, la pantalla queda como una de esas córneas blancas, patéticas, desoladas, de los ciegos antiguos, pregoneros de su consternación.

Se miran como recapitulando. Miguel, al menos, se siente inclinado a la recapitulación.

—No hay lógica en lo que nos pasa.

—¿En qué no hay lógica?

—Te quiero, Clara.

—Y yo a ti.

—Lo malo es que no basta con eso.

—¿Con qué?

—Con querernos: esto no marcha.

—¿El qué no marcha?

—Nuestro matrimonio.

—No digas bobadas, marcha muy bien: no sabes cómo andan otros.

—No hablo de otros, no me importa; me importa el nuestro; a veces pienso que nos hemos equivocado, que no vale la pena seguir, que más vale hablar claro y cortar por lo sano. ¿Sabes por qué nunca lo hago?

—Dime.

—Te vas a reír; no lo hago porque sé que te quiero y me imagino la escena, yo diciéndote estas cosas y tú escuchándome…

—Llorando como una magdalena me ves.

—No, qué va, es a mí a quien se le saltan las lágrimas sólo de pensarlo; me asusta la idea de herirte, de perderte y vengo corriendo, como para disculparme, y te digo que te quiero. Entonces me entra otra vez el cabreo: dirás que estoy como una regadera.

—Todavía no, pero como sigas dándole tantas vueltas a tus ideas acabarás subiéndote por las paredes. Otros matrimonios tienen problemas de verdad, rechinan por cosas concretas, no por fantasías que les andan por la cabeza; se odian a ratos pero siguen adelante porque también se quieren a ratos, no se llevan a matar, ni mucho menos. Si estuvieran siempre haciéndose preguntas como tú, sería un infierno. ¿Crees que no me doy cuenta de tus horas bajas?

—¿Me lo notas? ¿Y qué haces?

—Lo que el Betis, echarle moral, procuro reanimarte.

—Y lo consigues; ahora mismo lo estás consiguiendo; como sigas acariciándome acabaremos desnudándonos a tirones, todo saldrá la mar de bien, acabaremos muy encariñados, satisfechos, qué maravilla, al cabo de los años parecemos dos chavales. Pero mañana, mañana… Mañana estaremos otra vez preguntándonos qué pasa aquí.

—Yo no me lo pregunto.

—Yo sí, no puedo evitarlo. Y creo que debe haber un remedio, Clara. ¿Por qué no consultamos a un médico?

—¿Hablas en serio? ¿Y por qué no a un abogado? El matrimonio que no marcha, no marcha y ya está; no hay médico ni abogado que lo arregle. ¿Me quieres?; pues me aguantas como yo te quiero y te aguanto, ya ves qué sencillo… Un médico. ¿Estamos locos, o qué?

El psiquiatra es joven, poco más de treinta años. Cuando intenta ser amable, la sonrisa le llena la cara de cicatrices.

—Normal, lo que se dice normal, perfectamente normal, no lo es nadie, señor Tejuelo; su mujer es bastante normal; ha logrado compensar dos grandes vejaciones: el fracaso de su primer matrimonio y la marginación social y familiar de los primeros años de unión ilegítima; es fuerte y hay un fondo de honestidad en sus decisiones. Existe una tercera vejación que está superando: su esterilidad.

—Sin embargo, no es feliz.

—Usted es su problema.

—Y ella el mío; mal asunto.

—No; usted es el problema de ella y es, también, su propio problema.

—O sea, que soy un anormal.

—Todos lo somos, ya se lo he dicho; usted es anormal en determinadas circunstancias; por ejemplo, el matrimonio. Usted no está hecho para el matrimonio.

—No lo entiendo; llevo veinte años viviendo con Clara, no he querido a otra, siempre Clara, y ahora resulta que eso no me va.

La mirada del psiquiatra es punzante, de hombre capaz de hipnotizar pero no de amar. Un duro aprendizaje; al principio, cuando era solamente un meritorio, no le salía.

—Tienes mirada de monja, así no irás a ninguna parte.

Ensayaba frente al espejo y se compadecía; se lo confesó a su maestro: no adelanto nada, el espejo me devuelve siempre la misma mirada de monja. Y el

profesor le reveló el gran secreto:

—No es eso, no es el espejo; te compadeces, ahí está la equivocación, y compadeces a los desequilibrados, a los insomnes, a los que traicionan a sus socios o a sus padres o a su mujer. No los compadezcas; acuden al psiquiatra porque ya no saben arrodillarse y pedir perdón. Nos piden una explicación científica que les sirva para perdonarse a sí mismos.

Aprendió a mirarlos como a peces en una pecera; yo no los perdono, ni es eso lo que buscan. Como han prescindido de Dios, o piensan que Dios se lo pondría muy difícil, vienen a ver si hay suertecilla y les regalamos un trauma. Vienen a la consulta, que no duermen, que están asustados, que la vida se les ha hecho callejón sin salida. Lo bueno es darles ocasión para que suelten la pringue, se confiesen, que alivia mucho, y, entretanto, encontrar el trauma; cuando les dices usted es un ladrón porque su padre le robó un chupachúp; tenía usted cinco añitos, le habían regalado tres chupachúps, se comió dos y guardó el tercero; su padre entró por la noche y se lo quitó por las lombrices, pero a usted no le importaban las lombrices, temía más a su padre, estaba usted aterrado viendo cómo registraba su ropita y se llevaba el chupachúp; después lo olvidó, pero el trauma seguía influyendo en su comportamiento: usted cuando roba obedece a un impulso involuntario y se restituye el chupachúp. Ya tiene su trauma, no es ladrón, no es adúltero, para todos los pecados es posible hallar el trauma que devuelva la inocencia y conceda el perdón.

El psiquiatra no es cura; por eso la confesión de la clientela le ha marcado cicatrices en cada gesto; sólo en su mirada sin concesiones, sin piedad, hay entereza, porque es su única arma, esa mirada que penetra, que acusa y desnuda y que es falsa; la necesita el médico para hacer creer que en su trabajo no hay caridad, que no compadece al afligido, porque no necesita compasión sino diagnóstico.

—Las primeras dificultades surgen al enviudar su mujer porque ya no les es imposible casarse; usted reacciona hostilmente en el momento en que sus amigos le hablan de boda. Cuando un conflicto laboral desmantela sus defensas, inesperadamente, usted cede, se entrega, y, aunque no lo sabe, busca refugio y calma en Clara, que de mujer-sexo pasa a ser mujer-asidero. En esos cambios hay siempre una conexión con la mujer-madre.

—¿Usted también, doctor? Deje a Edipo tranquilo.

—Nadie ha mencionado a Edipo; lo suyo es exactamente lo contrario: al sentirse desmoronado, indefenso, establece con su amante el único vínculo familiar posible; se casa.

—Usted no conoce al *Pichichi…* Si llego a mi casa echando chispas porque me he quedado con las ganas de partirle la boca a ése, al *Pichichi*, harto de aguantar a los de Comisiones, que un día les dije que eran comunistas y por poco me llevan a los tribunales por injurias, me obligaron a excusarme, y hoy enseñan el carné del partido hasta para entrar en la iglesia, que no se pierden los tíos un funeral político, si vuelvo hecho polvo, desmoronado dice usted y estoy de acuerdo, furioso por tener que tratar como problemas de trabajo los conflictos inventados por un abogado del Partido y, encima, mi mujer anda suspirando por los rincones, atormentada porque papaíto está avergonzado de ella, pues me rindo y ya está; por lo menos que haya paz en casa; ni edipos ni contraedipos ni refugios maternales, doctor, que ustedes parece que sacan sus ideas de las películas. O ¿quizá le estoy dando la razón?

—Creo que sí; en cualquier caso, usted no está hecho para el matrimonio; sí para la vida conyugal; no para el vínculo; mientras el vínculo no existió usted vivía tan feliz como un casado feliz. En mis notas no aparece otra mujer, quiero decir otra unión. ¿Ha deseado o desea casarse con otra?

—Con cinco.

—¿Cinco? ¿Está usted enamorado de cinco mujeres?

—No enamorado exactamente. A veces pienso: si no fuese por Clara podría casarme, o sea, casarme si hace falta, si ella pone esa condición…; bueno, pues me pongo a pasar lista y son cinco; una de ellas, no se ría, Sonia, esa chica rubia de televisión, la de «Noticias de dos en dos», ya sé que es una bobada.

—Esa chica debe tener, más o menos, veinticuatro años y es una artista. Las otras cuatro ¿son también artistas jovencitas?

—Sólo ésa, no me tome por imbécil; esa chica me gusta, he hablado con ella un par de veces por casualidad; las otras cuatro son jóvenes, pero no jovencitas; además, con veinticuatro años no se es jovencita; mi abuela se casó a los dieciséis y tuvo su primer hijo antes de cumplir diecisiete. Salga a la calle y vea el panorama; hoy las jovencitas tienen trece años; las de veinticuatro son mujeres maduras, algunas con un montón de experiencias prematrimoniales. Las otras cuatro han cumplido ya los treinta y las conozco mejor que a la chica de la tele.

—¿Todas le atraen igual, o hay un orden; primero me casaría con ésta, en segundo lugar ésta…?

—Me es igual: la primera que se pusiese a tiro.

—Así que no ama a ninguna de las cinco. ¿Qué le atrae de ellas? ¿Hay algo en común? ¿Lo sabe usted o es una atracción que existe, que está ahí y nada más?

—Claro que lo sé; las cinco son muy hermosas, pero no explosivas, tienen clase.

—¿Una de ellas es esa Isabel Clara con la que mantiene relaciones dice usted que muy espaciadas y descomprometidas?

—No; es muy hermosa también, pero está mal de la cabeza. Con esa chica sí que podría usted hacer un trabajo fino; sólo piensa en fastidiar a sus padres.

—Usted cree haberla dejado embarazada hace años.

—Lo creo; vamos, estoy seguro.

El psiquiatra consulta cartulinas, las despliega, las vuelve a juntar.

—Abortó, pero no sé si usted tuvo algo que ver con esa decisión.

—No, yo hubiese preferido que tuviera el hijo, pero me inhibí; por un lado, no podía pedirle a la chica que se sacrificase; por otra parte, pobre criatura, yo no podría reconocerla, y menudo porvenir, con una madre tan destarifada. Lo decidió ella, y lo hizo, también, para dar en la cresta a sus padres; una de las cosas que no les perdona es que su madre no la abortara a ella. No, descuide, con Isaclara no me casaría; además, no haría falta.

—Con las otras cinco, sí. Con una de ellas, quiero decir.

—Sí, con cualquiera de las cinco.

—¿Por qué, entonces, se resistió tanto a casarse con su mujer?

—Porque no hacía falta; doctor, por favor, está clarísimo, llevábamos juntos una pila de años… Es lo mismo que si ahora me dice usted que tengo que volver a la mili porque… Verá, doctor, el día que en mi regimiento se juró bandera yo tenía anginas; no juré bandera, pero al escribiente nadie se lo dijo, y en la filiación, en la rayita que dice «juró bandera el día tal», me puso la misma fecha que a los demás reclutas, así que yo pelando guardias con un fusil cargado, yo manejando hasta el cañón de un tanque y no había jurado bandera. A veces pensaba: tienes que jurar bandera, porque a mí la mili me gustaba, servir a la patria es algo muy hermoso y hacer servicios de armas sin la jura me parecía ilegítimo, como un amancebamiento, pero como yo era un buen soldado, fiel a la patria, pues para mí como si hubiese jurado; incluso estuve en Ifni pegando tiros, que me vi en un par de buenos cacaos. Ahora, imagínese que viene el alcalde y me dice que se ha descubierto aquello y que si no juro bandera ni me vale la mili ni los tiros de Ifni, ni siquiera soy español, vamos, y que las guardias que pelé cascándome de frío a las tres de la mañana no son guardias. Bueno, pues para mí la boda era eso, algo

impuesto con la amenaza de o lo haces o esos quince años viviendo con tu mujer, esos quince años de amor y de hogar, no han existido.

—Pero usted sabía que no era un verdadero hogar y justamente por eso se mantenía fiel a unos lazos inexistentes. Para usted el hogar es una jaula confortable; aquél lo aceptaba porque era una jaula con la puerta abierta.

—Me sentía marido, era mi mujer.

—Y en Ifni se sentía soldado, pero estaba más cómodo porque ningún juramento lo ataba a su bandera por la que, sin embargo, estaba dispuesto a morir. Evidentemente lo suyo no tiene nada que ver con Edipo; me está usted descubriendo un complejo nuevo; podría llamarse complejo numantino, algo así, complejo de Daoíz y Velarde: fiel, en grado heroico, a los principios, pero rompiendo de alguna manera las reglas.

—¿Usted cree?

—Si su primer matrimonio no existiese, o se anulase y consiguiera casarse con Sonia, la chica de la tele, o con cualquiera de las otras cuatro bellezas, su nuevo matrimonio sería otro fracaso. Estaría deseando deshacerse de la chica. Y hasta es posible que deseara volver a unirse con Clara; unirse, digo. Usted no ha nacido para casado.

—O sea que…

—Ése es su trauma; ahora lo conoce, luche contra él, puede vencerlo.

## 2

## EL ARCIPRESTE

—¿Un sacerdote, Seilas? Pregúntele qué quiere; si es dinero, ya sabe, no me pase estos rollos, que deje las estampitas y dígale lo de costumbre: incluiré su obra o su colegio o su lo que sea en mi lista de donativos privados.

—No es eso, don Miguel; quiere hablar de un asunto personal y confidencial. Fíjese en la tarjeta: doctor en derecho.

**Argimiro Saradella y Gálvez**
**Doctor en Derecho**
**Arcipreste de Navalón de Oya (Salamanca)**

—Que pase.

Y pasa. Correcto, cumplido, clerical y desenvuelto, mezcla de ejecutivo americano y de teólogo repipi. Nada en las manos y una mirada directa como sus palabras que van al grano sin rodeos; anuncia una buena nueva y su reino es, absolutamente, de este mundo: Si su matrimonio marcha mal no se aflija ni desespere; yo puedo conseguirle la anulación.

—¿Quién le ha dicho que yo quiero anular mi matrimonio?

Se lo ha dicho el psiquiatra, pero no descubre el secreto; se envían clientes, o se los señalan, el uno al otro: matrimonio que se le escapa al médico, cae con el abogado. Y viceversa; no falla.

—Nadie me ha dicho tal cosa; estas visitas las hago metódicamente; selecciono matrimonios por un procedimiento que sería largo de explicar. Le estoy ofreciendo mis servicios por si los necesita; eso es todo.

—Perdone la franqueza, padre; lo que está usted haciendo es una prospección de mercado.

—En cierto modo, así es.

—¿No le parece impropio de un sacerdote ir por ahí pregonando ayuda para anular sacramentos?

—Es una forma de… ayudar al prójimo.

A punto ha estado de cometer el funesto error; en sus primeras actuaciones decía «es una forma de caridad»; luego las pasaba de a quilo; le ponían muy difícil el hablar de dinero. ¿Dinero? Oiga, padre, ¿no dijo usted que hace esto por caridad?

—Le agradezco el ofrecimiento; por suerte, no necesito su ayuda.

—¿Nunca ha pensado en separarse de su esposa? ¿Nunca lo ha deseado? Conteste sinceramente: sí o no.

Miguel lo piensa. No sabe si responder o dar fin a la entrevista. Mira al cura. Sorprendentemente, viste de cura; sin sotana, pero clerical de arriba abajo; traje negro, flamante, y alzacuello almidonado blanquísimo. Estamos en España, Miguel, un respeto, es un cura, no te precipites, nada de cortes.

—Sí o no es simplificar mucho. Yo le he dado a esto del matrimonio muchas vueltas, todas las que usted pueda imaginar; hasta he ido con mi mujer a un psiquiatra, no le digo más. No sé si por antecedentes familiares, éste es un detalle que se le escapó al psiquiatra, no tengo madera de casado, pero si me separase así, anulando como usted dice, parece ser que, inevitablemente, me casaría con otra. No sé si me explico, pero es eso; así que prefiero seguir con mi mujer, ya lo he decidido; no le voy a hacer la faena para fastidiarme con otra. A ésta, además, la quiero, eso sí que lo sé. Y es muy guapa, mire; esa foto es reciente, de hace un año.

—Pero estoy en lo cierto: usted ha pensado en la posibilidad de romper su matrimonio. Para su tranquilidad le diré que eso es lo normal; en España, el 82,3 por ciento de los casados están, como mínimo, en esa situación.

—¿No le parecen demasiados?

—No hablo de matrimonios en crisis declarada, ni de matrimonios separados *de facto*; en ese tanto por ciento entran también esposos y esposas que han pensado en la posibilidad de una separación.

Argimiro Saradella, arcipreste especializado en conflictos matrimoniales, es, quizás, el único cura español educado, criado y becado para anular matrimonios. Cuando alguien ha sido testigo próximo de un proceso de anulación, cuando ha asistido al parsimonioso caminar de la justicia eclesiástica, el tiempo que se tarda en hacer un sacerdote puede parecerle un suspiro.

Su padrino de pila y de ordenación, el ganadero don Manuel Sabiñán, decidió costearle la carrera después de leer un libro en el que se hablaba de las primeras promociones de curas comunistas. En los seminarios ingresaban

niños con los estudios pagados de tapadillo por el Partido; comunistitas infiltrados a quienes en las vacaciones se desintoxicaba de religión y reeducaba en el marxismo. Solamente las beatas y los católicos apocados tomaban en serio esta denuncia; los carcas ven comunistas y masones hasta en la sopa; y es que, realmente, estaban —ya son muchas las promociones— hasta en la sopa. Pero al ganadero Manuel Sabiñán le preocupaba muy poco el caballo de Troya comunista; lo que vio fue su propio caballo de Troya metido en la Iglesia de Cristo.

Recordaba a sus padres, siempre a la greña, siempre enfrentados; habían intentado anular el matrimonio, una boda concertada por los padres y realizada por interés, uniendo a dos criaturas que se odiaban desde niños; Montescos y Capuletos se confabularon para casar por narices a Romeo y Julieta, liquidando así un pleito de linderos que tenía enfrentadas a lo largo de siglo y medio a las dos familias. Tuvo paciencia la madre, pero el padre murió —esperando inútilmente la carta de Roma— dieciséis años después de iniciar el proceso.

Sabiñán pensó que se tarda menos en hacer un cura especializado y que valdría la pena tenerlo preparado por si algún día su matrimonio empezaba a cojear; en cualquier caso sería una buena inversión.

Habló con uno de sus guardas, Gervasio Saradella.

—Tu hijo Argimiro, mi ahijado…

—Sí, señor.

—Me ha dicho el maestro que es muy listo el chico; si te parece le damos carrera.

Argimiro era listo, sí. Su padrino hizo de él un seminarista magníficamente equipado material e intelectualmente: vacaciones en el extranjero, buenos sastres, idiomas y la carrera de Derecho simultaneada con los estudios eclesiásticos. En doce años de seminario más dos de prácticas en Roma, el ganadero Manuel Sabiñán fabricó su cura especializado en deshacer matrimonios. Y los deshace.

—Pero yo me casé hace tres años nada más.

—Ya. Conozco su caso, señor Tejuelo.

—¿Lo conoce bien?

—Creo que sí. Vivieron juntos muchos años y, finalmente, se casaron. Eso puede anularse fácilmente; basta que declaren que lo hicieron sin desear el sacramento, por coacción social o económica, por miedo, por conveniencia.

—Pero eso es incierto.

—Le estoy sugiriendo soluciones. Si usted y su señora se ponen de acuerdo para no desmentirse uno a otro, el sacramento es declarado nulo.

—Lo que me ofrece no es un divorcio…

—¡No, no, por favor! La Santa Madre Iglesia no admite el divorcio: declara, en su caso, nulo, inexistente, el vínculo.

—Le voy a poner un ejemplo, padre: solicito la anulación alegando que mi suegro, o un guardia, me llevó a punta de pistola ante el altar… Mi mujer declara que es cierto. Engañamos al tribunal… ¿Voy bien?

—Un poco truculento, pero así es.

—Y ahora escúcheme atentamente: cuando nos casamos no había tal pistola, ni motivo alguno de nulidad; Dios que todo lo ve… ¿lo ve o no?

—Digamos que lo sabe. Dios no tiene ojos ni necesita mirar…

—Dios, pues, nos une. Se ha producido el sacramento con la mediación de un cura a quien hemos respondido sí quiero, sí me doy, sí recibo cuando nos preguntaba en nombre de Dios.

—No siga, no siga, Tejuelo; sé adónde quiere ir a parar. Su conciencia…

—Perdón, padre; puedo llamarle padre ¿no?; perdone que siga; para usted está claro, usted es un experto, yo no; déjeme explicárselo: cuando nos casamos, lo hicimos rectamente, hubo sacramento. Si, para facilitar el juicio de un tribunal, contamos ahora lo de la pistola, Dios, que lo ve todo, que lo sabe todo, verá que engañamos al tribunal y que el tribunal declara que Dios no nos unió, que no hubo sacramento.

—El tribunal acepta el testimonio de usted y de los testigos.

—Ya, ya. Pero ¿quién tiene más poder, el tribunal o Dios?

—Está usted planteando otro asunto.

—No, no. Por favor, acláreme esto. Para usted es otro asunto. Para mí es fundamental: Dios tiene más poder ¿no? Y su poder es tanto que ni Él mismo puede ya desatarnos.

—Nadie lo desata. El tribunal declara que no hay tal atadura, que nunca estuvieron casados.

—Lo declara porque puedo engañar a los tribunales, a los hombres, a los abogados, a los niños, a los bancos, a los vendedores de coches, a las hermanas de la caridad, a usted, al Registro Civil. Pero si no puedo engañar a Dios ni a mí mismo, ¿de qué me sirve la anulación?

—Le sirve; punto. Lo demás es algo íntimo: usted con su conciencia.

—¿Y si mi conciencia me dice que sigo casado con mi mujer?

—Es su problema.

—Pero usted no es neutral; no debe serlo, usted es cura, no puede abandonarme, tirarme con mi conciencia; su deber es decirme: puedes arreglar estos papeles para la vida, pero te condenarás.

—Usted piensa demasiado…

—Claro que pienso demasiado. Pienso que si me separo de mi mujer lo probable es que me líe con otra y me case con ella.

—Puede, mejor dicho, podrá hacerlo.

—Padre; le pido consejo… ¿No cree que será mejor matarla?: a mi mujer quiero decir.

—¡Qué disparate!… Bueno, señor Tejuelo, yo vine con intención de ofrecerle ayuda; veo que no la necesita; lo toma a broma.

El arcipreste se pone en pie con una sonrisa mal colocada, de caballero agraviado que aparenta ignorar el agravio. Miguel se interpone entre él y la puerta.

—No, padre, por favor; permítame que termine.

Don Argimiro se sienta con un gesto de paciencia. Levanta la mano resignadamente y la deja caer sobre la impecable raya del pantalón.

—Si me caso con otra a sabiendas de que Dios no ha roto mi primer matrimonio, viviré cada día en pecado de adulterio y en muchos pecados más…

—Acabe, por favor, tengo prisa.

—Pero si mato a Clara antes… ya, ya sé que suena fuerte, padre, pero se trata de la condenación o de la salvación de mi alma, lo que para usted debe ser muy importante. Si la mato, si deshago mi matrimonio, acabo realmente con el vínculo, enviudo, me puedo casar ante Dios y ante los hombres con quien quiera… O con quien pueda. Claro está que no debería ni pensarlo: a lo mejor es pecado mortal ¿no, padre?, el pensarlo, digo.

—¿Ha terminado ya, señor Tejuelo?

—Casi. Quiero que me comprenda: si obtengo la anulación me condeno a toda una vida en pecado. Si mato a mi mujer, cometo un pecado atroz, sólo pensarlo me escalofría, mire, mire, pero recupero la gracia en el acto, porque me arrepiento inmediatamente; en realidad estoy arrepentido antes de hacerlo y que Dios me perdone por estos pensamientos horribles; crea que si lo hiciese no sería por odio sino por razones de moral y porque la salvación de mi alma lo exige. Así que la mato, me confieso y me caso de verdad, por la Iglesia y sin engañar a Dios ni a la Iglesia ni a los hombres. ¿Está usted de acuerdo, padre?

—No.

El arcipreste va a salir. Miguel le abre la puerta.

—Padre, ¿dónde puedo ir a verle? Me deja lleno de dudas; nunca había pensado estas cosas.

—Tiene mi tarjeta. Llame y le daré fecha y hora para consulta.

—No es eso, padre; no es al abogado a quien quiero ver, es al sacerdote… ¿Dónde confiesa usted?

Don Argimiro le mira de arriba abajo, este tipo es un graciosito, cree que me ha tomado el pelo y no puedo pegarle una patada; me gustaría, sí que me gustaría; lástima que no pueda amonestarle seriamente; advertirle que con la religión no se juega; por lo menos, eso.

—Buenos días, señor Tejuelo; me alegra que mis servicios no le sean precisos; mejor para usted; pero si sabe de algún amigo o amiga que pueda necesitarme, dele mi teléfono: garantizo el resultado en, más o menos, un año. Puede ser más, pero he conseguido una anulación en siete meses.

—¿Y lo de confesarme?

—No tengo sitio fijo.

—Bueno, pues aquí mismo. Venga.

—Imposible; carezco de licencia para confesar en Madrid.

—Me hace usted polvo, padre.

—Adiós.

Al salir, Seilas lo acompaña hasta el pasillo.

—Debe ser muy divertido trabajar con el señor Tejuelo.

—Tiene días.

—Pues aprovéchelo; hoy es uno de los buenos: está graciosísimo. Adiós, señorita. O señora; perdone, ¿es usted casada?

## 3

## LUNA DE MIEL EN EL TÓPICO

EL ASCENSOR-EXPRÉS —*Only to The Penthouse*— sube sin detenerse desde la planta noble del London Hilton hasta el penumbroso salón panorámico; Londres a vuestros pies, cocina gloriosa y música: de la orquesta al consumidor.

A Miguel le seducen los hoteles de inspiración norteamericana, con su bullicio de aerocruce interoceánico, sus galerías de tiendas, sus gringos entregados ardorosamente a la fatigosa tarea de pasarlo bomba, sus bares exóticos y sus restaurantes en todo lo alto. Miguel confía en los tópicos, no fallan, son una garantía. Está buscando el camino de la convivencia serena, del amor sin preguntas ni respuestas, y, para empezar, ha elegido un tópico: luna de miel en Londres, que no es tópico de garabatillo, como Venecia, porque es destino para lunas conmemorativas o reconstituyentes: amor sin frenesí, turismo histórico, teatro pornográfico, super-8 y grandes almacenes.

Hay en Miguel un honrado deseo de centrarse, de reencontrar la pista de su matrimonio. La solución ha de estar en el amor. Los ginecólogos, los psiquiatras y los curas no han conseguido otra cosa que este gran bien de echar al uno en los brazos del otro; de hacerles comprender que ellos son su propia salida.

El botones no mira a nadie. El botones es un mozo inglés hijo de la Gran Bretaña nueva, espigado, serio, indiferente, rubio y con la melena limpia, ingrávida de las muchachitas esbeltas, las bellas lambrijas sonrientes que anuncian champúes y lacas en televisión. El botones no mira a nadie, pone cara de ascensor, gesto inexpresivo, mirada perdida al otro lado de las cuatro paredes de la cabina. En los ascensores la incomunicación solidifica paredes transparentes de cristal antibala; los pasajeros no se hablan; miran como más allá del habitáculo pequeñísimo; se parapetan en un aislamiento de maniquíes indiferentes y ponen tal énfasis en su voluntad de incomunicación que los servicios de espionaje de las grandes potencias han desistido hace muchos años de equiparlos con micrófonos porque en los ascensores no se dice nada.

El botones del Hilton no mira a Miguel ni a Clara. Tampoco a la otra pareja, un señor con cara de safari y una señora con pinta de zorrón. El señor con cara de safari mira, en cambio, muy sonriente a Miguel. Y, en vista de que Miguel no se da por enterado, acentúa su sonrisa y rompe el muro de cristal:

—Buenas noches, don Miguel.

Los pasajeros de ascensor cuando alguien rompe el muro de incomunicación sonríen muy amables; Miguel une a la sonrisa un gesto de conozco su cara pero, ya ve, soy una calamidad; no recuerdo quién es usted; ni idea.

—Acevedo, Conrado Acevedo…

Miguel ensancha la sonrisa, pero sigue con cara de político que desea agradar y no sabe a quién.

—¡Ah!

—*El Merce*, don Miguel…

El mercenario, el maldito de la Historia, el condotiero de África desatada.

—¡Acevedo, qué alegría, hombre, cómo iba a reconocerlo!

Conrado Acevedo, el desecho de Guindaleta-Plásticos. Aquel en quien un día pensó para liquidar a Sancho Fajado el Impotente.

Han llegado al *Roof Restaurant*. El botones recupera un instante su rostro de señorito inglés, inmaduro, epiceno y, sin embargo, presumiblemente capaz de ganar otra vez la batalla de Inglaterra, y sale al rellano. Clara y la amiga de Acevedo lo siguen; después, Miguel empuja amablemente, cogiéndolo por un brazo, al *Merce*, que rechaza cortés la preferencia:

—Usted primero, don Miguel; no se deje impresionar por el entorno; esto me va a durar muy poco.

—¿Tomamos una copa?

—No, gracias. Ustedes venían solos y más vale solos que mal acompañados.

—¡Hombre, no!

—Mi amiga no habla español, pero, de verdad, hágame caso, es un furción garbancero, se le nota a los dos minutos de… no digo de hablar con ella, no hace falta; yo no la siento con su señora.

—Oiga, Acevedo, es que me gustaría charlar un rato con usted.

Miguel se ha ruborizado; se comporta como si, de pronto, diese gran importancia a este encuentro inesperado y *el Merce* fuese la General Motors.

—¿De verdad? Me siento muy honrado, créame… Tendrá que ser mañana.

—Muy bien. ¿A las once?

—No, por favor; supongo que habla de las once de la mañana. No; yo de madrugada no doy pie con bola. A las cinco p. m. ¿le parece? En el St. George's Bar, abajo, ¿O. K.?

—De acuerdo.

Acevedo engancha a su rubia, se inclina quizás un poco demasiado frente a Clara y entra en el restaurante precedido por un *maître* español que va contentísimo —«buenas noches, don Conrado, por aquí»— acariciando entre los dedos el billete de cinco libras con que *el Merce* ha respondido a su respetuosa acogida.

Otro *maître* se atraviesa en el camino de Clara y Miguel.

—*Do you have a reservation, sir?*

Sí, Miguel tiene mesa reservada, pero, el *maître* lo siente muchísimo, aún deben esperar media hora.

—Tendrá su mesa a las nueve en punto, señor. Mientras tanto puede esperar en el bar; por aquí, señor.

Londres a sus pies, una música aceptable y dos copas de jerez para hacer patria.

—¿Quién es ese fulano?

—Si te lo digo no lo vas a creer. Trabajó en Guindaleta.

—Tiene pinta de marino; ¿qué hacía un marino en Guindaleta?

—Peón, peón; decía que trabajaba de mula, mozo de carga y descarga. Y volverá a serlo. Supongo que está ahora quemando unos millones: cuando se acaben… No te extrañe si algún día lo ves en Guindaleta; es un tipo increíble.

Y Miguel cuenta a Clara lo que recuerda de Conrado Acevedo, el aventurero, el modelador de negros imperios efímeros y —esto no se lo dice a Clara— el hombre que puede matar. Hay quien se compra un revólver, una pistola, necesita matar; otros carecen del coraje imprescindible; temen no poder, no saber. O temen las consecuencias. Entonces compran la pistola y la mano, el gatillo y el dedo: contratan a su asesino.

Salvo en Estados Unidos y un poco en Francia, lo de los asesinos a sueldo —digan lo que digan los escritores especializados en el asunto— no está organizado. En Estados Unidos sí. Miguel recuerda que en el departamento de Relaciones Públicas de la Synthetical conoció a un fulano que tenía la misión de contratar lo mismo bolígrafos publicitarios que espacios de televisión, chicas que se acostaran con los invitados o tiradores de primera.

—¿Tiradores de primera?

—Sólo cuando son necesarios; aún no se ha dado el caso, pero el día que Synthetical necesitase deshacerse de alguien…

—¿Deshacerse?

—Matar, señor. No tienen más que decírmelo.

—¿Así de fácil?

—Tan fácil. ¿Usted ha oído esas historias misteriosas en relación con el asesinato del presidente Kennedy? Bien, todas son verdad.

—¿Todas?

—Todas. Es verdad que Oswald disparó un rifle con mira telescópica. Y es verdad que había más gente. A Kennedy lo iban a matar aquel día más de diez malditos; no se sabe exactamente si son todos, pero se han investigado seis grupos de pistoleros. En el lugar donde murió estaban Lee Oswald en solitario y dos grupos más: todos tiraron a dar. En otros puntos del recorrido había no menos de tres comandos asesinos. Lo sabe todo el mundo.

—¿Cómo puede saberse?

—Hubo mucho descontento; algunos sólo cobraron el anticipo y los gastos; en estos encargos, la tajada importante se cobra después. Luego, les fastidiaba que Oswald, un aficionado, se llevara la gloria del magnicidio; prefieren el misterio total; que jamás se descubra el asesino; eso les acredita como gente capacitada y merecedora de confianza. El protagonismo de Oswald puso de mal humor al gremio y hubo comentarios muy ásperos e incluso reclamaciones laborales camufladas. Ahora todo está bien, señor Tejuelo; ¿quiere matar a alguien?

—No, gracias.

El gesto de Conrado Acevedo es ajustado de ritmo, de tono y medida: sabe estar; habla a los camareros con palabras precisas y autoridad amable. Y, como quitándose importancia, le explica a Miguel:

—Mañana o pasado me pueden sacar a patadas de aquí. Estos mismos.

—¿Está usted quemando su último botín?

—Sí, señor; el mejor de mi vida; en libras esterlinas; setenta mil. Cuando las guindé, a Rhodesia ha sido esta vez, valían más de diez millones de pesetas.

—¿En Rhodesia?

—No. El dinero era de Rhodesia, pero mi trabajo estaba en Angola. Ahora mismo hay más de tres millones de angoleños que hablan de mí como de Diego Corrientes, de Pancho Villa o de Rommel: admiración, mito y un

justificado deseo de verme colgado de una farola, de coronarme rey, de clavar mi cabeza en lo alto de una pica, de recibirme con arcos de triunfo, de ofrecerme vírgenes para lo que quiera mandar, de encerrarme en un saco acompañado de unos cuantos alacranes. Ahora mismo llego a la entrada de cualquier poblado en aquella inmensidad de analfabetos y, lo que le dije, hasta los niños correrían gritando mi nombre: ¡el coronel Acevedo!

*El Merce* se crece al decirlo. No ha sido coronel por decreto de nadie. El presidente Mobutu, de Zaire, lo despachó de capitán para Angola con una columna que debería enfrentarse indistintamente con los portugueses blancos, con los negros proportugueses y con los negros liberadores sostenidos por los partidos comunistas. De capitán se encuadró después de perder Angola para Occidente, en unas milicias rhodesianas organizadas para meter en cintura a los guerrilleros mozambiqueños y quitar de la cabeza a los voluntarios cubanos la idea de que África es una república hispanoamericana. Con treinta golubas del Tziluang Oriental se adentró, se paseó a sangre y fuego por tres naciones y diecisiete provincias, llegando a reunir tres mil guerreros. Entonces se nombró coronel y ascendió a comandantes a sus tres oficiales. Rhodesia le confió la misión de hacer llegar cien mil libras al disidente angoleño Janhes Pinto Bu-Bú.

—Usted piense; eran, entonces, cerca de trece millones de pelas.

—¿Y se largó con ellas?

—Primero mis comandantes tuvieron que matar al tesorero rhodesiano; yo no quise meterme en eso, era negro, pero cura; comprendo que no había otra salida porque llevaba la pasta en una cartera encadenada a la muñeca; cortarle la mano en vivo hubiese resultado desagradable y más para mí; los españoles ya hemos matado demasiados curas, así que dejé el tema a mis comandantes. Lo hicieron bien, y les di veinte mil libras para que se las repartieran… Bueno, don Miguel…

—No me trate con tanta ceremonia.

—No es ceremonia. Ya estoy cascando. Aquí, sólo aquí, en este hotel, llevo gastados cerca de dos millones en… sí, en catorce días: gastados y pagados. Ahora vivo del cuento; llevo una semana sin fondos. Hace dos días me pasaron la cuenta; me van a exigir el pago, lo sé. Intentaré darles coba, pero no tardarán ni dos días más en darme la patada.

—Yo podría…

—¿Guindaleta? No. Se lo agradezco; tenga en cuenta que allí irían a buscarme antes que a otro sitio. Los comandantes ¿sabe? No les debió gustar el reparto que hice y el que me llevase para mí solo el avión. Tengo que

purgar duramente estas glorias; oiga, cómo está Río de Janeiro; y Bangkok… Bueno, mejor Hong Kong; en Bangkok parece que sólo les preocupa el sexo con aberracioncitas de tebeo francés; Hong Kong tiene más solera. Voy a meterme de mula en algo muy sórdido; algo que apeste.

—No es un trabajo fijo. Yo quería ofrecerle dinero; no es mucho; para unos días más de Hilton y rubias: cien o ciento cincuenta mil pesetas.

—Me está dando en la nariz, y perdone si me equivoco, que usted quiere… que quite a alguien de en medio.

Miguel está a punto de negarlo, de hacerse el sorprendido y hasta de enfadarse. Lo piensa un instante y es como si se tirase al agua de cabeza:

—Mi mujer.

—¿Qué? Oiga, he ametrallado pueblos enteros, pero esto se me hace muy cuesta arriba. Si no la conociera, todavía.

—Bueno, déjelo, no he dicho nada.

Sí, ya lo has dicho; ya estás en manos de este individuo; has hecho lo más difícil, lo más degradante; ya eres otro, un maleante, un tipo nuevo que habla de sus perrerías con otro granuja.

—¿Por qué no se larga y la deja?

—Eso no arregla nada.

—Pues haga que sea ella; que se líe con otro.

—¡Hombre, Acevedo, no se moleste en buscarme soluciones; y menos esa de ser cornudo por partida doble! No, no se esfuerce; esto no me gusta; se me ocurrió hablando con un cura especializado en separaciones matrimoniales; entonces lo dije en broma, pero al verle a usted, fue como una iluminación, pensé en ello, ya no era una broma, usted lo convertiría en posibilidad, en solución; no sé por qué, usted me inspira deseos de eliminar a quien me estorba.

—Entonces, era eso lo que iba a proponerme aquel día, en su despacho.

—Sí, era eso, pero no se trataba de mi mujer. Ni ahora deseo su muerte, ya ve, la he traído a Londres con la mejor intención.

—Y se ha encontrado usted conmigo.

—Así es. Yo la quiero, créame, pero ni soy feliz ni consigo evitar el fastidiarla con mis manías; algo tengo que hacer… Sé que es muy poco lo que le ofrezco; puedo darle algo más.

—Un millón.

—No. Ni medio tampoco. Por ese precio contrataría dos especialistas norteamericanos que ni me conocen ni dejan rastro. Le ofrecí cien o ciento cincuenta. Voy a llegar hasta doscientas.

—Quinientas.

—Doscientas cincuenta.

—Acepto porque con eso aguanto a base de cara, si sé hacerlo, unos días más. Crea que me da pereza dejar la *dolce vita* y empezar la expiación.

—¿Acepta?

—No me gusta, pero acepto. En mi vida me he sentido más guarro.

Ahora Miguel quisiera no haberlo dicho. Está aterrado, arrepentido, pero ya es necesario que Acevedo mate, que sea él también responsable de la muerte decretada, de esa muerte que ha empezado a ser muerte desde que se hizo proyecto compartido.

—¿Cuándo?

—Cuando quiera; lo antes posible.

—¿Mañana?

—Hoy sería mejor. No me va a ser fácil, desde ahora, mirarla a la cara; porque la quiero, ya ve.

—No, hoy no puede ser. Tengo que estudiar un plan… ¿Sabe lo que van a hacer mañana?

—Lo que usted quiera.

—Quiero el dinero.

—Puedo dárselo. Cambié bastantes libras para este viaje. Mil libras ahora mismo y mil cuando cumpla el encargo.

—¿Sólo son dos mil libras?

—Más o menos. Si quiere podemos calcular la cifra exacta; a 125 pesetas, dos mil libras son, justas, 250 000 pesetas, pero no sé el cambio exacto. Después lo veré.

—Bien… Ahora dígame qué piensa hacer mañana. O qué piensa hacer su esposa. En mi opinión, cuando la cosa suceda, debe usted estar junto a ella… Ésa será su coartada.

Miguel ha contado los billetes con disimulo. Y con disimulo se los pone al *Merce* en un bolsillo.

—Cuéntelas.

—Gracias, no hace falta.

A las ocho de la mañana *el Merce* no se ha acostado aún. Está en conserjería, consultando la guía nocturna de Londres. Pasa las hojas una a una, lentamente.

No es hora de guías nocturnas ni Conrado Acevedo las necesita. A las ocho de la mañana, lo que le interesa es el desfile continuo de clientes; salen a trabajar, a coger un avión, a retratar Torres de Londres y centinelas de la guardia real. No regresarán muchos de ellos hasta el atardecer; antes de salir dejan la llave en conserjería.

Diez minutos tarda *el Merce* en birlar tres llaves.

Mañana gloriosa para Clara. Lleva su lista de gangas para el turismo de compras: todo lo que allá puede comprarse, ya verás, a mitad de precio de Madrid. Y en Madrid a mitad del precio de Londres. Y Miguel, junto a ella, pagándolo todo sin impaciencias, sin comentarios sarcásticos, sin mirar al reloj, qué maravilla de hombre, está desconocido; nunca pudo soportar la gran fiesta femenina de las compras.

—Fíjate, ese abrigo; zorros. En España vale por lo menos ciento cincuenta mil… ¿Cuánto son 800 libras?

—No llega a cien mil pesetas. ¿Te gusta?

Y se lo compra. Y Clara, feliz, no sabe qué hacer con tanto paquete.

—Vamos a dejarlo aquí para que nos lo envíen al hotel.

—No, Miguel, vamos a llevarlo. Quiero sacarlo todo y extenderlo por la habitación, verlo, volver a probármelo. Luego comemos en el hotel y volvemos aquí hasta que cierren.

—Volveremos mañana. Esta tarde voy a llevarte de paseo. Hace sol y hay que aprovecharlo: ya verás qué parques, allí mismo, junto al hotel; sol de Londres; un lujazo.

Y ahora que el momento se acerca Miguel sabe que no puede llevar a Clara al matadero. A las cuatro y media en Hyde Park. Parece el título de una novela policíaca escrita hace muchos años; fue el lugar elegido, *el paraje*, que dicen después los cronistas.

—En este punto preciso, don Miguel. Con aquel guardia delante, con gente como ésta, tendrá muchos y muy buenos testigos. Ustedes van a detenerse aquí para cruzar.

—¿Dónde estará usted?

—No pienso decírselo; confíe en mí. Cerca, eso sí se lo digo. Usted se detiene aquí, sin prisa, dando frente al guardia. En un instante, la verá caer al suelo como desmayada. No diga que la han herido. No hable de disparos; no se sabrá qué ha pasado hasta que alguien descubra la sangre, una mancha

pequeña en el pecho y otra, quizá mayor, en la espalda. Y usted dirá que no es posible, que no ha oído nada. Nadie va a oír nada.

Camina junto a Clara. Y todo lo que han maquinado se le aparece absurdo, injusto e inútil. Y Clara se le transfigura, radiante, hermosa, inocente: indispensable. Ya está a la vista el guardia; lejos aún; le atrae como un vértigo, como si estuviese «asomado al guardia» y el guardia abajo, en lo hondo de un pozo.

—Ven, Clara, vamos a cortar por aquí.

—¿Adónde vamos?

Huyen, Clara lo ignora, pero van huyendo de un fusil escondido.

—Al hotel; míralo; está ahí mismo.

Tira de ella. De pronto, tiene mucha prisa.

—Ven, vamos a cruzar por este paso subterráneo; sale casi a la puerta del hotel.

Emergen junto al arco de Wellington. Es un islote urbano. La puerta del hotel queda a muy pocos metros; sólo hay que cruzar; es difícil porque los coches pasan sin interrupción, no hay semáforo. Están en el borde de la acera. Miguel, muy tranquilo ya; ha salvado la vida de Clara, querida Clara. Hablará con *el Merce*, le dirá que lo ha pensado mejor, le dirá la verdad, no podría vivir sin ella, que se quede con las mil libras y si se pone pesado y quiere cobrar las otras mil no le importaría dárselas, pero le dirá que no, vamos, déjese de bromas, le regalo mil libras, pero no intente chantajearme porque lo denuncio; no, amigo, a la policía española no; a la representación rhodesiana.

Cae de pronto al asfalto sin un ay. No se oye el disparo, sólo el impacto como un golpe, una pedrada, menos que eso. Ha caído sobre la calzada, de espaldas, y, efectivamente, parece un desmayo, un infarto. El portero del hotel, que los conoce y los ha visto esperando una oportunidad para cruzar, es el primero en llegar; se arrodilla junto a Clara.

El portero habla a gritos, en inglés, habla de infartos y llama a los botones, a los maleteros que ya están llegando. Y Clara grita angustiada sin saber qué pasa, no entiende nada, aterrada porque no es un infarto; aterrada porque —tal como anunció Conrado Acevedo— aparece la sangre. Una mancha roja. En medio del pecho.

El proyectil ha roto a Miguel el esternón y le ha perforado el esófago. No hay mancha roja en la espalda porque la bala, después de rozar el hígado produciendo un desgarro de escasa importancia, se ha incrustado en la

séptima vértebra torácica, lo que prueba que el disparo se ha hecho desde arriba. El portero mira a lo alto; no ve nada sospechoso; ni lo busca; mira hacia arriba porque está a gatas. Aún no ha construido su teoría respecto a este crimen; ni siquiera sospecha que es un crimen; sorprendente despiste en un portero británico.

—¿Qué cree que ha sido? —le pregunta al *hobby* de Scotland Yard que ha aparecido de pronto; nadie lo vio llegar y parece como si siempre hubiese estado allí.

—Se lo diré cuando conozca el resultado de la autopsia.

Así se habla. Buena respuesta de policía londinense. Este hombre hará carrera.

## 4

## DOS CENTÍMETROS A SU DERECHA

CONRADO ACEVEDO se incorpora ligeramente en una de sus mejores poses de capitán del imperio entregado —con licencia del rey— a los placeres de la metrópoli mientras sus oscuras, feroces cohortes aborígenes se purifican y reorganizan en tregua amenazadora y revanchista.

—Sí, por favor, sólo un cubito de hielo y nada de agua.

Clara sonríe al servirle el mejor whisky que tiene en casa.

—¿Está bien así?

La luz es la misma, suave, refinada, velazqueña, tamizada y clorofilada a través de la terraza-jardín desde donde la mirada puede serenarse en los inmediatos verdes forestales, en los serranos grises geológicos, en la candidez perseverante de las cumbres del Guadarrama. Clara parece ligeramente más delgada, y la palidez, las insinuadas ojeras y la serenidad se combinan en un rostro nuevo, más atractivo. Las amigas se entusiasman; qué suerte, Clara, perder tres quilos en ocho días, estás guapísima, qué envidia. Como si todas estuviesen deseando que al marido le peguen de tiros y le casquen el esternón para adelgazar un poco.

Conrado Acevedo se inclina cortés.

—Sí, sí, está muy bien; un solo cubito de hielo. Y no se moleste más, señora, por favor.

—No es molestia, Acevedo; lo hago con mucho gusto; se portó usted tan bien conmigo en Londres; le estoy muy agradecida.

Clara, aunque lo intenta, no puede evitar unas lágrimas al recordarlo. Se vuelve; busca la melancólica adhesión de Miguel, que no ha abierto su boca ni siquiera para responder al saludo del *Merce*.

—No sé qué hubiese sido de nosotros, Miguel, sin el señor Acevedo. Dios lo puso allí.

Miguel sonríe estoicamente desde su ira disimulada y su profunda consternación. Clara tartamudea nerviosa por la actitud de su marido, que debería dar las gracias a Conrado y ni siquiera lo mira. Se siente obligada a disculparle.

—Está muy afectado, ya ve.

—Es natural, señora.

—Fue todo tan brutal, tan absurdo, tan injusto, tan incomprensible.

Ahora sí deja correr las lágrimas. Miguel hace girar lentamente, con habilidad, su silla de inválido para estar más cerca de su mujer; le toma una mano que acaricia entre las suyas.

—Vamos, no llores. Yo me consuelo cuando pienso que aquella bala pudo matarte a ti. O sentarte en una silla de ruedas para siempre.

—¡Y que digan que Scotland Yard es la mejor policía del mundo! La mejor para molestar. ¿Recuerda, Acevedo? Tanto interrogatorio, mientras el pobre Miguel se moría a chorros. Y el misterio sigue sin aclarar. Parecía como si los culpables fuésemos nosotros. De verdad, Miguel, se volcó; gracias a como me ayudó en aquellos días el señor Acevedo creo que no me volví loca… Se lo he dicho muchas veces a mi marido, señor Acevedo, si usted decide sentar la cabeza, dejarse de aventuras, y está en nuestra mano ayudarle…

—No siga, se lo agradezco; don Miguel sabe que sólo puedo colocarme de mula y con la cara tiznada.

—Estoy pensando en ello desde que entró usted por esa puerta, Acevedo. Tenemos que hablar, hombre —Miguel parece animado de pronto—. ¿Por qué no viene ahora conmigo a Guindasa? Sin compromiso.

—¿Trabaja usted?

—Como siempre. El tío aquel me convirtió en la mitad de un hombre, pero esa mitad que queda es la que trabaja; no sé si será suerte o desgracia, el caso es que en esto de currar y andar de coronilla no han cambiado las cosas: por la mañana a la fábrica y por la tarde al despacho. Sólo que ahora todo me cuesta más trabajo; y que me meo y no me entero, eso es lo que más me acompleja.

Bajan hasta el garaje en el ascensor. El chófer empuja la silla de ruedas y la coloca junto al coche.

—Antes tenía usted un Mercedes.

—Y lo tengo. Es que me lo están preparando para inválido; todo con las manos.

El *Merce* y el chófer intentan ayudarle a ponerse en pie. Miguel rechaza la ayuda con ese aire imperioso de los inválidos con voluntad de valerse por sí mismos aunque revienten. Hace un esfuerzo tremendo, desproporcionado con lo que va a conseguir. ¿Vale la pena este rostro congestionado, esta respiración anhelante, este reptar hacia arriba con los ojos desquiciados,

enrojecidos, los dientes apretados y la frente afligida, empañada de sudor y amoratada por el golpe de sangre? ¿Vale la pena echarle tan dramático pulso a la adversidad ante la mirada compadecida del chófer, el portero y el mercenario, que le hubiesen puesto en pie con mover un dedo? Miguel lo consigue, se pone en pie, gira como un muñeco y se deja caer hacia atrás poco a poco, agarrándose a la puerta, a los respaldos; repta otra vez —acarreando su trasero impasible, sus piernas inertes enzunchadas en una doble armadura de acero— hasta el interior. Un pie se le enreda con la puerta y no consigue hacerlo pasar hasta que el chófer lo libera.

—¿Ya, señor?

Miguel reclinado, casi tumbado, respirando fatigosamente, hace un gesto de asentimiento. El chófer se vuelve respetuoso hacia Conrado Acevedo invitándolo a entrar junto al señor, pero el mercenario abre la puerta delantera.

—Voy con usted.

—Como guste.

Miguel calla; le es igual; tampoco allí podrían hablar; está encendiendo un pitillo. Aún no se ha normalizado su aliento: el pulso y la llama tiemblan.

—¿Te gusta lo que has hecho de mí, cabrón?

*El Merce* sonríe desde el otro lado de la gran mesa en arco noble de madera carísima, importada, pulida, vitrificada con barnices duros como el diamante. Conrado conoce esta madera, la ha visto en pie poderosa y viva, con las raíces hundidas en la tierra vegetal, caliente y húmeda del África en llamas. Pasa la mano por encima; la acaricia.

—Esto es tuanapaiboa.

—¿Por qué no apuntaste un par de centímetros más a tu derecha, cabrón?

Miguel se golpea el corazón con el puño.

—¿Es para estos desahogos inútiles para lo que me ha hecho acompañarle?

—Delante de mi mujer no puedo hablar.

—¿De dónde saca que yo lo haya dejado así? ¿Quiere usted saber más que Scotland Yard? Mire, Tejuelo; o, de tú a tú, mira, Tejuelo, somos compinches; yo podría decirte ahora lo mismo que la policía inglesa; no me negarás que saben hacer su trabajo; su prestigio es grande. Puedo decirte que yo no fui, apoyarme en la versión del juez: un individuo no identificado, un maníaco posiblemente, disparó a bulto; te tocó la china; la única bala perdida aquel día en Londres.

—Tú sabes que eso es incierto.

—Podría decirte que tú faltaste a la cita; que te esperaba en el lugar convenido y a ti te dispararon lejos de allí, probablemente desde el hotel.

Miguel calla esta vez. Siempre ha pensado que el disparo lo hizo el mercenario pese a haber faltado a la cita en Hyde Park.

—Podría preguntarte por qué cambiaste de idea, y amargarte la vida diciéndote que huiste del tiro destinado a tu mujer para encontrarte con el disparo de un loco. Me iría de aquí limpio de culpa y hasta con las ciento veinticinco mil pesetas que me debes.

—Ya sé que vienes a chantajearme.

—También puedo decirte que sí, que fui yo quien disparó, chico, perdona, os movisteis en el momento justo: la bala iba al corazón de la dama.

—Cállate.

—Todas esas versiones son falsas.

—Ya. ¿Qué quieres?

—Nada, compinche, te regalo las mil libras. Yo no sé hacer chantaje ni robar… No sonrías; yo, si me largo es con millones que le quito a la guerra, eso no es robar; si sólo fueran ésos mis pecados, Conrado Acevedo subiría al cielo con un cohete en el culo. He venido a ver cómo estás de ánimo y me alegro, te lo juro, eres otro, palabra; te había perdido el respeto y ahora estoy impresionado porque te he visto en el garaje agarrándote a ti mismo con toda tu alma, echando el bofe por ser un hombre. Tanto te respeto, que si me prometes no volver a llamarme cabrón, retiro este tuteo y vuelvo a mi rango. ¿De acuerdo, don Miguel?

—Me es igual.

—Podría decirle que he venido a cumplir el contrato: voy a matar a su señora.

—Podrías decírmelo, pero tampoco es eso.

—Sería demasiado recochineo: estafo a un cliente mil libras, lo dejo paralítico y, cuando más necesita a su mujer, la quito de enmedio.

—Está bien, ¿qué quieres?

—¿A que tiene ganas de llamarme cabrón otra vez? Se contiene porque cuando antes le apeé el tratamiento y le llamaba compinche, lo pasaba fatal. No he venido a hacerle pasar un mal rato, se lo juro, ni a jugar al gato y al ratón. Usted no me conoce; tengo un corazón de oro; lo que pasa es que soy un artista y no me importa hacer el bien por procedimientos paradójicos. Yo ametrallo a un pueblo entero si sé que con ello les hago un favor a los muertos y a su país.

—Y a mí ¿qué favor me has hecho dejándome a medio morir?

—Eso es, don Miguel; a eso he venido. Quería aclarárselo todo porque lo aprecio. Sé que las dudas son muy mala cosa. Estoy seguro de que duerme mal preguntándose qué es lo que realmente les tiene a usted así y a su mujer viva. Y que su único consuelo es pensar que ha sido un castigo de Dios. ¿A que lo piensa?

Miguel responde con un gesto. Luego se justifica:

—Yo quise evitarlo. No acudí a la cita. Corría hacia el hotel convencido de que me cargaba mi propio plan.

—Y yo ni siquiera salí del hotel; estaba esperándoles. A las cinco menos cuarto, utilizando las llaves que birlé en conserjería, entré en una habitación desde la que podía verles llegar si volvían por la ruta lógica desde Hyde Park.

—No volví por la ruta lógica.

—Eso me sorprendió. Volvieron por el subterráneo y antes de la hora. De pronto, surgieron allí, en medio del islote. Yo acababa de colocar del revés el televisor; era mi truco por si entraba el huésped de la habitación; fingir una revisión del aparato. Estaba armando el rifle. Tuve que hacerlo todo muy rápido, poner la mira telescópica y apuntar; otro ni lo intenta, se lo aseguro, pero yo soy muy profesional, perdóneme la vanidad… ¿Me sigue?

—Te parecerá una tontería, pero escucho como si esperase oírte contar que pasó otra cosa, que aquello no ocurrió como ocurrió, que Napoleón venció en Waterloo, que a mí no me pegaste un tiro.

—Lo entiendo. Y ahora, por fin, llegamos al final. Quiero aclararle que usted está vivo por error, inválido por mala suerte.

—Entonces, ¿tiraste a matarla?

—No, no. Intenté matarle a usted; apunté al corazón y marré por muy poco. Quizá se movió; quizá con la prisa no encajé bien el canuto, la mira telescópica quiero decir. A ella, ni se me pasó por la cabeza; yo quería matarle porque le tengo cariño.

—No veo el chiste; si quieres hacerte el gracioso volveré a llamarte cabrón.

—No es chiste, don Miguel. Si usted se viera, si se hubiese podido ver la cara de imbécil, de pasmado, de pordiosero cuando me propuso el trato; no he visto tipo más desgraciado en mi vida, y creo que de eso entiendo; podría contarle cosas: negros como castillos colgados de los pies con el taparrabos lleno de avispas, lleno por dentro, claro, cosa fina; y he visto niños comiendo arcilla; con diez y doce años, pesaban catorce kilos; y prostitutas de nueve años ventilándose treinta, cuarenta tíos que calzaban la tira; cola hacían para

cepillárselas unos negrazos de aquí te espero, imagínese la carita de alegría de aquellas chiquillas.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Que nunca tuve enfrente, se lo juro, alguien tan desdichado y tan sin salida. Usted después de librarse de su mujer no tenía salida, se lo digo yo.

—No me vengas con el cuento de las apariciones, los remordimientos y las pesadillas.

—No es eso. Usted se hubiese encontrado a sus anchas; compadecido, sí, pobrecilla, pero qué a gusto me he quedado, ya salí de aquello. Lo malo vendría después, cuando el viudo, a los quince días o al mes de su segunda boda, estuviese deseando encontrarme en cualquier sitio para decirme, Acevedo, a ésta también. Usted es de los que se trajinan sus propias desgracias. Matar a la señora, que además me había caído simpática, no resolvía su problema, porque el problema es otro y está en usted. Tiré a dar y, aparentemente, fuimos muy desgraciados, yo como tirador y usted como víctima. Porque hace falta mala pata para que la bala, además de no acertarle en el corazón, de no destrozarle el hígado, fuese a clavársele en la médula; le presento mis disculpas: con un poco más de fuerza en el proyectil o alguna ligera rectificación en la trayectoria, usted estaría ahora en paz.

—Entonces ¿no quieres nada? ¿No vienes a amenazarme ni a sacarme la pasta?

—He venido, qué vergüenza, lo pienso y me pongo como un tomate, palabra, he venido a traerle la paz, en vivo ya que no pude darle la paz de los muertos. Está vivo por milagrito de Dios; conque a creer en la virgen de Fátima y a ir a misa y todo eso que le va muy bien a un inválido. Ahora está más vivo, se lo digo yo. Y, además, tiene a su mujer, la tiene viva y le viene de maravilla que un aventurero, un mercenario granuja, un genocida haya cambiado el destino de la bala comprada para matarla. Tómelo por este lado y encontrará su situación muy llevadera, se lo digo por experiencia; si no fuese por cavilaciones parecidas a éstas, dígame cómo podría uno trampear, ir tirando sin morirse de asco entre guerra y guerra. Voy a colocarme de mula otra vez: en un vertedero municipal. Me tenía acomplejado el fallo, don Miguel; he corrido a tíos ágiles como panteras, tacatá, a punta de metralleta, y a mí no se me escapa vivo un palomo a esa distancia; ahora sé quién desvió un pelín la trayectoria; por qué no hice diana. Y me alegro, ha sido un regalo del cielo: usted estaba muerto, era un muerto, y ahora es un hombre. Estas maravillas lo reconcilian a uno con la fe que mamamos; menudo regalo: Dios.

—¿De verdad piensas que un tipo como tú puede ser elegido por Dios para nada?

—¿Por qué no? Yo sólo soy un renglón torcido, patrón; ya sabe cómo escriben allá arriba.



ÁNGEL PALOMINO, (Toledo 1919 - Madrid 2004), estudió ciencias en la Universidad de Madrid, hizo la carrera militar y fue instructor en un ejército árabe del Norte de África. Posteriormente se ha dedicado a la industria hotelera y a las empresas turísticas.

Mientras tanto, como si con una sola vida no tuviese bastante, ha hecho su carrera de escritor. No como un hobby o un juego; para Palomino la literatura ha sido siempre algo fundamental, tan importante como su otra vida, separada, diferente pero simultánea e igualmente auténtica. Colaboró durante más de veinticinco años, en la desaparecida revista de humor *La Codorniz*.

Al mismo tiempo escribió sus libros y sus colaboraciones en la prensa. Entre los primeros, destacan: *Zamora y Gomorra* (1968, Premio Club Internacional de Prensa), *Suspense en el Cañaveral* (1970, Premio Leopoldo Alas de narraciones breves) y *Torremolinos Gran Hotel* (1971), que ha conocido un éxito espectacular y ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura. En 1980 ingresó como miembro numerario (medalla XXIV) en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

# Notas

[1] En este diálogo no se sabe quién es el chico ni quién la chica. Pueden ser lo uno o lo otro cualquiera de los dos interlocutores. También pueden ser dos chicos. O dos chicas. <<

[2] Quizá resulte aconsejable investigar este dato posiblemente hiperbólico e inflacionario. <<

[3] Waitresses wearing no clothing on the upper body. <<